

GEORGETTE HEYER

MUERTE EN EL CEPO



Lectulandia

En el tranquilo pueblo de Ashleigh Green, bajo la plateada luz de la luna, aparece un cadáver en medio del parque. Cuando el inspector Hannasyde se hace cargo del caso se encuentra con una situación inaudita, pues no sólo ninguna de las personas cercanas al acaudalado Arnold Vereker lamenta su muerte, sino que nadie parece tener una coartada, ni muestra el menor interés en simularla. ¡Y muchos tenían por lo menos un motivo! El inspector se encontrará pronto envuelto en el «torbellino Vereker», esa impetuosa y rebelde forma de comportarse de esta excéntrica familia. Giros inesperados y revelaciones sorprendentes exigirán toda la paciencia y la sagacidad de Hannasyde para desenredar la maraña.

Lectulandia

Georgette Heyer

Muerte en el cepo

Inspector Hannasyde - 1

ePub r1.0

smonarde 07.11.13

Título original: *Death in the Stocks*

Georgette Heyer, 1935

Traducción y notas: Gema Moral Bartolomé

Editor digital: smonarde

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Pasaba de la medianoche y la gente que vivía en las casas apiñadas en torno al triángulo del prado comunal llevaba ya un buen rato acostada y durmiendo. No había luz en ninguna ventana, pero la luna llena surcaba un cielo de color zafiro e iluminaba el pueblo con un resplandor mortecino, de una frialdad acerada. Árboles y casas arrojaban sombras grotescas, negras como el hollín; al claro de luna todos los objetos presentaban contornos claramente definidos pero sin color, por lo que incluso una vulgar hilera de surtidores de gasolina ofrecía un aspecto algo fantasmal.

En un extremo del prado había un coche aparcado; los faros despedían dos haces amarillentos y el motor ronroneaba suavemente. Una de las portezuelas estaba abierta. Algo se movió a la sombra del gran olmo que se alzaba junto al vehículo, un hombre apareció iluminado por la luna, miró a uno y otro lado como temiendo ser visto y, tras un momento de vacilación, se metió en el coche con premura y maniobró para dar la vuelta, rascando un poco las marchas. Echó una mirada al olmo, a algo que apenas se distinguía entre las sombras, y a continuación cambió de sentido y se alejó por la carretera de Londres. El ruido del motor fue apagándose lentamente; cerca de allí un perro ladró y luego se hizo el silencio.

La sombra del olmo se acortó a medida que la luna seguía su curso: su luz fantasmagórica pareció penetrar sigilosamente por debajo de las ramas del árbol y al poco iluminó unos pies calzados con zapatos de charol, metidos en los agujeros de un cepo. Dichos pies permanecían inmóviles y, cuando el resplandor fue ascendiendo lentamente, mostró la pechera de una camisa blanca.

Una hora más tarde, un ciclista giraba en la curva de la carretera junto a King's Head. El agente Dickenson volvía a casa después de patrullar durante la noche. La luna alumbraba ya el cepo entero. El artilugio sujetaba a un caballero con traje de etiqueta, sentado y aparentemente dormido, con el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza sobre el pecho. El agente Dickenson pedaleaba silbando por lo bajo, pero se interrumpió de repente y la rueda delantera de su bicicleta viró con brusquedad. El cepo era un rasgo distintivo de Ashleigh Green, mas Dickenson no recordaba haber visto en su vida a alguien atrapado en él. Se llevó un buen susto. «Borracho como una cuba —pensó—. Parece que alguien se ha divertido contigo, muchacho».

Bajó de la bicicleta, la empujó hacia la hierba y la apoyó contra el olmo con cuidado. La figura del banco no se movió.

—¡Bueno, a ver, despierte, señor! —dijo el agente, amable pero en tono recriminatorio—. No puede pasarse la noche aquí, ¿sabe usted? —Puso la mano sobre un hombro y le dio una leve sacudida—. Venga conmigo, señor, estará mucho mejor en su casa, ya verá.

No hubo respuesta. El policía sacudió el hombro un poco más fuerte al tiempo

que rodeaba al hombre con el brazo para auparlo. Seguía sin haber respuesta, pero el brazo que antes yacía sobre las rodillas de su dueño se movió y quedó colgando, rozando con la mano inerte los pantalones de Dickenson. Este se inclinó para mirar la cabeza caída y metió la mano en el bolsillo para sacar su linterna. Al encenderla se echó atrás con un respingo. A causa de las sacudidas, la figura del banco cayó hacia un lado con los pies sujetos aún en el cepo.

—¡Dios! —susurró el agente, notando de repente la boca completamente seca—. ¡Oh, Dios mío! —No quería volver a tocar la figura ni acercarse a ella, porque notaba algo pegajoso en la mano y era la primera vez que veía a un muerto.

Se agachó para limpiarse la mano frotándola contra la hierba, reprochándose ser un blandengue. Pero aquello lo había pillado por sorpresa y se le había revuelto el estómago. Cualquiera se habría mareado un poco; era como si a uno se le subiera el estómago a la garganta de repente. Respirando de manera entrecortada volvió a acercarse al hombre y lo enfocó con la linterna, al tiempo que con cautela tocaba una de las flácidas manos. No estaba fría exactamente, tampoco húmeda, como explicaban los libros, sólo un poco menos caliente de lo normal. Quizá habría preferido que estuviera helada. Aquel leve calor tenía algo de repugnante.

Se incorporó. Su tarea no consistía en imaginar cosas, sino en decidir qué debía hacerse en primer lugar. Desde luego el hombre estaba muerto; no serviría de nada quedarse junto al cadáver: lo mejor sería informar a la comisaría de Hanborough cuanto antes. Empujó la bicicleta hasta la carretera, montó y pedaleó velozmente hasta el otro extremo del prado, donde se hallaba la casa con las cursis cortinas de muselina y los pulcros arriates de flores, y un estrecho letrero colgado sobre la puerta que rezaba: «Policía del Condado».

Entró y se dirigió al teléfono, caminando con sigilo para que su mujer, que dormía arriba, no se despertara y lo llamara. Entonces tendría que contarle lo ocurrido, pero estaba embarazada de su primer hijo y no se encontraba demasiado bien.

Levantó el auricular, preguntándose si había obrado correctamente al dejar el cadáver en medio del pueblo. No le parecía demasiado decente.

Le respondió el sargento. A Dickenson le sorprendió oír su propia voz tan firme, pues en verdad estaba muy afectado, y no era de extrañar. Presentó su informe con la mayor naturalidad de que fue capaz y el sargento, mucho menos flemático, dijo primero:

—¿Qué? —Y luego—: ¿En el cepo? —Y finalmente—: A ver, ¿está seguro de que está muerto?

Dickenson estaba completamente seguro, y cuando mencionó la sangre y la herida en la espalda, el sargento dejó de proferir exclamaciones de incredulidad.

—De acuerdo —repuso sin más—. Vaya y asegúrese de que nadie toque ese cadáver. El inspector acudirá enseguida con una ambulancia.

—Un momento, sargento —replicó el agente, ansioso por transmitir toda la información posible—. No es un desconocido. He podido identificarlo: se trata del señor Vereker.

—¿El señor qué?

—Vereker. El caballero de Londres que compró Riverside Cottage. Ya sabe, sargento, de los que vienen los fines de semana.

—¡Ah! —dijo el otro con vaguedad—. No es del pueblo.

—Para ser exactos, no. Pero lo que no entiendo es cómo acabó sentado en el cepo a estas horas. Y vestido de etiqueta, además.

—Bueno, usted vuelva y vigile bien hasta que llegue el inspector —ordenó el sargento, y colgó.

Dickenson oyó el clic del auricular y lo lamentó, porque ahora que había tenido tiempo de recobrarse de la sorpresa inicial, veía varias cosas extrañas en el asesinato y le habría gustado comentarlas. Pero no podía hacer más que obedecer, así que colgó él también y salió de casa de puntillas para recoger la bicicleta, que había dejado apoyada contra la verja de hierro.

Cuando llegó al cepo, el muerto seguía en la misma posición. No había ningún indicio de que alguien hubiera estado allí en ese breve lapso, y tras inspeccionar un poco el terreno con la ayuda de la linterna por si encontraba alguna pista o huella, se apoyó contra el árbol y trató de resolver el misterio él solo mientras esperaba la llegada del inspector.

No tardó mucho en oír un coche a lo lejos, que al cabo de unos minutos se detuvo junto al prado. El inspector Jerrold se apeó ágilmente y se volvió para echar una mano a un hombre corpulento, que el agente reconoció como el doctor Hawke, el médico forense.

—Bueno —dijo el inspector con brío—. ¿Dónde está ese cadáver, Dickenson? ¡Oh! ¡Ah! —Se acercó al banco y paseó su linterna por la figura inmóvil—. ¡Mmm! Por lo que veo, no hay gran cosa de interés para usted, doctor. Apunte con los faros hacia aquí, Hill. Eso está mejor. ¿Estaba así cuando lo encontró?

—No, señor, no exactamente. Estaba sentado... bueno, sentado pero un poco inclinado hacia delante, ya me entiende. Creí que dormía. Al verlo con el traje de etiqueta y los pies en el cepo, pues pensé que había bebido más de la cuenta, así que me acerqué y le toqué el hombro para despertarlo. Le di dos sacudidas, y entonces me percaté de que había algo raro y noté que tenía la palma de la mano húmeda y pegajosa, así que encendí la linterna, y entonces, claro, vi que estaba muerto. Al sacudirlo fue cuando cayó de lado, como puede comprobar.

El inspector asintió con los ojos fijos en el médico, arrodillado detrás del cadáver.

—El sargento Hamlyn dice que lo ha identificado usted. ¿Quién es? No me suena su cara.

—Bueno, es normal, señor. Es el señor Vereker, de Riverside Cottage.

—¡Ah! —repuso el inspector con cierto desdén—. Uno de esos de fin de semana. ¿Alguna cosa fuera de lo normal, doctor?

—Tendré que practicarle la autopsia, por supuesto —rezongó el médico, levantándose pesadamente—. Pero parece un caso claro. Herida de cuchillo un poco por debajo del omóplato izquierdo. Es muy probable que la muerte haya sido instantánea.

El inspector lo observó unos instantes mientras examinaba el cadáver y luego preguntó:

—¿Se ha formado una opinión sobre la hora en que se cometió el crimen, señor?

—Diría que hace entre dos y cuatro horas —contestó el médico, y se irguió.

—Eso es todo por el momento, gracias. —El inspector se volvió hacia el agente Dickenson—. ¿Recuerda cómo estaba sentado el cadáver cuando lo encontró?

—Sí, señor.

—Bien. Vuelva a ponerlo así. ¿Tiene a punto ese flash, Thomson?

A Dickenson no le hacía mucha gracia la tarea que se le había encomendado, pero se acercó de inmediato al cadáver y lo devolvió a su posición inicial poniendo con cuidado un brazo sobre las rígidas piernas. El inspector lo observó en silencio y, cuando el agente se retiró por fin, hizo una seña al fotógrafo.

La ambulancia llegó mientras el fotógrafo terminaba su trabajo, y la ventana de una casa adyacente se iluminó. El inspector lanzó una mirada sagaz hacia el edificio.

—Bien —dijo con tono cortante—. Ahora ya pueden sacarlo de ahí. ¡Cuidado al tocar ese travesaño! A lo mejor podemos sacar alguna huella.

Levantaron el travesaño del cepo, sacaron el cadáver y lo llevaron a la ambulancia, justo cuando alguien abría la ventana y asomaba una despeinada cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Ha habido un accidente? ¿Hay algún herido?

—Sólo un accidente leve, señora Duke —contestó el agente Dickenson—. No se preocupe.

La cabeza desapareció, pero se oyó la voz conminando a un tal Horace a levantarse deprisa porque fuera estaba la policía con una ambulancia y todo.

—Conociendo a los del pueblo, tendremos a un montón de entrometidos rondando por aquí en menos de diez minutos —declaró el inspector con una débil sonrisa adusta—. Bien, ustedes, al depósito. Bueno, Dickenson, oigamos su informe. ¿Cuándo ha descubierto el cadáver?

—Pues calculo que sobre las dos menos diez, señor. Eran las dos cuando llamé a comisaría. Volvía de patrullar.

—¿No ha visto a nadie por aquí? ¿Ningún coche? ¿No ha oído nada?

—No, señor. Nada.

—Y el hombre este, ¿cómo se llamaba? Vereker, sí. ¿Estaba actualmente en

Riverside Cottage?

—No que yo sepa, señor. Claro que no solía venir durante la semana. Siendo sábado, supongo que iría de camino a Riverside Cottage. La señora Beaton lo sabrá. Lo normal es que haya recibido instrucciones para preparar la casa.

—¿No vive en ella?

—No, señor. Vive en Pennyfarthing Row, a unos minutos del Cottage. Se encarga de la limpieza y de comprar leche, huevos y demás cuando él viene. Según me contó, Vereker a menudo llega el sábado por la noche. Sé que a veces se trae al ayuda de cámara, pero también acude solo a menudo. —Hizo una pausa y se corrigió—. Cuando digo solo, me refiero a que no trae a ningún sirviente.

—En suma, ¿qué trata de decirnos exactamente? —preguntó el médico.

—Bueno, señor, a veces viene con amigos. —Dickenson carraspeó—. La mayoría de las veces se trata de mujeres, según tengo entendido.

—¿La esposa? ¿Una hermana? —interrumpió el inspector.

—¡Oh, no, señor! Nada de eso —contestó el agente, algo escandalizado.

—¡Ah, esa clase de mujeres! Lo mejor será que a primera hora de la mañana vayamos a Riverside Cottage y veamos qué sacamos de allí. Aquí no hay nada. El terreno está demasiado seco para encontrar pisadas. Si ya ha terminado, nos vamos, doctor. Mañana me entrega usted el informe, ¿de acuerdo, Dickenson? Ahora ya puede irse a la cama. —Se dirigió al coche con el médico. El agente Dickenson le oyó decir con su cáustico estilo—: Me parece que tenemos un caso para Scotland Yard. No nos compete. Que vengan los de Londres. Y bien fácil lo tendrán, si consiguen echarle el guante a la mujer.

—Desde luego —convino el doctor, reprimiendo un bostezo—. Si es que había una mujer con él.

2

El inspector Jerrold fue a ver al jefe de la policía a la mañana siguiente muy temprano, y lo encontró desayunando. Se disculpó por molestarlo, pero el coronel se limitó a señalarle una silla y dijo:

—No pasa nada. ¿Qué ocurre? ¿Es algo grave?

—Muy grave, señor. Se ha hallado a un hombre muerto por herida de arma blanca en Ashleigh Green a la una y cincuenta de la madrugada.

—¡Dios santo! ¡No me diga! ¿Y quién es?

—Un caballero llamado Arnold Vereker, de Riverside Cottage.

—¡Válgame Dios! —exclamó el coronel, dejando la taza de café sobre la mesa—. ¿Quién lo ha hecho? ¿Se sabe algo?

—No, señor, nada. No disponemos de ninguna pista por el momento. El cadáver lo ha hallado el agente Dickenson... en el cepo.

—¿En el qué?

—Suenan raro, ¿verdad? Pero así ha sido.

—¿Quiere decir que lo pusieron en el cepo y luego lo apuñalaron?

—Es difícil saberlo, señor. Verá, no había mucha sangre, tampoco en el suelo. Puede que lo apuñalaran primero, pero no entiendo por qué iba alguien a molestarse en poner el cadáver en el cepo. Vestía de etiqueta, sin sombrero ni abrigo, y lo único que quizá pueda servirnos de ayuda por ahora es que tenía las manos sucias. Una estaba manchada de aceite de motor, de lo que se deduce que cambió una rueda o efectuó alguna reparación en un vehículo. Sin embargo, su coche no estaba allí, y tampoco está en su garaje. Por supuesto, puede que fuera caminando hasta el pueblo desde Riverside Cottage, que se halla a kilómetro y medio más o menos, pero sería un poco raro a las tantas de la noche. El médico calcula que el asesinato no pudo producirse antes de las doce, o sobre esa hora. No, da la impresión de que había llegado en el coche de alguien para pasar el fin de semana. He pensado, señor, que debería ir a Riverside Cottage en cuanto acabe de hablar con usted para descubrir si el señor Vereker estaba allí, o si esperaban su llegada anoche. Al parecer era un caballero de costumbres irregulares.

—Sí, eso tengo entendido —dijo el coronel—. No lo conocía personalmente, pero he oído hablar de él. Un hombre de ciudad con inversiones en minas, según me han contado. No creo que sea un caso para nosotros, inspector. ¿Qué opina usted?

—Bueno, señor, estoy de acuerdo. Aún no sabemos con seguridad si se trata o no de un asunto local, pero no lo parece. He enviado a un agente a Ashleigh Green a investigar, aunque no espero gran cosa. Ya sabe lo que ocurre en el campo, señor. La gente se acuesta temprano, y si no se oyó ningún ruido, aparte del coche, suponiendo que lo hubiera, no es probable que nadie se despertara, ni que se dieran cuenta de lo

que estaba ocurriendo aunque estuvieran despiertos. El médico opina que debió de morir prácticamente en el acto. No hay indicios de resistencia. Según me ha contado Dickenson, el señor Vereker acostumbraba llegar acompañado de amigos de la ciudad para pasar el fin de semana. Lo que necesitamos es encontrar su coche. Quizá nos daría alguna pista. Según lo veo yo, señor, sea como sea tendremos que recurrir a Scotland Yard para obtener información.

—Sin duda. No es asunto nuestro. Sin embargo, creo que debería ir a esa casa que ha mencionado para ver qué encuentra. ¿Tiene sirvientes allí?

—No, señor. Por lo que sé, una mujer apellidada Beaton se ocupa de limpiarla pero no vive en ella. Iré a verla, por supuesto, pero no espero encontrar a nadie en la casa. Aunque no es probable, quizá descubra alguna pista.

El inspector se equivocaba. Media hora más tarde, cuando el agente Dickenson y él se apearon del coche patrulla frente a Riverside Cottage, había signos evidentes de que la casa se hallaba ocupada.

Era una casa pequeña de ladrillo estucado y desvaídos postigos verdes situada en una zona boscosa que bajaba hasta el río. El lugar era lo que los agentes inmobiliarios describirían como pintoresco y retirado, puesto que en verano el frondoso follaje no permitía divisar ninguna otra casa desde sus ventanas.

Al acercarse a la puerta, se oyeron ladridos provenientes del interior de la casa.

—Qué raro —dijo el agente—. Que yo sepa, el señor Vereker nunca ha tenido perro.

—Quizá sea de la mujer de la limpieza —comentó el inspector, al tiempo que pulsaba el timbre—. ¿Quién se ocupa del jardín y de menesteres como la instalación eléctrica?

—El joven Beaton, señor. Viene un par de días a la semana. Pero no traería a su perro, y menos lo dejaría entrar en la casa. Ahí dentro hay alguien. Le oigo moverse.

El inspector volvió a pulsar el timbre, y estaba a punto de pulsarlo una tercera vez, cuando les abrió la puerta una joven de lustrosos rizos cobrizos y grandes ojos oscuros y brillantes. Con una bata de hombre de brocado que parecía bastante cara y le quedaba muy holgada, se esforzaba en retener a un vigoroso bull terrier que no parecía observar a los visitantes con buenos ojos.

—¡Calla, estúpido! —le ordenó la chica—. ¡Ven aquí! ¿Qué demonios quieren? —Esta última pregunta se la dirigió al inspector con tono de extrema sorpresa.

—Soy el inspector Jerrold, señorita, de Hanborough. Desearía hablar con usted, si no es mucha molestia.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No sé de qué querrá hablar conmigo, pero puede entrar si quiere. ¡Atrás, *Bill*!

Los dos hombres penetraron en un vestíbulo cuadrado y de moderna decoración, con cortinas y alfombra de estampado cubista, varias sillas de acero tubular y una

mesa baja de roble. La chica vio parpadear al agente Dickenson.

—No vaya a creer que es cosa mía —dijo, con una leve sonrisa. El agente desvió la mirada hacia ella, involuntariamente sobresaltado—. Será mejor que pasen a la cocina. Aún no he terminado de desayunar. Y la decoración es mejor. —Desapareció por una puerta que había al final del vestíbulo y que daba a una agradable cocina con suelo embaldosado, un aparador de aspecto casero y una gran mesa, en uno de cuyos extremos estaba servido un desayuno compuesto de huevos, café y tostadas. En un lado se encontraba la cocina eléctrica, y se había conectado un pequeño brasero eléctrico a la luz del techo mediante un largo cable, con el propósito de secar una falda de hilo que colgaba del respaldo de una silla. El inspector se demoró en el umbral para lanzar por la cocina una ojeada experta. Sus ojos se posaron por un momento sobre la falda húmeda y luego se desviaron hacia la chica. Ella rodeó la mesa, tomando del plato una tostada con mantequilla a medio comer con actitud despreocupada, y ofreció una silla.

—¿No quieren sentarse? Se lo advierto, no pienso hablar si no es en presencia de mi abogado. —Alzó la vista al hablar y enarcó las cejas—. Es una broma —explicó.

El inspector sonrió cortésmente.

—Sí, señorita, por supuesto. ¿Puedo preguntarle si se aloja aquí?

—¡Santo Dios, no!

El inspector echó un vistazo a la bata de brocado y miró a la joven con gesto inquisitivo.

—En efecto, he pasado la noche aquí —admitió la chica con frialdad—. ¿Desea saber algo más?

—¿Vino acompañada del señor Vereker, señorita?

—No. No he visto al señor Vereker.

—Ah, ¿no? ¿No la esperaba acaso?

Un brillo acerado afloró en los bonitos ojos de la joven.

—Bueno, todo estaba preparadito, pero no creo que fuera por mí. Pero ¿qué demonios tiene eso que ver con...? —Se interrumpió y soltó una repentina carcajada—. ¡Ah, ya veo! Siento decepcionarlo, pero no soy una ladrona, aunque es verdad que he entrado por una ventana. La bata sólo la he tomado prestada hasta que me seque la falda.

El inspector dirigió la vista hacia la prenda.

—Lo entiendo perfectamente señorita. Debía de tener una buena mancha, si me permite la pregunta.

—De sangre —explicó la joven entre sorbos de café.

El agente Dickenson reprimió una exclamación.

—¿Sangre? —repitió el inspector sin perder la compostura.

La joven dejó la taza sobre la mesa y sus ojos se posaron en el inspector con un

destello de beligerancia.

—¿Qué quieren de mí exactamente? —inquirió.

—Me gustaría saber cómo se manchó la falda de sangre, señorita —pidió el inspector.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues a mí me gustaría saber qué derecho tiene a preguntarme eso... o cualquier otra cosa. ¡Vaya al grano de una vez! ¿Qué están buscando?

El inspector sacó su libreta de notas.

—No se ofenda, señorita. Anoche se produjo un pequeño contratiempo por la zona, y tengo que aclarar un par de detalles. ¿Podría darme su nombre y dirección, por favor?

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

El tono del inspector adquirió cierta severidad.

—Discúlpeme, señorita, pero está comportándose de un modo estúpido. Ha ocurrido un accidente relacionado con esta casa, y es mi deber obtener toda la información que sea posible.

—Bueno, pues de mí no creo que vaya a sacar nada —comentó la joven—. Yo no sé nada. Me llamo Antonia Vereker. Dirección: Grayling Street, número tres, Chelsea. ¿Qué demonios pasa ahora?

—¿Es pariente del señor Arnold Vereker? —preguntó el inspector levantando la vista de su libreta con visible sorpresa.

—Hermanastra.

El inspector volvió a fijar la mirada en la libreta y anotó con esmero el nombre y la dirección.

—¿Y dice que no ha visto al señor Vereker desde que llegó?

—No lo he visto desde hace meses.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, señorita?

—Desde anoche. Hacia las siete.

—¿Ha venido especialmente por su hermano?

—Hermanastro. Por supuesto, pero no lo he visto. No ha aparecido por aquí.

—¿Lo esperaba, entonces?

—¡Oiga! —exclamó Antonia con decisión—, ¿cree que habría recorrido sesenta kilómetros en coche si creyera que no iba a encontrarlo?

—No, señorita. Pero hace un par de minutos ha dicho que el señor Vereker no la esperaba a usted. Simplemente me preguntaba por qué, si él no la esperaba y hacía meses que no se veían, estaba usted tan segura de hallarlo aquí como para hacer el viaje.

—No estaba segura. Pero conozco sus costumbres. Venir aquí los fines de semana es una de ellas.

—¿Debo entender que quería verlo por un asunto urgente, señorita?

—Quería verlo y aún quiero verlo —contestó Antonia.

—Me temo, señorita, que eso no será posible —dijo el inspector, levantándose de la silla.

—Ah, ¿no? —dijo ella, lanzándole una ardiente mirada.

—No, señorita. Lamento tener que comunicarle que el señor Vereker ha sufrido un accidente.

Antonia frunció el ceño.

—¿Intenta decírmelo con suavidad? No se moleste. ¿Ha muerto o qué?

—Sí, señorita. Está muerto —respondió el inspector con una actitud más severa.

—¡Dios mío! —exclamó ella. La mirada furibunda la había abandonado; observó sucesivamente a ambos hombres. Dickenson se percató con escandalizado asombro de que en los ojos de la joven aparecía un destello—. Creí que pretendían llevarse a mi perro —señaló—. Siento haber sido un poco brusca. Anoche se metió en una pelea y la maldita estúpida dueña del otro perro lanzó toda clase de amenazas sobre él. ¿De verdad ha muerto mi hermanastro? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Un accidente de tráfico?

El inspector ya no tenía el más mínimo reparo en revelar la verdad.

—El señor Vereker fue asesinado —respondió sin rodeos y percibió con satisfacción que al menos parecía haber sobresaltado un poco a la joven, que palideció levemente y puso cara de no saber qué decir. Tras una breve pausa, añadió —: Se ha encontrado su cadáver en el cepo de Ashleigh Green esta madrugada a la una y cincuenta.

—¿Que han hallado su cadáver en el cepo? —repitió la joven—. ¿Quiere decir que alguien lo metió en el cepo y se ha muerto de miedo o de frío, o qué?

—Su hermanastro, señorita, murió a consecuencia de una puñalada en la espalda —explicó el inspector.

—¡Oh! —exclamó Antonia—. Horroroso.

—Sí —convino el inspector.

La joven alargó la mano mecánicamente hacia una cajetilla de cigarrillos abierta, y empezó a dar golpecitos con uno sobre la uña de su pulgar.

—Muy desagradable —comentó—. ¿Quién ha sido?

—La policía no dispone de esa información por el momento, señorita.

Antonia encendió el cigarrillo con una cerilla.

—Bueno, pues no he sido yo, si es eso lo que quieren saber. ¿Han venido a arrestarme o algo parecido?

—Desde luego que no, señorita. He venido con la única intención de realizar algunas averiguaciones. Cualquier cosa que pueda decirme para arrojar un poco de luz sobre...

—Lo siento —repuso ella negando con la cabeza—, pero no sé nada. Hacía meses

que no nos hablábamos.

—Perdone, señorita, pero si eso es cierto, ¿cómo es que se halla en casa del señor Vereker en estos momentos?

—Oh, muy fácil. Me escribió una carta que me sacó de mis casillas, así que vine hasta aquí para aclarar ciertas cosas con él.

—¿Puedo preguntarle si conserva esa carta, señorita?

—Sí, pero no pienso enseñársela, si eso es lo que quiere. Es estrictamente personal.

—Al parecer dicho asunto debía de ser muy urgente. ¿No estaría el señor Vereker el lunes de vuelta en Londres?

—Bueno, no me apetecía esperar hasta el lunes —reconoció Antonia—. No estaba en Eaton Place cuando llamé, así que vine a ver si lo encontraba aquí. Aunque tampoco di con él, me fijé en que las camas estaban hechas y había leche, mantequilla, huevos y otras cosas en la despensa, por lo que parecía bastante seguro que pensaba venir, así que me quedé a esperarlo. A medianoche, al ver que no aparecía me acosté porque pensé que era ya demasiado tarde y no iba a volverme a casa.

—Entiendo. Y no ha salido de casa desde... creo que ha dicho que eran sobre las siete de la tarde... ¿de ayer?

—Sí, pues claro que he salido de casa desde entonces —replicó ella con impaciencia—. Saqué a pasear al perro justo antes de acostarme. Fue entonces cuando tuvo la pelea. Un retriever de aspecto sarnoso lo atacó a unos quinientos metros de aquí. Lo dejaron todo lleno de sangre y de pelos, pero en realidad no fue nada grave.

El agente observaba al bull terrier, que vigilaba tumbado junto a la puerta.

—Entonces, ¿su perro no resultó herido, señorita? —aventuró.

—Apenas —replicó ella con expresión desdenosa—. Es un bull terrier.

—Pues resulta un poco extraño que su perro no recibiera también algún mordisco, señorita —dijo el agente, lanzando al inspector una mirada de desaprobación.

—No parece saber usted mucho de bull terriers —reprochó Antonia.

—Ya es suficiente, Dickenson —intervino el inspector, y volvió a dirigirse a la joven—. Tendré que pedirle, señorita, que sea usted tan amable de acompañarnos a comisaría. Como comprenderá, dado que es usted pariente del señor Vereker y que se encontraba en la casa en el momento de su muerte, el jefe de policía querrá tomarle declaración y recoger cuanta información pueda proporcionarle sobre el difunto...

—Pero ya le he explicado que no sé nada —protestó Antonia, irascible—. Además, si van a pedirme que haga declaraciones y firme papeles, tendré que llamar a un abogado para que impida que me incrimine a mí misma.

—Nadie quiere que haga eso, señorita —le aseguró el inspector en tono comedido

—. Pero sin duda comprenderá que la policía necesita reunir la mayor información posible. No creo que tenga nada que objetar a contarle al jefe de policía cuanto sabe de su hermano...

—¡Deje de llamarlo mi hermano! ¡Hermanastro!

—Le ruego que me perdone. Todo lo que sabe sobre su hermanastro, decía, y lo que hacía usted en el momento del asesinato.

—Bueno, eso ya se lo he contado a usted.

—Sí, señorita, y lo que quiero es que vuelva a contarlo todo con sus propias palabras en la comisaría, donde se recogerá taquigráficamente su declaración y luego se la entregará para que la lea, la corrija si lo desea y la firme. No hay nada de malo en eso, ¿no le parece?

La joven aplastó la colilla de su cigarrillo en el plato.

—A mí me parece que podría haber muchas cosas malas en eso —replicó ella con abrumadora franqueza—. Si va a investigar el asesinato de mi hermanastro, seguro que descubrirá un montón de bonitos detalles sobre nuestra familia, así que más vale que le diga de buen principio que detestaba a Arnold y que no lo he matado, pero no tengo coartada y, según lo veo, todo indica que soy la principal sospechosa. Así que, tanto si le importa como si no, no pienso decir nada hasta que hable con mi abogado.

—Muy bien, señorita, como quiera. Si me acompaña a Hanborough podrá llamar a su abogado desde la comisaría.

—¿Quiere decir que voy a tener que pasarme todo el día en una comisaría? —se indignó Antonia—. ¡Ni pensarlo! Tengo cita para comer en la ciudad a la una.

—Bueno, señorita —insistió el inspector, conciliador—, no es mi intención obligarla a prestar declaración si usted no lo desea, pero si se deja guiar por el sentido común y actúa razonablemente, creo que el jefe de policía no verá necesidad alguna de detenerla.

—¿Han traído una orden para arrestarme? —le espetó Antonia.

—No, señorita.

—Entonces no puede impedirme que vuelva a Londres.

El inspector dio muestras de impacientarse.

—¡Si sigue comportándose usted así pronto comprobará si puedo llevármela a la comisaría o no!

Antonia enarcó una ceja y echó un vistazo al perro.

—¿Quiere apostar? —preguntó.

—¡Vamos, señorita, no sea estúpida! —exclamó el inspector.

—¡Bueno, bueno! Al fin y al cabo, quiero saber quién mató a Arnold. He repetido a menudo que me gustaría hacerlo yo, pero no he llegado a matarlo, no sé por qué. ¿Le importa si me pongo la falda, o me va a llevar tal como estoy?

El inspector contestó que preferiría que se pusiera la falda.

—De acuerdo. Pero tendrán que recoger todo esto mientras me visto. Y entretanto, que uno de los dos busque el número del señor Giles Carrington en la guía y lo llame de mi parte para pedirle que venga de inmediato, porque me acusan de asesinato.

—Nadie la ha acusado de nada parecido, señorita, ¡ya se lo he dicho!

—Bueno, pues pronto lo harán —insistió Antonia con la mayor jovialidad.

Al ser entrevistada, la señora Beaton resultó una testigo decepcionante. El agente Dickenson había advertido al inspector que era una mujer poco habladora, pero éste pronto se dio cuenta de que su reticencia se debía más bien a una profunda ignorancia sobre las actividades del señor Vereker. Cuando Arnold Vereker se hallaba en la casa, no se requería de ella más que preparara el desayuno y limpiara la casa antes de irse a las doce. El señor Vereker casi siempre llevaba consigo una cesta con comida de Fortnum & Mason's, y a veces, cuando no iba solo, la señora Beaton ni siquiera llegaba a ver a sus invitados. El viernes había recibido un telegrama del señor Vereker para avisarle de que llegaría el sábado y que quizá lo haría acompañado, pero la señora Beaton no tenía la menor idea de quién era la visita, si era hombre o mujer, o a qué hora llegarían.

El jefe de policía adoptó una actitud paternal, con la que no consiguió hacer mella en Antonia Vereker, y con respecto a su declaración, no hubo más remedio que esperar la llegada del señor Giles Carrington. Por desgracia, cuando llamaron a la residencia del señor Carrington éste se hallaba jugando al golf, y aunque el criado que respondió al teléfono prometió llamar al club de golf de inmediato, no podían contar con que el mensaje le llegara antes de la hora de comer.

Tras confiar la custodia de la señorita Vereker al sargento de la comisaría, el inspector y el jefe de policía conferenciaron y pronto convinieron en que era aconsejable llamar a Scotland Yard de inmediato. No se habían hallado huellas en el cepo y la autopsia no había revelado mucho más que el examen preliminar del médico.

El sargento, que se tenía por un experto en perros, simpatizó mucho más con Antonia que el inspector. Se pasó media hora discutiendo con ella sobre los méritos del airedale comparado con el bull terrier, y le habría complacido continuar con la discusión indefinidamente, de no haber sido requerido por su trabajo. Antonia se quedó sola en una austera estancia con un par de periódicos dominicales y sus propios pensamientos. Su único visitante fue un joven agente bastante tímido, que le llevó una taza de té a las once.

Pasaba de la una cuando un coche aparcó frente a la comisaría y un hombre alto y ágil de treinta y tantos años entró y anunció, con tono agradable e indolente, que se llamaba Carrington.

Casualmente el inspector se hallaba en la zona de recepción en aquel momento, y saludó al recién llegado con alivio no exento de recelo. No le pareció que el señor Carrington tuviera mucho aspecto de abogado. Sin embargo, lo condujo al despacho del jefe de policía y lo presentó debidamente al coronel Agnew.

Había otra persona con el coronel, un hombre de mediana edad de sienes

levemente plateadas y un rostro cuadrado y afable, en el que unos ojos hundidos ocultaban su brillo bajo una aparente circunspección. El coronel estrechó la mano a Giles Carrington y se volvió hacia el otro hombre para presentárselo.

—Éste es el comisario Hannasyde, de Scotland Yard. Ha venido para investigar este caso, señor Carrington. Le he informado de los hechos como los conocemos por el momento, pero nuestra labor se ha visto... —dijo acompañándose de un carraspeo— obstaculizada por la negativa de su cliente a prestar declaración hasta que haya consultado con usted.

Giles estrechó la mano del comisario.

—Ustedes me perdonarán, pero no tengo la menor idea de qué caso se trata —explicó con franqueza—. El mensaje que me han transmitido, cuando estaba en el punto de salida del tercer hoyo, sólo decía que mi prima, la señorita Vereker, me necesitaba de inmediato en la comisaría de policía de Hanborough. ¿Se ha metido en algún lío?

—¡Su prima! —exclamó el coronel—. Creía que...

—Ah, también soy su abogado —declaró Giles Carrington sonriendo—. Bien, ¿cuál es el problema?

—Me temo que se trata de un asunto bastante grave —contestó el coronel—: la rotunda negativa de la señorita Vereker a colaborar con la policía mediante una declaración. Pero confío en que podrá usted persuadirla de que con esa actitud no hace más que perjudicarse a sí misma. Señor Carrington, en la madrugada pasada se halló al hermanastro de la señorita Vereker en el cepo de Ashleigh Green, muerto.

—¡Dios santo! —exclamó Giles Carrington, levemente escandalizado—. Cuando dice muerto, ¿a qué se refiere en concreto?

—A que lo han asesinado —respondió el coronel con claridad—. De una puñalada en la espalda.

Por un momento, se hizo el silencio.

—¡Pobre! —dijo Giles con el mismo tono con el que podría haber exclamado «¡Vaya!» o «¡Qué pena!»—. ¿Y han arrestado ustedes a la señorita Vereker?, ¿es eso?

—¡No, no, no! —negó el coronel, con cierta expresión de fastidio—. ¡A la señorita Vereker parece que se le ha metido esa ridícula idea en la cabeza, pero no! Ha admitido que pasó la noche en casa de su hermanastro, en Riverside Cottage, y nosotros sólo queríamos que nos dijera por qué estaba allí y qué hacía a la hora del asesinato. Siendo un pariente cercano del hombre asesinado, era razonable esperar que aportara toda la información de que dispusiera sobre las costumbres y amistades del señor Vereker. Pero se ha negado a soltar prenda, aparte de decirle al inspector Jerrold que detestaba a su hermanastro, que hacía meses que no se veían y que se ha presentado en Riverside Cottage con la intención de «aclarar ciertas cosas con él».

Por su expresión, Giles Carrington pareció entre compungido y regocijado.

—Creo que será mejor que hable con ella enseguida —anunció—. Me temo que le habrá hecho pasar a usted un mal rato, señor.

—En efecto —admitió el coronel—. Y creo que debería usted saber, señor Carrington, que su actitud ha sido extremadamente... ambigua, por no calificarla de otro modo.

—Estoy seguro —dijo Giles con tono comprensivo—. A veces puede resultar muy pesada.

—Señor Carrington —dijo de pronto el comisario, tras observar a Giles largamente—, ¿por casualidad no será usted también el abogado del señor Arnold Vereker?

—Lo soy —confirmó Giles—. Y también uno de sus albaceas.

—Bueno, coronel —dijo Hannasyde sonriendo—, debemos mostrarnos agradecidos con la señorita Vereker, ¿no cree? Es usted el hombre al que necesitaba ver, señor Carrington.

—Sí, hace rato que me he dado cuenta —convino Giles—. Pero creo que será mejor que primero hable con mi prima.

—Sin duda. ¡Señor Carrington! —Giles enarcó una ceja. El brillo de los ojos del comisario cobró intensidad—. Procure convencer a la señorita Vereker de que la policía no va a arrestarla sólo porque detestara a su hermanastro.

—Lo intentaré —prometió Giles con expresión seria—. Pero me temo que no tiene a la policía en gran estima. Verá, se dedica a criar bull terriers, y son muy combativos.

El comisario lo vio salir tras el inspector Jerrold, y se dio la vuelta para observar al coronel.

—Me gusta el tipo —dijo con tono decidido—. Me será de mucha ayuda.

—Bueno, esperémoslo —repuso el coronel—. Lo que más me ha llamado la atención es que se ha mostrado tan poco apenado por la muerte de su primo como la joven.

—Sí, a mí también me ha sorprendido. Al parecer, Arnold Vereker era de esa clase de hombres que tienen enemigos de sobra.

Entretanto, habían conducido a Giles Carrington hasta la sala donde esperaba Antonia. El inspector lo dejó en la puerta y Giles entró y cerró con firmeza.

—¡Hola, Tony! —saludó, con gran naturalidad.

Antonia, que se encontraba junto a la ventana y tamborileaba con los dedos sobre el cristal, se volvió rápidamente. Estaba un poco pálida y su expresión era de enfado, pero sus rasgos se suavizaron y sus mejillas recobraron en parte el color cuando vio a su primo.

—¡Hola, Giles! —saludó. Sus maneras sugerían apenas cierto bochorno—. Me alegro de que hayas venido. Han asesinado a Arnold.

—Sí, eso me han dicho —replicó él, acercando una silla a la mesa—. Siéntate y cuéntame qué tonterías has hecho.

—¡No tienes por qué suponer que he hecho tonterías, sólo porque estoy metida en un lío! —le espetó Antonia.

—No. Lo supongo porque te conozco muy bien, querida. ¿Y qué estás haciendo aquí, además? Creía que no te hablabas con Arnold.

—No, no me hablaba. Pero ocurrió algo y quise verlo enseguida, así que vine...

—¿Qué ocurrió? —la interrumpió él.

—Bueno, es un asunto privado. Lo que importa...

—No me vengas con ésas —replicó su primo—. Me has llamado para que te represente, Tony, así que debes confiármelo todo sin reservas.

Ella apoyó los codos sobre la mesa, el mentón sobre las manos enlazadas y lo miró frunciendo el ceño.

—No puedo, al menos no del todo. Sin embargo, no me importa contarte que la razón por la que quería ver a Arnold era porque había empezado a entrometerse en mi vida otra vez y que eso me había enfurecido.

—¿Qué había hecho?

—Me escribió una carta asquerosa sobre... —Se interrumpió—. Sobre mi compromiso —añadió al cabo de unos instantes.

—No sabía que estabas prometida —comentó Giles—. ¿De quién se trata en esta ocasión?

—¡No lo digas como si me hubiera prometido docenas de veces! Sólo es la segunda.

—Lo siento. ¿Quién es?

—Rudolph Mesurier.

—¿Te refieres a ese tipo moreno de la Arnold's Company?

—Sí. Es el jefe de contabilidad.

Se produjo una breve pausa.

—Ya sé que no viene al caso —se disculpó Giles—, pero ¿cómo se te ha ocurrido?

—¿Y por qué no habría de casarme con Rudolph si me apetece?

—No lo sé. Sólo quería saber cómo es que te apetece, nada más.

Antonia sonrió de repente.

—Eres malvado, Giles. Creo que debo casarme con alguien porque Kenneth se casará tarde o temprano, y no quiero quedarme atrás. —Una expresión de tristeza y desamparo se adueñó de Antonia—. Estoy harta de estar sola y de tener que cuidar de mí misma, y además Rudolph me gusta mucho.

—Entiendo. ¿Y Arnold se oponía?

—Por supuesto. La verdad es que creí que se alegraría de verse libre de sus

responsabilidades, porque lleva tiempo intentando casarme. Así que le escribí para anunciárselo, porque aunque tú dices que no soy razonable, sé muy bien que no puedo casarme ni hacer nada sin su consentimiento hasta que cumpla los veinticinco. Y en lugar de contestarme con su bendición, me mandó una carta repugnante y dijo que no quería ni oír hablar del asunto.

—¿Por qué?

—Sin ningún motivo. Puro esnobismo.

—¡Vamos, Tony! —exclamó Giles—. Conocía a Arnold y te conozco a ti. No digo que fuera de la clase de personas que suelo frecuentar, pero no era tan malo como pensáis Kenneth y tú. Sí, sé que los dos lo pasasteis muy mal con él, pero siempre he tenido la firme convicción de que en buena parte os lo buscasteis vosotros. Así que no me digas que se negó a aceptar tu matrimonio sin explicarte por qué. Es mucho más probable que no le importara un comino lo que hicieras.

—Bueno, no le gustaba Rudolph —reconoció Antonia, que empezaba a impacientarse—. Quería que me buscara mejor partido.

—Será mejor que me dejes leer esa carta —pidió Giles con un suspiro—. ¿Dónde está?

Su prima señaló el cenicero que había en un extremo de la mesa con una picara expresión de triunfo.

Giles observó las negras cenizas y luego miró a la joven con severidad.

—Tony, qué boba eres, ¿cómo se te ha ocurrido cometer semejante estupidez?

—¡Tenía que hacerlo, Giles, de verdad! Ya conoces esa costumbre nuestra de hablar sin pensar. Bueno, pues va y le suelto a esos policías que había recibido una carta de Arnold, y ellos enseguida han querido echarle la zarpa. Y no tenía nada que ver con el asesinato, era un asunto privado, así que la he quemado. No te servirá de nada preguntarme qué ponía, porque no pienso decírtelo. No era un tipo de carta que va enseñándose por ahí.

Giles la miró con el ceño fruncido.

—No me lo estás poniendo fácil, Tony. No puedo ayudarte si no confías en mí.

Antonia deslizó una mano en la de su primo en un gesto de confianza.

—Lo sé, y lo siento muchísimo, pero no hay nada que hacer. No es necesario que les digamos que la he quemado. Podemos tirar las cenizas por la ventana y fingir que se ha perdido.

—Bueno, cuéntame el resto —pidió Giles—. ¿Cuándo recibiste la carta?

—Ayer a la hora de cenar. Y llamé por teléfono a Eaton Place, pero Arnold no estaba, así que naturalmente supuse que había venido a Ashleigh Green con una de sus amiguitas. Saqué el coche y me vine en su busca.

—¡Por amor de Dios, Tony, olvida el tema de la amigueta! Ningún policía en su sano juicio va a creer que vendrías a hablar con Arnold si pensabas que estaba con

una mujer.

—¡Pues es cierto! —protestó ella, mirándolo, sorprendida.

—Sí, ya lo sé. Típico de ti. Pero no lo digas. No tenías la certeza de que hubiera una mujer con él, ¿no?

—No, pero me parecía probable.

—Entonces no lo menciones. ¿Qué pasó cuando llegaste a la casa?

—Nada. Arnold no estaba. Así que me metí por la ventana de la despensa y lo esperé. Ya sabes lo que ocurre cuando se hace algo así. No dejas de repetirte: «Bueno, esperaré media hora más», y el tiempo se te pasa volando. Y además, yo sabía que iba a venir, porque la casa estaba preparada. Bueno, al final él no apareció y a mí no me apetecía mucho que digamos volver en coche a Londres a esas horas, así que me fui a la cama.

—¿Puedes probar que no saliste de la casa durante la noche? —preguntó Giles.

—No, porque salí. Saqué a pasear a *Bill* hacia las once y media, y se peleó con un retriever.

—Eso podría servirnos. ¿Iba con alguien el retriever?

—Sí, una mujer que parecía una gallina mudando la pluma. Pero no nos servirá de nada, en realidad, más bien al contrario, porque fui caminando hacia el pueblo, hasta el cruce, y cuando me encontré con el tándem del retriever y la gallina ya estaba yo de vuelta. Así que me habría sido muy fácil haberle clavado el cuchillo a Arnold antes de encontrármelos. Y tal vez debería decirte que la falda se manchó de sangre del retriever y tuve que lavarla. Pues cuando ha venido la policía la había puesto a secar. Así que dadas las circunstancias y teniendo en cuenta que me he portado un poco mal con ellos al principio porque creía que habían venido a verme por lo de la pelea, tal vez los haya puesto en mi contra.

—No me sorprendería —dijo Giles—. Una pregunta más: ¿sabe Kenneth que estás aquí?

—No, la verdad es que no. Había salido cuando recibí la carta de Arnold. Pero ya lo conoces, seguro que ni se ha dado cuenta de que no estoy en casa. Y si se ha dado cuenta, simplemente supondrá que le dije que pasaría la noche fuera y que lo ha olvidado.

—No es eso lo preocupante. ¿Sabía alguien que ibas a venir aquí?

—Bueno, no dije nada a nadie —fue la práctica respuesta de Antonia. Miró a Giles con cierta inquietud—. ¿Crees que pensarán que lo he hecho yo?

—Espero que no. El que hayas pasado la noche en la casa debería ir en tu favor. Pero tienes que dejar de comportarte como una tonta, Tony. La policía quiere que expliques tus movimientos de anoche. Confiemos en que no insistan demasiado en la carta que te escribió Arnold. Por lo demás, no tienes nada que ocultar y debes contarles la verdad y responder a todas las preguntas que te formulen.

—¿Cómo sabes que no tengo nada que ocultar? —preguntó Antonia, mirándolo con expresión perversa—. Anoche no me habría importado asesinar a Arnold.

—Doy por sentado que no tienes nada que ocultar —replicó Giles con una leve acritud.

—El bueno de Giles —respondió su prima sonriendo—. ¿Odias verte mezclado en nuestros turbios asuntos?

—Se me ocurren muchas cosas que me gustan más. Será mejor que vengas conmigo al despacho del jefe de policía y le pidas perdón por tu comportamiento.

—¿Y para responder a un montón de preguntas? —inquirió ella, con escaso convencimiento.

—Sí, responde a todo, pero procura no perderte en detalles innecesarios.

—En ese caso —dijo ella, con nerviosismo patente—, será mejor que frunzas el ceño si lo hago. Ojalá pudieras declarar tú por mí.

—Sí, ojalá, pero no puedo —dijo Giles, poniéndose en pie para abrir la puerta—. Iré a comprobar si el jefe de policía está disponible. Quédate aquí.

Estuvo fuera unos minutos y regresó con el comisario y un agente. Antonia miró al agente con hondo recelo. Su primo le sonrió para tranquilizarla.

—Este es el comisario Hannasyde, Tony, de Scotland Yard.

—¡Qué... qué deprimente! —dijo Antonia, con un hilo de voz—. Es un trago especialmente amargo porque siempre he pensado en lo mucho que detestaría verme envuelta en un caso de asesinato y que le dieran la vuelta a cuanto dijera hasta lograr que pareciera que había dicho algo completamente distinto.

El comisario se inclinó para dar unas palmaditas a *Bill*.

—No voy a hacer nada semejante —prometió—. Sólo quiero que me cuente por qué fue a visitar a su hermano anoche y qué hizo exactamente.

Antonia respiró hondo.

—No era mi hermano —objetó—. Estoy más que harta de corregir ese error. ¡No éramos más que medio hermanos!

—Lo siento —se disculpó el comisario—. Verá, acabo de incorporarme a este caso, así que usted me perdonará si aún no conozco bien los detalles. ¿No quiere sentarse? Bien, según me ha contado el inspector Jerrold, vino usted a Ashleigh Green ayer porque quería ver a su hermanastro para tratar con él de un asunto privado. ¿Es correcto?

—Sí —contestó Antonia.

—Y cuando llegó a la casa, ¿qué hizo?

Antonia le informó de forma sucinta sobre sus movimientos. El comisario la animó a proseguir un par de veces con una pregunta, mientras el agente, que se había sentado junto a la puerta, tomaba rápidas notas taquigráficas. Los modales del comisario, al contrario que los del inspector, estaban tan libres de suspicacia, y su

manera de formular las demandas era tan tranquila y comprensiva, que la reticente reserva de Antonia pronto se esfumó. Cuando le preguntó si mantenía buenas relaciones con Arnold Vereker, ella respondió sin titubear:

—No, eran muy malas. Creo que no serviría de nada ocultarlo, porque todo el mundo lo sabe. Nos pasaba a los dos.

—¿A los dos?

—A mi hermano Kenneth y a mí. Vivimos juntos. Es artista.

—Entiendo. ¿La relación con su hermanastro era mala por alguna razón en concreto, o simplemente por cuestiones generales?

Antonia frunció la nariz.

—Bueno, más que una razón, había dos o tres. Él era nuestro tutor, pero ya había dejado de serlo de Kenneth, porque ya es mayor de veinticinco años. Yo vivía con mi hermanastro hasta hace un año, cuando decidí que no podía aguantarlo más y me fui a casa de Kenneth.

—¿Se opuso su hermano... hermanastro a que se fuera?

—Oh, no, en absoluto, porque acabábamos de tener una violenta disputa a causa de un repugnante comerciante con el que intentaba obligarme a casarme, y se alegró infinito de librarse de mí.

—¿Y ese desencuentro se prolongó?

—Más o menos. Bueno, no, en realidad no. Simplemente procurábamos no cruzar nuestros caminos. No quiero decir que no nos peleáramos cuando nos veíamos por casualidad, pero no por el comerciante o por haberme ido de Eaton Place, sino por cualquier otra cosa de las suyas.

Al comisario le brillaron los ojos.

—Dígame, señorita Vereker, ¿vino a Ashleigh Green con la intención de proseguir con una vieja disputa, o a iniciar una nueva?

—A iniciar una nueva. ¡Oh, no es justo! Ha logrado que hablara y no era eso lo que yo quería decir. No pienso firmar nada por el estilo.

—No se preocupe, no lo hará —le aseguró él—. Pero usted vino a verlo porque estaba enfadada con él, ¿no es así?

—¿Le dije eso al inspector? —quiso saber Antonia. Él asintió—. Bueno, pues entonces, sí.

—¿Por qué estaba usted enfadada, señorita Vereker?

—Porque había tenido la cara dura de asegurar que no permitiría que me casara con el hombre al que estoy prometida.

—¿Y quién es ese hombre? —inquirió el comisario.

—No veo qué tiene eso que ver.

—¿Es secreto tu compromiso, Tony? —intervino Giles Carrington.

—No, pero...

—Entonces no seas boba.

Antonia se ruborizó y se miró las manos.

—Se llama Mesurier —dijo—. Trabaja en la empresa de mi hermanastro.

—¿Y su hermanastro se oponía al compromiso?

—Sí, porque era un grandísimo esnob.

—¿Así que le escribió una carta prohibiendo el compromiso?

—Sí... es decir... sí.

El comisario esperó unos instantes.

—No parece muy segura sobre este punto, señorita Vereker.

—Sí, estoy segura. Lo escribí.

—Y creo que ha destruido la carta, ¿verdad? —dijo Hannasyde con parsimonia.

La mirada de Antonia se desvió rápidamente hacia el rostro del comisario; luego se echó a reír.

—Qué inteligente. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Por qué lo ha hecho, señorita Vereker?

—Bueno, sobre todo porque se trataba de una carta del tipo que impulsaría a cualquiera a cometer un asesinato, y he pensado que sería más seguro para mí —contestó Antonia con una candidez que desarmaba.

El comisario la miró pensativo durante un momento y luego se levantó.

—Creo que es una lástima que la haya destruido —afirmó—. Pero lo dejaremos correr por ahora.

—¿Va a arrestarme? —preguntó Antonia.

El comisario sonrió.

—Por el momento no. Señor Carrington, ¿podría hablar con usted?

—¿Puedo irme a casa? —preguntó Antonia, esperanzada.

—Por supuesto, pero primero quiero que firme la declaración, por favor. El agente la tendrá lista enseguida.

—¿Dónde está tu coche, Tony? —preguntó Giles—. ¿En la casa? Bueno, espérame aquí y te llevaré a recogerlo y a comer algo.

—Bueno, gracias a Dios —dijo Antonia—. Acabo de descubrir que llevo encima exactamente dos chelines y cinco peniques y medio, y necesito poner gasolina.

—¡Típico de ti, Tony! —exclamó Giles, y salió de la habitación detrás del comisario.

El jefe de policía Agnew se había ido a comer y su despacho estaba vacío.

—Tendré que revisar los documentos del difunto, señor Carrington —dijo Hannasyde, tras cerrar la puerta—. ¿Podría reunirse conmigo en casa del señor Vereker mañana por la mañana?

—Desde luego —respondió Giles, asintiendo.

—Y el testamento...

—A mi cargo.

—Tengo que pedirle que me permita verlo.

—Sería una pérdida de tiempo para usted y de energía para mí que yo protestara —dijo Giles, esbozando una sonrisa—. ¿No le parece?

—Gracias —dijo Hannasyde, dejando que también sus labios se curvaran levemente—. Lo sería, desde luego. —Sacó su libreta de notas y la abrió—. Tengo entendido que el difunto era presidente y director ejecutivo de la mina Shan Hills. ¿Es así?

—En efecto.

—¿Soltero?

Giles se sentó en el borde de la mesa.

—Sí.

—¿Podría decirme cuáles son sus parientes más cercanos?

—Tan sólo tenía a su hermanastro y su hermanastra. —Giles sacó un cigarrillo y dio unos golpecitos con él en la pitillera—. Arnold Vereker era el primogénito de Geoffrey Vereker y su primera mujer, la hermana de mi padre, Maud. Cumplió los cuarenta el pasado mes de diciembre. De ese matrimonio nació otro hijo, Roger, que tendría ahora treinta y ocho si estuviera vivo, pero gracias a Dios no lo está. No era el orgullo de la familia, precisamente. Supuso cierto alivio que desapareciera hace unos cuantos años. Se fue a Sudamérica y creo que se involucró en una revolución o algo así. El caso es que murió hace siete años. Kenneth Vereker y su hermana Antonia son los hijos del segundo matrimonio de Geoffrey Vereker. Su madre falleció poco después del nacimiento de Antonia. Mi tío murió un par de meses después de Roger, dejando a Arnold como tutor de sus hermanastros.

—Gracias, señor Carrington, sabía que me sería de gran ayuda. ¿Podría decirme qué clase de hombre era Arnold Vereker?

—Un hombre con talento para crearse enemigos —contestó Giles con prontitud—. Era brutal por naturaleza y, sin embargo, sabía resultar encantador cuando se lo proponía. Un tipo raro que a veces resultaba espantosamente vulgar. Sin embargo, en el fondo había algo en su personalidad que lo hacía muy agradable. Sus principales pasatiempos: las mujeres y ascender en la escala social.

—Creo que conozco a esa clase de hombres. Por lo que he averiguado, tenía bastante mala reputación por aquí.

—No me sorprende. Arnold jamás habría ido a un hotel a pasar el fin de semana por miedo a ser visto. Siempre quería quedar bien a los ojos del mundo. De ahí que acudiera a Riverside Cottage. Por cierto, ¿se sabe si anoche lo acompañaba una de sus amiguitas?

—Se sabe muy poca cosa, señor Carrington. Aún no hemos encontrado su coche, por lo que cabe la posibilidad de que el asesino de su primo, fuera quien fuera, presumiblemente se llevara el vehículo.

—Bien pensado —aprobó Giles.

El comisario sonrió levemente.

—¿Comparte usted la antipatía de la señorita Vereker hacia su primo?

—Más o menos. Y tengo una de esas coartadas impecables que según creo lo convierten a uno inmediatamente en sospechoso. Estaba jugando al bridge en casa de mi padre en Wimbledon Common.

El comisario asintió.

—Una pregunta más, señor Carrington. ¿Podría decirme algo sobre ese tal... —consultó su libreta—. Mesurier?

—Me temo que no sé nada de él, salvo que es el jefe de contabilidad de la empresa de mi primo. Apenas lo conozco.

—Comprendo. Creo que no será preciso retenerlo más. Querrá llevarse a la señorita Vereker cuanto antes. ¿Nos vemos mañana en Eaton Place, pongamos a las diez?

—Sí, por supuesto. Será mejor que le dé mi tarjeta, por cierto. Le agradecería que me mantuviera informado.

Tendió la mano al comisario, que la estrechó brevemente y abrió la puerta para cederle el paso.

Antonia estaba empolvándose la cara cuando Giles se reunió con ella.

—Hola —dijo—. Empezaba a creer que me habías abandonado. ¿Qué quería?

—Comentar un par de detalles. Soy el albacea de Arnold, ya sabes. Ven, vamos a comer algo.

La señorita Vereker tenía apetito, que ni siquiera disminuyó cuando se enteró de que tal vez habría de presentarse a la pesquisa judicial. Ingirió una comida copiosa y a las tres se encontraba de vuelta en Riverside Cottage, sacando su coche del garaje marcha atrás.

—¿Tú también vuelves a la ciudad? —preguntó a su primo.

—Sí, en cuanto averigüe la fecha de la pesquisa judicial. Iré a veros esta noche para hablar con Kenneth. ¡Cuidado con el rosál!

—Hace más de un año que conduzco este coche —dijo Antonia, ofendida.

—Ya se nota —comentó Giles con la mirada fija en un guardabarros abollado.

Antonia puso primera bruscamente e inició la marcha con una sacudida. Se alejó y esquivó el poste de la verja por los pelos, mientras era observada por su primo. Giles se subió entonces a su coche y volvió a Hanborough.

Transcurrida más de una hora, Antonia entraba en el estudio que compartía con su hermano, al que encontró en bata, con una taza de té en una mano y una novela en la otra. Era un joven apuesto de alborotados cabellos negros y los mismos ojos brillantes de su hermana, que alzó del libro cuando ella entró.

—¡Hola! —saludó con tono indiferente, y siguió leyendo.

Antonia se quitó el sombrero y lo lanzó volando hacia una silla. El sombrero cayó al suelo, pero aparte de echar una maldición, la joven no hizo nada al respecto.

—Deja de leer. Tengo que darte una noticia —anunció.

—Cállate —replicó su hermano—. Esta novela de asesinatos es apasionante. No tardaré mucho en acabarla. Tómame un té o cualquier otra cosa.

Respetando la absorta concentración de su hermano, Antonia se sentó y se sirvió un té en el recipiente para echar los posos. Kenneth Vereker terminó de leer el último capítulo de su novela y la arrojó a un lado.

—Malísima —comentó—. Por cierto, Murgatroyd se ha pasado el día dándome la lata porque no sabía dónde estabas. ¿Me lo habías dicho, por casualidad? Que me aspen si lo recuerdo. ¿Y dónde estabas?

—En Ashleigh Green. Arnold ha sido asesinado.

—¿Que Arnold ha sido qué?

—Asesinado.

Kenneth la miró con las cejas muy arqueadas.

—¿Es una broma?

—No, lo han asesinado de verdad. Ha estirado la pata.

—¡Por todos los diablos! —exclamó él—. ¿Quién ha sido?

—No lo saben. Creo que se inclinan a pensar que he sido yo. Alguien le clavó un cuchillo y lo metió en el cepo en Ashleigh Green. Yo había ido a verlo y he pasado la noche allí.

—¿Para qué demonios fuiste a verlo?

—Oh, me escribió una carta repugnante sobre Rudolph, así que se me ocurrió ir a aclarar las cosas con él. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que ha muerto.

Kenneth la contempló en silencio por un instante. Luego depositó la taza cuidadosamente y se sirvió más té.

—Pasmoso. No sé si acabo de creerlo. Oh, Murgatroyd, Tony dice que han matado a Arnold.

Una mujer robusta con vestido negro y un voluminoso delantal había entrado en la habitación con una taza limpia y un platillo.

—Pues si eso es cierto —dijo con severidad—, sólo puedo decir que ha recibido su merecido. Pero no hay necesidad de que nadie se tome el té en el recipiente para los posos. ¡Qué vergüenza, señorita Tony! ¿Y dónde estaba usted anoche, si puede saberse? ¡Responda!

—En la casa de campo de Arnold. Olvidé decírselo. ¡Qué retorcida es usted, Murgatroyd! ¿Dónde creía que estaba?

—Pues no tenía ni idea. ¿Y qué es ese disparate sobre el señor Arnold?

—Lo han asesinado —explicó Antonia, eligiendo un sándwich del plato—. ¿De qué es?

—De pescado apestoso —contestó su hermano—. Sigue con lo de Arnold. ¿Lo asesinaron en la casa?

—Los sándwiches llevan anchoas, ¡y le agradecería que no usara ese lenguaje, señorito Kenneth!

—Ya te he dicho antes que estaba en el cepo del pueblo. No sé nada más.

—¡Y ya es bastante! —comentó Murgatroyd con aire grave—. ¡Jamás había oído cosa semejante! ¡Poner cadáveres en los cepos! ¡Qué vendrá después!

—No es de muy buen gusto, no —admitió Kenneth—. ¿Lo encontraste tú, Tony?

—No, la policía. Y vinieron a la casa y luego me llevaron a la comisaría para prestar declaración. Así que mandé llamar a Giles porque me pareció que sería lo más conveniente.

—Y espero —dijo Murgatroyd, recogiendo el sombrero de Antonia— que el señor Giles le haya dicho lo que piensa, que seguro que lo ha hecho. ¡Mira que mezclarse en feos asuntos de asesinatos! ¡Y resulta que alguien va y asesina al señor Arnold! No sé adonde vamos a ir a parar, la verdad. Porque a menudos extremos estamos llegando, vamos. Si ha terminado con esa bandeja, me la llevaré a la cocina, señorita Tony.

Antonia apuró el té del recipiente para los posos y lo depositó sobre la bandeja.

—Bien. Habrá una pesquisa judicial, Ken. Giles dice que seguramente tendré que asistir. Va a venir a verte esta noche.

—¿A mí? —Su hermano la miró, sorprendido—. ¿Para qué?

—No se lo he preguntado.

—Bueno, no me importa que venga si quiere, pero por qué demonios... —Se interrumpió y de repente bajó las piernas del brazo de la butaca en la que estaba repantigado—. ¡Ja! Lo tengo.

—¿El qué tienes?

—Soy el heredero.

—Sí, es verdad —dijo Antonia despacio—. No lo había pensado.

—Ni yo, pero según el testamento de nuestro padre, he de serlo. ¡Doscientas cincuenta mil libras! ¡Tengo que ir a ver a Violet para decírselo! —Se puso en pie de

un salto, pero su hermana lo detuvo.

—¡Tonterías! ¿Cómo lo sabes?

—Porque hice mis averiguaciones cuando Arnold se negó a adelantarme unas miserables quinientas libras. ¡Murgatroyd, Murgatroyd! ¡Soy rico! ¿Me oye? ¡Rico!

Murgatroyd, que había vuelto a entrar en la habitación para doblar el mantel, replicó:

—Sí, lo oigo, y si quiere un consejo, señorito Kenneth, haría bien en morderse la lengua. ¡Mira que ponerse a gritar que es rico después de cómo ha muerto su hermanastro!

—¿A quién le importa cómo haya sido mientras esté muerto? ¿Cuál es el número de Violet?

—¡No me gusta que hable así, señorito Kenneth! ¿Cómo le sentaría que le clavaran un cuchillo en el cuerpo? Una forma horrible y solapada de matar a alguien, eso es lo que me parece a mí.

—Pues yo tengo otra opinión —protestó Kenneth—. No es peor que matar a alguien de un disparo, y es mucho más sensato. Para empezar, los disparos son ruidosos y, además, se deja la bala dentro del cuerpo y por ahí siguen tu rastro. Mientras que un cuchillo no deja nada detrás y es fácil deshacerse de él.

—¡No sé cómo puede decir esas cosas y quedarse tan tranquilo! —exclamó Murgatroyd, indignada—. ¡Es una indecencia, vaya si lo es! ¡Y por muy bien que me lo presente, no va a conseguir que cambie de idea, ya lo creo que no! ¡Apuñalar a la gente es un asunto sucio y mezquino!

Kenneth se encaró con ella, gesticulando exageradamente, como de costumbre.

—¡No es más sucio ni mezquino que cualquier otro! ¡Me pone enfermo con esas bobadas sensibleras! ¿Cuál es el número de Violet?

—No hace falta que te enfades tanto —intervino Antonia—. Personalmente, estoy de acuerdo con Murgatroyd.

—A la gente que empieza una frase con personalmente, y siempre son mujeres, deberían arrojarla a los leones. Es una costumbre repulsiva.

—Es muy probable que me la haya pegado Violet —dijo Antonia con tono pensativo.

—¡No hables de Violet! ¿De verdad lo dice?

—A menudo.

—Hablaré con ella. Por enésima vez, ¿cuál es su número?

—Cero cuatro nueve seis, o algo así. Será mejor que lo mires. ¿Alguno de los dos ha sacado de paseo a los perros esta mañana? —preguntó Antonia.

—¿Sacar de paseo a los perros? Pues claro que no —repuso Kenneth, pasando rápidamente las hojas del listín telefónico—. ¡Maldición, alguien tendrá que hacer esto por mí! ¡Hay varias páginas de Williams! Maldita muchacha, ¿por qué ha de

tener un apellido como ése?

—No es necesario que reniegue —dijo Murgatroyd—. Tiene que buscar la inicial. No, señorita Tony, sabe muy bien que si algo no hago es sacar a esos perros asesinos suyos a la calle. Si se libra de ellos y se busca un bonito y pequeño fox-terrier, ya veremos.

—Oh, entonces será mejor que me los lleve ahora —replicó Antonia, y volviendo a ponerse el sombrero salió tranquilamente.

El apartamento, que se encontraba sobre un garaje, tenía un pequeño patio anexo al que se accedía por una escalera de hierro desde la cocina. Una puerta del garaje, que Antonia había alquilado y se había convertido en una espaciosa perrera, daba al patio. Lo ocupaban tres bull terrier hembras que saludaron a su ama con su habitual carácter bullicioso. Antonia les ató la correa a las tres, llamó a *Bill* a su lado, y se disponía a salir, cuando Murgatroyd apareció en lo alto de la escalera de hierro para pedirle que comprara media docena de huevos si por casualidad pasaba por una vaquería.

—Apuesto diez a uno a que tendremos a la señorita Williams a cenar —dijo Murgatroyd con tono apesadumbrado—. ¡Si lo viera su madre se revolvería en la tumba! ¡Esa chica y sus dibujos para carteles! ¿Y qué le va a impedir al señorito Kenneth casarse con ella ahora que el señor Arnold ya no está?

—Nada —contestó Antonia, resistiéndose a los envites de una de las perras, que le enredaba la correa entre las piernas.

—Eso es lo que yo digo —coincidió Murgatroyd—. Nunca llueve a gusto de todos.

Antonia la dejó sumida en sus cavilaciones y emprendió la marcha en dirección al Embankment. Regresó una hora más tarde sin haberse acordado de los huevos. Después de dar de comer a los perros, subió corriendo a la cocina, donde encontró a Murgatroyd preparando la repostería. Una joven rubia de sagaces ojos grises y el mentón algo cuadrado estaba sentada con los codos apoyados en la mesa, observando a Murgatroyd. Sonrió al ver a Antonia.

—¡Hola! —dijo—. Sólo he entrado a saludar.

—No he traído los huevos —anunció Antonia.

—No importa, los he traído yo —repuso la otra joven—. Me han dicho que han asesinado a tu hermanastro. No hace falta que te dé el pésame, ¿no?

—No. ¿Está por aquí nuestra delicada Violet?

—Sí —contestó Leslie Rivers con voz muy firme—. Así que no voy a quedarme.

—De todas formas no puedes, no hay suficiente comida. ¿Has visto a Kenneth?

—Sí —volvió a responder Leslie—. Está con Violet. Supongo que será inútil cuanto yo diga, pero si Kenneth no se anda con cuidado, acabará en chirona. Yo diría que la policía sospechará que ha asesinado a vuestro hermanastro.

—No. Sospechan que lo he asesinado yo. Kenneth no estaba allí.

—No tiene coartada —afirmó Leslie con gran naturalidad—. No parece darse cuenta de que, siendo el heredero de semejante fortuna y estando tan endeudado, todo apunta a que ha sido él.

—Aun así estoy segura de que no ha sido él —replicó Antonia.

—El problema es que tal vez resulte difícil demostrarlo.

—No sé si habría podido hacer algo así —comentó Antonia pensativa.

Murgatroyd dejó caer el rodillo de amasar con estrépito.

—¡En mi vida he visto nada igual! ¿Qué se le ocurrirá después, señorita Tony? Hablar de ese modo de su propio hermano, que no le haría daño ni a una mosca.

—Si participara en un concurso de espantar moscas, ganaría él —comentó Antonia con tino—. No digo que matara a Arnold, sólo me preguntaba si sería capaz de hacerlo. Yo creo que sí. ¿Y tú, Leslie?

—No lo sé. Es un hombre muy raro. No, por supuesto que no. ¡Qué burradas dices, Tony! Me voy.

Cinco minutos más tarde, Antonia entró tranquilamente en el estudio y saludó a la joven que estaba sentada en la butaca grande con una seca inclinación de la cabeza.

—¡Hola! ¿Has venido a celebrarlo?

La señorita Williams alzó sus aterciopelados ojos castaños hacia el rostro de Antonia y se alisó los lacios y brillantes cabellos negros con una de sus cuidadas manos.

—Tony, querida, creo que no deberías hablar así —dijo—. Personalmente, siento...

—¡Dios santo, tenías razón! —exclamó Kenneth—. Tesoro mío, ¿de dónde has sacado esa salvaje costumbre? ¡No digas «personalmente», te lo imploro!

Un suave rubor tiñó las blancas mejillas.

—¡Pero bueno, Kenneth! —le reprochó la señorita Williams.

—Por amor de Dios, no hieras sus sentimientos —rogó Antonia—. No pienso soportar una de vuestras repugnantes reconciliaciones durante la cena. Y ya puestos, ¿quién diablos te ha dicho que me interesa saber cómo crees que debo hablar, Violet?

—Supongo que tengo derecho a opinar, ¿no? —respondió la señorita Williams con suavidad, entornando los ojos castaños.

—Estás preciosa cuando te enfadas —dijo Kenneth de repente—. Vamos, Tony, dile algo más.

Los bonitos labios de la señorita Williams se entreabrieron y mostraron unos dientes pequeños y muy blancos.

—Creo que ambos sois horribles y me niego en redondo a discutir con vosotros. ¡Pobre de mí! ¿Qué posibilidades tengo frente a dos personas a la vez? ¡Qué espanto que estuvieras en casa del señor Vereker cuando ocurrió todo, Tony! Debió de ser

horrendo. No quiero ni pensarlo. ¡Cambiemos de tema!

—¿Por qué no quieres pensarlo? —preguntó Kenneth, más interesado que crítico—. ¿Te molesta la sangre?

—¡Kenneth, no, por favor! —exclamó ella, estremeciéndose—. De verdad, no lo soporto.

—Como quieras, tesoro, aunque no acierto a comprender por qué ha de repugnarte tanto la idea de que hayan apuñalado a Arnold. Si ni siquiera lo conocías.

—Oh, no, no lo habría reconocido si me lo hubiera encontrado —confirmó Violet—. No es eso. Sencillamente no me gusta hablar de cosas truculentas.

—Está siendo femenina —explicó Antonia. Sus ojos se posaron sobre un par de botellas de cuello dorado—. ¿De dónde demonios han salido?

—Se las he sacado a Frank Crewe —contestó Kenneth—. Tenemos que celebrarlo.

—¡Kenneth! —exclamó Violet.

—No pasa nada —la tranquilizó Antonia—. Se refería a su acceso a la riqueza.

—¡Pero no se puede beber champán cuando han asesinado al señor Vereker! ¡No es decente!

—Puedo beber champán siempre que quiera —replicó Antonia—. ¿Qué te has hecho en las uñas?

Violet extendió las manos.

—Esmalte plateado. ¿Te gusta?

—No —respondió Antonia—. Kenneth, si eres el heredero tendrás que pasarme una asignación porque quiero un coche nuevo.

—De acuerdo, lo que tú quieras —aceptó Kenneth.

—Sin duda habrá que pagar el impuesto de sucesión —señaló Violet con espíritu práctico—. Es absolutamente vergonzoso lo que hacen pagar. De todas formas, también está la casa. Será tuya, ¿no, Kenneth?

—¿Te refieres a esa barraca en Eaton Place? —preguntó Kenneth—. ¿No creerás que voy a vivir en un establo como ése?

—¿Y por qué no? —Violet se irguió, mirándolo con fijeza—. Está en un sitio increíblemente elegante.

—¿Y a quién le interesa un sitio increíblemente elegante? Si hubieras estado alguna vez en esa casa no me pedirías que viviera allí. Hay alfombras turcas y un montón de muebles estilo imperio, y paneles de seda de color rosa en el salón, y una araña de cristal y mesas de mármol con patas doradas.

—Siempre podríamos deshacernos de lo que no nos guste, pero la verdad es que a mí me gustan las cosas bonitas, es decir, las cosas buenas.

—¿Alfombras turcas en la escalera y espejos dorados? —preguntó Kenneth con incredulidad.

—No veo por qué no.

—Querida, tienes un gusto lamentable.

—No entiendo por qué tienes que ser grosero porque me gusten cosas que a ti no te gustan. Creo que las alfombras turcas dan calidez... y parecen caras.

Antonia estaba mezclando los ingredientes para los cócteles, pero posó la botella de ginebra que sujetaba y fijó su clara mirada en Violet.

—Te da igual que las cosas sean agradables a la vista o no, mientras apesten a dinero —comentó.

Violet se levantó con presteza, pero también con elegancia.

—Bueno, ¿y qué pasa si me gusta el lujo? —dijo endureciendo un poco el tono, pero sin levantar la voz—. ¡Si hubieras nacido con el gusto por las cosas bonitas, y jamás hubieras dispuesto de un penique para gastar por el que no hubieras tenido que trabajar como un esclavo, sentirías lo mismo! —Una de sus largas y hábiles manos sacudió desdeñosamente la falda de su vestido—. ¡Incluso la ropa me la coso yo misma! Y yo quiero... quiero modelos de París y pieles elegantes, y que me peinen cada semana en Eugenes y... bueno, ¡todas las cosas bonitas que vuelven la vida agradable!

—Bueno, no hace falta que te pongas melodramática —le recomendó Antonia, impasible—. Tendrás todo eso si Kenneth llega realmente a heredar.

—Por supuesto que voy a heredar —dijo Kenneth con impaciencia—. ¡Apresúrate con las bebidas, Tony!

Antonia dejó de pronto la botella de ginebra.

—No puedo. Hazlo tú. Acabo de recordar que hoy tenía que comer con Rudolph. He de telefonarle. —Descolgó el auricular y marcó el número—. ¿Sabes si me ha llamado?

—No. No creo. ¿Cuánta ginebra has puesto?

—Montones... Hola, ¿es el domicilio del señor Mesurier? Ah, ¿eres tú, Rudolph? Mira, lo siento de verdad. ¿Me has esperado mucho rato? Pero no ha sido culpa mía. Te lo prometo.

Al otro lado del hilo telefónico se produjo una brevísima pausa. Luego una voz de hombre de textura ligera, bastante nasal y metálica, al estilo de las voces modernas, replicó con tono vacilante:

—¿Eres tú, Tony? No te he entendido... la línea no se oye bien. ¿Qué decías?

—¡La comida! —exclamó Antonia, vocalizando.

—¿La comida? ¡Oh, Dios mío! ¡Se me ha olvidado por completo! ¡Estoy absolutamente desolado! No sé cómo he podido...

—¿No has ido? —preguntó Antonia.

Hubo otra pausa.

—Tony, querida, la línea está fatal. No entiendo nada de lo que dices.

—Cállate, Rudolph. ¿Te has olvidado de que íbamos a comer juntos?

—¿Podrás perdonarme, querida? —suplicó la voz.

—Oh, sí —contestó Antonia—. Yo también me he olvidado. Por eso te llamaba. Estaba en casa de Arnold, en Ashleigh Green y...

—¿Ashleigh Green?

—Sí, ¿por qué te espantas tanto?

—No me espanto, pero, por todos los santos, ¿a qué has ido allí?

—No puedo contártelo por teléfono. Será mejor que vengas. Y tráete algo de comida; aquí no hay nada prácticamente.

—¡Pero Tony, espera! No entiendo qué hacías en Ashleigh Green. ¿Ha ocurrido algo? Quiero decir...

—Sí. Han matado a Arnold.

Se hizo otro silencio.

—¿Matado? —repitió la voz—. ¡Dios mío! No querrás decir que lo han asesinado, ¿no?

—Por supuesto que sí. Tráete carne fría o algo, y ven a cenar. Habrá champán.

—Cham... ¡Oh, de acuerdo! Quiero decir, muchas gracias, ahora voy —dijo Rudolph Mesurier.

A continuación, Kenneth, agitando los cócteles como un profesional, comentó:

—De todo lo cual deduzco que el novio se halla en camino. ¿Estará de buen humor, Tony?

—¡Oh, ya lo creo! —aseguró Antonia, risueña—. No podía ver a Arnold ni en pintura.

En el apartamento de los Vereker no había más sala de estar que el gran estudio. La cena se sirvió sobre un lado de la mesa negra de roble, después de retirar una tralla, dos tubos de pintura, *The Observer* (abierto y doblado por la página del crucigrama de Torquemada), el *Chambers's Dictionary*, *The Times Atlas*, una obra de Shakespeare y el *Oxford Book of Verse*. Mientras Murgatroyd salía y entraba ruidosamente del estudio con bandejas y vasos, Kenneth echaba una última mirada al crucigrama a medio acabar y anunciaba, como siempre acostumbraba, que no pensaba hacer ninguno más en toda su vida. Rudolph Mesurier, que había llegado con un pastel de ternera y jamón y media barra de pan, dijo que conocía a un hombre que lo completaba entero en veinte minutos, y Violet, que se empolvaba la cara cuidadosamente delante de un espejo veneciano, aseguró que en su opinión era necesario tener la mente de Torquemada para ser capaz de descifrar uno de sus crucigramas.

—¿De dónde han salido esas botellas? —quiso saber Murgatroyd, paralizada ante la visión de sus opulentos cuellos dorados.

—Sobraron de la fiesta de Frank Crewe de la semana pasada —explicó Kenneth.

Murgatroyd se sorbió la nariz ruidosamente y dejó un plato sobre la mesa con innecesaria violencia.

—¡Menuda idea! —exclamó—. Cualquiera diría que estamos celebrando el velatorio.

Los dos visitantes se sintieron incómodos. Violet frunció su bonita boca en un remilgado mohín y carraspeó, al tiempo que Rudolph Mesurier se toqueteaba la corbata.

—Es horrible lo del señor Vereker —dijo torpemente—. Me refiero a que parece imposible que haya pasado algo así.

Violet se volvió hacia él agradecida y le obsequió con una de sus parsimoniosas y encantadoras sonrisas.

—Sí, ¿verdad? Yo no lo conocía, pero me pongo enferma cada vez que lo pienso. Desde luego, dudo de que Ken y Tony lo hayan asimilado todavía, por lo menos del todo.

—Ah, ¿no, tesoro? —dijo Kenneth con sorna.

—Kenneth, por mal que te llevaras con el pobre señor Vereker cuando estaba vivo, creo que al menos podrías fingir que lamentas su muerte.

—Es inútil —dijo Antonia, extrayendo olivas de un frasco alto—. Será mejor que nos aceptes tal como somos, Violet. Jamás lograrás enseñar a Kenneth a no decir justo lo que se le pase por la cabeza.

—Bueno, pues no creo que sea un buen plan —replicó Violet con cierta frialdad.

—Eso es sólo porque ha dicho que ese sombrero verde tuyo parecía una gallina con un síncope. Además, no es un plan, es una enfermedad. ¿Una oliva, Rudolph?

—Gracias. —Rudolph se desplazó hacia el extremo más alejado del estudio, donde Antonia estaba sentada en una esquina de la mesa. Al sacar la oliva de la punta de la brocheta de carne que había elegido ella para la tarea, la miró a la cara y dijo en voz baja—: ¿Cómo ha sido? ¿Por qué estabas allí? No acabo de entenderlo.

Ella lo miró a su vez.

—Por nosotros. Le escribí para comunicarle que íbamos a casarnos, pensando que le alegraría y que seguramente nos haría un buen regalo.

—Sí, lo sé. Ojalá me lo hubieras consultado primero. No tenía la menor idea...

—¿Por qué? —lo interrumpió Antonia—. ¿Se salía del plan previsto?

—¡No, no! ¡No, por Dios! Estoy completamente loco por ti, cariño, pero no era el momento. Mira, ya sabes que ando apurado ahora mismo, y un tipo como Vereker sin duda daría por sentado que voy detrás de tu dinero.

—No tengo dinero. A quinientas libras al año no puede llamársele dinero. Además, algunas cosas no producirán dividendos este año, así que prácticamente soy pobre.

—Sí, pero él tenía dinero. De todas formas, preferiría que no hubieras actuado como lo hiciste porque la verdad es que me has metido en un lío. Bueno, supongo que no del todo exactamente, pero ahora sin duda saldrá a la luz que tuvimos una pequeña pelea el mismo día en que fue asesinado.

Antonia levantó la vista y luego miró a los otros dos, que estaban al otro lado de la habitación, en apariencia absortos en una discusión.

—¿Cómo sabes qué día lo asesinaron? —preguntó sin rodeos.

Los ojos de Rudolph, de un azul intenso y ribeteados de negras pestañas, adoptaron de inmediato una expresión sobresaltada.

—Pues... me lo has dicho tú, ¿no?

—No —rechazó Antonia.

Él soltó una risita indecisa.

—Sí, sí que lo has hecho. Por teléfono. Te has olvidado. Pero te haces cargo de la posición en que me encuentro, ¿no? Por supuesto que no es importante en realidad, pero seguro que a la policía le parecerá un poco sospechoso, y nadie desea verse mezclado en ese tipo de asuntos. Me refiero a que en mi situación uno tiene que mostrarse más bien cauto.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Antonia—. Es de mí de quien sospechan. Yo estaba allí.

—Tony, de verdad que no lo entiendo. ¿Por qué estabas allí? ¿En qué estabas pensando para acudir a Riverside Cottage? Hacía meses que no te hablabas con Vereker, y de repente te vas corriendo a pasar el fin de semana con él. ¡No le

encuentro el menor sentido!

—Pues lo tiene. Arnold me escribió una carta repugnante desde la oficina ayer sábado por la mañana y me llegó el mismo día. Fui a verlo para plantarle cara.

—¡Ah, qué encanto! —dijo Mesurier, apretando una mano de la joven—. No es necesario que digas nada. Seguro que te contaba alguna calumnia sobre mí. ¡Me lo imagino! Pero no deberías haberlo hecho, amor mío. Sé cuidar de mí mismo.

—Sí, lo supongo —replicó Antonia—. Aun así no podía permitir que Arnold divulgara mentiras sobre ti.

—¡Cariño! ¿Qué te contó?

—No me contó nada en concreto porque no llegué a verlo. Me escribió unas cuantas hojas repletas de estupideces, todas referidas a lo deprisa que iba a enterarme de la clase de canalla con quien quería casarme, y asegurando que eras un sinvergüenza y otras lindezas por el estilo.

—¡Caramba, qué cerdo! —exclamó Mesurier, ruborizándose—. Claro, se dio cuenta de que dentro de un año ya no podría impedir que nos casáramos, así que intentó desacreditarme. ¿Tienes la carta?

—No, la he quemado. He pensado que sería más seguro.

Rudolph la miró de hito en hito.

—¿Por si acaso la policía le echaba la vista encima? No me estarás ocultando nada, ¿verdad, cariño? Si Vereker formuló alguna acusación en concreto, desearía que me lo dijeras.

—No hizo ninguna. —Antonia se levantó de la mesa cuando Murgatroyd entró en el estudio y miró a su hermano—. Si habéis terminado de pelearos, la cena está lista. —Lo pensó mejor y añadió a conciencia—: Y aunque no hayáis terminado, también.

Kenneth se acercó a la mesa.

—He vuelto a hacer que se enfade, ¿verdad, mi amor? ¿Dónde están el aceite y el vinagre?

—No estoy enfadada —negó Violet con tono triste—. Sólo dolida.

—¡Adorada mía! —dijo él contrito, pero con una picara sonrisa.

—Sí, eres muy gentil —dijo Violet, ocupando su sitio en la mesa—, pero a veces pienso que sólo te intereso por mi atractivo físico.

Él le lanzó una de sus brillantes miradas, entre burlona y seria.

—Adoro tu atractivo físico.

—Gracias —replicó Violet secamente.

—En realidad no es tan atractiva —señaló Antonia, peleándose con el duro asado de pollo frío—. Para empezar, tiene los ojos demasiado separados, y no sé si te has dado cuenta, pero un lado de su cara es menos atractivo que el otro.

—¡Pero fíjate en el encantador perfil de la mandíbula! —dijo Kenneth, soltando la cuchara de madera de la ensalada para trazar la línea en el aire con el pulgar.

—¡Basta ya! —protestó Violet. Lanzó una mirada provocativa a Mesurier, que estaba sentado frente a ella, y añadió—: ¿Verdad que son horribles? ¿No cree que estamos siendo increíblemente valientes al casarnos con ellos?

Él respondió con otro comentario por el estilo y siguieron con un intercambio de chanzas desenfadadas durante toda la comida. Los esfuerzos por atraer a los dos hermanos a la conversación no tuvieron mucho éxito. Kenneth tenía una expresión ceñuda, que Violet conseguía provocar siempre que coqueteaba con otro hombre; y cuando Violet apeló a Antonia para asegurar a Mesurier que el rojo no le sentaba de fábula, sino que, muy al contrario, la afeaba, ella respondió con tan desastrosa franqueza que el tema se interrumpió como un hilo bruscamente cortado.

—Es artista, ¿verdad? —se apresuró a preguntar Rudolph a Violet.

—No —intervino Kenneth.

—Bueno, puede que no sea una artista como lo entendéis vosotros los intelectuales... —dijo Violet.

—No lo eres. No sabes dibujar.

—Gracias, querido. Pero me gano la vida con eso —repuso la joven Violet con dulzura—. La verdad es que diseño carteles y hago trabajos publicitarios, señor Mesurier. Descubrí que tenía cierto talento... —Kenneth enterró la cabeza entre las manos y dejó escapar un gemido— cierto talento —repitió Violet—, y supongo que mi trabajo se ha puesto de moda. Siempre he tenido mucho gusto para el color y las líneas y...

—¡Oh, querida, calla de una vez! —suplicó Kenneth—. Tienes tanto gusto para el color y las líneas como los bull terriers de Tony.

Violet se envaró.

—No sé si pretendes fastidiarme, pero...

—Ángel mío, no te fastidiaría por nada del mundo, ¡pero si pudieras estar, simplemente, sin hablar! —rogó Kenneth.

—Entiendo. He de permanecer muda mientras tú expresas tus opiniones.

—Es imposible que no diga nada, Kenneth —adujo Antonia, con toda la razón—. Kenneth se refiere a que no hables de arte, Violet.

—Gracias. Soy consciente de que nadie salvo Kenneth sabe nada de arte.

—Bueno, pues si eres consciente de ello, ¿por qué demonios...?

—¡Champán! —exclamó Rudolph, aprovechando el momento—. Señorita Williams, usted quiere, ¿verdad? ¿Tony?

—¿Por qué no hay nunca hielo en esta casa? —quiso saber Kenneth, distraído de pronto de la conversación.

—Porque compramos el cofre de roble con el dinero que pensábamos invertir en el frigorífico —contestó Antonia.

El cambio de tema, unido al champán, evitó que el grupo se separara en aquel

mismo instante. No se hicieron más comentarios sobre arte, y cuando el cuarteto se levantó de la mesa y se dirigió al otro extremo de la estancia, Violet se había ablandado con Kenneth, que deseaba fervientemente hacer las paces, mientras Rudolph se había ofrecido para preparar café turco si a Murgatroyd no le importaba. Antonia y él fueron a la cocina juntos, y ante la mirada desdeñosa pero indulgente de la vieja niñera, prepararon un brebaje que, si bien habría desconcertado a un turco, se podía beber sin mayores dificultades.

La noche era cálida y con tanto ajeteo Antonia se acaloró hasta el punto de anunciar su intención de tomar un baño. Se dirigió al cuarto de aseo y reapareció en el estudio un cuarto de hora más tarde ataviada con un ligero conjunto playero que le sentaba divinamente, pero ofendió a Murgatroyd, que la censuró, afirmando que debería avergonzarse de sí misma, siendo domingo además. Kenneth se había quitado la chaqueta, lo que Violet no veía con buenos ojos, y estaba tumbado en un diván con las manos enlazadas bajo la cabeza del cuello de la camisa abierto. Violet se hallaba sentada sobre un cojín en el suelo con aire elegante e imperturbable, dueña de sí misma; y Rudolph Mesurier, que había llegado a una solución de compromiso con el calor, desabrochándose la chaqueta, demasiado ceñida, se apoyaba en la ventana y lanzaba anillos de humo.

Diez minutos más tarde sonó el timbre de la puerta.

—Será Giles —dijo Antonia.

—¡Dios santo, había olvidado que venía! —se lamentó Kenneth.

Violet alargó la mano instintivamente hacia su neceser, pero antes de que le diera tiempo de hacer algo más que echarse un vistazo en el diminuto espejo, Murgatroyd había hecho pasar al visitante.

—¡El señor Giles! —anunció en tono grave.

Giles Carrington se detuvo en el umbral de la puerta e inspeccionó al grupo con cierto regocijo.

—Parecéis una ilustración de la alta sociedad y los bajos fondos —comentó—. ¿Tomando el sol, Tony?

—Entra y sírvete una copa —dijo Kenneth—. Y no temas contarnos lo peor: estamos en familia. ¿Soy el heredero o no? Si lo soy, compraremos un frigorífico. No hay hielo en esta dichosa casa.

Giles no prestó la menor atención a sus palabras, pero sonrió a Violet.

—Es inútil esperar a que mis primos nos presenten. Mi nombre es Carrington.

—Lo sé, no tienen remedio. El mío es Williams. Soy la prometida de Kenneth, como ya sabrá.

—No lo sabía, pero la felicito. Buenas noches, Mesurier.

—¡Oh, qué amable es usted! —susurró Violet, lanzándole una picara mirada.

—Son sólo sus buenas maneras de Eton —explicó Antonia en tono tranquilizador

—. ¿Cuándo será la pesquisa judicial, Giles?

—El martes. Tendrás que asistir.

—¡Maldita sea! ¿Irás tú también?

—Sí, por supuesto. Te llevaré. —Giles se sirvió un whisky y le echó soda—. Se ha encontrado el coche de Arnold —anunció de pasada.

—¿Dónde? —preguntó Antonia.

—En una calle de antiguas caballerizas, junto a Cromwell Road.

—¿Cree usted que eso dará alguna pista a la policía? —inquirió Violet.

—No, no lo creo. Según parece dentro no han encontrado nada más que la maleta de Arnold, su sombrero y una cesta con provisiones.

—¿Qué, no había sangre? —dijo Kenneth con indolencia—. ¿Ni un cuchillo ensangrentado? Pues menuda decepción para los agentes.

—¿No han hallado ninguna pista? —preguntó Rudolph—. Tiene que haber algo que indique quién fue. Huellas dactilares o algo así.

—Me temo que no puedo contestar a eso —contestó Giles con sus modales afables y reposados—. La policía no me ha informado hasta ese punto.

—¿Has vuelto a ver a ese comisario con aire de cordero? —preguntó Antonia, enlazando las manos en torno a las rodillas.

—Sí, lo he traído a la ciudad en mi coche.

Kenneth se incorporó de repente.

—Oye, ¿tú de qué lado estás? —Giles Carrington alzó la vista rápidamente y Kenneth sonrió—. No, no quería decir eso exactamente, pero tienes que trabajar para nosotros.

—Es lo que intento hacer —replicó Giles.

—Veo muchos escollos —musitó Kenneth, volviendo a tumbarse—. Tony se metió solita en el lío y yo no creo que pueda presentar una coartada. De todas formas —añadió, echando la cabeza hacia atrás para contemplar una palomilla que revoloteaba, golpeándose contra el tragaluz del techo—, va a resultarles muy difícil cargarme con el muerto. Para empezar, no tengo cuchillo ni lo he tenido nunca, y nadie creería que yo pudiera cometer un asesinato tan limpiamente sin dejar ninguna huella. Además, hacía tiempo que no me peleaba con... —Volvió a incorporarse con brusquedad—. ¡Maldición! ¡Qué estúpido! Le escribí para pedirle dinero y él me lo negó. Apuesto lo que quieras a que guardó mi carta y una copia de su respuesta.

—¡Oh, Kenneth, no digas tonterías! —le rogó Violet—. ¡Por supuesto que nadie piensa que lo hayas hecho tú!

—Seguramente lo creerán, pero les costará Dios y ayuda demostrarlo —afirmó Kenneth—. ¿Qué opinas tú, Giles?

—Si no te importa llamar a mi despacho mañana a las doce, te lo diré —contestó Giles, y apuró su vaso.

Violet se levantó y se alisó la falda.

—Por supuesto, no puede hablar usted con el señor Mesurier y conmigo delante —dijo—. En todo caso es hora de irse. Mañana me espera un largo día. Kenneth, prométeme que dejarás de comportarte como un tonto y se lo contarás todo al señor Carrington. Sabes perfectamente que no lo hiciste, pero cualquiera diría lo contrario viendo cómo te comportas.

—Sí, deberían hablar de este asunto los tres a solas —convino Mesurier—. ¿La acompaño a su casa, señorita Williams?

Violet aceptó el ofrecimiento con una de sus sonrisas recatadas, y a pesar de las ruidosas e indignadas protestas de Kenneth, la pareja insistió en despedirse. Cuando se fueron, Murgatroyd entró para retirar los vasos e interrumpió a Kenneth, que maldecía a su primo por aguarles la fiesta.

—Ya basta, señorito Kenneth —le espetó—. Escuche lo que tenga que decirle el señor Giles y guárdese sus comentarios. Y si quieren alguna cosa, estaré en la cocina.

A continuación salió del estudio y la oyeron meterse en la cocina y cerrar la puerta. Kenneth volvió a sentarse en el diván y apoyó los codos en las rodillas.

—Estoy harto de este asesinato —dijo—. Jamás descubrirán quién lo hizo, de modo que, ¿para qué preocuparse?

Giles sacó su pipa y empezó a llenarla.

—Métete esto en la cabeza —dijo—. Si la policía no descubre ninguna pista sobre la identidad del asesino, tu situación será grave.

—¿Por qué? —preguntó Kenneth alzando la vista—. Pensaba que Tony era la principal sospechosa.

—¿Qué supones que será lo primero que investigará la policía? —preguntó Giles—. El móvil. El de Tony es simplemente la venganza o el despecho, o como prefieras llamarlo. El tuyo es mucho más fuerte. Estás sin blanca, intentaste sacarle dinero a Arnold y con su muerte heredas una gran fortuna.

—Sí, pero eso no se me ha ocurrido hasta bastante después de que Tony me dijera que Arnold estaba muerto. ¿No es verdad, Tony?

—Dudo mucho de que eso impresione a un jurado —comentó Giles—. ¿Qué hiciste anoche?

—Fui a ver a Violet.

—¿A qué hora?

—No estoy seguro. Hacia las ocho y media. Murgatroyd no estaba y parecía que Tony se había ido a pasar la noche fuera, así que salí solo.

—¿Fuiste a casa de la señorita Williams?

—Sí, a su apartamento, pero no se encontraba allí. Nadie contestaba al timbre, así que me metí en un cine. No, no sé cuál era e ignoro el título de la película, porque entré cuando ya estaba empezada, y era tan aburrida que me dormí.

—Bueno, ¿qué hiciste al salir del cine?

—Dar un paseo —contestó Kenneth.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Richmond.

—¿Por qué rábanos lo hiciste? —preguntó Giles, paciente, pero desesperándose a marchas forzadas.

—¿Y por qué no? —replicó Kenneth—. La noche era agradable y hacía mucho calor, y me había echado una buena cabezada en el cine. Me pareció de lo más normal.

—¡Ya! —exclamó Giles.

—¡Es verdad que sale a pasear por la noche, Giles! —terció Antonia con inquietud—. Ambos tenemos esa costumbre cuando hace demasiado calor para meterse en la cama.

Giles suspiró.

—¿Cuándo volviste a casa?

—Oh, hacia las tres o las cuatro, supongo. No me fijé en la hora.

—¿Y no se te ocurre nadie que te viera entrar o salir del cine, o durante el paseo hasta Richmond, y que pudiera reconocerte? ¿No te encontraste con ningún agente de policía?

—No, no lo creo. Pasaron un par de coches, pero no recuerdo haberme cruzado con nadie.

—De hecho, no puedes demostrar una sola palabra de la historia que acabas de contarme —dijo Giles.

—No —admitió Kenneth sin la menor emoción—, pero la policía tampoco puede rebatir una sola palabra.

El coche de Giles se detuvo frente a la casa de Arnold Vereker en Eaton Place, justo en el momento en que el comisario Hannasyde subía por la escalera de piedra. El comisario se volvió y, al ver a Giles saliendo del coche, sonrió y dijo:

—Buenos días, señor Carrington. Es usted muy puntual.

—La puntualidad ahorra molestias, ¿no le parece? ¿Ha llamado ya?

—Todavía no —contestó Hannasyde, pulsando el timbre.

Casi de inmediato abrió la puerta un delgado mayordomo con expresión avinagrada y aspecto de sufrir de dispepsia. Su mirada pasó por encima del comisario y se posó en Giles. Incluyó la cabeza levemente y abrió la puerta de par en par.

—Buenos días, Taylor —saludó Giles—. El comisario Hannasyde y yo queremos revisar los papeles, del señor Vereker.

—Sí, señor. —El mayordomo observó a Hannasyde con desaprobación—. La biblioteca está cerrada, como el comisario la dejó ayer, según creo.

Era evidente que al mayordomo no le merecían una buena opinión los policías que entraban tranquilamente en casas respetables y cerraban habitaciones con llave a su antojo.

—Mal asunto lo del señor Vereker —comentó Giles, tendiéndole el sombrero y los guantes.

—Extremadamente desagradable, señor.

—Desearía hablar un momento con usted, por favor —pidió Hannasyde, sacando una llave del bolsillo para meterla en la cerradura de la puerta que quedaba a la derecha de la entrada principal.

—Por supuesto, señor —dijo Taylor con tono glacial—. Lamento mi ausencia cuando vino usted ayer, pero el domingo es mi día libre.

—Sí, no se preocupe. Pase, hágame el favor. Señor Carrington, tenga la amabilidad de hacerse cargo de esto. —Tendió al abogado una aniña llena de llaves que Giles aceptó, mientras el mayordomo se dirigía a la ventana y descorría las cortinas.

La biblioteca tenía el mismo aire de intencionada opulencia que reinaba en todas las habitaciones de la casa de Arnold Vereker. La adornaban costosas butacas de cuero, y caros volúmenes encuadernados en piel de becerro atestaban las estanterías de roble. Había una alfombra de pelo muy tupido y una mesa escritorio profusamente tallada. Todo delataba bien a las claras el gusto desaforado de una firma de decoradores de lujo, sin que nada dejara traslucir la personalidad del propietario de la casa.

Hannasyde esperó a que Taylor hubiera arreglado las cortinas a su entera satisfacción para preguntar:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted al servicio del señor Vereker?

—Llevo tres años en esta casa, señor —respondió Taylor, y por el tono el comisario se percató de que ese tiempo era un récord.

—Entonces seguramente conocerá bien los hábitos del señor Vereker. ¿Tenía por costumbre pasar el fin de semana en su casa de campo?

—Lo hacía ocasionalmente, señor.

—Y cuando lo hacía, ¿era habitual que condujera él mismo el coche, o se llevaba al chófer?

—A veces una cosa y otras veces la otra, señor.

—El sábado, cuando salió de la ciudad, ¿lo acompañaba el chófer?

—Creo que no, señor. Se había producido una situación algo violenta.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir entre el señor Vereker y Jackson, el chófer, señor. El señor Vereker despidió a Jackson el sábado por la mañana, después de que éste hubiera vuelto a demorarse cinco minutos en traer el coche. Se produjo una escena sumamente desagradable en la escalera de la entrada. Lamento decir que Jackson se dejó llevar hasta el punto de encararse con el señor Vereker. Fue una auténtica pelea de las que uno no espera que se desarrollen en la casa de un caballero. Jackson profirió palabras realmente subidas de tono, y lo mismo puede decirse del señor Vereker. Ambos tenían un carácter sumamente irascible, si se me permite decirlo.

—Y cuando el señor Vereker abandonó la casa el sábado por la tarde, ¿Jackson no iba al volante?

—No, señor. Simplemente acercó el coche hasta la puerta, ya que el señor Vereker había manifestado que no deseaba volver a ver la cara del chófer.

—Comprendo. ¿A qué hora se fue de casa el señor Vereker?

—A las ocho menos diez, señor.

—Parece muy seguro. ¿Cómo es que recuerda tan bien la hora?

—Por el señor Vereker. Él mismo señaló qué hora era. Según pude entender, tenía una cita para cenar. No le... —el mayordomo carraspeó— agradó que lo entretuvieran.

—¿Y qué lo entretuvo?

El mayordomo aspiró una bocanada de aire, pues aquél era el momento que había estado esperando.

—Una visita, señor.

—¿De quién se trataba?

—No lo sé, señor. Nunca había visto a esa persona. De hecho, no puedo decir que fuera de la clase de caballeros a los que suelo admitir en la casa. Desastrado, sería su descripción, y estaba empeñado en ver al señor Vereker. Al informarle de que el señor Vereker no se hallaba en casa, metió el pie por la puerta y replicó que no se iría hasta

que lo hubiera visto.

—¿Quiere decir que su actitud era amenazante?

El mayordomo reflexionó.

—No, señor. ¡Oh, no, no resultaba amenazante! Se mostró muy afable, de un modo un poco bobalicon. No hacía más que sonreír. Me dio la impresión de que se hallaba bajo la influencia de la bebida. Estaba a punto de llamar a Matthew, el lacayo, señor, para que me ayudara a echarlo, cuando el señor Vereker bajó la escalera vestido para salir.

—¿Con traje de etiqueta?

—En efecto, señor. El señor Vereker preguntó qué ocurría. El desconocido siguió sonriendo de un modo que me pareció muy peculiar, dadas las circunstancias, y al cabo de unos instantes dijo, con la mayor amabilidad del mundo: «Será mejor que estés en casa para mi viejo amigo». Ésas fueron sus palabras exactas, y el efecto que produjeron en el señor fue extraordinario. El señor Vereker era un caballero rubicundo, pero palideció sobremanera y se quedó inmóvil con la mano sobre la barandilla, mirándolo.

—¿Parecía asustado?

—Yo no diría eso, señor. Me pareció furioso y asombrado.

—¿Recuerda lo que dijo?

—No dijo nada en absoluto, señor, hasta que el desconocido señaló que se ahorrarían una situación muy desagradable si podían hablar un momento a solas. Entonces el señor Vereker soltó una especie de exclamación ahogada y me ordenó que dejara pasar a aquel hombre. Así lo hice, claro está, y el señor Vereker lo condujo hasta aquí y cerró la puerta.

—¿Cuánto tiempo estuvieron dentro?

—Hasta que el señor Vereker salió de casa, señor, lo que hizo en compañía de su visitante. Puede que fueran veinte minutos o media hora.

—¿Tiene idea de lo que ocurrió entre ellos? ¿Se pelearon?

—Yo no lo llamaría pelea, señor. No oí que el desconocido alzara la voz ni una sola vez, pero no pude evitar oír los gritos ocasionales del señor Vereker. En mi opinión era dinero lo que quería aquel hombre, porque el señor Vereker repitió «¡No me vas a sacar ni un penique!» varias veces.

—¿Le oyó decir algo más?

—No mucho, señor. Se utilizó con frecuencia el término «sinvergüenza», y en una ocasión el señor Vereker dijo, alzando mucho la voz: «Así que crees que puedes asustarme, ¿eh?». Pero no sé qué contestó el otro, porque hablaba siempre en voz baja. Al cabo de un rato, el señor Vereker pareció serenarse un poco y no pude captar lo que decían. Pero a las ocho menos diez salieron ambos de la biblioteca y, por la forma como el señor Vereker me mandó al diablo por hallarme en el vestíbulo para

abrirle la puerta, deduje que había ocurrido algo que lo había sacado de sus casillas. El otro hombre se mostraba tan afable como antes, y me pareció que incluso reía disimuladamente. Pidió al señor Vereker que lo llevara y éste le lanzó una mirada que me sobresaltó, a pesar de que estaba acostumbrado a sus cambios de humor. Se notaba que odiaba a aquel hombre, y en mi opinión tuvo que hacer un gran esfuerzo para aceptarlo en su coche. Pero en cualquier caso lo hizo, y el desconocido se instaló en el vehículo tan campante y el señor Vereker no abrió la boca. Y ésa fue, comisario, la última vez que vi al señor Vereker.

Hannasyde había escuchado la historia con expresión imperturbable.

—¿Reconocería a aquel hombre si volviera a verlo?

—Creo que sí, señor. Creo que reconocería su sonrisa y su voz. Sin embargo, era una persona que no tenía ningún rasgo destacable.

—Muy bien. ¿Sabe si alguien más visitó al señor Vereker el sábado?

—El señor Vereker estuvo en su oficina hasta la hora de comer, señor, y no vino nadie a esta casa hasta la tarde. Salió a las cuatro y no regresó hasta poco antes de las siete. La señorita Vereker llamó por teléfono hacia las seis, pero yo tenía órdenes de informar a cualquiera que telefonara de que había salido de la ciudad, y así lo hice.

—¿Sabe por qué le dio esa instrucción el señor Vereker?

—Era bastante habitual, señor. Había estado de malhumor todo el día, y cuando le ocurría tal cosa nunca quería ver ni hablar con nadie, y menos aún con... un miembro de su familia.

—Entiendo. Una última pregunta: ¿sabe usted qué planes tenía el señor Vereker para el sábado por la noche?

—¡Oh, no, señor! El señor Vereker jamás se mostraba muy comunicativo. Por su atuendo deduje, que cenaría en la ciudad antes de ir al campo, pero me temo que no tengo la menor idea de dónde pensaba cenar ni en compañía de quién.

—Gracias. No lo entretengo más.

El mayordomo inclinó la cabeza y miró a Giles.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero dado este inesperado suceso, se ha extendido entre el servicio la impresión de que está todo muy revuelto. No sé si el servicio habrá de mantenerse, ¿o...?

—Eso habrá de decidirlo el heredero —respondió Giles con simpatía—. Mientras tanto, sigan como hasta ahora.

—Como usted diga, señor —dijo Taylor, y se retiró.

Hannasyde esperó a que hubiera salido para hablar.

—¿Qué conclusiones saca de todo esto, señor Carrington?

—Pues no mucho —respondió Giles, encogiéndose de hombros—. Creo que sería muy útil que diera con el paradero del desconocido desastrado, pero, por lo que he oído, me parece que podía tratarse de un chantajista inexperto. ¿Quiere que abramos

primero la caja fuerte?

—Sí, por favor. Y también ha mostrado cierta animadversión hacia el chófer. ¿O se defendía tan sólo como medida preventiva?

—Seguramente se trataba un poco de ambas cosas —opinó Giles, al tiempo que abría una puerta perfectamente visible en el panel de madera de la pared junto a la chimenea, poniendo al descubierto una caja fuerte de acero—. Los criados tienen siempre un gran afán por protegerse de cualquier posible acusación. Incluso —añadió con amargura— cuando sólo se trata de aguar el whisky. Aquí tiene.

El comisario se acercó para repasar juntos el contenido de la caja fuerte. No había nada importante en ella, tan sólo certificados de acciones, una libreta de ahorros y algunos documentos de carácter privado. Cuando el comisario acabó de examinarlos, Giles volvió a guardarlos en la caja y cerró la puerta.

—Probaremos con el escritorio —dijo el abogado acercándose, y se sentó en la silla giratoria.

—¿Ha traído el testamento? —preguntó Hannasyde.

Giles lo sacó de un bolsillo interior y se lo tendió. El comisario se sentó al otro lado del escritorio y desdobló las hojas de papel crujiente, mientras Giles buscaba la llave que abría los cajones del mueble entre las que colgaban de la anilla.

El comisario leyó el testamento y al final lo depositó cuidadosamente sobre la mesa.

—Veo —dijo con tono comedido— que los legatarios del remanente son Kenneth y Antonia Vereker, que (comparten por igual lo que quede de la fortuna de Arnold Vereker cuando se liquiden los legados de menor importancia.

—Sí —convino Giles, echando un vistazo a un papel que había sacado de uno de los cajones—. Así es.

—Entonces, ambos se beneficiarán considerablemente de la muerte de Arnold Vereker, ¿no?

—Así de pronto no puedo decirle a cuánto ascendía la fortuna personal de Arnold. Debían de ser alrededor de sesenta mil libras.

El comisario lo miró.

—¿Y qué hay de sus acciones en la mina?

—Eso —dijo Giles, depositando unos papeles en uno de los montones que había formado sobre el escritorio—, en ausencia de un hijo varón de Arnold, irá a parar a Kenneth, según los términos del testamento paterno. He pensado que también querría ver ese testamento, así que he traído una copia.

—Gracias —dijo Hannasyde, alargando una mano para cogerlo—. Se lo agradezco mucho. Me está ahorrando usted un montón de tiempo, señor Carrington.

—No hay de qué.

El comisario leyó el testamento de Geoffrey Vereker y frunció el entrecejo.

—Este documento es de lo más extraordinario —comentó—. Al parecer a sus otros hijos sólo les deja su fortuna personal, que además reparte entre los cuatro. ¿Qué significa esto, señor Carrington?

—No es tan extraordinario en realidad —replicó Giles—. La mina Shan Hills era una obsesión de mi tío. En su época, no era un negocio tan importante como ahora. Mi tío confiaba en sus posibilidades y creó una empresa privada para desarrollarlo. En ningún caso podía pasar a manos ajenas a la familia. Así que legó sus acciones a Arnold, con reversión a su primogénito, si lo tenía, y a falta de hijo varón, a Roger y sus herederos, o en el caso de que Roger muriera sin descendientes varones legítimos, a Kenneth. La fortuna personal ascendía a treinta y tres mil libras, y a la sazón era el legado más importante. Se dividió a partes iguales entre los cuatro hijos. Pero unos cuantos años después de la muerte de mi tío, su fe en el potencial de Shan Hills se vio justificada por el descubrimiento de un yacimiento sumamente rico en una de las tierras arrendadas; un yacimiento de sustitución de piedra caliza, por si le interesan los tecnicismos. Arnold lanzó la mina a Bolsa como empresa pública, y ya sabe usted la posición que ocupa hoy en día. Las acciones de Arnold seguramente equivalen a un cuarto de millón de libras.

—Un bonito paquete de acciones para heredar —comentó Hannasyde secamente.

—Muy bonito —convino Giles.

—Bueno —dijo Hannasyde tras una breve pausa—, será mejor que revisemos todo lo del escritorio. ¿Ha encontrado algo que pudiera estar relacionado con el caso?

—Nada en absoluto —respondió Giles. Le tendió una agenda por encima de la mesa—. Esperaba encontrar aquí anotada su cita del sábado por la noche, pero tanto ese día como el domingo están tachados. Aún no he encontrado su talonario, por cierto. ¿Lo llevaba con él?

—Sí, lo tengo yo —dijo Hannasyde, sacándolo—. Veo que extendió un cheque al portador de cien libras el viernes. A primera vista, una suma considerable para llevarla encima, pero al parecer era una costumbre suya.

—En efecto. Creo que le gustaba bastante tener un buen fajo de billetes en el bolsillo.

—Le pasa a mucha gente. Pero lo que me sorprendió un poco fue descubrir que sólo le quedaban treinta libras y algo de calderilla en el bolsillo cuando se encontró su cadáver. Setenta libras es mucho para habérselo gastado en un par de días, a menos que pagara alguna factura, claro está.

Giles hojeó el montón de recibos.

—No hay nada aquí con esa fecha. Tal vez comprara alguna baratija para su última amiguita.

—O tal vez fueran a parar al misterioso desconocido que mencionó el mayordomo —conjeturó Hannasyde con aire pensativo—. Me gustaría conocer a ese

risueño desconocido. —Cogió una pequeña carpeta con cartas y examinó su contenido metódicamente. A la mayoría de las cartas sólo les echó un vistazo y fue dejándolas a un lado, pero una en particular llamó su atención—. ¡Mmm! Supongo que habrá visto esto.

Giles levantó la cabeza.

—¿Qué es? ¡Ah, eso! Sí, lo he visto. Hay algo más... ¡Ah, ya lo tiene!

El comisario sujetaba una petición de quinientas libras, escrita en términos muy torpes y por la nerviosa caligrafía de Kenneth. En ella explicaba con exquisita simplicidad que estaba arruinado, que se había comprometido para casarse y necesitaba dinero para cancelar unas deudas. Acompañaba a la carta una hoja escrita a máquina y encabezada con la palabra COPIA, donde se afirmaba con igual simplicidad que Arnold no tenía la menor intención de dar ni de prestar quinientos peniques a un idiota irresponsable, y mucho menos quinientas libras. Un nuevo repaso a la carpeta sacó a la luz una segunda carta de Kenneth, garabateada en media hoja de papel de cartas. Era extremadamente lacónica y expresaba el ferviente deseo por parte de quien la firmaba de retorcerle el maldito pescuezo a su hermano.

—Muy vehemente —comentó el comisario, en tono neutro—. Desearía quedarme con estas cartas, por favor.

—Desde luego. Sobre todo la última.

—Según creo, Kenneth Vereker también es cliente suyo, ¿no?

—Sí.

—Bueno, señor Carrington, no nos andemos con rodeos. Usted no es tonto y comprende tan bien como yo que Kenneth Vereker tendrá que dar cuentas sobre sus movimientos el sábado por la noche. Pero yo tampoco soy tonto, y nos llevaremos mucho mejor si le confieso aquí y ahora que estas cartas no me inducen a ir en busca de una orden para arrestar a ese joven de inmediato. No es muy probable que un hombre dispuesto a matar a alguien escriba a su víctima para contarle que le gustaría hacerlo.

Personalmente Giles no confiaba tanto en la sensatez de su primo, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Exacto —dijo.

El comisario dobló las tres cartas y las metió en su libreta de bolsillo. Sus ojos brillaban.

—Pero si se parece a su hermana... bueno, eso cambia las cosas —dijo—. Bien, ahora echemos un vistazo a ese memorándum.

Lo cogió mientras hablaba y lo abrió. Giles empezó a devolver documentos a los cajones.

—¡Vaya! —exclamó Hannasyde de repente—. ¿Qué opina de esto, señor Carrington?

Giles cogió el libro y lo abrió por una página llena de números. En la primera columna había varias fechas escritas a lápiz; al lado había nombres apuntados, aparentemente de diferentes compañías; en la tercera columna había ciertas sumas de dinero, todas con un interrogante al final y una cantidad distinta después subrayada con varios trazos. Al final se habían hecho los totales de las dos hileras de cantidades, y la diferencia, que ascendía a trescientas cincuenta libras, no sólo estaba resaltada, sino rodeada por un grueso círculo negro.

—John Dawlish Ltd —dijo Giles, leyendo despacio uno de los nombres—. ¿No son esos que fabrican taladradoras? Creo que esto son las cuentas de la empresa.

—Pues yo creo que alguien ha estado jugando con las cuentas y Arnold Vereker lo descubrió —dijo Hannasyde—. Creo que nos pasaremos por la oficina de Shan Hills, si a usted no le importa, señor Carrington.

—En absoluto —respondió Giles—, pero no comprendo para qué me necesita...

Lo interrumpió el mayordomo, que abrió la puerta en ese preciso momento y se quedó allí de pie, sujetándola.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero el señor Carrington está al teléfono y desearía hablar con usted —anunció Taylor.

Giles alzó la vista, sorprendido.

—¿El señor Carrington desea hablar conmigo?

—Sí, señor. ¿Le paso la llamada aquí o prefiere usted hablar desde el vestíbulo?

—No, pásemela aquí, si es tan amable. —Giles levantó el auricular del teléfono que había sobre el escritorio y miró a Hannasyde—. ¿Le importa? Es mi padre, aunque no sé qué puede querer de mí. Por cierto, es el asesor legal de la empresa de Arnold. Mi primo Arnold me traspasó sus asuntos personales, en parte porque teníamos una edad similar y en parte porque mi padre y él no congeniaban, pero el negocio siguió en... ¡Hola! Buenos días. Sí, soy Giles.

El comisario abrió su libreta y tuvo el tacto de dedicarse a leer sus notas. Distinguía perfectamente la voz entrecortada, como un graznido, del que correctamente dedujo que era el señor Carrington, padre. Le pareció un hombre irascible.

Las respuestas de Giles fueron suaves y tranquilizadoras.

—Lo lamento mucho, padre. ¿No le había dicho que debía venir directamente a Eaton Place?... Bueno, no importa. ¿Qué ha ocurrido?... ¿Algo que ver con qué? —La expresión indolente se esfumó; escuchó con atención el graznido de la voz de su padre, que se prolongó durante un buen rato. Luego dijo—: De acuerdo, lo llevaré en cuanto terminemos aquí. —La voz volvió a graznar y el comisario estaba casi seguro de haber oído: «Policías de pies planos». Sin embargo, Giles se limitó a responder—: Dentro de unos veinte minutos. Adiós. —Y colgó. Miró al comisario a los ojos y explicó—: Mi padre desea verlo, comisario. Dice que ha encontrado una carta de

Arnold Vereker esperándolo en la oficina esta mañana, y cree que debería usted verla.

Las oficinas de Carrington, Radclyffe & Carrington se hallaban en la primera planta de una casa al final de Adam Street, frente a Adelphi Terrace. El director del bufete ocupaba una estancia grande y desordenada con vistas al río a través de un hueco entre los edificios contiguos. Cuando Giles hizo pasar a Hannasyde a ese despacho el lunes por la mañana, el director del bufete estaba sentado tras una enorme mesa escritorio completamente atestada de papeles, refunfuñando contra las deficiencias de su pluma estilográfica. Era un hombre de sesenta años bien conservado, de pelo cano y ralo, tez rubicunda y el mismo brillo de regocijo que acechaba en los ojos de su hijo. En otros aspectos, padre e hijo no se parecían mucho. Giles era alto y esbelto, y nunca parecía tener prisa; Charles Carrington era bajo y robusto, y vivía en un estado de actividad incesante. Para quienes no lo conocían íntimamente, resultaba sorprendente que fuera abogado. Los que mejor lo conocían no se dejaban consternar por sus extrañas peculiaridades, ni por su incapacidad para encontrar las cosas. Sabían que aunque daba la impresión de ser un anciano caballero maniático e incompetente, conservaba todavía, a sus sesenta años, un intelecto extraordinariamente agudo.

Alzó la cabeza cuando se abrió la puerta y, en cuanto vio a su hijo, levantó una mano manchada de tinta y le espetó:

—¿Lo ves? ¿Qué te había dicho? Siempre pierden tinta. ¿Por qué demonios se le metería a tu madre en la cabeza regalarme una de estas cosas infernales cuando sabe perfectamente que nunca he podido soportarlas ni voy a cambiar de opinión? ¡Mira esto! ¡Llévate esta maldita cosa! ¡Tírala por la ventana! ¡Dásela al chico de los recados! ¡Y no es necesario que le cuentes a tu madre que no pienso usarla!

—De acuerdo —dijo Giles, cogiendo la pluma—. Éste es el comisario Hannasyde de Scotland Yard.

—Ah, ¿sí? —dijo el señor Carrington, limpiándose los dedos con cuidado en un trozo de papel secante—. Buenos días. Investiga usted el asesinato de mi sobrino, ¿verdad? Bueno, pues espero que se divierta. ¡Un jovenzuelo impresentable! ¡No se quede de pie! ¡No se quede de pie! ¡Tome asiento! ¡Tome asiento! Giles, pon esas escrituras en el suelo para que el comisario pueda sentarse.

Acto seguido empezó a hurgar en el polvoriento montón de documentos que había sobre su mesa, comentando que en aquella oficina uno no tenía más que perder de vista un papel un minuto para que desapareciera por completo. El comisario observó asombrado el desorden general, expresó su simpatía con un murmullo y se preguntó si cabía la menor esperanza de que apareciera la carta de Arnold Vereker en el fárrago del escritorio.

Pero el señor Carrington, tras arrojar un puñado de papeles a su hijo con las

palabras proféticas: «Sección treinta y cinco de la Ley; será mejor que lleguen a un acuerdo fuera de los tribunales», y tirar dos sobres usados más o menos en la dirección de la papelería, se abalanzó sobre una hoja de papel profusamente escrita, y la miró ceñudo, frotándose la punta de la nariz con el dedo índice.

—Ésta es —anunció—. Será mejor que la lea usted, comisario. Puede que no signifique nada, o que signifique mucho. ¡Toma, Giles, échale un vistazo! ¿Qué creía que podía decirle que él no supiera ya? ¡Típico de Arnold! ¡Haciéndome perder el tiempo con preguntas estúpidas! Pero no me gusta eso que dice de Tony; ¿qué es eso de que va a comprometerse la pobre con ese vago? ¡Léela!

Giles ya estaba leyéndola.

—Creo que la carta nos viene al pelo. ¿Qué opina usted? —dijo cuando llegó al final tendiéndosela a Hannasyde.

La misiva estaba escrita en papel de oficina, pero a mano, y por un hombre enfadado. «Querido tío —empezaba, y seguía abruptamente—: ¿Cuál es la posición legal de esta empresa si se da el caso de que un empleado ha estado alterando las cuentas de manera sistemática? He pillado a ese maldito mocoso de Mesurier y quiero denunciarlo, pero primero deseo saber cuál es mi situación antes de dar un paso definitivo. ¡Lo he pillado y él ha tenido la insolencia de esperar que le perdone porque va y dice que me está devolviendo lo que él llama el “préstamo”, pagándome con su valioso tiempo! ¿Perjudica esto mi posición? Todavía me debe la mayor parte de la suma robada. Sin duda tengo motivos para denunciarlo, ¿no? No me conteste con tonterías sentimentales; el canalla se ha comprometido con Antonia, la muy boba, y deseo que salga todo a la luz. Le ruego que preste a este asunto su inmediata atención y me aconseje».

El comisario leyó la carta con su habitual parsimonia.

—Sí, realmente nos viene al pelo —admitió—. Tiene usted toda la razón. Un poco duro con ese tal Mesurier, ¿no?

Charles Carrington, que una vez más estaba hurgando entre los montones de papeles desparramados por la mesa, abandonó temporalmente esa nueva búsqueda e hizo girar su silla para encararse con Hannasyde.

—¿Duro? ¡Condenadamente vengativo, así es, era mi sobrino Arnold...! —Hizo una pausa y gruñó—: *De mortuis nil nisi bonum*, de los muertos, mencionemos sólo lo bueno, a modo de absolución general. Pero en toda mi vida no he conocido a un tipo con peor carácter ni peores modales, o un corazón más negro, ni a nadie más terco, obstinado...

—No era tan malo, padre —objetó Giles.

—No me interrumpas —lo reprendió el señor Carrington con severidad, y desvió su atención hacia Hannasyde—. Puede quedarse la carta. Me parece usted un hombre sensato. No deseo meter a ese tal Mesurier en un lío, pero deseo menos aún ver a los

hombres de Scotland Yard tomando el rábano por las hojas. No lo hago por ese joven ignorante de mi sobrino, aunque no sé por qué lo llamo sobrino, porque no lo es, ¡gracias a Dios! Pero por lo que sé de él... Sí, ¿qué ocurre?

Un empleado había entrado tras llamar a la puerta.

—Para el señor Giles, señor —dijo en voz baja.

—¿Y bien? —preguntó éste, volviendo la cabeza—. ¿Es algo urgente?

—Ha venido el señor Kenneth Vereker, señor, y le agradecería que pudiera concederle unos minutos. Dice que es muy urgente.

—Dígale que estoy ocupado en este momento, pero que lo veré dentro de un rato si no le importa esperar.

—¿Le importa si hablo yo con el señor Kenneth Vereker? —preguntó Hannasyde inclinándose hacia Giles.

Éste y su padre intercambiaron una mirada.

—Dígale al señor Vereker que el comisario Hannasyde está aquí y que quiere hablar con él.

—Sí, señor —repuso el empleado y se fue.

Dos minutos más tarde, entró Kenneth vestido con bohemios pantalones de franela gris, camisa de cuello blando, corbata suelta y una vieja chaqueta de mezclilla. Un mechón de negros cabellos le caía sobre una ceja y sus ojos brillaban, inquisitivos y muy despiertos.

—¡Hola, tío! ¡Hola, Giles! —saludó con displicencia—. ¿Dónde está el policía con aire de cordero? ¡Dios santo, yo no le veo la pinta de cordero por ninguna parte! ¡Otra de las mentiras de Tony! He llegado a la conclusión de que será mejor que me reserve mi defensa, por cierto. Lo vi ayer en el *News of the World* y me pareció una buena idea.

—¡Preferiría que te abstuvieras de entrar en mi despacho con esa pinta de artista de Chelsea de tercera clase! —exclamó el señor Carrington con irritación.

—¿Por qué? —quiso saber Kenneth, interesado.

—¡Porque no me gusta! —replicó Carrington, que se había quedado de una pieza—. ¡Y tampoco me gusta esa corbata afeminada!

—Si es por eso, a mí no me gusta la tuya —repuso Kenneth—. Creo que es espantosa, pero no te lo habría comentado si no te hubieras metido con la mía, porque creo firmemente en los derechos individuales. Pero de hecho justo he venido para hablar de mi ropa, más o menos. —Se volvió hacia Hannasyde y le dijo con gran afabilidad—: No le importa si me ocupo de mi asunto primero, ¿verdad?

—En absoluto —respondió Hannasyde, quien, a pesar de su aparente desinterés, no se había perdido ni un gesto ni una inflexión de la voz de Kenneth—. Puedo esperar fuera, si desea hablar con el señor Carrington a solas.

—¡Oh, por favor, no! ¡No es un asunto privado! —le aseguró Kenneth—. Se trata

tan sólo del dinero de Arnold. Soy el heredero, ¿no es así, Giles? ¡Caray, he de serlo! No puede haber alterado el testamento de mi padre. Bueno, ¿podría recibir un anticipo? Necesito camisas nuevas para empezar, y no puedo comprarlas a crédito, porque Arnold aseguró que no se haría cargo de mis deudas, ¡maldito sea! Además, los de Maxton's me han enviado una carta muy dura para decirme que, si no saldo mi cuenta con ellos, se verán obligados a tomar medidas. Y si tomar medidas significa ponerme a la sombra, no puedo permitírmelo hasta dentro de dos semanas por lo menos, porque estoy trabajando en un cuadro. Así que, ¿te importaría aflojar algo de dinero?

Era totalmente imposible contener aquel torrente de desastrosa elocuencia. Tras echarle una rápida mirada de advertencia con el ceño fruncido, Giles desistió y se limitó a escuchar a su cliente en silencio. El señor Charles Carrington, mientras tanto, con los codos apoyados en los brazos de su asiento y las yemas de los dedos tocándose levemente, observaba el rostro impasible del comisario. Cuando su sobrino se interrumpió para tomar aliento, volvió la cabeza y dijo, con una amabilidad semejante a la de su hijo:

—¿Cuánto quieres, Kenneth?

—Quiero quinientas libras —se apresuró a contestar éste—. Trescientas son absolutamente urgentes, y podría pasar con eso si no pueden ser quinientas. Pero quiero cien para comprar un anillo y otras cien para derrochar. Puedo comprar un anillo con cien libras, ¿verdad, Giles?

—Varios, diría yo —replicó su primo.

—Tiene que ser de diamantes —explicó Kenneth—. Grandes y centelleantes. Me refiero a esa clase de joyas con que te entran ganas de vomitar. Es para Violet. Aún no le he ofrecido el anillo de compromiso y la pobre ilusa tiene esos gustos. Seguro que es capaz de esperar por lo menos una diadema de rubíes en cuanto yo reciba los millones de Arnold, ¡la pobrecita es tan vulgar!

—Hablaremos de eso más tarde —intervino Giles—. Puedo prestarte algo de dinero para capear el temporal. ¿Es cuanto querías?

—Ya es bastante, ¿no crees? —replicó Kenneth—. A Murgatroyd se le ha metido en la cabeza que los alguaciles irrumpirán en casa en cualquier momento. No creo que eso tenga la menor importancia mientras no nos molesten, pero ella no atiende a razones, y de hecho, creo que serían un estorbo, porque ya sabes que sólo disponemos de una sala de estar.

—De acuerdo, me pasaré esta noche para arreglarlo —prometió Giles—. Mientras tanto, el comisario Hannasyde quiere formularte unas preguntas.

—Sólo deseo saber qué hizo exactamente el sábado por la noche —pidió Hannasyde amablemente.

—Lo sé, pero según Giles no creería ni una sola palabra de mi historia —contestó

Kenneth—. Sin embargo, me parece que no puede rebatirla. Si tiene algo de sentido común, ni siquiera lo intentará. Se limitará a arrestar a mi hermana y a dar el asunto por zanjado. Su comportamiento me parece en extremo sospechoso. Además, cualquier chica que se prometa a una excrecencia como Mesurier, merece ser ahorcada. ¿Qué te pareció a ti, Giles?

—Apenas lo conozco. Intenta contestar a lo que te preguntan.

—Pues yo creo que es un inútil —afirmó Kenneth con total franqueza.

—¿Puedo oír esa historia imposible de rebatir, por favor? —pidió Hannasyde pacientemente.

—Lo siento, por un momento me había olvidado de usted —dijo Kenneth, y sentándose en una esquina de la mesa que por casualidad estaba libre de papeles, dio cuenta de sus movimientos durante la noche del sábado con inesperada concisión—. Y eso es todo —terminó, metiendo la mano en el bolsillo para sacar una pipa de espuma de mar de aspecto maligno—. Mi prometida dice que la coartada es tan mala que ha de creérsela a la fuerza. Ella lo sabrá mejor que nadie. Se lee unas siete novelas de detectives a la semana, así que está muy informada sobre el mundo del delito.

Hannasyde lo miró con expresión inquisitiva.

—¿No recuerda a qué cine fue, ni al menos la calle en que está o de qué trataba la película, señor Vereker?

—No —contestó Kenneth, desenrollando una petaca de hule, para llenar la pipa de espuma de mar mientras la mirada de su tío era cada vez más furibunda.

—Eso revela una memoria realmente desastrosa, ¿no le parece?

—Penosa —admitió Kenneth—. Pero todo el mundo se lo confirmará.

—Me sorprende que siendo tan desmemoriado, sea capaz de contarme con tanto detalle lo que hizo esa noche —comentó Hannasyde con amabilidad.

—Oh, eso me lo aprendí de memoria —replicó Kenneth, metiéndose la pipa en la boca y devolviendo la petaca al bolsillo.

El comisario Hannasyde no era un hombre que demostrara sorpresa fácilmente, pero la ingenuidad de la explicación lo privó por un momento del habla. El tono pausado de Giles rompió el silencio.

—No intentes ser gracioso, te lo suplico. ¿Qué quieres decir?

—Sí, ¿qué quieres decir? —repitió Charles Carrington, que al fin había desviado su atención de la pipa de espuma de mar y observaba a Kenneth adoptando una actitud de desapasionado interés.

—Justo lo que he dicho —respondió Kenneth, encendiendo una cerilla. Prosiguió entre calada y calada—: Después de que Giles se fuera anoche, se me ocurrió que haría bien en no olvidar lo que había hecho el sábado. Así que lo puse todo por escrito y me lo aprendí de memoria por si no lo recordaba.

El comisario se repuso y formuló una pregunta con severidad.

—¿Recuerda de verdad algo de lo que hizo, señor Vereker, o se ha limitado a recitarlo de memoria?

—Pues claro que me acuerdo —contestó Kenneth, impacientándose—. No se puede repetir una historia una y otra vez si uno la ha olvidado. Si se refiere a si lo he inventado, ¡por supuesto que no! Habría ideado una historia mucho mejor. Algo con clase. Lo cierto es que mi hermana y yo preparamos una historia de lo más maravillosa, pero decidimos no usarla a causa de la tensión mental. Cuando uno inventa algo se olvida siempre de las posibles ramificaciones y entonces está perdido.

—Me alegro de que se haya dado cuenta —comentó Hannasyde con aspereza—. ¿Le llegará la memoria hasta el tres de junio?

—¿Qué día es hoy? —preguntó Kenneth dispuesto a complacerlo, pero cauto.

—Hoy, señor Vereker, es diecinueve de junio.

—Entonces creo que sí. Todo depende. No si va a preguntarme qué desayuné ese día, o si salí a dar un paseo, o...

—Voy a preguntarle si recuerda haber escrito una carta a su hermanastro para pedirle que le diera o prestara quinientas libras.

—¿La escribí el día tres?

—¿Recuerda haber escrito la carta, aunque no la fecha?

—Desde luego —confirmó Kenneth—. He estado reprochándome haberla escrito desde que me enteré de lo del asesinato. ¿No te dije que el muy cerdo guardaría la carta, Giles?

—¿Recuerda también una segunda carta que escribió a su hermanastro, presumiblemente tras recibir su negativa a darle dinero?

—No, me temo que no —respondió Kenneth, frunciendo el ceño—. ¿Le escribí por segunda vez?

El comisario abrió su libreta de notas y sacó una hoja de papel de cartas.

—¿No es ésta, señor Vereker?

Kenneth se inclinó hacia delante para leerla y prorrumpió en carcajadas.

—¡Oh, Dios mío, sí! ¡Lo siento! La había olvidado.

—Estaba lo bastante furioso como para escribirle una carta a su hermanastro contándole la enorme satisfacción que supondría para usted retorcerle el cuello...

—El maldito cuello —lo corrigió Kenneth.

—Sí, el maldito cuello, así lo dijo. Sintió la ira suficiente para escribir en esos términos, ¿y luego lo olvidó?

—No, olvidé que lo había escrito —explicó Kenneth—. No he olvidado que quería retorcerle el cuello. Mi memoria no es tan mala.

—Ya veo. ¿Y debo suponer que ese violento deseo persistió?

Giles hizo ademán de querer protestar, pero Kenneth contestó antes de que

pudiera impedírselo.

—Más o menos, siempre que pensaba en él por casualidad. Pero era tan sólo un bonito sueño. No habría podido llevarlo a la práctica. Arnold era demasiado fornido para enfrentarme a él.

Hubo un silencio infinitesimal.

—Ya veo —dijo el comisario—. ¿Ha dicho usted que está comprometido para casarse? —Kenneth asintió con la cabeza—. ¿Hace mucho, señor Vereker?

—Tres meses, más o menos.

—Si puede saberse, ¿cuándo piensa casarse?

—Creo que no puede saberse, comisario —interpuso Giles, apoyándose contra la repisa de la chimenea.

—Puede usted aconsejar a su cliente como crea conveniente, señor Carrington, pero esta pregunta habrá de contestarla —dijo Hannasyde.

—Deja que me pregunte lo que quiera —intervino Kenneth—. No me importa. No tengo nada en contra de la policía. No sé cuándo voy a casarme. Mi prometida tiene escrúpulos religiosos.

—¿Que tiene qué? —preguntó Hannasyde, sorprendido.

Kenneth agitó la pipa en el aire en un gesto vago.

—Escrúpulos religiosos. Por el respeto debido a los muertos. Está en contra de que se sirva la carne fría del funeral en el banquete de bodas. *Romeo y Julieta* —añadió.

—*Hamlet* —lo corrigió el comisario con frialdad.

—Shakespeare, en cualquier caso.

—¿Quiere usted decir que su prometida desea aplazar la boda mientras usted guarda luto?

—No puede. Sabe perfectamente que no voy a guardar luto.

—Señor Vereker, ¿tenían ya fijada la fecha para la boda antes del sábado o no?

—No.

—Voy a formularle una pregunta muy directa, que no va a gustarle a su abogado —anunció Hannasyde con una débil sonrisa—. ¿Estaba por fijar la fecha de la boda debido a problemas financieros?

—No tiene por qué preocuparse de mi abogado —dijo Kenneth amigablemente—. Cuando algo se ve a la legua, no seré yo quien arriesgue su posición negando lo evidente. El problema es el dinero, en efecto. A la dama no le gustan las *two pair back*. Por cierto, eso quería preguntarte, Giles. ¿Qué es una *two pair back*?

—No lo sé —respondió Giles.

—Bueno, en realidad no importa —dijo Kenneth, desechando la pregunta—. Ahora que Arnold ha muerto ya no será un problema.

—No, claro. Sea lo que sea una *two pair back*^[1], no se parece en nada a la casa de

Eaton Place —convino Giles, con toda la intención.

Kenneth se sacó la pipa de la boca.

—¡Dejemos algo claro! —pidió—. ¡Por nada del mundo viviría en esa mansión suntuosa ni en otra que remotamente se le parezca! Es mi última palabra, y puedes decírselo a Violet con mis cariñosos saludos.

—De acuerdo. ¿Dónde piensas vivir entonces?

—Donde vivo ahora. Si Violet quiere collares de perlas y un lecho de brocado y un Rolls-Royce, de acuerdo, pero no pienso pasar de ahí. Me niego de forma rotunda a cambiar de hábitos. —Se levantó y se apartó el mechón de la frente—. También puedes decirle —añadió con los ojos muy brillantes de repente— que estas manos —las agitó en el aire con los dedos separados— valen más que todo el sucio dinero de Arnold, ¡y que cuando él lleve siglos olvidado, aún se hablará de mí!

Charles Carrington parpadeó y miró al comisario para ver cómo reaccionaba ante aquel súbito arrebató. Hannasyde observaba a Kenneth. No dijo nada. Los ojos brillantes y retadores de Kenneth se posaron sobre su rostro impasible.

—¡Eso es lo que usted no ha entendido aún! —exclamó—. Podría haber matado a Arnold porque lo detestaba a él y su sucia mente avarienta y sus gustos vulgares, ¡pero nunca por sus doscientas cincuenta mil libras!

—¿No quiere usted sus doscientas cincuenta mil libras? —preguntó Hannasyde, tratando de entablar conversación.

—No me haga preguntas estúpidas —le espetó Kenneth—. ¡Por supuesto que las quiero! ¿Y quién no?

—Nadie que yo conozca —corroboró Hannasyde levantándose—. Por el momento no tengo más preguntas, ni estúpidas ni de ningún otro tipo.

—Bien —dijo Kenneth—. Entonces me voy. No te olvides de venir a casa esta noche, Giles. ¡Y cuidado con el lobo! Según Murgatroyd, está en la puerta. Adiós, tío. Dale recuerdos a la tía Janet.

—Yo también debo irme —anunció Hannasyde, cuando la puerta se cerró detrás de Kenneth—. ¿Puedo actuar como crea conveniente con respecto a esta carta, señor Carrington?

—Haga lo que mejor le parezca, comisario —repuso Charles Carrington, asintiendo—. Creo que tiene usted donde investigar, ¿eh?

—Eso espero —dijo Hannasyde, sonriente. Se volvió hacia Giles—. Lo veré mañana en la pesquisa judicial, ¿no?

—Sí, allí estaré —dijo Giles, tendiéndole la mano.

Hannasyde se la estrechó con una expresión amistosa.

—Lo mantendré informado si surge algo interesante.

El comisario se fue y Charles Carrington empujó su silla hacia atrás.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo—. Una absoluta pérdida de tiempo para mí,

desde luego, pero bastante divertida.

—Estoy pensando en pedirle a Kenneth que se busque otro abogado —comentó Giles, compungido.

Su padre se irguió en el asiento y reanudó la búsqueda de papeles en el escritorio.

—¡Tonterías! —replicó enérgicamente—. Ese muchacho, o es un auténtico asno incorregible, o es un actor brillante y muy inteligente. A ese comisario lo ha dejado con la duda, Giles. Y lo que es más, a ti también. No sabes si lo hizo o no.

—No, no lo sé. Ni siquiera sé si sería capaz de cometer ese crimen. Es un bicho raro. Con una extraordinaria sangre fría.

—Es perfectamente capaz de cometerlo. Pero no sabría decirte si lo hizo o no. ¿Dónde demonios están mis gafas?

El subdirector de la Shan Hills Mining Company, el señor Harold Fairfax, recibió a Hannasyde con nerviosa deferencia, y no puso objeción alguna cuando el comisario solicitó permiso para interrogar a algunos miembros de la plantilla. El señor Fairfax era un hombrecillo enjuto de mediana edad que parecía sumido en un estado de perpetuo desasosiego. No pudo arrojar ninguna luz sobre el misterio de la muerte de Arnold Vereker.

—Mire —dijo el hombre con tristeza—, a mucha gente le desagradaba el señor Vereker. Era un hombre duro, ¡oh, sí, durísimo! Yo... creo que confiaba en mí. Quiero pensar que era así. Nunca discutimos. A veces era muy brusco conmigo, pero hacía muchos años que lo conocía y supongo que nos entendíamos. Este asesinato es horrible, algo espantoso, ¡y quizá todo porque alguien no supo ser indulgente con su mal carácter!

La señorita Miller, la secretaria de Arnold Vereker, resultó más útil. Era una mujer de aspecto formal y edad difícil de determinar. Fijó su fría y eficiente mirada en el comisario y respondió a sus preguntas con un aplomo teñido de desdén. Le dijo la hora exacta a la que había llegado Arnold Vereker a la oficina el sábado por la mañana; recitó la lista de compromisos que había tenido y describió a sus visitantes.

—A las diez y veinticinco —aseguró con presteza—, el señor Vereker hizo venir al señor Mesurier, que permaneció en su despacho durante veintisiete minutos.

—Es usted muy precisa, señorita Miller —reconoció el comisario cortésmente.

—Por supuesto —repuso ella sonriendo con indulgente suficiencia—. Me precio de ser una persona eficiente. Se llamó al señor Mesurier inmediatamente después de que se marchara sir Henry Watson, cuya cita, como ya le he informado, era a las diez. El señor Cedric Johnson, de Johnson, Hayes & Heverside, estaba citado con el señor Vereker a las once, y llegó siete minutos antes. Se lo comuniqué al señor Vereker de inmediato, a través del teléfono interior, y el señor Mesurier salió del despacho y supongo que regresó al suyo.

—Gracias —dijo el comisario—. ¿Puede decirme si se produjo alguna situación desagradable durante alguna de las citas del señor Vereker de esa mañana?

—Sí. Imagino que la entrevista del señor Vereker con el señor Mesurier fue sumamente desagradable.

—¿Y por qué lo imagina, señorita Miller?

—Mi despacho es contiguo al del difunto señor Vereker —repuso enarcando las cejas—. Difícilmente habría podido hacer oídos sordos a la riña que se desarrollaba tras la puerta que los comunica.

—¿Sabe usted cuál era el motivo de la disputa?

—Si lo supiera, le habría proporcionado enseguida esa información, que sin duda

ha de tener su importancia. Pero no acostumbro escuchar por el ojo de la cerradura, ni perder el tiempo durante el trabajo. Mientras el señor Vereker se entrevistaba con el señor Mesurier y luego con el señor Cedric Johnson, yo estaba ocupada con la correspondencia del difunto, utilizando el dictáfono y la máquina de escribir. De vez en cuando los dos alzaban la voz y proferían lo que sólo puedo describir como potentes gritos. Pero no puedo añadir nada.

El comisario le formuló un par de preguntas más y luego se deshizo de ella y pidió ver al señor Rudolph Mesurier.

Mesurier se presentó cinco minutos más tarde. Estaba muy pálido, pero saludó a Hannasyde animadamente sin perder el aplomo.

—El comisario Hannasyde, ¿verdad? Buenos días. Tengo entendido que está investigando la muerte del señor Arnold Vereker. Espantoso asunto, ¿no cree? Me refiero a que lo apuñalaran así, por la espalda. Estaré encantado de ayudarlo cuanto me sea posible, pero me temo que no puedo decirle mucho. —Se rio con aire de disculpa y se sentó en un extremo de la mesa de caoba vacía, subiéndose con cuidado sus pantalones de esmerada raya—. ¿Qué es lo que desea saber, exactamente? —preguntó.

—Bueno, quiero saber varias cosas, señor Mesurier —respondió el comisario—. ¿Recuerda dónde estaba el sábado por la noche entre las... pongamos las once y las dos de la madrugada?

—Déjeme pensar —respondió frunciendo el entrecejo—. ¡El sábado! ¡Ah, sí, por supuesto! Estaba en casa, en Redclyffe Gardens, Earl's Court. Tengo una habitación alquilada.

—¿Está usted seguro de que se hallaba en casa?

—¡Bueno, caramba! —Mesurier volvió a soltar una risita nerviosa—. ¡Desde luego ésa era la impresión que tenía! Esa noche me dolía un poco la cabeza y me acosté temprano.

Hannasyde lo observó durante unos instantes. Mesurier lo miró a los ojos y se humedeció los labios.

—¿Dónde guarda su coche? —preguntó Hannasyde.

—¡Qué pregunta más extraña! Al volver la esquina. Tengo un garaje que se cierra con llave, en una antigua caballeriza.

—¿Cierra usted siempre el garaje con llave, señor Mesurier?

—¡Oh, me temo que a veces soy un poco descuidado! —contestó Mesurier, precipitándose un poco—. Por supuesto, suelo asegurarme de que lo he dejado cerrado, pero en ocasiones, cuando tengo prisa... ¡ya sabe!

—¿Usó el coche en algún momento del sábado?

—No, creo que no... ¡Ah, sí, sí que lo utilicé!

—¿A qué hora?

—Bueno, no me acuerdo muy bien. Por la tarde.

—¿Y a qué hora volvió a meterlo en el garaje?

Mesurier descruzó las piernas y volvió a cruzarlas.

—Debió de ser a última hora de la tarde. Me temo que tengo una idea muy vaga sobre las horas. Y claro, ignorando que sería importante... me refiero a la hora en que metí el coche en el garaje...

—¿Está usted seguro de que cuando dice a última hora de la tarde no se refiere a la madrugada?

—No... no le entiendo. Ya le he dicho que me acosté temprano. No comprendo adonde quiere usted ir a parar. Porque si lo que cree es que tuve algo que ver con la muerte que Arnold Vereker, es completamente absurdo.

—El propietario de los cuatro garajes cerrados que hay en esa calle —explicó Hannasyde, consultando sus notas— afirma que sacó usted el vehículo hacia las cinco de la tarde.

—Supongo que está en lo cierto. Desde luego no voy a discutirlo. Ya le he dicho que fue por la tarde. Lo que no entiendo es por qué está usted tan interesado en mis movimientos. Supongo que se debe a su concienzuda profesionalidad, ¡pero debo decirle que me parece muy gracioso que se haya tomado la molestia de ir a interrogar al propietario de los garajes!

—El propietario afirma también —prosiguió Hannasyde, sin inmutarse— que a la una cuarenta y cinco de la madrugada del domingo lo despertó el ruido de apertura de uno de los garajes. Al parecer, el garaje que le alquila a usted se halla justo debajo de su dormitorio. Afirma que reconoció el ruido del motor al entrar en el recinto.

—¡Pero eso es absolutamente ridículo! —protestó Mesurier—. En cualquier caso, no era mi coche. A menos, claro está, que se lo llevara otra persona. Si olvidé cerrar la puerta del garaje con llave, cualquiera podría haberlo hecho, ¿sabe?

—¿Quién? —inquirió Hannasyde.

—¿Quién? —repitió Mesurier lanzándole una ojeada y volviendo a apartar la vista—. ¡Pues yo qué sé! ¡Cualquiera!

—Quienquiera que se llevara su coche el sábado por la noche, debía de tener la llave del garaje, señor Mesurier. El propietario afirma que cuando se marchó usted con el coche poco después de las cinco, él mismo cerró la puerta con llave. Cuando subió a acostarse a las diez y media, seguía cerrada.

—Pues yo creo que se equivoca. No acuso a nadie de que se llevara mi coche. Lo más probable es que a la una cuarenta y cinco de la madrugada oyera el coche de algún otro. Mire, seguramente estaba medio dormido y de todas formas es imposible que pueda estar seguro de que era justo el ruido del motor de mi coche.

—Admitirá usted, entonces, que es altamente improbable que alguien pudiera haber sacado su vehículo del garaje el sábado por la noche.

—Bueno... eso parece, desde luego, pero no lo sé con certeza. Quiero decir... Mire, no veo por qué se preocupa tanto por mi coche cuando le he dicho...

—Me preocupo por el coche, señor Mesurier, porque un agente que patrullaba por una zona conocida como Dimbury Corner, a dieciséis kilómetros de Hanborough, en la carretera de Londres, vio su coche a la una y veintiséis minutos de la madrugada del domingo —señaló Hannasyde.

De nuevo Mesurier se humedeció los labios, pero tardó un poco en contestar. El tictac de un reloj de aspecto macizo que había sobre la repisa de la chimenea se hizo audible de pronto. Mesurier le echó una ojeada, como si el mesurado sonido lo pusiera nervioso.

—Debe de estar equivocado —adujo finalmente—. Es todo cuanto puedo decirle.

—¿Su matrícula es AMG-doscientos cuarenta? —preguntó Hannasyde.

—Sí. Sí, es ése.

—Entonces no creo que se equivoque.

—Ha de tratarse de un error. No vería bien la matrícula. Seguramente era ANG o... o AHG. En cualquier caso, yo no estaba en la carretera de Hanborough a esa hora. —Se llevó una mano a la cabeza y se mesó los lacios cabellos negros—. Si eso es todo cuanto tiene contra mí... A ver, no creo que la memoria del agente tenga más valor que mi palabra. Sin ánimo de ofender, por supuesto. Ustedes los detectives tienen que investigarlo todo, claro, pero...

—En efecto, señor Mesurier. —La voz ecuánime del comisario tuvo el efecto de silenciar a Mesurier—. Tan sólo le pido que me indique qué hizo usted el sábado por la noche. Si estuvo toda la noche en su alojamiento, sin duda tendrá algún testigo que pueda corroborar su declaración, ¿no?

—No, creo que no —respondió Mesurier con una sonrisa intranquila—. Mi casera sale todos los sábados por la noche con su marido, así que ellos no saben si estaba o no en casa. —Reparó en que tenía un trozo de algodón en la manga, lo recogió y empezó a jugar con él.

—Es una lástima —dijo Hannasyde, y una vez más consultó sus notas. Bruscamente añadió—: Se entrevistó usted con Arnold Vereker el sábado por la mañana a las diez y media. ¿Es eso correcto?

—Bueno, lo de la hora no podría jurarlo, pero es cierto que lo vi el sábado.

—¿Fue desagradable la entrevista, señor Mesurier?

—¿Desagradable? No acabo de...

—¿Discutieron usted y el señor Vereker?

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó Mesurier—. Vereker estaba un poco malhumorado esa mañana, pero no nos peleamos. ¿Por qué íbamos a disputar, además?

Hannasyde guardó sus notas.

—Creo que adelantaremos si le comunico ahora mismo, señor Mesurier, que obra en mi poder cierta carta que el señor Vereker escribió al abogado de la empresa el sábado, en la que se lo menciona a usted. Puede leerla, si quiere.

Mesurier alargó la mano para recibir la carta.

—Ésta... ésta no es la letra de Vereker —se extrañó.

—No, es la mía —explicó Hannasyde—. Es una copia del original.

Ruborizado, Mesurier leyó la carta y luego la dejó sobre la mesa.

—No sé qué espera que le diga. Es una total tergiversación de los hechos...

—¡Señor Mesurier, por favor, entiéndame! El asunto en concreto que se menciona en la carta no me interesa. No investigo las cuentas de esta empresa, sino el asesinato de su presidente. Por lo que se dice en la misiva deduzco que su entrevista con Arnold Vereker el sábado por la mañana no pudo ser muy agradable. Además, ha quedado ya establecido que a ambos se los oyó alzar la voz con ira. Bien...

—¡Esa maldita bruja de Rose Miller! —exclamó Mesurier, sonrojándose—. ¡Desde luego, si va usted a creer cuanto le diga...! No ha hecho más que apuñalarme por la espalda. Es mentira asegurar que nos peleamos. Vereker iba por mí y no negaré que estaba de muy mal humor. De hecho, llegó a acusarme de desfalco. Huelga decir que se trataba de una acusación completamente ridícula. En realidad, pasé por un apuro y tomé prestada una pequeña suma de la empresa, sólo para salir del mal paso. Por supuesto, sé que no debería haberlo hecho, pero cuando se está sometido a una gran presión, uno comete muchas tonterías. Pero de ahí a decir que robé el dinero... bueno, ¡es de risa! Mire, si hubiera querido robarlo, no estaría devolviéndolo, lo que incluso Vereker admite. Simplemente me tenía ojeriza...

—¿Porque descubrió que se había prometido con su hermanastra?

—¡Eso no era asunto suyo! —se apresuró a decir Mesurier—. A él Tony no le importaba un rábano.

—Pues él parecía pensar que sí era asunto suyo —señaló Hannasyde, algo mordaz—. Lo amenazó con sacarlo todo a la luz, ¿verdad?

—¡Oh, me amenazó con toda clase de cosas! —contestó Mesurier—. Pero no me lo tomé muy en serio, la verdad. Sabía muy bien que no me denunciaría cuando se hubiera tomado su tiempo para reflexionar. Habría sido una estupidez, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Ah, ¿sí? Supongo que admitirá que si lo hubiera denunciado por... —Hannasyde carraspeó— tomar prestado dinero de la empresa, habría arruinado su carrera.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Mesurier, inquieto—. Por supuesto habría sido terriblemente desagradable, pero...

—Estoy siendo sincero por su bien, señor Mesurier, si le digo que lo mejor que puede hacer ahora es contarme la verdad sobre lo que hizo el sábado por la noche.

Piénselo bien.

—No es necesario. No puede usted demostrar que era mi coche el que creyó ver el policía, y aunque lo fuera, desde luego no era yo quien lo conducía. —Se levantó—. Eso es cuanto tengo que decir.

—Entonces, no lo entretengo más —dijo Hannasyde—. Pero sigo aconsejándole que se lo piense mejor.

Pasaban de las cuatro de la tarde cuando el comisario abandonó las oficinas de la Shan Hills Mining Company. En el vestíbulo principal del edificio lo aguardaba su subalterno, el sargento Hemingway, un hombre jovial de mirada brillante y modales cautivadores. Se dirigieron al salón de té más cercano y compararon sus notas ante sendas tazas de té fuerte.

—El problema es que hay demasiados sospechosos con un buen motivo —señaló por fin el sargento—. Nunca me ha gustado este tipo de casos, jefe. ¿Se acuerda del asesinato de Ottershaw? Me quitó diez años de vida. —Palpó uno de los bollos que había depositado la camarera en la mesa y meneó la cabeza—. A mi edad, ni hablar. Deberían detenerlos por endilgarle esta clase de comida al público. A mí me haría pasar la noche en vela. El joven Vereker, por ejemplo. Nunca había visto cosa igual, jefe. ¿Usted lo entiende?

—No —respondió Hannasyde, despacio—, la verdad es que tampoco sé qué pensar de él. Sospecho que es un tipo muy escurridizo.

—Era el que más motivos tenía, eso lo sabemos. Oiga, señorita, sea buena y devuelva estos bollos a donde estaban, que debía de ser la basura a juzgar por su aspecto, y tráigame un buen plato de pan con mantequilla.

—¡Qué descaro! —dijo la camarera, meneando la cabeza.

El sargento le guiñó un ojo y se volvió de nuevo hacia Hannasyde.

—Una chica espabilada. Bueno, tengo algo para usted. He ido a ese estudio que me dijo y he charlado con la criada. Una vieja simple y mandona. Murgatroyd se llama. Era la doncella personal de la segunda señora Vereker antes de que se casara, y también después. Se quedó al morir la señora Vereker y fue la niñera de sus hijos. Ya se imagina usted el panorama, jefe. Es la típica criada devota de la familia. Bueno, he hecho lo que he podido, tratando de sonsacarle, pero se ha cerrado en banda... Gracias, señorita. —Esperó a que la camarera se alejara antes de proseguir—: Como una tumba. Suspica y cauta. Pero una cosa me ha dicho, y se ha mantenido en sus trece.

—¿Qué?

El sargento dobló en dos una de las rebanadas de pan con mantequilla y se la metió en la boca.

—Afirma —dijo, cuando le fue posible hablar y que se le entendiera— que, digan lo que digan en su contra, está dispuesta a jurar que el señorito Kenneth se hallaba

acostado en su cama durmiendo como un corderito el sábado a las doce.

—¿De verdad ha dicho eso? —preguntó Hannasyde, levemente interesado.

—No puedo jurar que fueran sus palabras exactas —contestó el sargento, impertérrito—. Tal vez yo lo haya expresado de forma más poética. Pero era eso en esencia. Ahora usted me cuenta que el señorito Kenneth admite que anduvo deambulando por la ciudad hasta las cuatro de la mañana. Parece que se han hecho un pequeño lío entre ellos, jefe, como si no hubieran tenido tiempo suficiente para preparar la coartada.

—Yo no le daría mucha importancia. Es obvio que la posición del joven Vereker es muy delicada, y si esa tal Murgatroyd es una antigua y devota criada, no sería de extrañar que intentara protegerlo noblemente.

—No digo que no, jefe. Incluso me atrevería a afirmar que está en lo cierto. Pero mire, la anciana está asustada. Teme que el joven Vereker sea culpable. Si hubiera estado totalmente segura de que no es él el asesino, se me habría echado encima por atreverme a presentarme en la casa a decir que sospecho de su querido muchacho.

Hannasyde dejó su taza sobre la mesa.

—Pero a ver, ¿eso lo ha dicho o no?

—No —dijo el sargento—. A eso me refiero, jefe. Yo creía que lo haría.

—¿Por qué?

—Psicología —respondió el sargento vagamente, agitando en el aire su cuarta rebanada de pan con mantequilla.

—Vaya al grano —le ordenó su superior con tono cortante—. ¿Qué ha descubierto sobre el chófer de Arnold Vereker?

—No fue él. Tendrá que tacharlo de la lista, jefe. No nos servirá de nada. Le explicaré lo que estaba haciendo el sábado.

—No se moleste. Redácteme un informe. Creo que iré a visitar a la señorita Vereker.

El sargento arqueó una ceja con expresión de complicidad.

—¿Para hablarle de Rudolph Dedos Ligeros? Recibe una carta de Arnold sacando a la luz sus tejemanejes con la contabilidad y amenazando con arruinarle la vida, así que ella se va a verlo para defender a Rudolph, y cuando comprende que no va a conseguir nada, le clava el puñal al cruel hermanastro. No entiendo aún por qué lo dejó en el cepo, pero, por lo que sé de esa familia, me parece que es precisamente la clase de broma que les parecería divertidísima. Yo no le encuentro la gracia, pero hay gustos para todo. No sé cómo logra la gente salir de estos salones de té, si no hay manera de que las camareras te traigan la cuenta. Hace diez minutos que intento atraer la atención de esa chica con el pelo teñido de rojo. —Lanzó a su jefe una mirada sagaz, pues había trabajado con él a menudo y lo conocía bien—. Está preocupado por el tal Rudolph, ¿verdad, jefe?

—Sí, en efecto —replicó Hannasyde—. Tiene todas las papeletas, pero hay algo que no encaja. A ver qué puede descubrir, Hemingway.

—Haré lo que pueda, señor —repuso el sargento asintiendo con la cabeza—. Pero en mi opinión no puede haber sido él. A ver, Gladys, Maud, Gwendolyn, como se llame, dígame, ¿nos ha invitado?

—¡Ni hablar! ¡Qué desfachatez! —dijo la camarera, con una risita.

—Lo pregunto sólo porque parece que no se atreve a traer la cuenta —dijo el sargento.

—¡Cómo es usted! —dijo la camarera, muy divertida.

Tras abrir la puerta a Hannasyde, Murgatroyd se cuadró en el umbral y le preguntó qué quería con actitud agresiva. El comisario inquirió entonces si la señorita Vereker se hallaba en casa.

—Tal vez —contestó ella—. Dígame su nombre, por favor, y qué quiere.

—Mi nombre es Hannasyde —dijo él, con ojos centelleantes—, y tengo que hablar con la señorita Vereker.

—Sé muy bien lo que es usted. Ya ha venido otro antes y es más que suficiente. Todos estaríamos mejor si la policía nos dejara tranquilos. —Se hizo a un lado para que el comisario entrara y luego cruzó el diminuto recibidor para conducirlo hasta el estudio—. Es la policía otra vez, señorita Tony —anunció—. Supongo que será mejor que lo reciba.

Antonia estaba sentada junto a la ventana con dos de los perros echados a sus pies. Uno de ellos, *Bill*, reconoció al comisario, y agitó la cola alegremente, golpeando el suelo; sin embargo, su hija *Juno* se levantó gruñendo.

—Ah, ¿quién dice que los perros no tienen sentido común? —comentó Murgatroyd, sombría.

—¡Calla, *Juno*! —ordenó Antonia—. ¡Oh, es el comisario! Eso significa que va a volver a interrogarme. ¿Le apetece un té?

—Gracias, señorita Vereker, pero acabo de tomarlo —dijo Hannasyde, con la mirada puesta en el lienzo grande que ocupaba el caballete.

—*Viento del alba* —dijo Antonia amablemente—, pero aún no está terminado. Es el nuevo cuadro de mi hermano.

Hannasyde se acercó para verlo mejor.

—Su hermano me ha asegurado hoy que sus manos valen más que todo el dinero de su hermanastro —comentó.

—Sí, tiene una elevada opinión de sí mismo —admitió Antonia—. Tendrá que acostumbrarse usted a ese tipo de fanfarronadas si piensa verlo a menudo.

—Bueno, estaba pensando que seguramente no se equivoca. No entiendo mucho de arte, pero...

—¡No lo diga! —suplicó Antonia—. Todo idiota bienintencionado lo dice. ¿Qué diablos hace ahí de pie, Murgatroyd?

—Puede que se alegre de que me quede —comentó la criada en tono grave.

—Pues no. Sobre todo después de la forma en que comprometió a Kenneth con esas tonterías de que estaba en la cama a medianoche.

—Lo que he dicho lo mantengo —replicó Murgatroyd.

—¿De qué sirve mantenerlo si nadie la cree? —dijo Antonia, cargada de razón—. Además, me pone nerviosa verla ahí de pie.

—Bueno, ya sabe dónde estoy si me necesita —dijo Murgatroyd, y se retiró.

—Síntese —invitó Antonia al comisario—. ¿Qué quiere saber?

—Lo que decía aquella carta —contestó el comisario enseguida.

—¿Qué carta? ¡Ah, la de Arnold! No mucho.

—Si no decía mucho, ¿por qué la destruyó? —quiso saber Hannasyde.

—Era de esa clase de cartas...

—¿Qué clase de cartas?

—Las que se destruyen. ¡Oiga, empezamos a parecer un dúo de comediantes que intercambian ocurrencias! —señaló Antonia.

—Sí, bastante —admitió el comisario sin inmutarse—. ¿Destruyó usted la carta porque contenía una grave acusación contra el señor Rudolph Mesurier?

—No —dijo Antonia, poniéndose a la defensiva.

—¿Está completamente segura, señorita Vereker?

Antonia apoyó el mentón en las manos y frunció el entrecejo.

—Ojalá pudiera recordar lo que dije en aquella siniestra comisaría —se lamentó—. Y casi desearía también no haber destruido la carta. Porque al parecer cree usted que era increíblemente importante, y en realidad no lo era. Arnold sólo mencionaba su antipatía hacia Rudolph.

—¿No lo acusaba de nada en concreto?

—No. Simplemente buscó una serie de sinónimos de la palabra «sinvergüenza» en el diccionario y los incluyó todos en la carta.

—Dice usted que no formulaba ninguna acusación, pero un hombre de negocios como su hermanastro, ¿amenazaría con llevar a juicio a una persona sin un motivo concreto?

—La cuestión es si lo decía en serio o era sólo un farol —replicó Antonia, desprevenida—. Eso era lo que yo quería descubrir. —Se interrumpió de pronto, sonrojándose intensamente—. ¡Maldita sea, no juega usted limpio!

—No estoy jugando, señorita Vereker. —Antonia alzó la vista rápidamente, pues detectó cierta severidad en el tono del comisario, que prosiguió antes de que ella tuviera tiempo de replicar—. Arnold Vereker le escribió para prohibirle que se casara con Mesurier. Según usted, no mencionó un motivo concreto que justificara su negativa. Pero acaba de admitir que amenazó con llevar a juicio a Mesurier por algún tipo de delito, y también ha admitido que la carta la enfureció.

—¡Por supuesto que sí! —admitió ella, perdiendo la paciencia—. ¡Cualquiera se habría enfadado al leerla!

—Lo supongo. ¿Tal vez la alarmó también?

—No, ¿por qué iba a alarmarme? No le tenía miedo a Arnold.

—No me refiero a usted. ¿No temió por Mesurier?

—No, porque no me tomé la carta en serio.

—Se la tomó lo bastante en serio como para subir al coche e ir a Ashleigh Green ese mismo día.

—Sólo porque quería saber qué tenía Arnold contra Rudolph exactamente, y para impedirle que siguiera difundiendo sucias mentiras sobre él.

—¿Y cómo se proponía conseguirlo, señorita Vereker?

Antonia reflexionó.

—No lo sé. Quiero decir, no creo que ideara ningún plan en concreto.

—Entonces, ¿estaba tan enfadada con él que se metió en el coche sin más y se dirigió a Ashleigh Green sin tener la menor idea de lo que haría cuando llegara allí?

—¡Oh, no! —contestó Antonia sarcásticamente—. Me llevé un cuchillo y se lo clavé a Arnold en la espalda, y luego me fui a pasar la noche en su casa sólo para convencer a todos de que yo era la asesina, y finalmente le conté a aquel agente de policía tonto que había lavado unas manchas de sangre de mi falda. —Se interrumpió y su malhumor se esfumó de repente—. Lo que no es tan estúpido como parece —añadió—. Ahora que lo pienso, no habría sido un mal plan si hubiera asesinado a Arnold. Definitivamente brillante, de hecho, porque ningún jurado creería jamás que podía ser tan boba como para quedarme rondando por la escena del crimen, enseñando prendas manchadas de sangre. Tengo que contárselo a Giles. —En ese momento entró Kenneth en el estudio y Antonia se apresuró a explicarle su idea.

Como el comisario Hannasyde conocía ya bastante bien a los Vereker no le sorprendió el entusiasmo con que Kenneth enseguida participó en la discusión.

—Todo eso está muy bien —comentó—, pero ¿qué hay de la pelea de perros?

—Podría haberla preparado yo misma fácilmente —dijo su hermana con aire de suficiencia.

—No a las tantas de la noche —objetó Kenneth—. Si asesinaste a Arnold y te manchaste de sangre la ropa, el encuentro con el retriever, o lo que fuera, obedeció a pura suerte. Además, no has acumulado suficientes pruebas en tu contra. Obviamente, si fuiste lo bastante lista como para cometer un asesinato y meterte en casa del hombre asesinado después, deberías haberle dicho a todo el mundo que ibas a ver a Arnold para arreglar cuentas con él. Así nadie habría creído que lo mataste tú. ¿Qué opina usted, comisario?

—Opino —contestó Hannasyde, exasperado— que acabarán metiéndose en un lío muy serio si no cierran la boca.

—¡Ah! —exclamó Kenneth dirigiéndole una mirada maliciosa—. Eso significa que no sabe qué pensar de nosotros.

—Es muy posible —admitió el comisario muy serio, y se despidió de los dos hermanos. Pero más tarde confesó a su subalterno que el joven demonio había analizado la situación con total corrección.

Mientras tanto, Antonia llamó a su prometido para pedirle que fuera a verla en

cuanto saliera de la oficina. Cuando llegó, poco después de las seis, Mesurier encontró a ambos hermanos discutiendo sobre la cantidad de absenta que debían echar en la coctelera. Ninguno de los dos le prestó mucha atención hasta que se decidieron, pero cuando Kenneth consiguió salirse con la suya aduciendo que era varios años mayor que Antonia, y la bebida se agitó debidamente y se sirvió en los vasos, Antonia saludó a su prometido con una inclinación de la cabeza y dijo:

—Me alegro de que hayas podido venir. Se ha presentado aquí ese comisario y creo que deberíamos hablar.

—¡Qué seria estás, querida! —exclamó Rudolph, lanzándole una rápida mirada—. No debes permitir que todo esto te ponga nerviosa. ¿Qué se ha sacado de la manga el honorable comisario esta vez?

—Este cóctel es un asco —dijo Kenneth desapasionadamente—. No lo has mezclado como te he explicado. Si crees que el sabueso se interesa por ti, estás equivocada. Está sobre mi pista, y no permitiré que lo desvíen de ella. ¡Oh, ahí está Leslie! —Se asomó por la ventana y se dirigió a la señorita Rivers a voz en cuello—: ¡Leslie, querida, sube! Prácticamente tengo los grilletes en las muñecas, así que sube a tomar un último cóctel. No, pensándolo mejor, no subas, que los ha preparado Tony. Te invito a una copa en el Clarence Arms. —Kenneth se apartó de la ventana, dejó el vaso sobre la mesa y salió precipitadamente.

Distraída una vez más la atención de Antonia de su prometido, se asomó a su vez y charló con la señorita Rivers hasta que Kenneth salió a la calle y se llevó a la visitante en dirección al Clarence Arms. Luego se volvió hacia Rudolph y preguntó de qué estaban hablando antes.

—Oh, creo que estabas preocupada por el comisario, ¿no? —respondió Mesurier—. Todo esto te está afectando mucho, querida.

—No —replicó Antonia con franqueza—. Lo que quiero saber es en qué has estado metido, Rudolph.

Rudolph enrojeció, pero se echó a reír.

—¿En qué he estado metido? ¿A qué te refieres?

—Bueno —dijo Antonia, apurando el cóctel—, me da la impresión de que has estado falsificando el nombre de Arnold o algo parecido.

—¡Tony! —exclamó él, indignado—. Si ésa es la opinión que tienes de mí...

—¡Calla, por favor! —le rogó Antonia—. Esto es serio. Por eso fui a ver a Arnold el sábado por la noche. Dijo que iba a denunciarte.

—¡Qué cerdo!

—Lo sé, pero ¿a qué venía todo eso?

Mesurier se paseó por el estudio con las manos hundidas en los bolsillos.

—¡Me encuentro en una situación muy comprometida! —explicó de pronto—. Sabe Dios que no quería verte involucrada, pero si no te lo cuento yo, lo hará otra

persona. Piensa de mí lo que quieras, pero...

—Lamento interrumpirte, pero abre ese armario y mira si hay un bote de almendras saladas, ¿quieres? —pidió Antonia—. Acabo de recordar que las compré y las metí ahí o...

—No están aquí —dijo Rudolph en tono ofendido—. Claro que si unas almendras saladas son más importantes para ti que mi...

—No, pero recuerdo perfectamente haberlas comprado —insistió Antonia—. Y si tenemos, es una pena... Bueno, en realidad no importa. Sigue con lo de la falsificación.

—No hubo falsificación. ¡Aunque sabe Dios que he pasado tal angustia a causa del dinero que bien podría haber acabado falsificándolo!

—¡Mala suerte! —dijo Antonia con educada simpatía, pero a la vez poco reconfortante.

—Han descubierto algo —dijo Mesurier, adoptando un tono más natural—. No es nada que pueda perjudicarme. Es decir, no prueba que asesinara a Arnold, pero naturalmente ha hecho que la policía recele de mí. Yo... verás, Tony, estaba metido en un buen lío. Tenía que conseguir algo de dinero de una forma o de otra, y deprisa, así que... bueno, tomé prestada una cantidad de la empresa, me refiero a la empresa de Arnold, claro. Por supuesto, huelga decir que era tan sólo un préstamo para capear el temporal, y de hecho ya había empezado a devolverlo. Lo entiendes, ¿verdad, cariño?

—Sí, perfectamente —contestó Antonia—. Alteraste las cuentas y Arnold lo descubrió. Me he preguntado muchas veces cómo se hace, por cierto. ¿Cómo lo haces tú, Rudolph?

—¡Por favor! —exclamó él, ruborizándose—. Esto... no es muy agradable para mí, Tony. No debería haberlo hecho, pero pensé que podría devolverlo antes de la próxima auditoría. No imaginaba que Arnold me tuviera en su punto de mira. Entonces me lo soltó a la cara de buenas a primeras... el sábado por la mañana en realidad. Me insultó de mala manera. ¡Ya sabes cómo era! Tuvimos... tuvimos una pequeña pelea y me amenazó con llevarme ante los tribunales, sobre todo, me temo, porque tú le contaste que nos habíamos prometido, querida. No te estoy culpando, pero fue bastante desafortunado dadas las circunstancias. Y lo peor es que nos oyeron... peleándonos. Fue esa idiota de Miller, y claro, se lo contó al comisario exagerándolo todo. Y para colmo... —Hizo una pausa y se miró las bien cuidadas uñas, con el entrecejo fruncido—. Hay una cosa de lo más extraña —añadió lentamente—. Confieso que no lo entiendo. Un agente de policía de pueblo, un idiota, dice que vio mi coche a dieciséis kilómetros de Hanborough el sábado por la noche. Es completamente absurdo, por supuesto, pero como comprenderás las cosas presentan un cariz muy feo.

—Rudolph, ¿cómo sabías qué día asesinaron a Arnold? —preguntó Antonia irguiéndose de repente.

Él la miró parpadeando.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Sí, lo entiendes perfectamente. El domingo, cuando viniste a cenar, comentaste que te habías peleado con Arnold el mismo día que lo habían asesinado.

—Ah, ¿sí? Pues supongo que me lo dirías tú. No sé cómo iba a saberlo si no.

—Preferiría que dejaras de ponerte a la defensiva —se quejó Antonia—. Si mataste a Arnold, sería mejor que lo confesaras de una vez, pues a Kenneth y a mí eso no nos importa lo más mínimo y jamás te delataríamos.

—Yo no lo maté. ¡Por amor de Dios, no sigas hablando así!

—Bueno, ¿a qué viene eso de que vieron tu coche cerca de Hanborough?

—¡No lo vieron! Quiero decir que no sé si lo vieron o no, pero yo no iba en él. Estuve en casa toda la noche. No puedo demostrarlo, pero si van a creer la palabra de un poli medio dormido antes que la mía...

—Lo cierto es que ninguno de nosotros puede demostrar nada —reflexionó Antonia muy animada—. Simplemente te has unido al noble ejército de los sospechosos. Kenneth va a disgustarse mucho si te conviertes en el sospechoso principal. Cree que está siendo increíblemente listo, y en mi opinión es verdad. Siempre lo es cuando se lo propone.

Rudolph se dejó caer en una de las grandes butacas y hundió la cabeza entre las manos.

—Puedes tomarlo a broma, pero te aseguro que esto es realmente serio —gimió con voz algo entrecortada—. El comisario ese está convencido de que fui yo. No se cree nada de lo que digo. Se nota. ¡No sé qué demonios voy a hacer, Tony!

Su tono era desvalido, asustado, y aunque tales arrebatos de pánico eran del todo ajenos al carácter de Antonia, ésta reaccionó de inmediato lo mejor que pudo.

—Yo no me preocuparía —dijo, dándole unas palmaditas en la rodilla—. Lo consultaré con Giles. Vendrá esta noche para hablar de negocios con Kenneth. No te importa, ¿verdad?

—Ya lo sabe de todas formas —contestó él, no muy convencido—. Arnold escribió una carta a su padre hablándole de mí, carta que ahora está en poder del comisario. Por supuesto, tu primo debe de haberla leído también. No es que me importe exactamente que lo comentes con él, porque no tengo nada que ocultar, pero...

En ese momento se abrió la puerta del estudio y entró Giles Carrington acompañado de Kenneth. Antonia lo saludó con una sonrisa cálida y pidió a su hermano que le explicara qué había hecho con la señorita Rivers.

—Se ha ido a casa —respondió Kenneth—. ¿Un cigarrillo, Giles? Si es que hay,

que lo dudo.

—¡Oh, bueno, en ese caso podemos hablar! —exclamó Antonia enérgicamente—. Giles, ¿acaso sabías que Rudolph había alterado las cuentas de la empresa?

—¿Qué? —exclamó Kenneth, dejando de buscar los cigarrillos para volverse y mirar a Mesurier—. ¿Has estado malversando fondos? ¿En serio?

Su actitud era en parte interesada y en parte crítica, lo que incitó a Rudolph a defenderse, rojo de vergüenza. Al explicarse provocó en Kenneth una carcajada tan desdeñosa y burlona que Antonia se apresuró a romper una lanza en favor de su prometido y reprochó a su hermano que se mostrara tan insultante, pues para empezar seguro que también él habría hecho lo mismo y para terminar no era asunto suyo.

—¡Oh, sí, sí es asunto mío! —protestó Kenneth—. Olvidas que soy el heredero. Creo que podría denunciarlo si quisiera. No voy a hacerlo, claro, aunque desde luego con lo del desfalco se ha pasado de la raya. Una cosa es liquidar a un tipo, pero chapucear con sus cuentas es otra muy distinta. Sin embargo, no creas que lo critico. Supongo que a ti te pareció una buena idea en su momento, Rudolph.

—¡No me gusta nada tu tono! —dijo Mesurier airadamente—. Estoy dispuesto a admitir que no debería haber tomado prestado ese dinero, pero si me acusas de...

—Mi querido muchacho, no te he acusado de nada —dijo Kenneth, empezando a llenar su pipa—. Tony ha dicho que has amañado las cuentas de la empresa, y yo me he limitado a mostrar sorpresa, interés y desaprobación en su justa medida.

Antonia había conducido a su primo hasta la ventana y lo aferraba levemente de la manga.

—Está metido en un buen lío, ¿verdad? —preguntó en voz baja, mirándolo con expresión grave.

—No lo sé, Tony.

—Bueno, yo creo que sí. Lo ayudarás, ¿verdad, Giles? —Él no respondió y ella añadió al cabo de un rato—: Estoy prometida con él.

—Eso no es ningún aliciente para mí, Tony.

Los cándidos ojos de Tony mostraron cierto desconcierto y buscaron la respuesta en los de Giles en vano.

—Ah, ¿no? —preguntó, tratando de comprenderlo.

—No.

—¡Oh! Bueno... bueno... ¿lo harás por mí, Giles?

Él la miró y miró la mano que aún sujetaba su manga.

—Supongo que sí, Tony —respondió con su calma habitual, y volvió la vista hacia el otro lado de la amplia habitación, donde Mesurier y Kenneth discutían—. Cierra la boca de una vez, Kenneth —dijo en tono cordial—. Sí, he leído la carta que escribió mi primo antes de morir, Mesurier. No prueba que tuviera nada que ver con su asesinato.

—No —convino Antonia—, pero lo del coche no tiene buena pinta. Cuéntaselo a mi primo, Rudolph, él nos ayudará.

Mesurier se encogió de hombros.

—Oh, no se trata más que de un ridículo error por parte de la policía. Un policía local imagina haber visto mi coche cerca de Hanborough la noche del asesinato, Carrington.

—Los policías carecen de imaginación —terció Kenneth, que se había tumbado en el sofá con la pipa entre los dientes.

—¿Dónde estaba su coche? —preguntó Giles, con el ceño levemente fruncido.

—En el garaje, supongo. Yo pasé la noche en casa.

—Ya veo. ¿Hay alguien que pueda corroborar esa afirmación?

—Pues la verdad es que no —respondió Mesurier, soltando una risita nerviosa—. Parece una tontería, pero tenía un dolor de cabeza horrible y me acosté temprano.

—Mientes fatal —comentó Kenneth con indolencia—. ¿Para qué te molestas? Nosotros no vamos a denunciarte. Puede que incluso te conceda una buena recompensa. ¿O eso sería de mal gusto?

—Tu historia es igual de endeble, Kenneth —acusó Giles con severidad.

—Lo admito, pero la cuento con mucha más gracia. ¿Qué opinas tú, Tony? ¿Lo hizo él? Yo no creo que tuviera valor para asesinarlo.

—¡Por supuesto que lo tiene! —protestó Antonia, indignada—. Tu problema es que estás tan absorto en admirar tu propia habilidad para desconcertar a la policía que no crees que otra persona pueda hacer lo mismo.

Giles observaba a Mesurier de hito en hito, pasando por alto la conversación entre sus primos.

—Cuando afirma que un policía vio su coche la noche del asesinato, ¿quiere decir que vio un coche de la misma marca que el suyo, o que realmente vio su matrícula?

—Mi matrícula —respondió Mesurier—, o eso cree él. Pero pudo confundirla con otra parecida fácilmente; sin duda ocurrió eso.

—Ya me imagino a nuestro amigo el comisario regodeándose con esa historia —comentó Kenneth—. Tony, tu novio prometía mucho, pero empieza a aburrirme.

Giles sacó su pitillera y la abrió.

—No me corresponde a mí dudar de su historia, Mesurier. Sólo puedo decirle que si es cierta, lo siento.

—¿Que lo siente? —exclamó Rudolph—. ¡No le entiendo!

Giles encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla a la chimenea.

—Lo siento mucho por usted. Tenía una coartada excelente, Mesurier.

—¿Coartada? ¿Cuál?

—El coche —contestó Giles—. Porque si hubiera vuelto a Londres con el coche esa noche desde Hanborough, difícilmente podría haber sido el asesino.

El efecto de esta sosegada afirmación fue un poco ridículo. Rudolph Mesurier lo miró parpadeando con perplejidad y luego dijo:

—Entonces... entonces, ¿habría sido mejor que admitiera haber salido esa noche? ¡No entiendo adonde quiere llegar!

—Siempre es mejor decir la verdad —comentó Kenneth con aire petulante—. Observa la maestría con que he actuado en este intrincado asunto.

—Ya lo creo —intervino su hermana—. Pero ¿has contado la verdad?

—Eso, hermanita —dijo Kenneth—, ha de averiguarlo la policía.

—¡Oh, callaos de una vez! —exclamó Mesurier, exasperado—. Tú puedes quedarte ahí tumbado, burlándote cuanto quieras, pero yo estoy en un maldito aprieto.

—Todos lo estamos —replicó Kenneth, sin inmutarse—. Además, este nuevo giro de los acontecimientos supone que Tony tenía un bonito y altruista motivo para asesinar a Arnold. Dime, Tony, ¿de verdad matarías a Arnold para proteger el buen nombre de Rudolph?

—¡Por supuesto que sí! —respondió su hermana, irritada—. No quiero decir que apruebe el desfalco, porque creo que eso estuvo mal, pero no permitiría que Arnold lo llevara ante la justicia, si pudiera evitarlo. Ya que estamos, ¿no lo habrías matado tú para salvar a Violet?

—No mezcles las cosas. Yo lo maté por el dinero. Eres tú la del motivo noble y Rudolph el del motivo sórdido.

—¡No más sórdido que el tuyo!

—¡Oh, sí, querida! Está en el mismo saco que los tahúres y rateros.

—Cállate, Kenneth —terció Giles—. Esto no conduce a nada, y no es demasiado agradable para Mesurier. ¿Salió con el coche la noche del asesinato, Mesurier?

Rudolph miró a unos y a otros con aire dubitativo.

—No seas tímido —le recomendó Kenneth—. Ya sabemos todos que sí.

—Bueno, la verdad es que sí —dijo Rudolph, jugándose el todo por el todo—. Eso es lo que me asusta más. —Empezó a pasearse frenéticamente por el estudio—. Cuando ese detective me preguntó, lo negué. ¿Qué iba a hacer? No pueden demostrar que estuve fuera. Lo del coche era una prueba absolutamente circunstancial, y me pareció que lo mejor sería atenerme a la afirmación de que había pasado en casa toda la noche. Pero ahora usted —miró a Giles— me dice que no pude cometer el asesinato si estaba fuera con el coche, así que... —Se interrumpió para soltar una risita nerviosa—. Así que ahora no sé qué hacer.

—Con un poco de suerte —comentó Kenneth— conseguiremos endilgarle el asesinato a Rudolph.

—Eso no tiene ninguna gracia —dijo Mesurier, envarándose.

—Depende del punto de vista. Sería mucho más divertido que tenerte como cuñado.

Antonia se levantó de un salto.

—¡Cállate, maldita sea! —dijo con fiereza—. ¡Si es por eso, preferiría endilgarle el asesinato a Violet antes que tenerla como cuñada! No veo que Rudolph sea peor que ella.

—Gracias, querida —dijo una suave voz desde el umbral de la puerta—. ¡Qué considerado por tu parte! ¿Y qué se supone que he hecho?

Kenneth se incorporó en el sofá y se quedó sentado.

—¡Cariño! —dijo—. Ven y únete a la fiesta. Estamos pasándolo de muerte.

Violet Williams sujetaba aún el pomo de la puerta con su mano enguantada. Estaba preciosa con su vestido de flores y una pamelita muy favorecedora, y llevaba sombrilla.

—¿Seguro que no estaré *de trop*? —dijo, enarcando las depiladas cejas.

—Imposible que tú estés de más. Tony sólo quería pagarme con la misma moneda. Ya conoces a Giles, ¿verdad? Ven y siéntate, tesoro, y te contaremos los últimos descubrimientos.

Mesurier hizo ademán de protestar, pero Antonia le señaló muy sensatamente que Kenneth se lo contaría todo a Violet en cualquier caso, así que sería mejor acabar de una vez. Mientras la atención de Kenneth parecía momentáneamente acaparada por Violet, que se había sentado en el sofá y hablaba con él en voz baja, Mesurier aprovechó la oportunidad para preguntarle a Giles por qué se suponía que el coche podía constituir una coartada.

—Bueno —respondió Giles—, si asesinó a Arnold y volvió a la ciudad en su propio coche, ¿quién se deshizo del vehículo de Arnold?

Por desgracia, el comentario llegó a oídos de Kenneth, que respondió al instante:

—Un cómplice.

—Yo no tengo ningún com... quiero decir... ¡Oh, por amor de Dios, deja de entrometerte!

—Un cómplice, de acuerdo —aceptó Giles—. Pero ¿quién?

—Tony, por supuesto.

—Kenneth, querido, en serio no deberías decir esas cosas, ni siquiera en broma —le reprochó Violet con amabilidad.

Sin embargo, Antonia se mostró inclinada a considerar la sugerencia de su hermano con interés.

—¿Quieres decir que urdimos el plan entre los dos, que yo atraje a Arnold hasta el cepo y que Rudolph nos siguió en su coche y acabó con él? Eso no es posible, porque pasé la noche en Riverside Cottage y no creo que hubiera tenido tiempo de traer el coche de Arnold a la ciudad y después volver allí en el mío propio. Además,

no lo hice, así que eso podemos descartarlo. Sabía que a Giles se le ocurriría algo para ayudarnos.

Mesurier exhaló un largo suspiro.

—¡Qué idiota he sido al no pensarlo yo mismo! Muchas gracias. ¡Desde luego, eso me descarta por completo!

—¡Oh, no, en absoluto! —señaló Kenneth—. Tu cómplice podría ser otra persona, o podrías haber pegado tu matrícula en el coche de Arnold.

—Demasiado inteligente —objetó Antonia—. A Rudolph jamás se le habría ocurrido algo tan ingenioso, ¿verdad, Rudolph?

—Eso es lo malo de la gente que planea un asesinato y luego lo deja todo al azar —se quejó Kenneth.

Mesurier decidió no hacerle caso y, volviéndose hacia Giles, le preguntó si estaba seguro de que la coartada era buena. Giles enfrió bastante su optimismo al afirmar que no estaba seguro de nada.

Violet, que había permanecido jugueteando con el cierre de su bolso, alzó sus grandes ojos insondables hacia el rostro de Mesurier y le preguntó con su bien modulada voz qué hacía en Hanborough aquella noche.

—¡Por favor, no quisiera resultar impertinente! —se disculpó—. Sólo tengo curiosidad. No sé por qué, pero lo encuentro muy extraño.

Era evidente que la pregunta pillaba a Rudolph desprevenido.

—¡Bueno, infiel, te he pillado! —exclamó sentándose en el respaldo del sofá Kenneth, para quien dicha evidencia fue aún más importante.

Mesurier le lanzó una mirada de odio exacerbado.

—No sé qué tiene eso que ver con el asesinato —dijo.

Con esta floja respuesta sólo consiguió poner a su prometida en su contra.

—Giles no podrá ayudarte si te comportas como un idiota —le espetó Antonia con severidad—. Debías de tener algún motivo para ir a Hanborough aquella noche, y si no confieras cuál, te hará parecer muy sospechoso.

—¡Está bien! —admitió Mesurier—. Si quieres saberlo, se me ocurrió la idea insensata de ir a ver a Vereker y apelar a su generosidad, pero lo pensé mejor y me volví.

—Sólo puedo decir que necesito otra copa —comentó Kenneth, levantándose del sofá para dirigirse al aparador de las bebidas—. Cuanto más se enreda la historia de Rudolph, más me convengo de que puedo cargarle con el muerto sin demasiado esfuerzo. —Se sirvió whisky con soda—. ¿A alguien más le apetece una copa? —Al no responder nadie, se llevó el vaso a los labios, apuró la mitad del whisky y volvió al sofá—. La teoría que barajo en estos momentos es que el coche de Arnold no llegó a salir de Londres —explicó.

Antonia frunció el ceño.

—Sí, pero eso significa que Arnold habría tenido que irse con Rudolph, lo que jamás habría hecho.

—Pues claro que no, y teniendo en cuenta las circunstancias, ¿a quién puede extrañarle? La cuestión es que Rudolph lo asesinó aquí, en la ciudad.

—¡Oh, qué macabro! —dijo Violet, con un escalofrío—. ¡No sigas, por favor! Mesurier estaba pálido y fuera de sí.

—¡Muy listo! —dijo—. ¿Y se puede saber cómo explicas que no hubiera manchas de sangre en mi coche?

Kenneth dio otro trago.

—Envolviste el cadáver en un impermeable viejo —contestó.

—Que después quemó en la chimenea de su habitación —sugirió Giles mordazmente.

—¡Oh, no! Le quitó el nombre del fabricante, lo enrolló con una piedra dentro y lo tiró al Hammerpond en Huxley Heath —apuntó Kenneth.

—Eso está bien —admitió Antonia—. Pero no nos has dicho cómo consiguió matar a Arnold sin que lo viera y metió luego su cadáver en el coche.

—Cuando acabéis de divertirlos a mi costa —saltó Rudolph, furioso—, ¡a lo mejor puedo deciros lo mucho que me molesta vuestra actitud!

Antonia lo miró, sorprendida.

—No veo por qué has de molestarte. Al fin y al cabo, Arnold era pariente nuestro, y si a nosotros no nos importa hablar sobre el asesinato, ¿por qué habría de importarte a ti? Ni siquiera pensábamos enfadarnos si lo hubieras cometido tú.

—A mí me parece —dijo Rudolph con voz algo trémula—, ¡que me vais a adjudicar el papel de cabeza de turco!

—Me temo —dijo Giles sin perder la calma— que no entiende usted el... —carraspeó— interés puramente intelectual de mis primos por el crimen. Si prefiere no hablar sobre ello, no hay motivo alguno para que lo haga.

—Salvo, claro está —terció Kenneth—, que cuando ocupe el banquillo de los testigos, me veré obligado a explicar que tu actitud me pareció sospechosamente reservada cuando hablamos del crimen.

—Es más probable que seas tú quien acabe en el banquillo de los acusados —aseguró su hermana con aspereza.

—En ese caso —replicó Kenneth, apurando finalmente su whisky con soda—, sacaré a la luz el motivo del desfalco. *Sauve qui peut*, ¡sálvese quien pueda!

Mesurier metió las manos en los bolsillos y se esforzó en sonreír.

—Creo que un jurado adoptaría un punto de vista mucho más razonable sobre este asunto —señaló—. No pretendo justificar lo que hice, pero no se trató de un... un robo. Ya he devuelto buena parte de lo que tomé prestado.

—La cuestión es que Arnold no adoptó un punto de vista nada razonable —objetó

Antonia.

—Ahí discrepo contigo —se apresuró a intervenir Kenneth—. No defiendo a Arnold, pero no veo por qué tendría que haberse mostrado más agradable. No se le puede quitar a un hombre su dinero y luego decir: «Gracias por el préstamo», y devolvérselo con cuentagotas. No culpo a Arnold en absoluto por haberse enfurecido, y es más, creo que un jurado opinaría igual que yo. Verían que Rudolph tenía un móvil para matarlo que deja al mío en pañales.

—Soy muy consciente de que estoy metido en un verdadero aprieto —admitió Mesurier—. Pero no servirá de nada que intentéis endilgarme el asesinato. Para empezar nunca he tenido un cuchillo como ése y además...

—Un momento —lo interrumpió Giles—. ¿Un cuchillo como cuál?

—Un... un cuchillo capaz de matar a un hombre —contestó Mesurier enrojeciendo—. Naturalmente supongo que debía de ser una especie de daga. A ver, un cuchillo vulgar y corriente no podría...

—Vio a Arnold Vereker cuando ya estaba muerto, ¿no es cierto? —preguntó Giles.

Se hizo el silencio.

—Estáis logrando que me den náuseas —protestó Violet estremeciéndose—. ¡Por favor, hablemos de otra cosa!

—No pueden darte náuseas todavía, querida. Rudolph está a punto de confesarlo todo.

Mesurier clavó la mirada en el rostro de Giles, pero luego la bajó repentinamente, se llevó una mano al bolsillo del pecho y sacó su pitillera. La abrió, tomó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Había una caja de cerillas sobre la mesa y se acercó para cogerla.

—Sí —aceptó, y encendió el cigarrillo—. Tiene razón. Vi a Vereker cuando ya estaba muerto.

—Tú sólo pasabas por allí casualmente —dijo Kenneth, asintiendo.

—No, fui a Ashleigh Green adrede para verlo. Cuando llegué al pueblo, mis faros iluminaron el cepo. En ese momento no sabía que se trataba de Arnold. Bajé del coche y me acerqué para verlo.

—Y al descubrir que era Arnold, volviste a casa.

—Bueno, ¿y por qué no? —preguntó Antonia—. Si Arnold estaba muerto, no servía de nada quedarse allí.

—Podría haber intentado hacer algo —dijo Violet en voz baja—. Podría haber pedido ayuda.

—Una idea muy femenina, tesoro. Rudolph, ¿por qué no lo hiciste?

—No quería verme involucrado. Comprendí que ya no podía ayudarlo.

—¿A qué hora fue? —inquirió Giles.

—No lo sé. Es decir, no estoy seguro. Entre las doce y la una de la madrugada más o menos.

—La hora más recomendable para llamar a la puerta de Arnold y tener una amistosa charla con él —señaló Kenneth—. A mí me parece que necesitas revisar tu historia. Si yo fuera tú, la olvidaría e inventaría una nueva. Las polillas han dejado ésta bastante mal.

—Bueno, no pensaba llamar a la puerta de Arnold —dijo Mesurier, arrojando el cigarrillo a la chimenea—. Lo he... lo he pasado bastante mal por culpa este asunto, no me importa confesarlo. Vereker pretendía arruinarme la vida. Podría haberlo hecho fácilmente. Aunque él no hubiera ganado el caso, el mero hecho de verme involucrado en él habría supuesto mi final. Estaba... estaba desesperado. No sabía qué hacer. Sabía que Vereker iría a Riverside Cottage; oí que se lo decía a la señorita Miller. Por supuesto era una locura, pero quería dirigirme allí y matarlo de un tiro, haciendo que pareciera obra de un ladrón. Había estado en la casa en una ocasión. Sabía que se encontraba bastante aislada y conocía un sitio donde podía ocultar el coche. Pensé que si forzaba la puerta y entraba, podía esconderme detrás de la estantería del vestíbulo, y cuando Vereker bajara sobresaltado por el ruido, le dispararía desde allí y huiría antes de que pudiera presentarse alguien. ¡Ésa es la verdad, y si no os gusta podéis hacer lo otro!

—Sólo tienes que explicarme qué es lo otro y yo iré y lo haré de inmediato —prometió Kenneth—. Al oír tu historia me han entrado ganas de llorar. ¡Pobre hermana mía!

—Sí, pero espera —dijo Antonia, seria—. Es tan estúpido lo que ha contado que seguramente la gente lo creerá. ¿No estás de acuerdo, Giles?

—Es muy posible —contestó su primo.

—Bueno, si ésa es tu opinión, ¿por qué no dejas que lo aprovechemos todos? —dijo Kenneth—. Digamos que nos aliamos para matar a Arnold, pero que busquemos a otra persona que lo hiciera por nosotros.

—Yo no os lo aconsejaría —dijo Giles—. Es de esa clase de historias que no se sostiene cuando se cuenta una segunda vez.

—¡Por segunda vez! —exclamó Kenneth desdeñosamente—. ¡Si tenía bigote cuando Rudolph la ha sacado a la luz!

—Pues es cierta —replicó éste—. Y no es más endeble que la que has contado tú. Personalmente, me pareció la peor historia que he oído en mi vida.

—Sí, no dejas de tener razón —dijo Antonia, tratando de ser justa—, pero la historia de Kenneth es mucho mejor en cualquier caso, porque no puede refutarse, y no lo sitúa cerca de Ashleigh Green en ningún momento. La verdad es que la tuya no me parece muy buena, Rudolph. ¿No se te podría ocurrir otra mejor? Todos te ayudaremos, ¿verdad?

—Yo no —contestó Giles.

—Pues me parece una mezquindad por tu parte. Kenneth, ¿qué crees que podría decir Rudolph?

—No pienso ayudarlo —repuso Kenneth—. Mi primera idea era la mejor: que Rudolph sea el cabeza de turco. Es la mejor solución para todos. Es un pesado.

—Puede que sea un pesado, ¡pero no creas que voy a permitir que le echés la culpa para librarte tú! —le espetó Antonia.

—¿Quién ha dicho que sea para librarme yo? ¿Acaso no estás implicada también? Giles intervino una vez más con la mirada puesta en su reloj.

—Todo esto resulta fascinante, pero debo recordarte, Kenneth, que he venido para hablar contigo de algo muy distinto. Sugiero que demos por terminada esta discusión absolutamente árida.

—¡Desde luego! —dijo Mesurier, con una mirada colérica—. De todas formas, yo me voy. Si hubiera sabido a lo que me exponía, no habría venido. ¡Aunque supongo que debería haberlo adivinado! ¡Oh, por favor, no te molestes en acompañarme! —Este último comentario maliciosamente cortés se lo dedicó a Antonia, que, sin embargo, no le hizo el menor caso y fue tras él, cerrando con cuidado la puerta al salir.

Kenneth volvió al sofá.

—Bueno, con suerte esto acabará con el compromiso —comentó.

—Lo que tú necesitas es una patada en el trasero —replicó Giles, sin alterarse.

—¡Oh, no! No me digas que apruebas que Tony se case con ese lagarto asqueroso. Además, a Murgatroyd no le gusta.

—Señor Carrington —dijo Violet de repente—, ¿qué le parece su historia?

—Nada especial —contestó él, mirándola—. He oído otras más improbables.

—Pues a mí, no sé por qué, él no me gusta —comentó Violet—. Y si realmente no había tenido nada que ver, ¿por qué no pidió ayuda?

—El pánico, señorita Williams.

—Sí, supongo que fue eso —dijo ella con desdén—. Personalmente no soporto a la gente que pierde la cabeza ante una emergencia. ¿Quiere usted hablar en privado con Kenneth?

—¡Por Dios, no! —exclamó Kenneth—. Sólo se trata de dinero. ¿Cuánto puedes darme, Giles?

—Te prestaré lo que quieres para cubrir tus necesidades inmediatas.

—¿Intentas asustarme? —preguntó Kenneth—. ¿Ha pasado algo con el testamento?

—No, nada —contestó Giles—. Pero aparte del hecho de que no quedaría demasiado bien que echaras mano del patrimonio apenas tres días después de la muerte de Arnold, hay que cumplir con una pequeña formalidad antes de que los

albaceas puedan darte dinero. Debemos demostrar la muerte de Roger.

—¡Qué lata! —exclamó Kenneth—. ¿Y cuánto tiempo llevará eso?

—No mucho, espero. ¿Cuánto quieres?

—¿Te arruinarás si te pido trescientas? —preguntó Kenneth con aire persuasivo.

—Podré soportarlo. Te haré un cheque por esa cantidad y, mientras, tú puedes redactar un recibo.

En medio de esta labor, Antonia volvió a entrar en la habitación y anunció que Rudolph se había ido.

—Bueno, algo es algo —dijo Kenneth—. ¿Sigue emperrado en su historia?

—Jura que es absolutamente cierta.

—Será mejor que vaya a jurárselo al viejo Hannasyde a ver cómo se lo toma. Hay que tener fe para tragarse semejante trola.

—Debo confesar que a mí también me ha parecido bastante necia —admitió Antonia—. Pero no he querido mostrarme más desdeñosa, porque estaba un poco alterado. El problema es que no nos entiende del todo cuando hablamos, Kenneth.

Giles alzó la vista sonriendo.

—Un inconveniente bastante grave tratándose de un compañero para toda la vida, Tony.

—Lo sé. Me he dado cuenta hace media hora. Espero no estar cometiendo otro error.

—Sería bastante difícil para un hombre medio entenderos cuando habláis, como decís vosotros —comentó Violet—. He de confesar que a mí muchos de vuestros comentarios me parecen extremadamente raros, por no decir otra cosa.

—Pobrecita mía —dijo Kenneth, aplicando el secante al recibo—. ¡Qué mente tan vulgar hay bajo ese precioso rostro!

—Si me encuentras vulgar —repuso ella sonrojándose—, no sé por qué quieres casarte conmigo.

—Ya te lo he explicado antes, mi amor. Adoro la belleza.

—Sí, eso dices, pero me he dado cuenta de que dicho motivo no te impide andar detrás de chicas de aspecto más que corriente como Leslie Rivers.

—Gatita celosa —comentó él—. Hace años que conozco a Leslie. Ahí tienes, Giles. Te lo devolveré en cuanto reciba mi dinero. Gracias, por cierto. Ahora podré comprarte un anillo vulgar, amada mía.

—Te aseguro que no quiero un anillo vulgar. Sólo porque prefiera los diamantes a cualquier otra piedra...

—Tendrás un enorme diamante, cariño mío. Uno grande cortado en rectángulo, tan improbable que nadie pensará que es falso.

—¿Vas a gastártelo todo en un anillo? —preguntó Giles.

—Eso creo —contestó Kenneth—. Si soy el heredero, las facturas pueden esperar.

Y cuando entre en posesión de la fortuna de los Vereker, Violet, tendrás también un collar de perlas y unos pendientes de jade tallado. ¿Qué te parece?

—Me encantan las perlas, pero creo que no me gusta mucho el jade. Es muy común.

—¡Que el cielo ayude a esta pobre muchacha! —gimió Kenneth.

Giles le puso el capuchón a su pluma estilográfica.

—Aplazad las hostilidades hasta que me haya ido —pidió—. No te habrás olvidado de que mañana es la pesquisa judicial, ¿verdad, Tony?

—La verdad es que sí, pero acabas de recordármelo. Me dijiste que me llevarías en tu coche. ¿Te importa si me acompaña uno de los perros?

—Sí, me importa. Pasaré a buscarte a eso de las diez. Ven conmigo hasta la puerta, por favor. Adiós, señorita Williams; hasta luego, Kenneth.

Antonia lo acompañó al recibidor.

—Giles, he descubierto algo tremebundo —dijo con tono sobrecogedor.

—Dios santo, Tony, ¿qué es? —preguntó él, divertido.

—Rudolph y Violet son almas gemelas. No sé cómo no me he percatado antes. Tienen la misma mentalidad. ¿Crees que debería hacérselo notar?

—No, creo que no —respondió Giles con firmeza—. Yo dejaría que lo descubrieran por sí mismos. ¿De verdad piensas casarte con Mesurier?

—Bueno, lo pensaba —contestó ella, arrugando el ceño—. Puede ser increíblemente atractivo, ¿sabes?, aunque debo decir que no sale muy bien parado en circunstancias adversas.

—Tony, eres una mocosa imposible. ¿Estás enamorada de él siquiera un poquito?

—No lo sé —contestó Antonia con tristeza—. Para serte sincera, Giles, no estoy muy segura de cómo es estar enamorada. Creía que lo estaba, pero últimamente me parece que Rudolph ha dejado de gustarme. En realidad es muy difícil.

—Yo que tú le daría el pasaporte —le recomendó Giles.

—No, no lo harías. Sobre todo ahora que tiene problemas.

—Entonces, cuanto antes resuelva sus problemas mejor.

—Sí —convino ella—. Pero la cuestión es si podrá solucionarlos. La coartada del coche está muy bien, pero cuanto más se piensa en ella, más acaba uno sospechando que hay algún aspecto que no acaba de estar claro. ¿Sabes?, este maldito asesinato empieza a ser una peste en lugar de una bendición. ¿Quién lo hizo, Giles? ¿Tienes alguna idea?

—No, ninguna. Me da la impresión de que aún estamos muy lejos de la verdad. No me sorprendería que surgiera de pronto algún dato totalmente inesperado.

—Oh, ¿por qué? —preguntó ella, interesada.

—No lo sé —contestó Giles Carrington—. Es sólo un hormigueo en el estómago.

La pesquisa judicial que tuvo lugar en Hanborough al día siguiente no aportó ninguna prueba nueva. Antonia se mostró francamente decepcionada, aunque escuchó con interés la noticia de que las manos de la víctima tenían rastros de haber realizado alguna reparación en un coche. Cuando se desveló que el neumático de repuesto de Arnold Vereker estaba deshinchado y mostraba un buen pinchazo, Antonia se inclinó hacia su primo y susurró:

—Eso echa por tierra la teoría de Kenneth, por cierto.

Antonia prestó declaración con una jovialidad que, añadida a la ausencia de ropa de luto, escandalizó bastante a los miembros del jurado. Para alivio de Giles Carrington, no se mostró ni malhumorada ni agresiva. Al contrario, respondió al juez de instrucción con una cordialidad debida, como luego explicó a Giles, a su parecido con el veterinario que había atendido al último parto de *Juno*.

Se hizo evidente que ni el juez ni el jurado sabían qué pensar de ella, pero su actitud poco convencional hacia el comisario Hannasyde, al que saludó como a un viejo conocido cuando se levantó para formularle una pregunta, causó una muy buena impresión.

No se llamó a declarar a Rudolph Mesurier, ni se mencionó su nombre, y la pesquisa judicial concluyó con un veredicto de asesinato cometido por persona o personas desconocidas, como se preveía.

Al salir de la sala del tribunal, Carrington se encontró junto al comisario Hannasyde y musitó pensativamente:

—Se trata del crimen perfecto, comisario.

La lenta sonrisa de Hannasyde alumbró su mirada.

—Un caso peliagudo, sí. ¿Dónde se ha metido su encantadora cliente?

—Ha ido a comisaría —contestó Giles muy serio—, para darle al sargento... me temo que he olvidado su nombre, pero es ese que cría airedales, para darle una receta infalible contra el eccema. Mesurier ha resultado ser una pista falsa, ¿no?

—Oh, se dio cuenta usted de la pega, ¿no? —replicó el comisario—. Lo imaginaba. Ha quedado claro, por cierto, que no se encontraba en su domicilio entre las doce y las dos de aquella noche, pero a primera vista no parece que eso vaya a sernos útil. Sin embargo, el sargento Hemingway —señaló a su subalterno de ojos brillantes— cree que podríamos tener alguna posibilidad por ahí. Ya veremos.

—Varias —apuntó Giles, saludando al sargento con una inclinación de la cabeza—. Las discutimos todas anoche hasta la saciedad. Pero a mí la teoría del cómplice no me convence.

—No, señor —dijo el comisario al instante—. Opino lo mismo, sobre todo en un caso de asesinato. Pero eso no significa que no pudiera haberse llevado a cabo sin

cómplice, ni mucho menos.

—No le gusta mucho Mesurier, ¿verdad? —preguntó Giles observando a Hannasyde.

—No me gusta mucho nadie —contestó el comisario—. Pero una cosa parece segura: quienquiera que matara a Arnold Vereker era un tipo muy frío e inteligente.

—Pues entonces eso descarta a Mesurier —aseguró Giles—. No es frío ni inteligente.

—No se puede juzgar por el modo como actúa ahora, señor —objetó el sargento—. Algunos de los más astutos te llevan al huerto fingiendo que no podrían pisar una cucaracha sin dejar enseguida restos esparcidos por toda la casa. Fue lo bastante espabilado para amañar las cuentas de la empresa.

—Todo fue cuidadosamente planeado —dijo Giles sacando la pitillera y abriéndola—. No fue fruto de un impulso.

El comisario asintió, pero el sargento Hemingway frunció los labios.

—Da la impresión de que el crimen se hubiera cometido a sangre fría, pero ese razonamiento puede inducir a error —explicó—. Algunas personas pierden la cabeza cuando se exaltan, pero otras no. Parece que se vuelvan más lúcidas. Es el mismo efecto que produce la cocaína. No es que yo la haya probado, pero aseguran que provoca ese efecto. Es cosa de la psicología, en la que aquí el comisario no cree.

Hannasyde sonrió, pero no quiso meterse en la discusión. Sus sagaces ojos grises estaban fijos en Giles.

—¿Qué se guarda en la manga, señor Carrington? ¿Va a revelarnos algo nuevo?

—¡Oh, no! —dijo Giles—. Pero ayer me puse profético y aún no se me ha pasado el arrebató. Va a surgir algo imprevisto.

—¿Una especie de premonición? —preguntó el sargento, interesado.

—¡Premonición! —gruñó el comisario—. ¡Una apuesta muy segura! Por supuesto que va a surgir algo. ¡Sólo espero que haya una coartada que pueda comprobar, y que quien sea no se haya pasado la noche caminando hasta Richmond, o en la cama con dolor de cabeza, o a solas en la casa de otro!

—Lo veo a usted muy contrariado, comisario —dijo Giles, con los ojos brillantes. Hannasyde rio y le tendió la mano.

—¿Le extraña? Bien, debo irme. ¡Esa descarada clienta suya! ¡Y vaya idea la de decirme: «Ah, hola» en el tribunal! ¿Le ha contado que ayer tuvimos un encontronazo? Y ya puede advertir a su hermano, si quiere, de que no siempre es prudente hacerse el listo con la policía. ¡Adiós!

Se estrecharon la mano.

—Venga a mi casa esta noche a fumar un cigarro y charlar —lo invitó Giles—. Sin compromiso, ya me entiende.

—Sin compromiso. Acudiré encantado —aceptó Hannasyde—. ¡Gracias!

Acto seguido se separaron, Hannasyde y el sargento para ir a la estación de trenes, Giles para sacar a su prima de comisaría e invitarla a comer antes de volver a la ciudad.

Antonia estaba de buen humor y parecía creer que había salido del mal paso. Giles la desengañó y ella declaró de inmediato que sería un truco muy sucio arrestarla ahora, un truco del que no creía capaz al comisario Hannasyde.

—Excepto por algún que otro roce, no nos llevamos tan mal —aseguró—. De hecho, creo que le gusto.

—Eso no le impedirá cumplir con lo que considera su deber.

—No, pero no me parece que me considere sospechosa —dijo Antonia—. Más bien le tiene echado el ojo a Kenneth, o lo tenía, hasta que apareció Rudolph. Ojalá pudiera decidirme con Rudolph, por cierto.

—¿Si te casas o no con él? Déjame ayudarte.

—¡Oh, no, no se trata de eso! De hecho —añadió con sinceridad—, no me sorprendería que rompiera el compromiso. Anoche estaba muy enfadado, ¿sabes? Me refiero a si lo asesinó él o no.

—Tú lo conoces mejor que yo, Tony. No parece que lo hiciera él.

—No, pero yo no estoy tan segura. No creía que fuera a alterarse tanto. Porque la única vez que lo he visto en un apuro, que fue un día cuando un camión se quedó de través en la carretera, se mostró frío como el hielo y con una gran pericia. En parte me enamoré de él por eso. Cualquiera otra persona habría frenado en seco y nos habríamos estampado contra el camión, pero él pisó el acelerador y lo esquivó trazando un amplio semicírculo, y luego siguió con la conversación como si no hubiera ocurrido nada.

Giles no se mostró impresionado.

—El más burro de todos mis conocidos es un conductor experto —sentenció—. Una cosa es mantener la cabeza fría al volante de un coche, y otra muy distinta no perderla cuando se enfrenta uno con la sombra del patíbulo, por decirlo así. A mí me parece que tu elegante joven, por expresarlo vulgarmente, no tendría agallas para matar.

—De eso es de lo que no estoy segura —dijo Antonia, sin inmutarse por el injurioso comentario sobre el carácter de su prometido—. Su madre era extranjera, o medio extranjera, porque su abuelo era italiano, o su abuela, o algo así, y en ocasiones se le nota un poco. Tiene accesos de ira. Nunca se sabe con gente así. Serían capaces de cualquier cosa. Por supuesto su historia podría ser cierta, aunque admito que me pareció endeble, pero por otro lado podría tratarse de una obra maestra de astucia rastrera. Igual que yo ahora. Cuanto estoy diciéndote podría ser sólo una treta.

—Sí, ya se me había ocurrido.

—Y lo mismo digo de Kenneth —prosiguió su prima—. No quiere afirmar ni una cosa ni otra, en parte, creo, porque le divierte, y en parte porque cree que no sirve de nada negar que cometiera el asesinato, ya que naturalmente lo negaría aunque lo hubiera cometido. Pero te diré algo, Giles. —Se interrumpió frunciendo el ceño, y cuando él la miró inquisitivamente, añadió con seriedad—: Si fue Kenneth, apuesto hasta mi último penique a que jamás lo descubrirán.

—Yo no apostaría, Tony.

—Bueno, pues yo sí. Porque por lo general a los asesinos los pillan porque cometen alguna tontería, o dejan algún detalle importante al azar, y Kenneth no.

—Mi querida niña, Kenneth es un despistado sin remedio.

—¡Oh, no, no lo es! Puede que lo sea con asuntos que no le parecen importantes, pero cuando se interesa de verdad por algo, se concentra de un modo oscuro y secreto, como según Murgatroyd hacía nuestro abuelo, no el abuelo Vereker, sino el otro. Por cierto, ¿debería ir al funeral?

—Sí, por supuesto. Debe ir.

—Bueno, eso piensan Murgatroyd y Violet. Prácticamente es la única cosa en la que están de acuerdo. Pero Kenneth se niega. Dice que sería un error artístico. En fin, le diré lo que opinas tú.

El método que empleó Antonia para transmitir esta información a su hermano careció de todo tacto, como era característico en ella. Cuando Giles la dejó frente a la antigua caballeriza convertida en estudio poco antes de las cuatro, subió corriendo la escalera exterior, entró y se dirigió de inmediato al estudio. Sin amilanarse ante la presencia, no sólo de Violet Williams, sino también de Leslie Rivers, que estaba acurrucada en el diván, observando a Kenneth mientras pintaba, y de un hombre alto y rubio de treinta y pocos años, que fumaba un cigarrillo apoyado en la jamba de la ventana, soltó sin más:

—Ha sido un asco de pesquisa judicial, así que no te has perdido nada. Pero Giles opina que debes asistir al funeral sin falta, Kenneth. ¡Hola, Leslie! Hola, Philip, no te había visto. ¿Ha sacado alguien a pasear a los perros?

—Sí, yo —contestó Leslie, con sus maneras serias y pausadas—. Me lo pediste tú.

—Bueno, gracias. Giles dice que puedes alquilar el traje de luto.

—Supongo, pero no voy a hacerlo —replicó Kenneth, expresándose con cierta dificultad, porque sujetaba un pincel con la boca—. Deshazte de toda esta gente, ¿quieres? Creen que han venido a tomar el té.

—Pues entonces que se queden —dijo Antonia.

—¿Es eso un vago instinto de hospitalidad, o mera apatía? —inquirió Philip Courtenay.

—Apatía. ¿Y para qué has venido, por cierto?

—Por curiosidad. Además, me ha interrogado un policía de paisano con aspecto de pájaro. Me ha hecho preguntas sumamente incómodas sobre los asuntos personales de Arnold. A Dios gracias renuncié al cargo de secretario en su momento.

—Bueno, al menos Eaton Place era más o menos soportable cuando tú estabas allí —dijo Antonia—. ¿Cómo está Maud? ¿Y el bebé?

—Ambos perfectamente, gracias. Maud os manda recuerdos.

—¿Pero cuéntenos! —pidió Violet—. ¿Qué quería saber el detective?

—Escándalos ocultos. Le he sugerido que sus sucesivos secretarios le serían más útiles, pero resulta que desde mi marcha el que más duró estuvo sólo cinco semanas, así que no servían de mucho.

Kenneth se quitó el pincel de la boca.

—Eso de los secretarios sucesivos está bien —comentó—. ¿Tenía Arnold una amigueta?

—Docenas, creo, pero yo no estaba al tanto de nada. No gozaba de tanta confianza.

—No acabo de entenderlo —dijo Violet, mirándolo a la cara—. ¿Sospecha la policía que se trata de un *crime passionnel*?

—El motivo del despecho —dijo Kenneth, mirando el lienzo con los ojos entornados—. ¡Qué mente tan sórdida la de los policías!

—Chantaje —dijo Courtenay, mirando alrededor en busca de un cenicero. Al final arrojó la colilla por la ventana—. Setenta libras y un desconocido desastrado fueron los argumentos principales del discurso del policía. Por desgracia, no pude arrojar ninguna luz sobre ese asunto.

—¡Protesto! —exclamó Kenneth—. No permitiré que ningún desconocido desastrado se entrometa en un crimen familiar. Le resta tono al asunto, que hasta ahora ha sido muy artístico, y en algunos aspectos incluso preciosista. Váyase, Murgatroyd, nadie quiere té.

—Hable por usted, señorito Kenneth, y deje que los demás hagan lo propio —replicó Murgatroyd, que había entrado en el estudio con su determinación habitual y despejaba implacablemente la mesa de toda la impedimenta—. Bueno, señorita Tony, así que ya ha vuelto. ¿Dónde está el señor Giles?

—No ha querido quedarse. Dice que Kenneth tendrá que ir al funeral, por cierto.

—Eso ya se lo hemos dicho los demás. Y con un traje negro decente —añadió Murgatroyd, enigmática.

—Al infierno con todos, no pienso ir.

—No hace falta que hable así, señorito Kenneth, gracias. Y tendrá que presidir el duelo, además. No deje ninguno de esos sucios pinceles húmedos sobre el mantel, ni tampoco esa trementina maloliente.

—Kenneth, ¿puedo quedarme con el boceto? —preguntó Leslie Rivers.

Él la miró y sus brillantes ojos, algo inhumanos, se apaciguaron.

—Puedes.

—Gracias.

—No deberías regalar tus bocetos —protestó Violet, al oírlos—. Por norma general, quiero decir, claro. Podrían ser muy valiosos algún día.

—¿A quién le importa? —dijo Kenneth, mientras limpiaba sus pinceles.

—Lo siento —dijo Leslie con aspereza y ruborizándose—. No se me había ocurrido.

Él le sonrió cariñosamente, pero no replicó. Violet se levantó y se sacudió la falda.

—Oh, naturalmente es muy distinto en el caso de una vieja amiga, querida —dijo amable—. ¿Sirvo yo el té, Tony, o prefieres hacerlo tú?

—Por mí puede servirlo quien le dé la gana —contestó Antonia, con absoluta indiferencia—. Será mejor que traigamos el pan, ya que estamos, Murgatroyd. Iré a buscarlo.

Salió, y Leslie Rivers la siguió al cabo de unos instantes.

—La odio y la odio —dijo con tristeza, al entrar en la cocina.

Ni Antonia ni Murgatroyd tuvieron la menor dificultad en interpretar su comentario. Murgatroyd dejó el pan sobre la tabla de madera con un fuerte golpe.

—¡Esa! —dijo sombríamente—. ¡Dándoselas de anfitriona en nuestro piso! ¿Una belleza? Bueno, la belleza no es lo importante y nunca me he fiado de los ojos castaños, ni tengo razones para hacerlo.

—No me importaría, al menos no tanto, si creyera que iba a cuidar de él y comprender su arte —añadió la señorita Rivers—. Pero no veo que le preocupe nada aparte de ser admirada y de tener siempre lo mejor.

—¡Ah! —dijo Murgatroyd, saliendo de la despensa para recuperar un cuchillo perdido—. No hay que fiarse de las apariencias. ¡Fíjese en lo que digo!

—Sí —convino Leslie—, pero en ella no hay más que apariencia. Es una mercenaria y hará daño a Kenneth.

—No —replicó Antonia—. Kenneth sabe que es una cazafortunas. En realidad él no es tan vulnerable.

La señorita Rivers se sonó la nariz enérgicamente.

—Es del tipo de personas que desgastaría una piedra —explicó—. Tranquila y perseverante. Fría y dura y calculadora. Y aunque me tiñera el pelo, no serviría de nada. —Tras una afirmación tan sibilina, cogió la tabla de cortar el pan y volvió con ella al estudio.

Murgatroyd la vio salir desde la puerta de la despensa y comentó que era lo que ella llamaba una señora.

—Nunca entenderé por qué el señorito Kenneth jamás ha podido ver lo que tenía

delante de las narices desde que eran pequeños los dos —manifestó—. La señorita Leslie sería la esposa perfecta para él, pero así son los hombres. ¿Qué ha ocurrido en la pesquisa judicial, señorita Tony?

—Oh, lo que había pronosticado Giles. Ha sido todo muy aburrido y han dictado un veredicto de asesinato cometido por persona o personas desconocidas. El comisario visitará a Giles esta noche para mantener una charla amistosa con él, así que seguramente hablará con Hannasyde en nuestro favor.

—¡Mmm! No dudo de que sea ésa su intención —comentó Murgatroyd con expresión grave—, pero me parece mucho más probable que ese policía le sonsaque cosas sobre la familia y acabe encontrando algo con que pueda llevarnos a todos a la cárcel.

—¡Dios santo! —exclamó Antonia—. No sabía que hubiera nada.

—Siempre hay algo si se busca —replicó Murgatroyd—. Y cuanto más amable es la policía, más hay que desconfiar de ella. Siempre están pendientes por si mete uno la pata. Jugar al gato y al ratón lo llaman.

Esa noche, cuando el criado de Giles hizo pasar al comisario a la cómoda sala de estar de paredes forradas de libros, tanto la sonrisa del comisario Hannasyde como la de Giles Carrington parecieron desmentir las palabras de Murgatroyd, y si Giles desconfiaba y Hannasyde estaba pendiente de un posible desliz, tampoco lo demostraron con su actitud.

—Ha sido usted muy amable invitándome a venir —dijo el comisario, cuando se estrecharon la mano—. Le envidio la casa. Según tengo entendido, hoy en día es absolutamente imposible conseguir uno de estos apartamentos en el Temple.

Quizá Murgatroyd habría detectado una siniestra trampa en aquellos comentarios en apariencia inofensivos, pero Giles Carrington los aceptó por lo que eran, invitó al comisario a sentarse en una de las mullidas butacas de cuero y le proporcionó una copa y un cigarro. Al llegar su visitante se hallaba entretenido con una jugada de ajedrez y, naturalmente, la visión del tablero sobre la mesa con unas cuantas piezas diseminadas incitó a Hannasyde, modesto jugador, a estudiar el problema a fondo. No hubo lugar para ningún otro pensamiento en la cabeza de ambos hombres, hasta que las blancas ganaron en los necesarios tres movimientos, pero una vez se resolvió el problema, se guardaron las piezas, se intercambiaron unos cuantos recuerdos ajedrecísticos, se deploró la escasez de buenos jugadores y se hizo un silencio, que Giles rompió finalmente:

—Bueno, ¿qué hay de nuestro tedioso asesinato? ¿Va a convertirse en un crimen sin resolver?

—No, si puedo evitarlo —contestó Hannasyde—. Aún es pronto, aunque no negaré que no me gusta mucho el aspecto que tiene. —Examinó la larga porción de ceniza en el extremo de su cigarro, dudando entre sacudirla o esperar un poco más—.

Hemingway, el sargento que estaba hoy conmigo, se siente ofendido. —Sonrió—. Dice que no debería haber ningún misterio en torno al asesinato de un hombre como Vereker. Es normal carecer de pistas cuando se trata de alguna joven desdichada a la que alguien recoge en la calle y luego liquida, pero cuando apuñalan a un importante hombre de negocios de la City, todo debería ir sobre ruedas. Tenemos lo que Hemingway llama el decorado. Es aficionado al teatro... lo único negativo de su carácter. Bueno, pues tenemos el decorado, montones de personajes y el resultado —se interrumpió para tirar finalmente la ceniza del cigarro— es que la mayor parte del tiempo parecemos metidos en una obra de Chéjov en lugar de la de Edgar Wallace para la que creíamos haber sido contratados.

Giles sonrió.

—Mis deplorables primos. De verdad lo lamento. Sería interesante saber qué opinión le merecen.

—No tengo el menor reparo en confesar que no sé qué pensar de ellos —contestó Hannasyde tranquilamente—. A primera vista, todo apunta al joven Vereker. Tenía el móvil y la ocasión y, o mucho me equivoco al interpretar su carácter, o también tenía agallas para hacerlo.

—Estoy de acuerdo.

—Sí, ya lo sé —dijo Hannasyde, con cierto humor irónico—. Me percaté de que está usted tan desorientado sobre su primo como yo, y también de que ve muy negra su situación. Bueno, sin duda lo tiene bastante negro, pero seré franco con usted: no pediría una orden de arresto para el joven a menos que dispusiera de pruebas irrefutables contra él. Su coartada es la más endeble que he tenido la ocasión de oír en mi vida, y yo no le dejaría que se la contara a un jurado por nada del mundo. Lo que me recuerda, por cierto, que Mesurier ha venido a verme esta tarde a Scotland Yard con otra de esas coartadas imposibles. Pero seguramente usted ya está al tanto.

—Creo que conozco la historia, pero ignoraba que hubiera ido a verlo.

—¡Oh, sí! Fue a la casa de campo para matar a Vereker de un tiro, pero se lo encontró muerto, así que regresó a la ciudad. Lo que de verdad me gustaría tener es un sospechoso con una coartada verosímil y comprobable. Me da la impresión de que sería más fácil refutarla. A Hemingway se le antoja que fue Mesurier más que a mí. Cree que es uno de esos latinos desafortunados. Lo he puesto a trabajar en la coartada del coche, pero no creo que vayamos a sacar nada en claro. Así que, dejando fuera a Mesurier por el momento, nos queda un chófer cuya coartada no acabo de creer, ya que se la ha proporcionado su mujer, pero que tampoco tenía motivos suficientes para asesinar a Vereker; un desconocido que visitó a Vereker el sábado, posiblemente con la intención de hacerle chantaje (y los chantajistas no matan a su gallina de los huevos de oro), y la señorita Vereker y su hermano. —Se interrumpió para beber un trago de whisky con soda—. Empezando por la señorita Vereker —prosiguió—, si

tuviera que exponer los hechos por escrito y mostrarle el papel a cualquier persona, creo que ésta se preguntaría por qué no la he arrestado como sospechosa desde el principio. Pero hasta ahora no he hallado nada que demuestre que mató a su hermanastro, y esa franqueza con que me habla y que a primera vista parece tan reprochable, es de la clase de franqueza que haría que noventa y nueve de cada cien jurados la absolviera. El comportamiento de Mesurier, tratando de ocultar hechos que piensa que podrían perjudicarlo, contradiciéndose y saliéndose por la tangente, resulta más previsible. Pregúntele si se peleó con Vereker, y dirá que aquello no podía calificarse de pelea, aunque varias personas estén dispuestas a jurar que los oyeron disputar. Pregúntele a la señorita Vereker si se llevaba bien con su hermanastro, y contestará que no podía verlo ni en pintura. No parece que oculte nada. Lo mismo ocurre con su hermano. No sé si son muy listos, o inocentes, o un par de lunáticos.

—Puedo tranquilizarlo con respecto a algo: están completamente cuerdos —afirmó Giles—. Y dado que se muestra usted tan sincero conmigo, admitiendo lo que sé desde el principio, le diré como contrapartida que la señorita Vereker, que conoce a su hermano mejor que nadie, está dispuesta a apostar todo su dinero a que si fue él quien cometió el asesinato jamás podrán demostrarlo.

Los ojos del comisario centellearon de satisfacción durante una parte del discurso de Giles.

—Esa información —replicó de inmediato— podría ser muy útil... al menos para la señorita Vereker. Pero yo soy perro viejo y no puedo aceptar lo que usted ha dado a entender.

—En realidad no tenía esa intención —confesó Giles, levantándose para llenar de nuevo los vasos—. Al margen de lo que opine sobre Kenneth, estoy plenamente convencido de que su hermana no tuvo nada que ver con el asesinato.

—No me sorprende lo más mínimo —dijo Hannasyde, mordaz—. Es más, espero de todo corazón que esté en lo cierto... por el bien de los dos.

Giles le tendió el vaso sin hacer comentarios. Sus mejillas bronceadas se habían teñido de un leve rubor.

—Y la pregunta quizá más importante de todas: ¿por qué pusieron el cadáver en el cepo? —señaló arrepentido el comisario, mostrando un pésimo sentido de la oportunidad.

Giles Carrington, que en ese momento estaba llevándose el vaso a los labios, lo volvió a bajar y miró al comisario con el ceño fruncido por la sorpresa.

—Sí, por supuesto, es un aspecto importante. Soy un idiota, pero creo que en realidad no lo había pensado. ¿Significa algo?

—Sí, yo creo que sí. Sin llegar al extremo de buscar algún turbio incidente del pasado de Vereker relacionado con cepos, imagino que debía de haber una razón para poner su cadáver allí.

—A menos que el asesino tuviera un sentido del humor muy particular —sugirió Giles, sin pensarlo dos veces.

Sus miradas se encontraron, la de Giles Carrington límpida e inexpresiva, la del comisario llena de una divertida comprensión.

—En efecto —aceptó Hannasyde—. Eso ya lo había pensado. Y ahora voy a serle franco de verdad. Es la clase de sentido del humor que atribuiría fácilmente al joven Vereker.

Giles fumó en silencio durante un rato.

—No —dijo—. Ahora voy a hablar tan sólo como una persona que, hasta cierto punto, conoce a Kenneth Vereker. Puede que le sea de ayuda. Kenneth no colocaría el cadáver de su hermanastro en un cepo a modo de absurda broma macabra. Si lo mató él, fue por una muy buena razón, seguramente bastante sutil. Ésa es mi sincera opinión.

—De acuerdo —dijo el comisario, asintiendo—. Pero admitirá usted que pueden concebirse circunstancias en las cuales podría haberlo hecho él.

—Sí, eso lo admito. Pero usted da por supuesto que colocaron el cuerpo en el cepo después de muerto.

—Por el momento sí, pues parece la hipótesis más probable.

—No había sangre en la hierba alrededor del cepo —le recordó Giles.

—Sangró muy poco externamente, y tampoco había signos de lucha —replicó Hannasyde—. De modo que, si se inclina usted por la teoría de que apuñalaron a Vereker después de meterle los pies en el cepo, tendrá que dar por supuesto que se sentó allí voluntariamente. Ahora bien, ocurrió entre las once de la noche, más o menos, y las dos de la madrugada. Sabemos por las pruebas médicas que Vereker no podía estar borracho. ¿Le parece verosímil que hubiera elegido esa hora de la noche para probar qué se sentía sentado en el cepo, cuando podría haberlo hecho cualquier día que se encontrara en el pueblo por casualidad?

—No, no me lo parece —admitió Giles—. Pero se me ocurren varias situaciones en que podría ser creíble.

—También a mí —reconoció Hannasyde—. Si se dirigía a la casa de campo en

coche con un alegre grupo después de salir del teatro, y estaban todos muy contentos. O incluso si lo acompañaba sólo una persona, que supondremos que sería una mujer. Sabemos que pinchó una rueda por el camino; supongamos que fue en Ashleigh Green y que, después de cambiarla, se sentara en el banco para admirar la luna, para refrescarse o lo que usted prefiera. Puedo imaginar que lo indujeran a meter los pies en el cepo, pero lo que no me imagino es a la mujer apuñalándolo a continuación. No pudo tratarse de la señorita Vereker porque, aunque no la crea del todo, estoy convencido de que se llevaba fatal con su hermanastro. Muy bien, entonces, ¿fue alguna señorita de dudosa virtud la que lo acompañaba en el coche para pasar el fin de semana con él en la casa de campo?

—Es muy probable. Pero ya veo adonde quiere ir a parar y le confieso que no soy capaz de darle una solución.

—Por supuesto que lo ve. ¿Qué motivo podía tener una señorita de ésas para matarlo? Usted ha visto el cuchillo. Es una daga de un tipo muy curioso. Podría proceder de España o de Sudamérica. No es algo que se lleve encima normalmente. Eso demuestra que el asesinato fue premeditado.

—Pudo hacerlo alguna mujer despechada —sugirió Giles.

—Debía de ser un despecho muy grande —comentó Hannasyde—. Y además, tenía que ser por algún motivo al que Vereker no otorgara demasiada importancia. Si hubiera agraviado a una mujer hasta el punto de darle razones para que lo asesinara a sangre fría, ¿cree usted que se habría dejado instigar por ella a colocarse en una situación de impotencia, sin sospechar nada?

—No. Era suspicaz por naturaleza. Y para mostrarme justo con un hombre al que en parte se ha difamado, debo decir que no creo que hubiera sido capaz de causar daño a una mujer. Era mujeriego, pero se mostraba generoso con sus amantes y en modo alguno cruel.

—Esa es la conclusión que he sacado yo también —confirmó Hannasyde—. No descarto la posibilidad de que surja una mujer desconocida en el caso, pero en el departamento no hemos permanecido de brazos cruzados, como supondrá, y hasta ahora no hemos logrado dar con ninguna mujer que tuviera el menor motivo para asesinar a Vereker. No me importa decirle que hemos investigado a unas cuantas. Ese desconocido desastrado que nos describió el mayordomo me hizo pensar que podía haber alguna mujer que se hubiera metido en un lío, porque aquella extraña visita huele a chantaje. Pero no he descubierto nada. Al contrario, parece ser que Vereker era un tipo bastante decente, y las mujeres que frecuentaba eran de las que saben cuidarse solitas.

Giles se sentó en el brazo de su butaca.

—Sí, seguro. Arnold no era idiota. Y estoy dispuesto a admitir que, como ha expuesto usted, parece altamente improbable que el asesinato se cometiera después

de que Arnold se colocara en el cepo. Pero ¿le importaría analizarlo desde el punto de vista del asesino? ¿Le parece probable que, tras haber apuñalado a un hombre, el asesino transportara su cadáver hasta el cepo, el lugar más llamativo que podía encontrar, y lo colocara allí con todo cuidado en una posición natural, lo que imagino que debió de resultar, no sólo horripilante, sino también algo difícil? Imposible que lo hiciera la señorita Vereker; demasiado macabro para Mesurier y demasiado absurdo para Kenneth.

—Puede que no fuera absurdo —dijo Hannasyde. Consultó su reloj de pulsera y se puso en pie—. Eso es lo que debo averiguar... entre otras cosas. Por cierto, hemos intentado encontrar esos billetes que llevaba Vereker consigo el día en que lo mataron. ¿Recuerda que hallamos la matriz de un cheque por cien libras al portador, y que sólo le quedaban treinta libras en el bolsillo? Bueno, pues hasta ahora solamente ha aparecido un billete de diez libras que un hombre con traje azul le entregó a un camarero del Trocadero Grill para pagar la cena el sábado por la noche. En realidad el traje pudo ser gris oscuro, y el camarero no recordaba la cara del caballero, porque había mucha gente cenando allí aquella noche. ¡No puede decirse que la policía cuente con mucha colaboración! ¡Bueno, debo irme! Muchas gracias por las horas más agradables que he pasado desde que me encargo de este caso.

Giles rio.

—Bueno, espero que también resulten provechosas.

—Nunca se sabe. Siempre es bueno conocer otros puntos de vista.

Al día siguiente, cuando el señor Charles Carrington conoció los detalles de esta entrevista por boca de su hijo, interrumpió la búsqueda de un lápiz que recordaba claramente haber dejado en el escritorio cinco minutos antes.

—¡Absurdo! —exclamó—. No se puede correr con la liebre y con los sabuesos a la vez, o si se puede, no se debe. Un lápiz Eversharp... ¡tienes que haberlo visto cientos de veces! ¡Usa los ojos, Giles! ¡Usa los ojos! ¡Así que el comisario Hannasyde no sabe qué opinión le merecen esos mocosos Vereker! Ahora que lo pienso, a mí el muchacho también me dejó desconcertado. Es más listo de lo que creía. ¡Por amor de Dios, un lápiz no puede irse solo!

Al enterarse de la visita de Hannasyde, Kenneth refrendó ruidosamente el veredicto de su tío, añadiendo que si Giles pensaba traicionarlo cambiaría de abogado de inmediato. Cuando su primo le demostró fehacientemente que tal posibilidad entraba en el terreno de la utopía, Kenneth olvidó su queja original para señalar sus propias virtudes como cliente. Se hallaba a la sazón de un humor de lo más impredecible, y al replicarle Giles con cierta imprudencia que no había percibido las tan cacareadas virtudes, se lanzó a un incisivo resumen de su propia situación. Paseándose de un lado a otro del estudio con los ojos muy brillantes y luciendo la que Antonia llamaba sonrisa de elfo, provocó tanto la consternación como la admiración

de su primo, por la ingenuidad con que postuló varios medios fantásticos por los que podría haber asesinado a su hermanastro, de haberle apetecido.

Con los comentarios del comisario en mente, Giles pidió una razón para poner el cuerpo de Arnold Vereker en el cepo. El resultado, aunque divertido, no fue de utilidad, pues Kenneth se entregó con gran celo a lo que él consideraba el espíritu de la investigación y, abandonando su personaje de asesino, ofreció varias teorías de lo más asombrosas, de las cuales no fue la menos brillante la que involucraba la reputación del párroco de Ashleigh Green, un caballero que le era completamente desconocido.

Giles se rindió. No había nada que hacer con Kenneth, que si en verdad estaba jugando a un peligroso juego, era obvio que prefería jugarlo solo (y Giles no podía por menos que aplaudir su sabia decisión).

Entre el resto del grupo existía una preocupación mucho más acuciante que la duda sobre si Kenneth era o no culpable de asesinato, y era el modo de convencerlo para que asistiera al funeral de Arnold Vereker. Las discusiones, exhaustivas y en ocasiones acaloradas, a las que se vio arrastrado Giles se prolongaron durante toda la velada. Murgatroyd, Violet, Leslie y Giles hicieron causa común en favor de la respetabilidad en contra de Kenneth, al que apoyaba su hermana y sus propios argumentos de una lógica irrefutable. Al final la pugna la ganó Violet, quien, a pesar de carecer de la severa devoción religiosa de Murgatroyd, insistía en que Kenneth debía acudir al menos a presentar sus respetos al difunto. Al ver que Kenneth no se dejaba persuadir ni por súplicas ni por argumentos, se levantó con furia sólo en parte fingida y manifestó su intención de marcharse sin permitirle que la besara, o que incluso le tocara la mano. Una chispa de cólera se encendió en los ojos de Kenneth, pero se apagó al cerrarse la puerta tras su prometida. Kenneth corrió tras ella; lo que ocurrió entre ambos en el recibidor nadie podía saberlo, pero cuando los vieron volver juntos al cabo de unos instantes, Kenneth dio dócilmente su palabra de que asistiría al funeral y Violet volvió a mostrarse tan encantadora y dulce como enfadada estaba antes.

—Si Kenneth se casa con esa joven, estará perdido para siempre —comentó Giles a Antonia más tarde, en la puerta del apartamento.

—Lo sé, es horrible. Y tampoco es que esté enamorado de ella, sino de su aspecto.

—Eso me recuerda algo —dijo Giles—. ¿Qué se ha hecho de tu prometido?

—No lo sé, pero empiezo a temer que va a plantarme —contestó Antonia, sin perder la alegría.

Sin embargo, su teoría era incorrecta, pues Mesurier acudió al funeral al día siguiente por la tarde y después regresó al apartamento con Kenneth. Había recobrado el aplomo y desplegó una elegancia incomparable al disculparse por dejar a Antonia

enfadada la última vez que se vieron. Al parecer consideraba que su iniciativa de ir a ver al comisario Hannasyde a Scotland Yard para contarle una versión revisada de su coartada lo eximiría de cualquier otro interrogatorio, pero Kenneth se esforzó en desengañarlo, y lo hizo tan bien que, dos días después de reconciliarse con su prometida, Rudolph empezó de nuevo a mostrar síntomas de crispación.

—¡No sé cómo podéis seguir los dos como si no hubiera pasado nada, o no fuera a pasar nada! —exclamó exasperado al ver a los Vereker absortos en otros asuntos cotidianos.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Antonia, levantando la vista de una serie de guías y horarios de trenes—. Podríamos ir a Suecia, Ken. Ya lo tengo todo pensado.

—¿Qué sentido tiene planear viajes al extranjero cuando podríais acabar en prisión? —dijo Rudolph, intentando echarse a reír.

—¡Oh, eso! —dijo Antonia sin darle importancia—. Pues claro que no acabaremos en prisión. Además, estoy harta del asesinato.

—¡Ojalá supiéramos qué está haciendo la policía!

—Trabajan como una jauría de sabuesos siguiéndonos el rastro —replicó Kenneth, inclinándose sobre el respaldo de la silla de Antonia para mirar la guía de viajes Baedeker—. Y hablando de sabuesos, ¿por qué están todos los muebles de mi dormitorio en el recibidor?

—Pregúntaselo a Murgatroyd. Dice que va a poner todo el apartamento patas arriba.

—¿Cómo, el estudio también? —exclamó Kenneth con una consternación extrema que ni los pronósticos más pesimistas de Rudolph habían podido conseguir.

—Sí, pero mañana. Leslie ha dicho que vendría a ayudarla, así que me atrevería a decir que ella se ocupará de poner a salvo tus cuadros —comentó su hermana. Sin embargo, omitió añadir que el propósito de Murgatroyd, expresado por ella amargamente, era mantener alejada del apartamento a Violet Williams durante un día, aunque tuviera que inundar el suelo para conseguirlo.

Por suerte para el temperamento de la vieja niñera, no era aquél el objetivo principal de la operación de limpieza, pues cuando Violet entró en el estudio después de comer al día siguiente (según una costumbre recientemente adquirida) y lo encontró en un estado de soberbio desorden, con una damisela despeinada puliendo los tiradores de una cómoda abombada, otra que vaciaba un escritorio abarrotado y Kenneth instalado en el asiento de la ventana, leyéndoles en voz alta fragmentos del *Oxford Book of Seventeenth Century Verse*, desplegó un inesperado rasgo doméstico de su carácter, pidió una bata a Murgatroyd, y al cabo de diez minutos de su llegada se había hecho cargo de todo. Cuando terminó de mostrar a Leslie un método más eficaz para pulir el latón, convenció a Antonia de que necesitaba una caja grande para tirar el papel usado, y volvió a colocar en su sitio los cuadros que habían descolgado

para limpiarlos, sólo una de las cuatro personas que había originalmente en el estudio conservaba la calma. Por supuesto se trataba de Kenneth, que hizo caso omiso cuando se le pidió que se moviera o que cerrara la boca, y continuó sumergido en la lectura de las páginas del *Oxford Book*, de las que emergía siempre con un nuevo extracto que leía en voz alta, a pesar de que nadie lo escuchaba. Tan sólo se dignó responder cuando Violet se dirigió a él con el tono de una persona que está al límite de su paciencia.

—¿Quieres dejar de leernos a Milton?

—No —replicó él con absoluta calma, en cuanto llegó al final de un verso.

Siempre que Kenneth dejaba de tratarla con esa respetuosa idolatría que exigía de él, el dulce carácter de Violet se resentía, de modo que ni Antonia ni Leslie se sorprendieron cuando aprovechó la oportunidad que le ofreció el hallazgo de una pistola automática en el escritorio, para decir con tono hiriente bajo su aparente afabilidad:

—¿Es tuya, Tony, querida? Menos mal que la policía no sabe nada.

—No sé por qué lo dices —replicó Antonia—. Tiene todas las balas y no la ha disparado nadie en varios meses.

—¿A qué se debe tanta susceptibilidad, querida? —dijo Violet, enarcando sus delicadas cejas—. Ahora, claro, no me atrevo a preguntarte cómo es que guardas aquí un arma tan extraña.

—Pues mejor —dijo Antonia.

La conversación declinó entonces, pero la competente ayuda de Violet devolvió el orden al estudio tan deprisa que Antonia se arrepintió de su momentáneo arranque de malhumor, le arrebató el *Oxford Book* a Kenneth y pidió a Murgatroyd que fuera a preparar el té.

Cuando se encontraban tomándolo precisamente, se abrió la puerta y entró un hombre de una edad indefinida entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. Su rostro era jovial, aunque algo flácido, y en él destacaban unos ojos grises e inyectados de sangre, con una expresión vaga y amistosa.

El grupo reunido en torno a la mesa se quedó mirándolo atónito.

—¡Hola! —saludó él, sonriendo con desprecio y con la voz algo ronca de un hombre demasiado aficionado a la bebida—. La puerta no estaba cerrada con llave, así que me he tomado la libertad de entrar. ¿Cómo estáis todos?

Antonia miró a su hermano inquisitivamente y se sorprendió al ver que palidecía de pronto y que su expresión era una mezcla de incredulidad, horror e ira.

—¡Por todos los santos! —exclamó, con voz ahogada—. ¡Roger!

A Violet se le cayó una rebanada de pan con mantequilla al suelo. Leslie, que estaba sentada a su lado, la oyó decir, como atontada:

—Pero si estaba muerto. ¡Dijeron que estaba muerto!

Antonia miró al visitante de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¿Es él? Sí, ahora que lo pienso, lo recordaba. Pensábamos que habías muerto.

—¡Pensar! —exclamó Kenneth—. ¡Sabíamos que había muerto! ¡Hace años que murió!

—Bueno, de hecho nunca he estado muerto —dijo Roger Vereker, con el aire de quien hace una confidencia—. En aquel momento me pareció una buena idea estarlo porque tenía un problemilla de dinero. Ahora no recuerdo los detalles, pero el asunto se puso muy, muy feo.

—Pero ¿por qué diablos has seguido fingiendo que estabas muerto todos estos años? —quiso saber Antonia.

—Oh, no lo sé —contestó Roger, con la vaguedad que lo caracterizaba—. En realidad no tenía mucho sentido volver a la vida. De un modo u otro, habría significado un montón de molestias. No me lo planteé en serio, pero me iba bien como estaba. ¡Mírate, Tony! Estás irreconocible. Y Kenneth también ha cambiado. Necesita un corte de pelo.

—¡Deja mi pelo en paz! —dijo Kenneth, furioso—. Si tú...

—Tranquilo. No pensaba tocarlo. Me resulta muy divertido veros convertidos en adultos. Tony llevaba trenza la última vez que la vi... o puede que la confunda con otra persona, pero creo que era ella. Era una trenza larga sujeta con un lazo. Y tú eras un mocoso insoportable. No has cambiado tanto como Tony, ahora que te miro bien. Recuerdo que andabas siempre trasteando con pinturas malolientes.

—Bueno, pues sigue igual. Es un artista —dijo Antonia.

Roger recibió la noticia con una expresión de sorpresa tan leve como fugaz.

—No, ¿en serio? Bueno, entonces siento haberme metido con su pelo. Es lo que ocurre cuando se pierde el contacto. Ahora voy a instalarme de nuevo en casa. ¿Por qué no? Uno se harta de vagar por ahí, y el hombre con el que me confundieron en aquella pelea de Cuba se llamaba Harry Fisher. Me refiero al hombre al que mataron. Al principio no me importó, un nombre me parecía igual de bueno que otro. Pero no os imagináis lo cansado que puede resultar que a uno lo llamen Fisher. Han sido siete años y resulta muy irritante. Así que he decidido volver a casa.

—A mí me parece —dijo Antonia, que había escuchado su deshilvanado discurso con gran impaciencia— que podrías haber recuperado el apellido de Vereker sin necesidad de regresar.

—Pues no. Habría sido peligroso. Por las sanguijuelas y otras cosas —explicó

Roger—. Además, ¿por qué no iba a volver?

—¡Porque no te queremos aquí! —replicó Kenneth sin rodeos—. ¡Por amor de Dios, esto me pone enfermo! —Empezó a pasearse de un lado a otro, agitando los puños—. Durante siete años hemos vivido felices y engañados, creyéndote muerto y enterrado, y apareces ahora... ¡justo ahora, en este dichoso momento! ¡Y lo estropeas todo!

—¡Dios mío, no había pensado en eso! —exclamó Antonia—. ¡Esto ya es demasiado!

—¿Demasiado? ¡Es lamentable! —espetó Kenneth—. ¿De qué sirve que asesinaran a Arnold si ahora tenemos que cargar con Roger?

—¡Por favor! ¿Tienes que hablar de esa manera? —intervino con voz áspera Violet, que había permanecido sentada en una especie de parálisis silenciosa.

Nadie le prestó atención. Antonia fulminaba a Roger con la mirada, Kenneth seguía paseándose y Roger los miraba.

—¿Qué has dicho? —preguntó con cautela—. A veces me parece que me he vuelto un poco sordo. ¿Podrías dejar de dar vueltas? Es una costumbre que me pone nervioso. Me mareas.

—Arnold ha muerto —respondió Antonia lacónicamente.

Él la miró pestañeando con aparente incredulidad.

—¿Mi hermano Arnold?

—Sí, claro. ¿Acaso crees que conocemos a cientos de Arnolds?

—¡Pero no puede haber muerto!

—Te digo que sí.

—Bueno, es increíble. Claro que si tú dices que ha muerto supongo que tendrás razón, pero no lo comprendo. ¿De qué ha muerto?

—¡De una puñalada en la espalda! —le espetó Kenneth por encima del hombro.

Roger se sobresaltó y chasqueó la lengua varias veces.

—No entiendo nada. Me parece horrible, de verdad. ¿Quién le hizo eso al pobre?

—No lo sabemos —contestó Antonia—. Seguramente, Kenneth o yo.

—No deberías bromear con un asunto así —le advirtió Roger—. ¿Qué te parecería que te clavarán un cuchillo en la espalda? ¿Y cuándo ocurrió?

—El sábado pasado —respondió Antonia.

Roger la miró fijamente y luego paseó la mirada por el estudio buscando una silla. Se sentó.

—Bueno, esto es una sorpresa —dijo—. Una sorpresa enorme.

—¿Cuánto tiempo llevas en Inglaterra? —preguntó Kenneth, dejando de pasearse.

—Te lo diré —respondió Roger amablemente—. Desembarqué ayer. Una extraordinaria coincidencia. O sea, vuelvo a casa esperando ver al pobre Arnold y descubro que acaban de asesinarlo.

—Si esperabas verlo, ¿por qué no has ido a Eaton Place antes de venir aquí?

—Se trata de una figura retórica —explicó Roger—. Al decir que esperaba ver a Arnold me refería a que no imaginaba que estuviera muerto. —Llamó la atención de Antonia sobre Leslie Rivers, que se había levantado de la mesa y estaba poniéndose el sombrero frente al espejo—. Alguien se va. No es necesario que se vaya nadie por mi culpa, ¿sabéis?

—Pero de todas formas me marchó —dijo Leslie—. Supongo que tendréis muchas cosas que deciros.

—Buena chica —comentó Roger, cuando Leslie se hubo ido—. ¿Quién es la otra?

—Violet Williams. Es la prometida de Kenneth —respondió Antonia.

—¡Oh! —dijo Roger, receloso. Vio que Violet inclinaba la cabeza levemente y se levantó a medias para devolverle el cortés saludo. Al sentarse de nuevo, se sumió en sus pensamientos, de los que emergió finalmente al poco rato—. Si Arnold ha muerto, ¿quién hereda todo el dinero?

—¡Oh, déjame en paz! —pidió Kenneth, retomando su airado paseo.

—Lo sabes muy bien —replicó Antonia con cierto desprecio—. Por eso nos ha enfurecido tanto que aparecieras.

—Bueno, eso suponía —dijo Roger—. Debo confesar que me vendría muy bien el dinero. Al principio me ha horrorizado un poco la noticia, pero ahora no me parece tan horrible. Que conste, de todas formas, que comprendo perfectamente vuestro punto de vista.

—¡Si no te vas de aquí ahora mismo, habrá otro asesinato en la familia! —lo amenazó Kenneth entre dientes.

—Bueno, bueno, no te alteres —le aconsejó Roger amablemente—. Pronto os acostumbraréis a mi retorno. Cuando hayáis vivido tanto tiempo como yo, os parecerán extraordinarias las cosas a las que uno puede habituarse. Y hablando de irse, mi idea era quedarme con vosotros un par de días, hasta que me oriente.

—¡No! —gritaron sus hermanastros al unísono.

—Eso está muy bien. Pero si no me quedo aquí, ¿adónde voy a ir?

—A cualquier otro sitio. Eso no nos importa —le aseguró Antonia.

—Ya, pero, para seros franco —confesó Roger—, estoy más bien pelado en estos momentos.

—Tienes doscientas cincuenta mil libras —replicó Kenneth con amargura.

—¿Es cuanto ha dejado Arnold? ¡No me digas! Si lo hubiera sabido... —Hizo una pausa y sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios significa eso de si lo hubieras sabido? —preguntó Antonia.

Roger clavó en ella su borrosa mirada.

—Lo he olvidado. El problema es que no tengo nada de ropa.

—Algo has de tener —se extrañó Antonia.

—Pues no, debería, y de hecho tenía, pero me vi obligado a empeñar la maleta.

—¿Y? —dijo Antonia sin mostrar la menor simpatía.

—Y eso es todo en resumen. De nada sirve empeñarse en conservar montones de camisas y otras cosas si no dispone uno de una maleta para llevarlas. ¿Lo entiendes?

—¡Oh, Dios! —gimió Kenneth—. ¡No puedo soportarlo!

—Eso me parece muy poco razonable —observó Roger—. Al fin y al cabo, no era tu ropa. Si hubiera empezado a tirar tus camisas a la basura, estarías en tu derecho de quejarte. Sólo faltaba que no pudiera hacer lo que quisiera con mis propias pertenencias. Además, si voy a heredar todo el dinero de Arnold, podré comprar un montón de ropa nueva y aquí no ha pasado nada. Pero no os llevéis la impresión errónea de que tengo algún interés en alojarme en vuestra casa, porque no me importaría nada irme a un hotel si tuviera dinero. ¿Y si me prestarais unas libras, pongamos cincuenta, para sortear el bache?

—¡Prestar! —dijo Kenneth sarcásticamente—. ¡Si no has saldado una deuda en toda tu vida!

—Muy cierto —admitió Roger, con imperturbable afabilidad—, pero no me importaría devolvéroslo si recibiera doscientas cincuenta mil libras.

—Bueno, pues no pienso arriesgarme —afirmó Kenneth—. Ve a ver a Giles. De mí no vas a sacar nada.

En ese momento se abrió la puerta y entró Murgatroyd, que quería recoger la mesa.

—Mire lo que ha ocurrido, Murgatroyd —dijo Antonia con pesar—. ¿No es lamentable? Maldita sea.

—Cuántas veces tengo que decirle que no toleraré que use... —empezó a decir la criada, pero reparó entonces en Roger y soltó un grito.

—¡Hola, Murgatroyd! —saludó Roger con su sonrisa indolente y contrita—. ¿Aún sigue viva?

La vieja niñera parecía haber enmudecido. Tragó saliva un par de veces antes de decir con voz cavernosa:

—Lo sabía. Pregúntenle a la señorita Leslie si ayer no leí claramente una mala noticia en los posos del té. «Fíjese en lo que le digo, alguna desgracia caerá sobre esta casa», le dije.

—Muchas personas se burlan de la gente que adivina el futuro en los posos del té —dijo Roger, interesado—. Yo siempre he creído que tenía algo de verdad. Es evidente. No ha cambiado mucho; está más gorda, claro, pero la habría reconocido en cualquier parte.

—¡Le agradeceré que no haga comentarios personales sobre mí, señor Roger! ¿A qué ha venido? Me gustaría saberlo. Claro que no hace falta que lo pregunte. ¡Tenía que ser usted quien llegara para hurgar en los despojos! ¡Igual que las hienas! —Alzó

la voz, presa de la ira—. ¡Qué típico de usted venir a quitarle al señorito Kenneth lo que es suyo! ¡Si yo pudiera, lo enviaría de vuelta por donde ha llegado ahora mismo!

—Sí —dijo Antonia—. Pero no tiene ropa y dice que se quedará aquí con nosotros.

—¡En esta casa, ni hablar! —exclamó Murgatroyd.

—No seré un estorbo —le aseguró Roger—. Apenas notará que estoy.

—No lo notaré en cuanto salga por la puerta de la calle —fue la adusta respuesta de la criada.

Violet se levantó y atravesó lentamente el estudio.

—¿No os parece que todo esto es poco digno? —dijo con calma—. Kenneth, querido, deja de dar vueltas e intenta mostrarte razonable. ¡Al fin y al cabo, el pobre señor Vereker no puede evitar estar vivo! —Sonrió a Roger y añadió con gracia—: Son una pareja terrible, ¿verdad? No les haga usted caso. ¡Y nadie le ha ofrecido un té! ¿Le apetece?

—No —respondió Roger con franqueza—, pero no me importaría tomar un whisky con soda, si lo hubiera.

—Por supuesto —repuso ella—. Se lo prepararé yo, ¡ya que estos groseros han olvidado sus modales!

—Mi querida niña, ¿te das cuenta de lo que esto significa? —preguntó Kenneth mirándola, atónito—. ¿Por casualidad has comprendido de quién se trata?

—Sí, querido, perfectamente —replicó Violet, acercándose al aparador y abriendo una de las puertas—. Y si yo puedo comportarme con decencia, creo que tú también podrás. ¿Me indicará usted cuánto, señor Vereker?

—Si llega a hacerlo, habrá batido un récord —señaló Kenneth.

—Ya basta, Kenneth —dijo Violet en tono autoritario—. ¿Qué tal, le gusta así, señor Vereker?

—Me gusta de todas las maneras —contestó Roger sencillamente—. He olvidado su nombre, pero gracias.

—Williams, Violet Williams. Un nombre muy corriente, me temo.

—Sí, siempre son los más difíciles de recordar —observó Roger—. ¡Bueno, suerte a todos! ¡Chinchín!

Sus parientes acogieron el brindis en silencio. Murgatroyd, cuyo objeto de indignación se había desviado momentáneamente al ver a Violet ejerciendo de anfitriona, dijo de pronto:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer, querría saber yo?

—No se preocupe por mí —dijo Roger—. Me adapto a todo. Y no creo que me quede mucho tiempo. Tengo pensado alquilar un apartamento.

—¿Para qué molestarse? —dijo Kenneth—. ¿No te basta con la casa de Arnold?

—No me gustaría vivir allí —contestó Roger, con más decisión de la que había

mostrado hasta entonces—. No es mi estilo. Te diré lo que haré: os la regalaré a tu hermana y a ti.

—Gracias. No la queremos.

—Supongo que tendrá que quedarse —admitió la vieja niñera, después de reflexionar y algo más tranquila—. No sería correcto que anduviera vagando por la ciudad como un auténtico mendigo. Podernos ponerle la cama plegable en el trastero.

—También necesitaré un pijama de Kenneth —pidió Roger amablemente.

—Si tú te quedas en el apartamento, yo me voy —anunció Kenneth.

—No, no lo harás —dijo su hermana—. No me vas a dejar sola con él.

—Muy bien, pues vámonos los dos. ¡Vámonos a Suecia ahora mismo!

—No puedo. ¿Quién cuidaría de los perros?

—¡Al diablo los perros!

—¿Tienes muchos perros? —inquirió Roger, mirando alrededor por si daban señales de vida—. ¿Qué clase de perros?

—Bull terriers —contestó Antonia escuetamente.

—No sé si eso me gusta mucho. Una vez me mordió un perro y me dijeron que era un bull terrier. Y no era que me interesara la raza...

—Traigamos a los perros —sugirió Kenneth, animándose—. A lo mejor hay suerte.

—No seas infantil, Kenneth —intervino Violet—. No me corresponde a mí sugerir nada, pero ¿no creéis que el señor Carrington debería enterarse de lo ocurrido?

—No me digáis que el tío Charles sigue vivo —comentó Roger—. No quiero verlo. La última vez que nos vimos, me dijo un montón de cosas que me alegro de haber olvidado.

—No tendrás que verlo —explicó Antonia—. Hace años que Giles se hizo cargo de todos nuestros asuntos.

—¡Ah, Giles! —exclamó Roger—. Bueno, si es él no me importa que le aviséis o no. Ahora que lo pienso, era un buen muchacho. Fui a la escuela con él.

—Sí, hasta que te echaron —puntualizó Kenneth.

—Te confundes —señaló Roger—. Eso fue en Oxford. Ahí sí que me metí en líos. No recuerdo los detalles, pero fue muy desagradable. De hecho, he tenido muy mala suerte toda mi vida. No es que me queje.

Al parecer admitiendo como buena la sugerencia de Violet, Antonia se había dirigido hacia el otro extremo del estudio para telefonear y estaba marcando ya el número de su primo. Respondió a la llamada él mismo.

—Giles, ¿estás ocupado? —preguntó Antonia sin más preámbulos, en cuanto oyó su voz—. Porque si no, sería mejor que vinieras enseguida.

—Ah, ¿sí? ¿Qué pasa ahora?

—Algo absolutamente espantoso. Ha aparecido Roger.

—¿Qué?

—Roger. No está muerto. Está aquí.

Se produjo un breve silencio de sorpresa.

—¡Pero qué desastre! —exclamó Giles finalmente, con la voz trémula por el regocijo.

—Sí, es horrible. No sabemos qué hacer.

—Pobre Tony, me temo que no podéis hacer nada.

—Puedes reírte cuanto quieras, pero está decidido a quedarse con nosotros hasta que le adelantes algo de dinero. Así que, ¿crees que podrías traérselo ahora mismo? Quiere cincuenta libras, pero me parece que con veinte le bastarán. No tiene nada de ropa.

—¿Cómo, nada en absoluto?

—No, es decir, ¡sí, idiota, claro que lleva ropa! Pero no tiene pijama ni nada más.

—¡Típico de él! —comentó Giles.

—Desde luego, pero la cuestión es que no lo queremos aquí y él no se irá hasta que consiga dinero contante y sonante.

—Mi querida niña, ¡no puedo hacer nada en tan poco tiempo!

—Supongo que no querrías prestárselo tú, ¿no? —preguntó Antonia sin mucha esperanza.

—No —contestó Giles.

—Claro, ya me lo imaginaba. Pero será muy duro tenerlo aquí con nosotros, ¿sabes?

—¿Dónde está?

—¡Ya te lo he dicho! ¡Aquí!

—¿En el estudio? —preguntó Giles, al borde de la risa.

—Pues claro —respondió Antonia, impacientándose.

—¡Cómo debe de estar disfrutando con esta conversación!

En ese momento Roger, que había estado escuchando con su habitual placidez, interrumpió para decir:

—Dale cariñosos recuerdos al viejo Giles de mi parte.

—Quiere que te dé cariñosos recuerdos. Así es él.

—Siempre ha sido así. No puedo corresponder a tanto afecto, pero dile que lo felicito por no estar muerto. ¿De dónde ha salido?

—De Sudamérica, supongo. No se lo he preguntado. En cualquier caso, llegó ayer. ¡Ven, por favor!

—No puedo hacer nada, Tony, pero si quieres me pasaré por ahí después de cenar.

Antonia tuvo que contentarse con eso. Al otro lado de la línea, Giles colgó y se quedó un rato pensativo. Luego, todavía con una leve sonrisa en la boca, volvió a

descolgar y llamó a Scotland Yard.

El comisario Hannasyde se hallaba todavía en el edificio, y le pasaron con él al cabo de unos minutos.

—¿Es usted, Hannasyde?

—Yo mismo —contestó el comisario.

—¿Recuerda por casualidad mi pronóstico de que surgiría algo inesperado?

—Sí. —La voz del comisario denotaba interés.

—Bueno, pues he pensado que le gustaría saber que ya ha ocurrido —anunció Giles—. Roger Vereker ha vuelto a casa.

—Roger... ¿quién es?

—Roger Vereker —explicó Giles—. ¡El hermano que debería haber muerto hace siete años!

—¡Dios santo! —exclamó el comisario, sorprendido—. ¿Cuándo?

—Me han dicho que llegó ayer de Sudamérica, creo, pero no estoy seguro. Por el momento se alojará en el estudio. Voy a ir a verlo esta noche.

—¿Le importa si lo acompaño? —preguntó Hannasyde.

—En absoluto —contestó Giles alegremente.

Violet fingió querer irse después de cenar, pero la convencieron fácilmente para que no se marchara. Kenneth aseguró que sería preferible que se quedara y entretuviera a Roger, dado que tanto parecía gustarle y ni él ni Tony se sentían capaces de desempeñar ese papel. Violet se tomó a bien el comentario, limitándose a sonreírle con aire un tanto distante, y siguió interrogando a Roger cortésmente sobre su viaje. Al cabo de un rato, cuando Murgatroyd entró a regañadientes para mostrar al recién llegado el trastero donde iba a alojarse de forma temporal, Violet les leyó la cartilla a los Vereker, afirmando que le daba tanta lástima Roger por el recibimiento que le habían dado que se sentía obligada a intervenir. Antonia le señaló que a Roger todo aquello le traía sin cuidado, observación tan manifiestamente correcta que ni siquiera Violet pudo refutarla. Antonia le vio más sentido al segundo argumento de Violet, a saber, que mostrando su disgusto de modo tan evidente, Kenneth hacía recaer las sospechas sobre él. Antonia estaba de acuerdo, pero su hermano adujo de inmediato que su actitud era muy coherente, y que serviría más para desconcertar a la policía que para convencerlos de que era el asesino de Arnold. En medio de la inevitable discusión que siguió a su comentario, Roger volvió a entrar en el estudio y Kenneth, para quien cualquier persona valía cuando se lanzaba a una demostración, inmediatamente le expuso su caso.

Roger lo escuchó con atención y sin incomodarse, y luego contestó, haciendo un esfuerzo de concentración:

—¿Quieres decir que si sigues repitiendo lo lamentable que es que yo haya vuelto a casa, la policía pensará que fuiste tú quien le clavó el cuchillo a Arnold?

—No, eso es lo que cree Violet. Yo digo que será más probable que sospechen de mí si finjo que no me importa.

—Bueno, no sé —dijo Roger—. Puede que sí, claro, pero hay que ser siempre muy cautos con la policía. Yo tuve muchos problemas con ellos en su momento, con toda clase de policías. A veces creo que los ingleses son los peores, pero otras no estoy tan seguro. Por cierto, ¿asesinaste tú a Arnold? No pretendo entrometerme, pero siento curiosidad.

—¿Qué supones que voy a contestar? —repuso Kenneth.

—Claro, qué estúpido por mi parte —reconoció Roger—. Me refiero a que sería un fastidio para ti si lo hubieras hecho, ahora que yo he vuelto. Una pérdida de tiempo.

—A menos que te mate a ti también —dijo Kenneth pensativamente.

—Vamos, no empieces a hablar así —pidió Roger—, o acabarás haciéndolo antes de darte cuenta. Nunca he soportado a la gente impulsiva, nunca.

—Aunque lo mejor sería endilgarte a ti el asesinato de Arnold —sugirió Kenneth,

mirando a su hermanastro con aire especulativo—. No veo cómo por el momento, pero ya se me ocurrirá algo.

—No es mala idea —señaló Antonia—. Y no tendrías que inventar el móvil, porque ya tiene uno.

—Pues a mí no me gusta —protestó Roger con una leve inquietud—. Y no os servirá de nada continuar con eso, porque ya os he dicho que desembarqué ayer.

—Además —prosiguió Antonia, animándose—, el arma fue una daga o un estilete, no recuerdo qué, de los que se usan en España y Sudamérica según afirmaron en la pesquisa judicial.

—Eso no me lo habías contado —le reprochó Kenneth.

—Es muy importante. Naturalmente, es el tipo de arma que usaría Roger.

—Pues ahí te equivocas —puntualizó Roger—. Si hay un arma que no usaría yo es ésa. No va conmigo eso de apuñalar a la gente. Se ve mucho en algunos de los lugares donde he estado, pero eso no significa que uno tenga que aficionarse también. Al menos a mí no me ha ocurrido. Además, no sabía nada del asesinato hasta que me lo habéis dicho. De hecho, ahora que lo pienso, aún no sé gran cosa. Ni siquiera lo apruebo.

Sin embargo, Kenneth no iba a dejar que lo apartaran tan fácilmente de su línea de razonamiento, y siguió con ella hasta la hora de cenar. Murgatroyd les sirvió en silencio, lanzando miradas hostiles a Roger de vez en cuando. Más tarde, comentó a Antonia que tal vez sería mejor llevarse bien con el recién llegado.

—A pesar de todos sus defectos, señorita Tony, y no acabaría hasta mañana si tuviera que enumerarlos todos, no es mala persona. Eso sí puede decirse de él.

—No creerá que voy a darle sablazos a Roger —replicó Antonia.

—Nunca digas de esta agua no beberé —sentenció Murgatroyd.

Eran ya las nueve de la noche cuando llegó Giles Carrington. Al abrirle la puerta y reconocer a su acompañante, la vieja niñera soltó un bufido desdeñoso y comentó que las desgracias nunca venían solas.

La pequeña reunión del estudio no estaba prosperando, a pesar de los esfuerzos de Violet. Había logrado que Kenneth abandonara las tentativas de elaborar una teoría que permitiera a Roger cometer el asesinato y en ese momento parecía distraído, así que pugnó por inducirlo a participar en la conversación general que intentaba entablar, o a ser cortés con su hermanastro. Se había esforzado en sonsacar a Roger sobre sus viajes, pero Kenneth, irritado como siempre que su prometida prestaba atención a otro hombre, estropeó la mayoría de las remembranzas de Roger intercalando de vez en cuando el comentario de que no creía una sola palabra. Estaba repantigado en la butaca más grande con expresión de ira reconcentrada, y sólo demostró interés durante la inconexa narración de Roger cuando mencionó a la hermosa española que había tratado de matarlo dos veces.

Francamente aburrida, Antonia se había acurrucado en el diván con dos de sus perros a los pies y leía una novela. Cuando se abrió la puerta para dejar pasar a su primo la dejó a un lado y lo saludó con alivio.

—¡Oh, bien! —dijo—. ¡Ahora nos dirás cómo podemos deshacernos de él! ¡Vaya! ¿Para qué has traído a la policía?

La expresión ceñuda de Kenneth se esfumó y se puso en pie de un salto.

—¡Como ves, mi teoría era correcta, Roger! —exclamó—. ¡Ya vienen por ti!

Roger también se había levantado y parecía muy nervioso.

—Si esto va a llenarse de policías, tendré que irme —anunció—. No es que tema no encontrarme cómodo, porque he probado la cama plegable y no está mal. A ver, he dormido en sitios mucho peores. Pero no me gusta la policía. Algunas personas sienten lo mismo con respecto a los gatos. Siempre se dan cuenta en cuanto entra uno en la habitación y empiezan a sentirse incómodos. No es que yo tenga nada contra los gatos, ojo. Al contrario. De hecho, si me molestara en tener algún animal, creo que elegiría un gato.

—Bueno, pues yo no —dijo Antonia, que estaba escuchando—. Son seres inhumanos, aunque supongo que hay gatos y gatos.

—Ahí lo tienen —señaló Roger—. Pero no me vengan con que también hay policías y policías, porque no es cierto. No deja de asombrarme que alguien pueda querer a un policía, salvo para que esté de pie en los cruces agitando las manos, e incluso ése me parece un trabajo que podría realizar cualquier otra persona igual de bien, si no mejor.

—Preferiría que te abstuvieras de decir tantas tonterías —comentó Antonia—. Cualquiera pensaría que quieres un policía de mascota. Y si el tráfico lo dirigieran otras personas, se convertirían en policías, así que no veo la diferencia.

Roger siguió su razonamiento con atención.

—Ahí hay una falacia —objetó—. No estoy seguro de cuál es y no voy a ponerme a buscarla, pero algo no me suena bien.

Si Hannasyde abrigaba la más mínima esperanza de que Roger fuera un miembro normal de la familia Vereker, se desvaneció rápidamente. Suspiró y desvió su atención hacia Kenneth.

—Calla, Tony —se interpuso Giles, antes de que Antonia pudiera replicar—. Bueno, Roger, ¿qué tal estás? ¿Cuándo has llegado?

—Estoy hartándome de contestar a esa pregunta —respondió Roger, estrechándole la mano—. No dejo de repetir que desembarqué ayer. Me alegro de que hayas venido, porque me encuentro en una situación de lo más apurada. Me he quedado sin dinero. Me han dicho que tú eres uno de los albaceas de Arnold, así que podrás adelantarme algo de dinero. ¿Cuánto has traído?

—Nada —contestó Giles—. No puedo adelantarte dinero de esta forma tan

irregular.

Este anuncio tuvo el efecto inmediato de acabar con el interés que había brillado unos instantes en los ojos de Roger. Volvió a caer en la apatía, limitándose a comentar con desaliento que, en ese caso, no entendía para qué se había molestado Giles en acudir allí.

—No es que no quiera verte —añadió—. Pero no me parece que tenga mucho sentido.

—Si consigue que nos libremos de ti, tendrá mucho sentido —replicó Kenneth despiadadamente—. ¡Siéntese, mi amigo comisario, siéntese! ¿Qué le apetece? ¿Whisky? ¿Cerveza?

—Siento interrumpir una... reunión familiar —dijo el comisario, al tiempo que con un ademán rechazaba cualquier bebida—, pero...

—No se preocupe —contestó Kenneth—. Estamos encantados de recibirlo. Bueno, mi hermanastro no, pero seguramente se debe a que no tiene la conciencia limpia. Pero el resto de nosotros estamos muy contentos. ¿No es cierto, Violet? Por cierto, creo que no conoces a nuestro amigo el comisario, querida. Aquí lo tienes. Comisario, mi prometida, la señorita Williams.

Violet inclinó la cabeza levemente y dedicó a Hannasyde la breve sonrisa maquinal que reservaba para quienes consideraba inferiores socialmente. Volviéndole la cara, sugirió a Kenneth en voz baja que sería mejor que ella se marchara. Él rechazó la idea al instante, de modo que Violet transigió y se retiró discretamente al otro extremo de la habitación con la excusa de abrir una ventana.

Mientras tanto, Giles había presentado al comisario y a Roger, y Hannasyde explicaba la razón evidente de su visita con su acostumbrado buen talante.

—Como supongo que ya le habrán contado, su hermano, el señor Arnold Vereker, fue apuñalado en Ashleigh Green el pasado sábado —empezó—, por lo que estoy convencido de que usted...

—Sí, me lo han contado —replicó Roger—, pero no tiene nada que ver conmigo. Naturalmente ha sido una sorpresa mayúscula. Al principio incluso ni lo creí.

—Debe de haber sido un golpe terrible —convino Hannasyde, comprensivo.

—Pues sí. Si me hubieran dicho que le habían disparado, o que lo habían encontrado con la cabeza en un horno de gas, habría sido muy distinto, porque no hay nada sorprendente en eso hoy en día. Pero una cuchillada en la espalda es algo insólito en Inglaterra. Por un momento me ha devuelto a Colombia.

—Ah, ¿sí? —dijo Hannasyde—. ¿Acaba de volver usted de Colombia?

—Oh, no —respondió Roger vagamente—. Pero pasé allí una temporada. A mí no es un tema que me interesara, pero se sorprendería usted de la cantidad de apuñalamientos que se dan por aquellos andurriales. Al menos cuando estuve yo, claro que ahora puede que haya cambiado.

—Tengo entendido que aquella zona está muy poco civilizada —corroboró el comisario—. Aunque dicen que Sudamérica es el país del futuro.

—Dicen cualquier cosa —replicó Roger, desechando la idea.

—¿De qué parte de Sudamérica viene? —inquirió Hannasyde, perseverante.

—De Buenos Aires. Pero no le servirá de nada preguntarme por ese sitio, porque he vivido con otro nombre. Más cómodo —añadió Roger a modo de explicación.

—Ya veo —dijo el comisario—. Y acaba de volver. ¿Cuándo desembarcó?

—Ayer —contestó Roger, mirándolo con recelo.

Hannasyde sonrió.

—Pues la suya parece una coartada realmente buena —comentó jovialmente—. ¿Cuál era su barco?

—Bueno, he olvidado el nombre —afirmó Roger—, si alguna vez he llegado a saberlo, lo cual dudo. Para serle sincero, no me interesan mucho los barcos. Hay personas que en cuanto suben a bordo se hacen amigas del ingeniero jefe para poder bajar y echar un vistazo a la sala de máquinas, que en realidad es un lugar sucio y maloliente. Yo no soy de esos.

Giles, que estaba preguntando a Antonia si se había reconciliado con Mesurier, entre burlón y preocupado, volvió la cabeza.

—Vamos, seguro que recuerdas el nombre del barco.

—Nada de «seguro» —replicó Roger—. Olvido cosas mucho más importantes, aunque no puedo decir que no sea capaz de recordarlo en otro momento. Ocurre muy a menudo, y lo que es más, con hechos que ocurrieron hace muchos años.

—Eso será muy útil —comentó Kenneth, y encendió un cigarrillo—. ¡Qué idiota has sido al decirnos cuál era tu nombre falso! Podrías haberlo olvidado.

—Oh, no, imposible —le contradijo Roger con súbita amargura—. Si hubieras pasado años enteros oyéndote llamar Fisher, tú también lo recordarías.

—Acaba de ocurrírseme una idea horrible —dijo Antonia de pronto—. ¿Estás casado?

—Da lo mismo —le espetó Kenneth—. El mero hecho de que esté vivo lo ha estropeado todo.

—No por completo —replicó Antonia—. Al fin y al cabo, seguro que morirá mucho antes que tú, porque ya casi tiene los cuarenta. Pero si tiene montones de hijos, el desastre será total.

—No tienes por qué preocuparte —la tranquilizó Roger—, porque sigo soltero. He cometido muchas estupideces en mi vida, pero nunca he permitido que nadie se casara conmigo.

—¡Estupendo! —se burló Kenneth—. Se imagina uno enseguida la larga hilera de doncellas ansiosas...

—Vamos, no te hagas el ingenioso conmigo —suplicó Roger—. Es una

costumbre muy molesta. Yo sólo quiero vivir tranquilo, pero cómo voy a conseguirlo si tú te pasas de listo y la policía va y aparece...

—¡Yo sólo quería que permanecieses decentemente enterrado! —lo interrumpió Kenneth con fiereza.

—¿Antipatía, señor Vereker? ¿O ha descubierto que no es tan indiferente a la adquisición de una enorme fortuna como querría hacernos creer?

Al notar el deje de ironía en el tono pausado del comisario, Kenneth se volvió hacia él sin perder la compostura, pero alerta, y en un instante desapareció su hosco malhumor. Su mirada era retadora, su sonrisa de elfo reapareció.

—«¡Tocado, evidentemente tocado!». Y sin embargo, mi querido amigo comisario, sospecharía aún más de mí si aparentara que no me importa heredar la fortuna de Arnold.

—Quizá —reconoció Hannasyde—. Pero debería usted tomar en consideración si tal vez sospecho que finge usted un grado de molestia mayor del que realmente siente sólo para despistarme. —Hizo una pausa y luego, viendo que Kenneth no le respondía, añadió amablemente—: Tocado otra vez, ¿no cree?

Kenneth se echó a reír.

—«Tocado, tocado, lo confieso» —dijo con gran deleite—. ¿Sabe?, empieza usted a gustarme.

—Podría devolverle el cumplido si contempla la posibilidad de dejar de intentar engañarme. Le gusta a usted citar a *Hamlet*, aunque no siempre con fidelidad, así que le daré un verso más para que lo digiera: ¡Tenga cuidado de no caer «como una perdiz en su propia trampa»!

—¡Ah, «mi propia traición me mata justamente»! Tendré tanto cuidado, Osric, que no permitiré que esta conversación altere un ápice mi actitud.

Roger se inclinó de lado en la silla para hacerle una confidencia a Giles.

—Esto se está poniendo demasiado intelectual para mí. ¿Se llama Osric? Creía que habías dicho que se llamaba Harrington.

—Hay quien quiere ser listo y se pasa, señor Kenneth Vereker.

—Si usted lo dice... Pero sólo soy sincero. ¿No ha venido esta noche para ver cómo reaccionaba ante el regreso del hijo pródigo?

Hannasyde esbozó una débil sonrisa.

—«Ambos sangran» —dijo Antonia, imparcial, observando a Hannasyde—. Esperaba poder soltar la frase tarde o temprano^[2].

Esta salida acabó de desconcertar a Roger por completo. Había tratado de seguir el diálogo, pero renunció en ese punto y cerró los ojos.

—No estás siendo de gran ayuda, Kenneth —observó Giles.

—¿Y por qué habría de serlo? No quiero que se descubra al asesino... a menos que se trate de Roger, por supuesto. Eso estaría bien.

—Vaya, ése sí que es un comentario sensato —dijo Roger abriendo los ojos—. No la parte que se refiere a mí, sino el resto. Yo tampoco quiero que se descubra, y si nosotros no queremos, ¿qué le importa a los demás? Por eso me quejo yo de los policías. Siempre andan entrometiéndose en los asuntos ajenos.

—Eso no puedes echárselo en cara —razonó Antonia—. Es su obligación. Pero en este momento me parece mucho más importante decidir qué hacemos contigo. Por mucho que digas que no puedes adelantarle dinero, Giles, no creas que vamos a permitir que Roger se ponga toda la ropa de Kenneth mientras tú guardas el dinero.

—No —dijo Roger, con renovado interés—. Porque, para empezar, no me gustan sus camisas.

Inmediatamente, Antonia defendió el gusto de su hermano, y dado que la discusión presentaba indicios de convertirse enseguida en un debate abstracto sobre vestimenta, Hannasyde juzgó que era más sensato marcharse. Los Vereker prestaron muy poca atención a su partida, pero Giles lo acompañó hasta la puerta de la calle y le expresó su simpatía.

—Gracias —contestó Hannasyde—. ¿No deportarían a Roger Vereker, por casualidad?

—Seguramente —dijo Giles, con absoluta ecuanimidad—. En cualquier caso, nos ha caído encima sin un céntimo.

—¿Actúa usted como abogado suyo, señor Carrington? —preguntó el comisario con aire escrutador.

—No, que yo sepa —respondió Giles.

Instantes después de despedir a Hannasyde, Giles regresó al estudio y se encontró con que Violet había puesto fin a la discusión, después de haber permanecido silenciosa en el otro extremo de la habitación hojeando una revista mientras había durado la visita de Hannasyde.

—Me he abstenido de hablar cuando estaba aquí ese hombre —decía—. Pero tu comportamiento ha sido escandaloso, Kenneth. Ha sido una tontería por tu parte, y muy infantil. Sabemos que no mataste a tu hermanastro, pero no haces más que buscarte problemas con esa forma de hablar. Y debo decirte que no me parece muy correcto ni muy amable por tu parte que seas tan cruel con el señor Vereker.

—No se preocupe por mí —repuso Roger—. Me da igual lo que diga, mientras no me clave ningún cuchillo.

—Creo que es usted extremadamente generoso, señor Vereker —opinó Violet—. Y diga lo que diga Kenneth, espero que se dé cuenta de que yo, al menos, no comparto sus sentimientos. —Recogió su sombrero y sus guantes y le tendió la mano—. Debo irme. Adiós, y por favor, no haga caso a Kenneth ni a Tony.

—¿No le vas a dar un beso? —preguntó Antonia, inmisericorde.

—¡Calla! —dijo Kenneth, irritado—. Te acompaño a casa, Violet.

—Os diré lo que es ésa: una cazafortunas —comentó Roger con repentina e inesperada sagacidad en cuanto la pareja abandonó el estudio—. He conocido a muchas. Kenneth no debería casarse con ella.

Antonia lo miró con cordialidad por primera vez.

—Sí, es una cazafortunas, y apuesto lo que quieras a que intentará seducirte para que seas generoso con Kenneth.

—Bueno, pues no voy a serlo —se limitó a replicar Roger—. Claro que por ahora no tengo muchas posibilidades de ayudar a nadie, ni siquiera a mí mismo. ¿Cuándo podré recibir algún dinero, Giles?

—Iré a ver a Gordon Truelove mañana —contestó Giles—. Es el otro albacea. No creo que llegaras a conocerlo.

—No, ni quiero conocerlo ahora. Sólo quiero dinero, y no entiendo por qué no puedo obtenerlo.

—Sí que puedes —dijo Giles—. Te informaré en cuanto haya hablado con Truelove.

—Ven a tomar el té, Giles —lo invitó Antonia—. Kenneth llevará a Violet a una matine.

—No hace falta que te molestes en venir —dijo Roger—. Sólo tienes que llamarme por teléfono.

Giles hizo caso omiso de tan poco diplomática sugerencia.

—¿Quieres que venga, Tony? —preguntó mirándola.

—Sí —respondió ella, devolviéndole la mirada con total sinceridad.

De modo que, al día siguiente, Giles Carrington presentó unas vagas excusas a su suspicaz y algo indignado padre, abandonó la oficina poco después de las tres y media, condujo hasta Chelsea y llegó al apartamento de su prima justo cuando el comisario Hannasyde se disponía a subir la escalera que llevaba a la casa.

—Hola, comisario, ¿qué le trae de nuevo por aquí tan pronto? —inquirió—. ¿Ha hecho algún nuevo y sorprendente descubrimiento?

—Sí. Así es.

La sonrisa desapareció del rostro de Giles Carrington.

—Eso suena muy emocionante —dijo reponiéndose, con el mismo tono indolente y divertido—. ¿Qué ha ocurrido?

Subieron juntos la escalera.

—No se preocupe —dijo el comisario, con un brillo malicioso en la mirada—. Ninguno de sus clientes está involucrado.

—Me alegro —replicó Giles, pulsando el timbre de la puerta—. Roger se encontraba en Inglaterra el día del asesinato. ¿Es eso?

—Sí —confirmó Hannasyde—. Exacto.

—¡Pobre Roger! —comentó Giles—. Lo sospeché cuando aseguró que no recordaba el nombre del barco.

Hannasyde le lanzó una mirada acusadora.

—Es usted tan malo como los otros —lo reprendió con severidad—. En cuanto le puso la vista encima a Roger Vereker, no sólo sospechó que llevaba más tiempo en Inglaterra del que quería admitir, sino que se convenció también de que era el desconocido desastrado que visitó a Arnold Vereker el sábado. ¿No es cierto?

—No del todo —se defendió Giles—. Lo sospeché varias horas antes de ponerle la vista encima. En cuanto me enteré de que había aparecido, en realidad. Buenas tardes, Murgatroyd. ¿Está la señorita Tony?

—Oh, sí, estaba esperándolo, señor —dijo Murgatroyd, abriendo la puerta de par en par—. Pero no sé qué motivo puede tener para traer a la policía otra vez. Últimamente parece que no podemos estar tranquilos en esta casa. Están los dos en el estudio, señor Giles.

Giles Carrington asintió y cruzó el pequeño recibidor seguido por el comisario. En el estudio, Roger Vereker parecía concentrado en resolver algún tipo de problema en varios trozos de papel, observado con ojo crítico pero no hostil por su hermanastra, que estaba sentada con la barbilla apoyada en las manos, mirando sus cálculos. Antonia levantó la vista rápidamente cuando se abrió la puerta, y al ver a Giles, esbozó una sonrisa confiada.

—¡Hola! —dijo—. Roger está tratando de elaborar un «sistema». Yo creo que es una estupidez.

—Ojalá sigas pensando así mucho tiempo —dijo Giles.

—No sabía que usted también iba a venir —dijo Antonia enarcando las cejas cuando reparó en el comisario—. Preferiría que no lo hubiera hecho porque, para serle sincera, estoy más que harta de este crimen familiar. Sin embargo, pase si es necesario.

—Me temo que sí —respondió Hannasyde, cerrando la puerta—. Quiero formular

unas cuantas preguntas a su hermanastro.

—Pues no me viene nada bien que me hagan preguntas, porque estoy muy ocupado en este momento —protestó Roger, que había dado un sonoro respingo al ver al comisario—. De hecho, esperaba pasar una tarde tranquila, después de habernos librado de Kenneth.

Un borrador al pastel que había apoyado sobre la repisa de la chimenea llamó la atención de Giles.

—¡Dios santo, qué agudo! —exclamó involuntariamente—. ¿Es de Kenneth?

—Yo no veo que tenga nada de agudo —señaló Roger—. De hecho, si no fuera un hombre de trato fácil, me molestaría bastante.

—Sí —dijo Giles—. Es... comprensible.

—Además, no se parece a mí en nada —añadió Roger—. Pero si hasta Kenneth ha tenido que decirme quién se suponía que era.

—Ha captado la expresión, ¿verdad? —dijo Antonia—. Lo ha hecho esta mañana. Y después de afirmar que el arte del retrato se ha envilecido. ¿Verdad que es bueno?

—¡Perverso! —masculló Giles—. ¡En serio, Tony, es indecente!

Hannasyde, que también contemplaba el boceto con considerable asombro, estuvo de acuerdo con ese comentario, y se preguntó si sería descabellado abrigar la convicción de que el hombre que podía realizar un retrato tan cruel sería capaz de cualquier cosa, incluso de asesinar. Desvió la mirada hacia el modelo, y dijo sin más preámbulos:

—Anoche me informó usted, señor Vereker, de que había desembarcado en Inglaterra hacía dos días.

—Eso creo —admitió Roger—. Hubo mucha cháchara por aquí anoche, y no recuerdo todo lo que dije. Pero no quiero empezar a discutir, de modo que aceptaré su palabra.

—¿Mantiene su declaración?

—¿Por qué no habría de mantenerla? —preguntó Roger con cautela.

—Sobre todo porque es falsa —respondió el comisario con desconcertante franqueza.

—Eso no voy a aceptarlo —dijo Roger—. Es una afirmación que me puede perjudicar mucho, y si cree que sólo porque sea detective puede ir por ahí desmintiendo a la gente está muy equivocado. —Hizo una pausa para reflexionar unos instantes—. Bueno, en realidad tal vez no se equivoca —prosiguió en tono pesimista—, porque creo que en este país no hay límite para los extremos a los que llega la policía.

—Hay un límite —puntualizó Hannasyde—, y su primo está aquí para comprobar que no lo traspaso. Su nombre, señor Vereker, no figura en la lista de pasajeros de ninguno de los barcos que arribaron de Sudamérica hace dos días.

—Bueno, eso es de lo más extraño. Pero cuando dije que desembarqué hace dos días, no dije que viniera de Sudamérica.

—Usted dijo que procedía de Buenos Aires —le recordó Hannasyde.

—Eso es cierto —admitió Roger—. De ahí venía. Por supuesto, si hubiera sabido que estaba usted interesado, le habría contado toda la historia. La cuestión está en que primero desembarqué en Lisboa.

—¿Para qué? —quiso saber Antonia.

—Quería ir a ver a un tipo —respondió Roger vagamente.

—Para hablarle de un perro, supongo —dijo Antonia con desprecio.

—No, de un perro no, de un montón de loros —dijo Roger, improvisando con habilidad.

—¿Desembarcó en Lisboa para encontrarse con un hombre por un asunto de loros? —repitió el comisario.

—Eso es —dijo Roger, asintiendo—. Loros del Amazonas. No esos grises con colas de color rosa, sino los verdes. Los que chillan. —Empezó a dejarse llevar por la historia, animándose cada vez más—. Pensaba cerrar un trato con él. Le sorprendería la demanda de loros que hay en Portugal.

—Ya lo creo —comentó Hannasyde con severidad.

—A usted y a cualquiera —observó Roger—. Incluso a mí. Pero es cierto. La idea era enviarle una partida de loros a ese tipo que he mencionado. El único problema era que no conseguíamos llegar a un acuerdo, así que me pareció que sería mejor visitarlo.

—Confío en que cerraran un trato —dijo Hannasyde en tono sarcástico.

—Bueno, no —replicó Roger, con fértil imaginación—. No hubo acuerdo, y el asunto se halla más o menos en suspenso, porque él quería comprar los loros a granel, lo que es ridículo, por supuesto. Sin embargo, ahora que voy a heredar, ya no tendré que preocuparme más por eso.

—¡Qué pena que Kenneth se esté perdiendo todo esto! —comentó Antonia—. ¿Y dónde se supone que están los loros?

—Por el Amazonas —contestó Roger—. Hay que atraparlos.

—Sí, ya te imagino adentrándote en la selva y tendiendo trampas para loros. ¡Eres un idiota!

—Bueno, no lo habría hecho yo. Habría empleado a otras personas —explicó Roger—. Claro está que si el negocio hubiera crecido, y estoy convencido de ello, mi idea era montar una granja y criarlos de la misma forma que se crían zorros plateados y esas cosas. Llevando el negocio de la manera adecuada, se podría haber ganado mucho dinero, porque si el comprador ha de pagar diez libras por un loro (y a menudo un buen loro cuesta mucho más que eso), tú misma te darás cuenta de que el beneficio por cada loro es más que considerable. —Decidió que los loros habían

servido ya a su propósito y se deshizo de ellos—. Pero como digo, he abandonado el proyecto ahora que voy a heredar. Ya no tiene sentido.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Hannasyde—. He averiguado, señor Vereker, que figuraba usted como pasajero a bordo del *SS Pride of London*, que atracó en Liverpool el dieciséis de junio, la víspera del asesinato de su hermano.

Roger se recostó en el asiento.

—Bueno, si lo ha averiguado, pues ya está —admitió—. Es una tontería discutir cosas como éstas con detectives, así que le diré sin tapujos que lo de los loros no era más que una pequeña broma.

—Lo sabía —replicó Hannasyde—. Avanzaremos más y acabaremos antes si se abstiene usted de gastar más bromas.

—Muchas personas creen que la velocidad es la maldición de esta época —comentó Roger—. No es que yo sea un entusiasta, tampoco. Que quede claro que no estoy del todo seguro de que el negocio de los loros sea tan malo. Cuanto más pienso en él más me gusta. Suponga que a la gente le da por adornar los sombreros con plumas de loro, por ejemplo.

—Señor Vereker, no soy tan tonto como para creer que es usted tan tonto como finge ser. ¿Abandonamos el tema de los loros?

—Como usted quiera —aceptó Roger amigablemente.

—¿Admite que desembarcó en Liverpool el viernes, día dieciséis de junio?

—Si ha estado hurgando en las oficinas de las agencias navieras, no tiene sentido que me pregunte si lo admito o no. Es una pena que haya sido usted tan inquisitivo, porque va a perder mucho tiempo tratando de demostrar que maté a Arnold, aunque puedo asegurarle desde el principio que no lo hice.

—Si está tan convencido de que voy a perder el tiempo, señor Vereker, ¿por qué ha intentado ocultar el hecho de que se hallaba en Inglaterra el diecisiete de junio?

—Bueno, eso es lo que yo llamo una pregunta condenadamente tonta —dijo Roger—. Es evidente que si se sabía que estaba en Inglaterra, la policía se echaría sobre mí como una jauría de sabuesos. ¡Si no me cree, mire cómo se comporta ahora! No lo culpo, porque naturalmente es su deber. Pero ahí está el quid, precisamente. Aparezco un día, sin un penique, y a Arnold lo asesinan el día después. Sería el idiota más grande del mundo si no viera de quién iban a sospechar todos en cuanto se supiera la noticia. No me gustan las situaciones desagradables y tampoco la policía. Además, estos asuntos son agotadores, porque yo no soy una de esas personas que quieren usar el cerebro a todas horas para intentar recordar un montón de detalles intrascendentes. Me da dolor de cabeza. Yo sólo quiero paz y tranquilidad.

—Aun así, señor Vereker, debo pedirle que recuerde el día en que desembarcó y me diga qué hizo exactamente.

Roger suspiró, pero pareció más o menos resignado a contestar.

—Bueno, vine a Londres —dijo con voz cansada—. Naturalmente. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿El viernes?

—Si ha estado realizando un montón de averiguaciones, ha de saber tan bien como yo que no atracamos hasta tarde —dijo Roger.

—Desde luego, lo sé, pero de todas formas podría haber venido a Londres el mismo día.

—Pues no lo hice. No me gusta viajar de noche. Nunca lo hago. Algunas personas duermen mejor en un tren que en ninguna otra parte. Yo no, y punto.

—Entonces, ¿cuándo llegó a Londres?

—Al día siguiente, por supuesto. Pero no le servirá de nada preguntarme la hora de llegada del tren porque no lo recuerdo. Comí durante el trayecto.

—Y cuando estuvo en Londres, ¿qué hizo?

Roger lo pensó un momento antes de responder.

—¿Sabe lo que hice?

—Estoy preguntándoselo —contestó Hannasyde.

—Ya lo sé y ése es el problema. Si supiera exactamente lo que sabe usted, me ahorraría un montón de molestias. A ver, no sirve de nada que le diga que fui al zoo, si luego va a demostrar que me pasé el día en el Museo Británico. Por otra parte, no quiero contarle nada que no deba contarle. ¿Entiende mi dilema?

—¿Puedo darte un consejo, Roger? —terció Giles Carrington antes de que Hannasyde pudiera replicar.

—Todo el mundo puede hacer lo que quiera en lo que a mí respecta —dijo Roger—. Pero que sepas que tu consejo no me interesa, porque por lo que he podido ver haces muy buenas migas con este comisario Osric... no, Osric no. Bueno, como se llame.

—No te hagas el tonto —dijo Giles, sin hacerle caso—. No estás tratando con un estúpido.

—Sí que tenemos una pista —lo contradijo Hannasyde—. El arma utilizada.

—Bueno, si demuestra que me pertenecía, será más listo de lo que yo creía —replicó Roger—. No lo demostrará, porque no era mía. Así que, ¿dónde está? De vuelta al principio. Sería mucho mejor que lo dejara correr.

—Se lo agradezco, pero si no le importa, seguiré un poco más. Yo en su lugar haría caso del consejo de su primo. ¿Qué hizo cuando llegó a Londres?

—Esto y aquello —contestó Roger con displicencia.

—Para alguien que está convencido de que no hay nada que pueda meterlo en un lío, es usted muy reacio a admitir que fue a visitar a su hermano, señor Vereker.

—Ah, lo sabía, ¿eh? —dijo Roger, asintiendo—. Oh, bueno, eso facilita las cosas. Estaba empezando a hartarme de contestar con evasivas. Sí, fui a visitar a Arnold.

—Era lo más natural.

—Por supuesto. No me quedaba ni un penique.

—¿Ése es tu consejo? —preguntó Roger, incrédulo.

—Sí.

—Pues no es gran cosa. No esperarás que cambie de costumbres a estas alturas. Siempre he tenido el don de tomarme las cosas con optimismo.

—Es muy probable que esa clase de optimismo en particular acabe metiéndote en un lío —dijo Giles con aire severo.

—¡Oh, no! —dijo Roger, mientras un destello de inteligencia brillaba claramente en los ojos velados e inyectados de sangre—. Nadie va a meterme en ningún lío. No digo que no pueda producirse una situación muy desagradable, porque seguro que algo de eso habrá. Pero Tony me lo ha contado todo sobre el asesinato y a mí me parece que ha sido el crimen perfecto. No tienen ninguna pista, ni siquiera una huella dactilar; ignoran con quién estaba Arnold esa noche. De hecho, no saben nada aparte de que fue asesinado.

—Ya. ¿Debo entender que compartía usted la antipatía que sentían sus hermanastros hacia él?

—No, no le tenía antipatía —respondió Roger, tras reflexionar—. Aunque en realidad nunca me había parado a pensarlo.

—Entonces, ¿le era indiferente?

—Eso es —admitió Roger—. Justo la palabra que buscaba. Aunque debo decir que, ahora que sé el dinero que tenía, no me extraña que despertara antipatías. Era muy tacaño, muchísimo. No va a creerlo, pero sólo pude sacarle cincuenta libras, y únicamente me las dio porque no quería que se supiera que un hermano suyo iba a pasar la noche al raso en el Embankment. Me pareció que estaba muy obsesionado por la respetabilidad. No le gustó lo más mínimo que me presentara en su casa. Si fuera una de esas personas susceptibles, lo que gracias a Dios no soy, me habría ofendido sobremanera por el recibimiento que me dispensó. Es increíble, pero me dio las cincuenta libras con la condición de que no volviera a acercarme a él.

—Me sorprende que se contentara usted con cincuenta libras, señor Vereker.

—No me contenté, pero soy un hombre razonable y no puede esperarse que la gente lleve más de cincuenta libras encima. Además, no sabía que había amasado semejante fortuna con la vieja mina.

Antonia decidió de pronto intervenir en la conversación.

—Mira —dijo con contundencia—, no quiero aguarde la historia, pero si he de elegir entre Kenneth o tú (me refiero a como asesino), preferiría que fueras tú. ¡Así que no me cuentes que estabas dispuesto a desaparecer de la vida de Arnold por cincuenta libras!

—Desde luego que no —replicó su imperturbable hermanastro—. De hecho, el

asunto es bastante gracioso. Porque en realidad no me había planteado cuánto dinero podría sacarle a Arnold. El pobre se alteró mucho al verme. ¡Oh, ya lo creo! Bueno, es normal, porque siempre he sido la oveja negra de la familia, y supongo que tenía miedo de que arrastrara su buen nombre por el fango o algo parecido. Naturalmente, en cuanto vi que se le ponía la cara verde, comprendí que sería fácil tratar de llevar a cabo un pequeño y educado chantaje. Le anuncié que me iría a vivir con él. No le gustó lo más mínimo. De hecho, llegó a ponerse un poco violento. Sin embargo, se calmó al cabo de un rato y me ofreció cincuenta libras si me iba. Me embolsé las cincuenta libras y le dije que me lo pensaría. Entonces me salió con una idea que a él le pareció muy buena, aunque a mí no me hizo mucha gracia. Me propuso pagarme el viaje a Australia o a cualquier otro sitio que me gustara al otro lado del mundo, y pasarme una renta de doscientas libras anuales mientras viviera, si no me movía de allí.

—A mí me parece una buena oferta —dijo Antonia.

—Sí, sólo que yo no quiero ir a Australia —explicó Roger.

—¿Qué se ha hecho del dinero que te dejó tu padre? —preguntó Giles.

—No lo sé —dijo Roger, levemente sorprendido—. Eso fue hace mucho tiempo. No esperarás que el dinero dure para siempre. En cualquier caso, no duró.

—¡Dios santo! —exclamó Giles—. ¡Bueno, sigue!

—He olvidado dónde me he quedado. Está entrándome sed con tanta charla —dijo Roger. Se levantó y se dirigió al aparador—. ¿Alguien más quiere tomar una copa? —Al no recibir respuesta a su invitación, añadió—: ¡Oh, bueno! —Y se sirvió un whisky doble. Armado con él, regresó a su asiento—. Eso está mejor. ¿Por dónde iba?

—Doscientas libras al año por quedarse a vivir en Australia —le apuntó Hannasyde.

—Sí, eso es. Bueno, le dije que me lo pensaría y Arnold exigió que lo tomara o lo dejara. Puede que me precipitara un poco... aunque no lo creo, porque por lo que he oído contar, Australia no sería el lugar más indicado para mí. El caso es que le dije que rechazaba la oferta. Con eso terminó más o menos nuestra entrevista. Arnold tenía una cita y quería marcharse.

—¿Una cita con quién? —se apresuró a preguntar Hannasyde.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? No se lo pregunté.

—¿Sabe dónde pensaba cenar?

—Oiga, me parece que no ha captado demasiado bien la situación. No mantuvimos una charla amistosa.

—De acuerdo —dijo Hannasyde—. ¿Qué ocurrió después?

—¡Oh, nada de importancia! Pedí a Arnold que me llevara hasta Picadilly, nos subimos en su coche y nos fuimos. No quería llevarme, pero al parecer temía que

podiera contarle quién era al mayordomo, o algo parecido, si se negaba. Por el camino me dijo que mantendría su oferta hasta el lunes, por si quería pensármelo. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, menos me gustaba el plan. Además, tenía cincuenta libras en el bolsillo.

—¿Y qué hizo entonces, señor Vereker? —preguntó el comisario observándolo con atención.

—Me fui a Montecarlo.

—¿Que se fue a Montecarlo? —repitió el comisario, atónito.

—Me pareció lo más obvio —dijo Roger—. Hacía ya tiempo que quería probar un sistema.

—¿Rechazó doscientas libras seguras al año por la remota posibilidad de ganar dinero jugando?

—¿Por qué no? —preguntó Roger, mirándolo con rostro inexpresivo.

El comisario lanzó una mirada de impotencia a Giles, a quien le temblaron los labios.

—Sí, va con su carácter —dijo.

Hannasyde se volvió de nuevo hacia Roger.

—¿Cuándo partió en dirección a Montecarlo?

—A la mañana siguiente —contestó Roger.

—¿El domingo?

—Supongo que debía de ser domingo. No me fijé.

—¿Así que el diecisiete de junio todavía estaba en Inglaterra?

—Eso es —admitió Roger—. Si hubiera sabido que iban a asesinar a Arnold, me habría marchado antes, pero ahora ya no tiene remedio.

—¿Dónde pasó la noche del sábado, señor Vereker?

Roger apuró el whisky y dejó el vaso a un lado. Su indolente mirada se posó en los rostros que lo observaban.

—Bueno, ésa sí que es una pregunta peliaguda —reconoció.

—¿Por qué es peliaguda?

—Porque no sé qué decir —contestó Roger.

El comisario frunció el entrecejo.

—¿Puede decir solamente dónde estuvo la noche del diecisiete de junio, señor Vereker!

—Pues ahí se equivoca. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé —respondió Roger, lisa y llanamente.

Sus palabras dieron paso a un asombrado silencio. Esbozó su típica sonrisa de disculpa y aprovechó la sorpresa causada en su público para levantarse y volver a llenarse el vaso.

—Necesitaremos whisky, Tony —comentó—. Por si te interesa.

El comisario consiguió recuperar el habla.

—¿No sabe dónde pasó la noche del diecisiete de junio? —repitió.

—No —confirmó Roger—. No lo sé.

—¡Vamos, señor Vereker, invente algo mejor! —exclamó Hannasyde en un tono que traslucía cierto enfado.

—Bueno, estaba en Londres. Es lo único que puedo decirle —respondió Roger, impasible.

—¡Por amor de Dios, Roger, haz un esfuerzo! —imploró su primo—. Cenaste en el Trocadero, ¿no?

—¿No fue en el Monico? —inquirió Roger, después de meditar un momento.

—¿Pagó la cena con un billete de diez libras? —preguntó Hannasyde.

—Ahora que lo menciona, creo que sí —admitió Roger—. Quería cambio, ¿sabe?

—Muy bien, entonces, podemos admitir que cenó en el Trocadero —dedujo Hannasyde—. ¿Qué hora era cuando salió del restaurante?

—Lo ignoro —contestó Roger.

Todo rastro de su cordialidad habitual se había esfumado del rostro del comisario. Sus ojos grises miraban con severidad, mientras apretaba la mandíbula con expresión tensa.

—Muy bien, señor Vereker. ¿Recuerda por casualidad qué hizo cuando salió del Trocadero?

Roger esbozó un vago ademán.

—Andar por ahí.

—¿Pasó la noche en un hotel o en una casa de huéspedes?

—No —contestó.

—¿No alquiló una habitación en ningún sitio?

—No —repitió Roger, sin dejar de sonreír amigablemente—. Dejé mi bolsa en la estación.

—Señor Vereker, no pudo pasarse la noche paseando por Londres. ¿Tendrá la amabilidad de poner fin a esta farsa y decirme sin más juegos dónde estaba?

—El problema es que no lo sé —replicó Roger, con el aspecto de alguien que acaba de hacer una nueva revelación—. Mire, es que yo no le di la dirección al taxista.

—¿Iba con alguien entonces?

—Eso es —confirmó Roger—. Con una amiga.

—¿Y su amiga cómo se llama?

—Flossie —contestó Roger—. O puede que Florence, pero yo la llamaba así.

En ese momento, Giles se dio la vuelta con precipitación y se dirigió a la ventana. El comisario no estaba de humor para compartir su evidente regocijo, y se limitó a espetar en tono brusco:

—¿Flossie qué más?

—Bueno, ahí sí que me ha pillado —reconoció Roger—. No se lo pregunté. A ver, ¿para qué querría yo saberlo?

—Ya veo. Pasó la noche en una dirección que desconoce con una mujer cuyo nombre ignora. ¿Es eso lo que espera que crea?

—Me da igual lo que crea —le aseguró Roger—. Puede pensar lo que quiera. La cuestión es que no puede demostrar que miento. Y no se le ocurra ir en busca de todas las Flossies de Londres para que la identifique, porque no soy un hombre tímido, pero ni en broma lo haría.

Antonia se acercó a la ventana y dijo a su primo con añoranza:

—Ojalá Kenneth estuviera aquí.

—Yo doy gracias de que no esté —replicó Giles.

—¿Crees que fue Roger? —preguntó ella, bajando la voz.

—¡Sólo Dios lo sabe!

Al otro lado del estudio, el comisario Hannasyde seguía hablando.

—¿Fue la noticia de la muerte de su hermano lo que le trajo de vuelta desde Montecarlo, señor Vereker?

—¡Oh, no! —respondió Roger—. No sabía nada. Lo que ocurrió es que ese sistema en particular no funcionó. Puede que yo me enredara un poco con él, claro está, pero me inclino a pensar que no era bueno. Sin embargo, me ha hecho pensar en algo que creo que podría ser muy útil, así que no importa. Lástima que insistieran en enviarme de vuelta a casa, porque podría haber conseguido dinero de una forma u otra. Les dije que no iba a suicidarme. ¿Acaso tengo yo pinta de ser de esos que se pegan un tiro? ¡Pues claro que no! Pero no me hicieron el menor caso.

—¿No lee usted nunca los periódicos, señor Vereker? En ellos se informó ampliamente de la muerte de su hermano.

—No afirmaré que no los leo nunca —contestó Roger con seriedad—. De vez en cuando uno no tiene nada mejor que hacer, pero siempre hay mejores ocupaciones en Montecarlo. Y si lo piensa bien, se percatará de que si hubiera leído los periódicos y me hubiera enterado del asesinato de Arnold no habría regresado.

—Según lo cuenta, no parece que tuviera otra elección —repuso Hannasyde con aspereza.

—Bueno, bueno, no pierda los estribos —le aconsejó Roger—. Nadie me obligó a

venir a ver a mis parientes, así que podría haberme mantenido oculto hasta que las aguas volvieran a su cauce.

—Tuvo que venir a ver a sus parientes, como dice usted, porque necesitaba dinero desesperadamente —señaló Hannasyde.

—Eso es muy cierto —admitió Roger—, pero si hubiera estado usted sin blanca tantas veces como yo, sabría que siempre hay formas de salir del paso. No supondrá que iba a meter la cabeza en la soga voluntariamente sólo porque necesitaba dinero, ¿no?

—Creo —dijo Hannasyde, levantándose— que, al igual que su hermanastro, se engaña usted con la falsa ilusión de que es lo bastante listo como para librarse de cualquier cosa. Por lo tanto, opino que es muy probable que hiciera justo eso.

—Como quiera —contestó Roger, sin inmutarse—. Y a propósito de dinero, quiero hablar de negocios con mi primo cuando haya terminado usted de hacerme preguntas.

—Ya he acabado —dijo Hannasyde. Se dio la vuelta—. Adiós, señorita Vereker. Siento haber interrumpido su té. —Saludó a Giles Carrington con una inclinación de la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Usted no me comprende —se quejó Roger—. No pretendo ser listo. De hecho, la mayoría de la gente cree que soy un poco idiota. No es que yo esté de acuerdo, porque no soy ningún idiota. Y ya que abordamos el tema, en mi opinión Kenneth no es ni la mitad de listo de lo que se dice. Puede que a usted le parezca brillante, pero yo opino que... —La puerta se cerró tras el comisario. Roger pareció algo afligido, pero totalmente resignado—. Se ha ido enfadado —comentó—. Es una de esas personas susceptibles.

Sin embargo, Hannasyde no daba muestras de malhumor cuando se sentó a cenar frente a Giles Carrington horas más tarde. Había aceptado la invitación de Giles sin vacilar, y sus ojos brillaban maliciosos cuando tomó la palabra.

—Aún no sé a cuál de sus primos me gustaría más acusar del asesinato. ¿Van a permitir que ese... ese lunático entre en posesión de la fortuna de los Vereker?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Giles se encogió de hombros—. Es el heredero. ¿Qué opina de él?

—No querría ser grosero con ninguno de sus parientes —contestó Hannasyde en tono adusto.

—¿Ha creído su historia?

—No. Pero tampoco tengo la certeza de que sea falsa. Trato de comprobarla, claro está... sin demasiadas esperanzas de éxito. También estoy haciendo averiguaciones en todos los restaurantes que me parecen más probables, de momento en vano. No he logrado descubrir dónde cenó Arnold Vereker la noche en que murió, eso es lo que realmente quiero saber. Todos los sospechosos que tengo, por

prometedores que parezcan, con sus motivos y su falta de coartada, no son más que callejones sin salida. Si Kenneth Vereker no existiera, todo apuntaría a Roger. Pero Kenneth existe, y no hay diferencia entre él y Roger. Ambos tenían el mismo móvil, ninguno posee una coartada creíble. Pero ¿a cuál debo arrestar? —Cogió una almendra salada del plato y se la comió—. He cifrado mis esperanzas en descubrir el restaurante donde cenó Arnold Vereker esa noche, si cenó en alguno. Hemingway va enseñando una fotografía del difunto por ahí, y por supuesto hemos indagado en todos los lugares que frecuentaba. Pero hemos de enfrentarnos al hecho de que quizá cenara en un domicilio particular, con una de sus amiguitas seguramente. Creo que he entrevistado a la mayoría, pero nunca se sabe. En Cavelli's, donde al parecer era un cliente habitual, me han dicho que últimamente llevaba a cenar a una nueva dama, una atractiva joven morena que el dueño no conocía. Por otro lado, el camarero jefe del café Morny asegura que la última vez que Vereker estuvo allí lo acompañaba una rubia platino. No sirve de mucha ayuda, ¿verdad?

—El problema radica en que es un asesinato demasiado simple —comentó Giles—. Si hubiera encontrado el cadáver de mi primo en una habitación cerrada con llave por dentro, con el pestillo echado en todas las ventanas...

Hannasyde sonrió.

—Oh, sí, eso habría sido fácil comparado con esto —bromeó—. Al menos habríamos tenido algo con que empezar. Siempre son los asesinatos sencillos los que presentan mayores dificultades. Cuando la gente empieza a hacerse la lista y trata de despistarnos con misterios insolubles, suelen acabar delatándose. Esos asesinatos aparentemente imposibles son como un buen problema de ajedrez: mate en tres movimientos y una única solución posible. Pero cuando se encuentra uno con un asesinato tan absolutamente simple como éste, se atisban media docena de posibilidades de llegar al mate, ¡y sólo Dios sabe cuál es la correcta!

Giles levantó la licorera y volvió a llenar los vasos.

—¡Veo que tendré que echarle una mano!

El comisario rio.

—Un aficionado con talento, ¿eh? ¡Le deseo suerte!

—Nunca se sabe —musitó Giles.

Hannasyde alzó la vista rápidamente.

—¿Ha descubierto algo?

—No —dijo Giles—. La verdad es que no.

—No confío en usted —le espetó Hannasyde con franqueza—. No dudaría en ocultarme alguna pista crucial... si pudiera.

—¡Oh, no! —protestó Giles—. A menos que pensara que divulgándola provocaría un escándalo familiar. Pero no se alarme: no he descubierto ninguna pista crucial.

Hannasyde lo observó receloso, pero no añadió nada al respecto, salvo para pedir a su anfitrión que no evitara el peligro en el transcurso de sus investigaciones, emulando al doctor Watson.

El comisario se despidió casi de inmediato después de cenar, y al salir, estuvo a punto de chocar en la escalera con Antonia Vereker, que llegaba casi corriendo arrastrada por uno de sus perros.

Antonia no dejó traslucir incomodidad alguna al topar con Hannasyde. Se limitó a saludarlo con su desenfado habitual, y añadió sombríamente que siempre había sospechado que su primo se había enzarzado en un doble juego.

—No me sorprendería —convino Hannasyde, deteniéndose para acariciar a *Bill*—. Yo mismo acabo de confesarle que no confío en él.

Antonia sonrió.

—Es buena persona, ¿verdad? —dijo cándidamente.

—Sí, muy buena persona.

La expresión de Hannasyde era socarrona, a pesar de que su tono seguía siendo serio, pero no tuvo el menor efecto sobre Antonia.

—Todo esto resulta bastante aburrido para él —dijo—. Sobre todo porque nunca le hemos gustado demasiado. Pero es inevitable. —Saludó amistosamente con una inclinación de la cabeza y subió la escalera.

El comisario siguió bajando, al tiempo que se preguntaba a partir de qué indicios (ocultos a su experta mirada) la señorita Vereker había llegado a deducir que no le gustaba a su primo.

Desde luego no era censura la emoción predominante que expresaba el rostro de Giles Carrington cuando hicieron pasar a Antonia a la sala de estar. Se levantó rápidamente de su mullida butaca y alargó la mano hacia ella.

—¡Tony! Mi querida niña, ¿qué te trae por aquí? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Oh, no! Sólo que me he hartado de estar en el apartamento con los demás y he pensado en venir a ver si estabas en casa. ¿Podría tomar un café?

—Sí, por supuesto. Pero no deberías estar aquí, ¿sabes? De hecho, en cuanto te hayas tomado el café, te llevaré de nuevo a casa.

—Lo siento —dijo Antonia, tras un suspiro—. Me iré si quieres. Es que de repente ya no podía soportarlo más y no podía acudir a nadie excepto a ti. Salvo Leslie, supongo, pero está tan furiosa porque ha aparecido Roger y ha arruinado las expectativas de Kenneth, que se comporta casi igual de mal que los otros. Pero si tanto te aburren nuestros sucios asuntos, no te preocupes.

—Siéntate —dijo Giles, acercándole una butaca—. Ya sabes que no me aburren. ¿Qué te ocurre, pajarito?

La joven levantó la vista hacia su primo, ruborizada y con expresión sorprendida.

—¡Oh, Giles, hacía años que no me llamabas así!

—Ah, ¿no? —repuso él, sonriéndole—. No sé, quizá tengas razón.

—¡Sabes muy bien que me detestas desde que te portaste como un energúmeno por lo de John Fotheringham!

—Bueno, es una forma de verlo.

—Es la única —dijo Antonia, vehemente—. De hecho, prácticamente decidí no volver a hablarte nunca más después de las cosas que me dijiste.

—No me hablaste durante más de un año, Tony.

—Sí, sí que te hable —lo contradijo ella—. Te hablé en el baile de los Dawson, y una vez tuve que llamarte por teléfono por lo de mis acciones en Seguros. En todo caso, no lo habría hecho de haber podido evitarlo. Sólo que ahora estoy metida en este espantoso lío y tuve que recurrir a ti para que me sacaras de él.

Giles la observaba con expresión inescrutable.

—¿Por qué, Tony?

Ella le sonrió.

—Bueno... bueno... ¿a quién habría podido llamar, si no? —preguntó, desconcertada.

—¿A tu hermano, a tu prometido? —sugirió Giles.

Era evidente que esa idea no se le había ocurrido antes.

—¡Oh! —dijo con reserva—. Sí, supongo que podría haber recurrido a ellos, aunque no me habrían sido de mucha utilidad. De todas formas, no pensé en ellos. Y me alegro de haberte llamado a ti, porque de verdad que estaba más que harta de nuestra riña y... y conmigo has sido de una gentileza increíble desde que empezó todo esto. Así que no me importa admitir que en realidad me equivoqué con John... aunque sigo pensando que te portaste de un modo abominablemente retrógrado. —Se interrumpió y luego añadió—: He querido enterrar el hacha de guerra desde que asesinaron a Arnold, pensaba decírtelo en Hanborough aquel día, pero cuando te presentaste allí, fue como si nunca hubiéramos reñido y lo olvidé. Sin embargo, quería mencionártelo por si por casualidad todavía te sientes incómodo conmigo.

—Tony —dijo Giles bruscamente—, ¿sigues prometida a Mesurier?

—Sí, y es una auténtica lata —contestó ella, con su demoledora sinceridad habitual—. Para serte sincera, en parte me he ido del apartamento porque ha venido él esta noche.

—¿Por qué demonios te has prometido a ese tipo?

—No logro entenderlo. Es de lo más extraño, y me inclino a pensar que debí de perder el juicio. Pero en serio, Giles, creía que me gustaba mucho. Y Kenneth acababa de encontrar a Violet, y de todas formas mi vida parecía estancada, así que... me prometí a Rudolph. Y lo más gracioso es que seguí pensando que estaba bien durante mucho tiempo, sin percibir los aspectos que Kenneth iba señalándome a cada momento, como que enseña demasiado los dientes cuando sonríe y viste esa clase de

ropa elegante que no llevan ni siquiera los hombres independientes. Y no me di cuenta de que era un hortera, hasta que lo comprendí por fin, o sea, de sopetón. Puedo decirte incluso cuándo ocurrió. Fue ese domingo, el día después de que asesinaran a Arnold, cuando estábamos todos en el estudio. Tú también estabas, y Violet. Me llegó como... como una ola, así sin más. Y ahora me siento fatal, porque en realidad él no hizo nada para que me dejara de gustar de un día para otro.

—Da igual que te sientas fatal, Tony. Tienes que romper el compromiso. ¿Entendido?

—Bueno, claro que lo entiendo. Pero no puedo romperlo mientras exista la posibilidad de que lo acusen del asesinato. Sería una jugarreta muy sucia.

—Es una jugarreta mucho peor mantenerlo en vilo cuando no tienes intención de casarte con él.

—No, no lo creo —acabó replicando, después de sopesar las palabras de su primo—. Parecerá que hay gato encerrado si lo abandono ahora, mientras es sospechoso.

—Tony, ¿y si lo hizo él?

—¡Oh, bueno, entonces me veré obligada a seguir con él! Sin embargo, cuando lo dejé en el apartamento estaba demostrando a todo el mundo que era imposible que fuera él el asesino, así que quizá no lo hizo. Estaba muy satisfecho consigo mismo, para colmo, y sumado a lo demás, al final no he podido soportarlo y me marché. —Se volvió cuando el criado de Giles entró en la habitación con la bandeja del café, y esperó a que la depositara sobre la mesita que había junto a su butaca—. Gracias. ¿Eso es nata? Porque si lo fuera, ¡sería maravilloso!

—¿Qué era todo lo demás, Tony? —preguntó Giles, cuando la puerta volvió a cerrarse.

—Ahora te lo cuento. Te he servido dos terrones. ¿Suficiente? Bueno, para empezar, Leslie Rivers vino después de que te fueras esta tarde, así que envié a Roger por más whisky, es increíble la cantidad de whisky que bebe, ¿sabes?, y entonces ella empezó a atacar a Roger. Por lo general es una chica muy tranquila, y desde luego sensata, pero, esto es absolutamente confidencial, Giles, pierde la cabeza cuando se trata de Kenneth, y por la manera como hablaba de Roger cualquiera diría que nuestro hermanastro ha vuelto a casa a propósito para perjudicar a Kenneth. Bueno, el caso es que estaba resultándome tediosa, porque en realidad es Violet la que ambiciona la fortuna de los Vereker, mucho más que el propio Kenneth, y tengo la esperanza de que lo mande a paseo ahora que vuelve a ser pobre. Aunque debo admitir que Kenneth no tenía ninguna perspectiva de futuro cuando Violet se prometió a él, así que quizá no lo deje. Leslie dice que no lo quiere, claro que ella está predispuesta en su contra. Admito que a mí tampoco me gusta mucho Violet, de hecho no la soporto, pero creo que sus sentimientos son mucho más profundos de lo que demuestra. Es de esa clase de personas que nunca se delatan a sí mismas, así que

jamás sabes lo que está pensando. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que me aburría la vehemencia de Leslie respecto a la situación. Se fue al cabo de un rato, cuando Kenneth y Violet volvieron de la matiné enzarzados en una riña de lo más estúpida. Al parecer, un tipo gordo y viejo con un alfiler de perla en la corbata se había acercado a hablar con ella en el teatro; según Kenneth, la había llamado Vi y manoseado el hombro, así que era evidente que se trataba de una sus antiguas conquistas. Bueno, ya sabes cómo es Kenneth. Enseguida se puso hecho una furia y regresó a casa enfurruñado y empezó a pasearse por el estudio despotricando contra Violet. Y ella lo empeoró aún más al explicar que el hombre del alfiler era un pez gordo de la City y que lo había conocido por casualidad cuando esperaba a una amiga en el salón de un hotel. Bueno, eso no arregló las cosas precisamente y Kenneth se mostró de una grosería inimaginable y empezó a hablar de mujeres fáciles y cosas por el estilo. Pensé que Violet iba a romper el compromiso allí mismo, pero no lo hizo. Y por supuesto, solté una inconveniencia sin pretenderlo, así que Violet intentó decirme algo hiriente.

Giles rio.

—¡Qué esfuerzo tan inútil! ¿Qué dijiste?

—Bueno, en realidad quería ponerme de su lado, porque Kenneth estaba comportándose como un idiota, entonces le dije que no veía por qué armaba tanto alboroto, cuando sabía perfectamente que Violet siempre ligaba con hombres ricos. De verdad que no lo dije con malicia, pero entiendo que puede haber sonado mal. Aun así, Kenneth ha de saber que Violet se ligaba a hombres con quienes podía salir y pasárselo bien, porque ella nunca lo ocultó. Sin embargo, él no quiso ser razonable y siguió con el tema hasta que estaba tan harta que tenía ganas de chillar. Y entonces entró Roger y era obvio que se había pasado todo el tiempo en algún pub, porque estaba muy cocido.

—¿De dónde ha sacado el dinero? —inquirió Giles.

—Me ha dicho que lo cogió de mi bolso. El caso es que su estado era lamentable.

—¿Borracho de verdad? —Giles fruncía el entrecejo.

—No, en absoluto. Eso no habría importado, porque lo hubiéramos metido en la cama. No creo que pueda emborracharse de verdad, está demasiado ido. Simplemente era él mismo, sólo que peor, y decía cosas de lo más escandalosas. Primero la tomó con la pobre Murgatroyd y no dejaba de preguntarle si recordaba al lechero, que al parecer es el esqueleto que guarda en el armario desde antes de que yo naciera. Ella se alteró mucho, pero no hubo manera de impedir que Roger nos contara la historia, porque, aunque Kenneth podría haberlo echado, estaba de un humor sombrío por lo de Violet y no le prestaba atención. Así que Violet tomó las riendas y se mostró increíblemente dulce y encantadora con Roger, hasta el punto, imagínate, que él le ha dicho que no le serviría de nada intentar ganárselo porque tenía demasiada

experiencia para dejarse engañar, y que de todas formas no era su tipo. Una cosa debo reconocer de Violet: se lo ha tomado muy bien. Pero he de decir que se picó bastante cuando Roger le dijo a Kenneth que podía quitársela cuando quisiera, pero que no quería.

—¡Menudo grupo! —exclamó Giles—. ¿Cuánto tiempo duró la escena?

—Oh, hasta que apareció Rudolph después de cenar. Entonces Roger empezó a meterse con él. Quería saber por qué tenía el pelo tan ondulado y afirmó que no le gustaba. Y al enterarse de que era mi prometido, me preguntó qué demonios veía en él. Esa clase de comentarios. Rudolph se percató de que estaba bebido, claro, y fingió que no le oía. Cuando me fui, Roger seguía diciendo que yo estaba chalada por casarme con Rudolph, mientras éste soltaba una perorata sobre la imposibilidad de que él hubiera matado a Arnold, al tiempo que Kenneth los ponía verdes a todos. Así que me marché para venir a hablar contigo. Este café está muy bueno.

—Me alegro. ¿Cuándo se va a ir Roger del estudio?

—En cuanto pueda. Tengo que agradecerlos a Gordon Truelove y a ti que le adelantéis algo de dinero. No me importa tenerlo en casa tanto como le molesta a Kenneth, pero tampoco podría soportarlo mucho más tiempo. Va a alquilar un apartamento con servicio de limpieza.

—¡Un apartamento! ¿Por qué diablos no puede quedarse en Eaton Place?

—Dice que ese estilo no le va. Kenneth experimentó un acceso de simpatía al oírlo, pero luego resultó que en realidad se refería a que no soporta tener un montón de criados a su alrededor. Dice que lo ponen nervioso. Así que Violet, que está loca por vivir en Eaton Place, lo apoyó y le aseguró que conocía un edificio estupendo. Creo que piensa llevarlo personalmente hasta allí y elegirle apartamento.

—¿Actúa Violet por auténtica nobleza de carácter o en verdad intenta pescar a Roger?

—No lo sé. No creo que intente pescarlo, porque no se habría comprometido con Kenneth en un principio si su intención era casarse con un hombre rico.

—Los hombres ricos no siempre están tan ansiosos por casarse, Tony.

—No, supongo que no. Pero creo que intenta congraciarse con Roger con la esperanza de que conceda a Kenneth una generosa asignación. Claro que mi hermano jamás la aceptaría.

—Parece que Kenneth se lo ha tomado bastante mal —comentó Giles—. No creía que le importara tanto el dinero.

—No le importa. Pero ahora mismo está sin blanca, y después de tener la miel en la boca al creer que iba a ser millonario, debe de dar mucha rabia descubrir que vas a seguir siendo igual de pobre que antes. —Antonia se levantó y sujetó la correa al collar de *Bill*—. Supongo que será mejor que me vaya. ¿Sabes, Giles, que empiezo a desear que no hubieran asesinado a Arnold?

—¡Tony, eres atroz!

—Bueno, debes admitir que al principio parecía estupendo. Pero ahora resulta que estamos todos peor que antes y empieza a resultar agotador. Me alegro de que te tengamos a ti. Eres el único en quien podemos confiar.

—Gracias, Tony —dijo él, sonriendo.

—Y me alegro de que hayamos enterrado el hacha definitivamente. Me gustas, Giles.

—Prueba otra vez —dijo él.

Antonia frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No me crees?

—Oh, sí, te creo —replicó él—. Pero nunca he creído que media barra de pan fuera mejor que no tener nada, querida.

Al día siguiente, ya sobrio, Roger explicó alegremente que su ebriedad se había debido a su prolongada y forzada abstinencia. Sus palabras movieron a Kenneth a decirle exactamente cuántas botellas de whisky había consumido desde su llegada, pero Roger se limitó a replicar:

—Bueno, no dirás que eso es beber, ¿no? —Y la conversación se interrumpió ahí.

Violet llegó poco después del desayuno, circunstancia que indujo a Kenneth, todavía resentido, a preguntarle con rabia si trabajaba alguna vez. Él llevaba la bata de pintar y contemplaba con el ceño fruncido el lienzo inacabado que había en el caballete. Violet pasó por alto su tono ofensivo y contestó que había enviado un par de diseños de moda por correo y se consideraba con derecho a un día de fiesta.

—Ya veo —dijo Kenneth—. Para dedicarlo a mí, claro está.

—No, querido —replicó Violet con tranquilidad—. Déjame que te diga que estás insoportable. Voy a intentar encontrar un apartamento para tu hermanastro.

—Qué encantador, cielito mío. Espero que Roger sepa apreciar tu altruismo.

Violet frunció un poco los labios. Luego cruzó la habitación hasta donde estaba Kenneth y puso una mano sobre su brazo.

—Kenneth, querido, ¿por qué no intentas ser razonable? —le rogó—. Tenemos que sacar a Roger de aquí. Es imposible vivir con él. Sabes que no se moverá a menos que se lo obligue, y si ni tú ni Tony pensáis hacer nada al respecto, me tocará a mí. Me parece que podrías demostrar un poco de agradecimiento.

—Lo haces por lo que puedas sacar de él —señaló Kenneth.

Ella guardó silencio por un instante.

—Bueno, ¿y qué? ¿Por qué no puede hacer algo por nosotros? Si tú quieres ser pobre, yo no.

—Siempre tras el dinero, ¿eh? —La miró entornando los párpados—. ¿Hay algo que te importe más, querida?

—No permitiré que me hables así, Kenneth. Me voy —dijo, poniéndose tensa.

Ambos guardaron silencio. Kenneth volvió a su trabajo, indiferente por primera vez a la ira de su prometida, mientras ella se dirigía a la puerta. Pero antes de abrirla se volvió hacia atrás y cambió el tono de voz.

—¡Si quieres que rompamos nuestro compromiso, dímelo, por favor! —exclamó con suavidad—. ¿Quieres, Kenneth?

Él se dio la vuelta y la miró frunciendo el ceño, sin decir nada.

—No lo sé —respondió finalmente.

Violet permaneció inmóvil con sus grandes ojos clavados en los de él. Kenneth dejó de pronto la paleta y acudió a su lado a zancadas para atraerla hacia sí bruscamente.

—No, no quiero romperlo. Maldita sea, no tienes corazón, pero voy a pintarte como estás ahora, con la puerta de fondo y la luz iluminándote justo así.

Ella lo abrazó y tomó su rostro entre las finas manos.

—Intenta no desconfiar de mí, querido. Me duele.

—Entonces deja tranquilo a Roger —replicó él.

—Sí, querido, en cuanto lo haya sacado de aquí —prometió ella—. ¡No pensarás de verdad que puede interesarme!

Kenneth olvidó el tema, pero tal vez se habría mostrado más riguroso de haber oído lo que le decía su hermanastro a su hermana en aquel mismo momento.

Roger afirmaba que la visión de Kenneth dando pinceladas en un lienzo lo ponía muy nervioso, y había buscado refugio en la cocina, donde encontró a Antonia muy ocupada planchando pañuelos. Esta visión no era menos perturbadora que la de un artista trabajando, pero tenía la ventaja de no ir acompañada del olor a trementina. Tras averiguar que Murgatroyd había salido al mercado, Roger se sentó frente a la estufa en la silla de mimbre y encendió un cigarrillo.

—Te va a caer una buena, si entra ahora Murgatroyd —le advirtió Antonia.

—No creo que vuelva en un buen rato —dijo Roger, optimista—. Esa chica está aquí otra vez.

—¿Quién? ¿Violet?

—Va a buscarme un apartamento con servicio de limpieza.

—Bien —dijo Antonia—. Cuanto antes mejor.

—¡Vamos, no seas cruel! —dijo Roger—. Mira, para empezar me caes bien, y además he tenido una buena idea.

—¿Cómo es que te caigo bien? —preguntó Antonia, curiosa, ya que no agradecida.

—No lo sé. Esas cosas no pueden explicarse. Claro que no me gusta ese pimpollo con quien estás prometida, pero eso no viene al caso, y además, no creo que vayas a casarte con él. Sin embargo, no era eso lo que quería decirte. Es sobre esa tal Violet.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, creo que sería una buena idea desembarazarse de ella. Dime, ¿tú quieres que entre a formar parte de la familia?

—No especialmente.

—Pues claro que no. ¿Quién iba a quererla? Conozco a las de su clase. Dale tres meses y nos controlará la vida a todos y me convencerá para que le dé a Kenneth más dinero del que tengo. Puede que a ti te parezca que no me rompo la cabeza con estas cosas, pero te equivocas. Cuando no tengo nada que hacer, me dedico a pensar, y por supuesto es evidente que Kenneth no debería casarse con una chica como ella.

—¿Y cómo te propones impedirselo?

—Bueno —dijo Roger, tirando la ceniza del cigarrillo más o menos en dirección a

la estufa—, Kenneth parece un joven cachorro muy celoso. Pierde los estribos enseguida. Mi idea es que si me llevo a Violet por ahí, puede que Kenneth acabe rompiendo el compromiso.

—Sí. Pero también podría dar pie a uno nuevo.

Los ojos de Roger centellearon.

—Si es lo bastante lista como para cazarme, puede quedarse conmigo. No será la primera que lo intenta, ni mucho menos.

—No es mala idea —admitió Antonia lentamente—. Pero dudo de que consigas engañar a Violet. No es nada tonta.

—De todas formas, puede que realmente me ayude o tal vez no, pero va a tener que pasar mucho tiempo conmigo para conseguir que me instale en un apartamento.

—¿Vas a intentar persuadir a Violet para que se vaya a vivir contigo a un apartamento? —preguntó Antonia desdeñosamente.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo. Pero no creas que lo hago sólo por eso, porque no es cierto. Ahora que he heredado tanto dinero saldré bastante, y justamente es la clase de chica más adecuada para llevar como acompañante. Quiero decir que es lista y que no querrá que adivine qué quiere pedir para comer. Si hay algo que me saque de quicio es tener que elegir la comida que va a comerse otra persona. Además, si se supone que va a ser mi cuñada, no tendré por qué ser educado con ella. Tampoco quiero ser grosero, pero a mí las formalidades me agotan. Y hablando de agotamiento, me han dicho que ahora soy el dueño de la mina.

—Creía que era una sociedad limitada.

—Sí, pero poseo todas las acciones de Arnold, lo que al parecer me da el control de la compañía. Por supuesto no tengo nada en contra de conservar las acciones, pero no pienso dirigir la mina. Es absurdo. Supongo que Kenneth no querrá ser el presidente, ¿no?

—No creo —contestó Antonia con indiferencia—. Pero ¿por qué preocuparse? Puede que te arresten antes de que tengas que preocuparte por si quieres ser presidente o no.

Roger la miró parpadeando y dijo con inquietud:

—No veo por qué tienes que volver sobre eso ahora que ya lo había olvidado. La verdad es que este asunto me da muy mala espina. No es que yo asesinara a Arnold, porque ni siquiera se me pasó por la cabeza, pero de nada sirve que me aseguren que a la gente no la condenan por crímenes que no ha cometido. Al contrario, ocurre muy a menudo. Por no hablar de lo molesto que es tener a un montón de detectives pendientes de cuanto haces. Ése es otro de los motivos por los que me alegraré de irme de aquí. No soporto que ese comisario asome la cabeza a cada momento como un pato en una caseta de feria. No es lo que considero una vida cómoda. Si cree que va a hacer lo mismo en mi apartamento, está muy equivocado, y no tengo nada que

añadir.

Antonia dejó la plancha sobre la estufa.

—Giles quiere saber por qué no vas a vivir a Eaton Place —comentó.

—Porque no quiero ocuparme de una mansión como ésa, con un montón de criados preguntándome si comeré en casa o lo que voy a ponerme. Además, cuando tienes muchos criados debes ocuparte de ellos. Ya le he dicho a Kenneth que puede quedarse con Eaton Place, y por eso Violet está tan empeñada en encontrarme apartamento, claro.

—Una cosa debo reconocer, Roger —señaló Antonia, disponiéndose a salir—, puede que seas un idiota en algunos aspectos, pero no tienes un pelo de tonto. Sin embargo, lo mismo puede decirse de Violet, así que no seas demasiado optimista sobre la posibilidad de desbancar a Kenneth. —Hizo una pausa, al venirle a la cabeza un pensamiento, y añadió—: Supongo que no querrás casarte con ella, ¿no? Así Kenneth se casaría con Leslie y todo sería estupendo. Y Violet sería muy buena esposa para ti.

—Nadie sería buena esposa para mí —se limitó a responder Roger—. Además, si Leslie es esa chica que estuvo aquí ayer, no creo que hubiera en esa boda nada estupendo. No nos llevaríamos bien. Cada vez que nos vemos, me lanza miradas asesinas. Te aseguro que me pone muy nervioso.

En ese momento se abrió la puerta de la cocina y Violet se asomó.

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó—. He oído voces y he supuesto que seríais vosotros.

Antonia no pudo por menos que preguntarse cuánto habría podido escuchar de la conversación, y tuvo la delicadeza de ruborizarse. Sin embargo, Violet no le prestó la menor atención. Sugirió a Roger que debían salir cuanto antes en busca de apartamento y mirando su traje, pensativa, añadió que conocía a un sastre excelente, por si él aún no se había procurado uno.

Al ver que Roger salía dócilmente tras los pasos de Violet, Antonia se convenció más que nunca de que eran la pareja perfecta.

Los acontecimientos de los días siguientes no debilitaron en absoluto tal convicción. Roger no sólo acabó instalado en un apartamento amueblado, sino que adquirió un guardarropa completo, de modo que Kenneth recuperó sus camisas y pijamas, y por primera vez Murgatroyd llegó a mirar a Violet con simpatía.

A Roger le complacía tanto su nueva vivienda que se animó a dar una cena a modo de inauguración, e invitó no sólo a sus hermanastros, sino también a Violet y a Giles. No extendió la invitación a Mesurier por diversas y poderosas razones que estaba dispuesto a exponer a todo el mundo.

Naturalmente, había sido imposible mantener en secreto las travesuras financieras de Mesurier, y sólo desistió de su intención de echarlo de la empresa cuando Kenneth

le advirtió que despedirlo equivaldría a fijar la fecha de su boda con Antonia.

—¡Si tú quieres a ese petimetre por cuñado, yo no! —exclamó Kenneth.

—Desde luego que no —convino Roger—. De hecho, por eso deseaba echarlo a la calle. Pero cuidado, tengo mis propias razones para despedirlo. Para empezar, no me gusta nada, y además, tengo curiosidad por saber qué se siente al despedir a alguien.

—Supongo que sólo sabes lo que se siente al ser despedido —comentó Kenneth, sardónico.

—Exactamente —admitió Roger, inmune ya a cualquier insulto—. Y lo más gracioso es que la última vez que me dieron la patada fue prácticamente por lo mismo. Claro que yo no tenía pensado devolver el dinero. No digo que no pudiera haberlo pensado, de haber contado con recursos para restituirlo. Sin embargo, si crees que despidiendo a Mesurier induciré a Tony a casarse con él, no lo echaré. Porque si Tony se casa con él, querrá que lo llame Rudolph, y no me importa confesarte que ese nombre me disgusta. De hecho, creo que es un nombre de lo más estúpido. Es más, si tuviera que llamarlo por ese nombre, me sentiría muy cohibido. Tampoco me gusta mucho Giles, pero es una mera cuestión de gustos. No tengo nada en contra de su nombre, nada en absoluto.

Estas últimas palabras sorprendieron a Kenneth, que alzó la vista de inmediato.

—¿Giles? ¿Te refieres a...? ¡Paparruchas! ¡Si hacía meses que no se hablaban!

—No sé nada de ese tema. Sólo sé que si conseguimos cargarnos a esa excrecencia de Rudolph, Tony se casará con Giles.

—Bueno, espero que tengas razón. Giles es un buen tipo. Voy a tener que fijarme más en esos dos.

—Si quieres un consejo, fíjate más en tus cuadros. No digo que a mí me interesen, pero seguramente tú no opinas igual.

—No —dijo Kenneth, a quien tan inexperta crítica sobre su obra no afectaba en absoluto—. Y tú no metas la pata despidiendo a Mesurier.

—Bueno, bueno —aceptó Roger—. Pero no pienso invitarlo a mi fiesta.

La mención de la fiesta llevó a Kenneth a señalarle inmediatamente que su vuelta no era motivo de regocijo para nadie más que para él mismo. Afirmó que no tenía la menor intención de acudir, pero al final sí fue, no porque Roger lo persuadiera, sino porque se dejó engatusar por su prometida. Violet se mostró inusitadamente amable con él durante toda la velada, y prestó tan poca atención a Roger que Kenneth se puso de buen humor al cabo de un rato, e incluso recabó el apoyo de su hermanastro en una discusión con Violet sobre si era o no indecoroso asistir a un baile público transcurridas tan sólo dos semanas desde la muerte de Arnold. Dado que la discusión se inició en el restaurante contiguo al apartamento, y se desarrolló con total indiferencia respecto a quienes pudieran oírlos, fueron muchas las miradas

escandalizadas que se lanzaron sobre la mesa de los Vereker, y un fanático del decoro dedicó el resto de la velada a redactar una carta de queja al propietario.

Como era de esperar, Violet rechazó con firmeza la mera idea de asistir al baile que iba a celebrarse tres días después. Afirmó que a los muertos se les debía respeto, a lo que Kenneth replicó que le tenía tan poco respeto a Arnold muerto como le había tenido en vida.

—Además, he pagado treinta chelines por las entradas y pienso utilizarlas —añadió.

—Puedes venderlas —sugirió Violet—. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Carrington?

—Sí, en términos generales, creo que sí —contestó Giles—. Tú no irás, ¿verdad, Tony?

—No —respondió Antonia—. Porque Rudolph no puede esa noche.

—Si Violet no viene, te llevaré a ti, Tony —dijo Kenneth, lanzando a su prometida una mirada desafiante—. ¡Y si tú no quieres, invitaré a Leslie!

—Ya te lo he dicho, querido, no voy a ir —afirmó Violet—. Sin duda tropezaríamos con bastantes conocidos, y no quiero ni imaginar lo que pensarían. Tony es libre de hacer lo que le plazca, pero espero que tenga la sensatez, por no hablar de la delicadeza, de no ir al baile.

—«Y después de este cortísimo discurso, todos aplaudieron con entusiasmo»^[3] —se apresuró a añadir Kenneth—. ¿Vendrás, Tony?

—Cenará conmigo y luego iremos al teatro —declaró Giles.

—Ya veo. Demostrando así el debido respeto a los muertos.

—Más o menos —admitió Giles, riendo—. ¿Vendrás, Tony?

—Sí, por favor —dijo Antonia—. ¿Será en grupo o sólo nosotros?

—Por supuesto que no se tratará de una fiesta. ¿Dónde está tu sentido del decoro? —ironizó Kenneth.

—No me cabe la menor duda de que estas pequeñas *convenances* sociales, estos convencionalismos, te parecen absurdas, querido —comentó Violet—, pero el señor Carrington tiene razón. Asistir a un baile público y cenar tranquilamente con otra persona son dos cosas muy distintas.

—¡Qué gran discernimiento el tuyo, cielo mío! —declaró Kenneth, admirado.

—Vamos, no empecéis a pelearos —suplicó Roger—. Personalmente no tengo ninguna objeción a que Kenneth asista al baile. Yo no quiero ir, pero si me apeteciera no me preocuparía lo más mínimo por el decoro.

—Eso no lo dudamos —dijo Giles—. Vaya, soy un invitado. Lo siento, Roger, pero tú te lo has buscado.

—No hace falta que te preocupes por si hieres mis sentimientos, porque no soy tan susceptible —replicó Roger—. Mi teoría es que todo el mundo debería hacer lo

que le viniera en gana. Hay demasiados entrometidos en este mundo. Si Kenneth desea ir a un baile, ¿por qué no va a hacerlo? Y si Violet no quiere, es asunto suyo. Te diré lo que haremos: puedes venir y cenar conmigo, Violet.

Esta desenfadada invitación produjo una visible tensión en dos personas del grupo por lo menos. A Antonia le pareció un poco grosero y miró a Roger, ceñuda. Kenneth fijó su ardiente mirada en Violet, aguardando su respuesta.

Ella rehusó disculpándose amablemente, pero no satisfizo a Kenneth, que retomó el tema de camino a casa e informó a Violet de que en caso de que tuviera la idea de pasar la velada con Roger ya podía ir olvidándolo.

—¡Querido, qué tonto eres! —exclamó ella, tras suspirar—. ¡Pues claro que no voy a cenar con Roger! ¿No has oído cómo me negaba?

—Lo he oído —dijo Kenneth con expresión adusta—. Pero también me he enterado gracias a la cháchara ingenua de Roger de que cenaste con él hace dos noches, circunstancia que desconocía hasta ahora.

Ella se ruborizó un poco.

—¡Oh, te refieres a la noche que saliste! Bueno, ¿y qué? Tony al parecer se fue con Rudolph, y el pobre Roger se quedó solo en el apartamento. Simplemente me dio lástima.

—Tienes un carácter encantador, cariño mío. Y supongo que después se borró de tu memoria y por eso no me lo dijiste.

—Sabía que armarías un ridículo revuelo si te lo contaba —replicó Violet sin perder su calma habitual—. Te dejas llevar hasta tal punto por el resentimiento, Kenneth, que no te das cuenta de que en realidad Roger es una figura bastante patética.

—No, no me lo parece.

—Bueno, pues a mí sí. Si cometió el asesinato es horrible, desde luego, pero no puedo evitar sentir pena por él. Todo este asunto lo tiene trastornado. Sé que finge que no le afecta, pero está obsesionado con que la policía lo vigila constantemente.

—Una forma de delirium trémens —replicó Kenneth con crueldad—. La policía tiene tantas razones para sospechar de Roger como de mí. Ya es hora de que dejemos de pensar en ello. No van a arrestar a nadie y, lo que es más, la policía lo sabe. Entonces, ¿vas a venir al baile del Albert Hall?

—Pero, querido, ya te he dicho...

—¡Mira, Violet! —exclamó él enérgicamente—. ¡Dejemos las cosas claras! No soporto esos convencionalismos tuyos y nunca los soportaré. Si piensas casarte conmigo, tendrás que aceptarlo.

Su tono sonaba algo amenazador, y Violet dejó de inmediato de discutir con él y emprendió la tarea de disipar su mal humor. Cuando se despidieron, Kenneth había suavizado un tanto su actitud y ella le había dicho que tal vez lo acompañaría al baile

si tan empeñado estaba. De esa forma se evitó felizmente la riña, pero cuando a las seis y media del día del baile Violet llegó al estudio y anunció con gran amabilidad que al final no creía que pudiera ir porque sufría un espantoso dolor de cabeza, Kenneth la miró de arriba abajo durante un minuto y luego se dirigió al teléfono con paso airado y marcó el número de Leslie Rivers.

Violet no dijo nada, se quedó mirando por la ventana mientras Kenneth convenía con Leslie en pasar a recogerla a las ocho menos cuarto para ir a cenar. Al parecer, Leslie no tenía escrúpulos en asistir al baile en su compañía, de modo que cuando colgó Kenneth se volvió hacia su prometida con un destello triunfal en los ojos.

—Vete a casa y cuídate ese dolor de cabeza, querida —dijo con dulzura—. ¿O tienes otros planes? Siento mucho no disponer de tiempo para charlar contigo, porque he de darme un baño y cambiarme.

Antonia, que había entrado en la habitación al iniciarse esta escena y había sido testigo mudo pero crítico, lo vio salir y luego miró a Violet con considerable desprecio.

—Bueno, la has fastidiado bien —señaló—. Creía que nadie con un poco de sentido común intentaría ese truco con Kenneth.

—Ah, ¿sí? —repuso Violet con voz melosa.

—Sí. Si hubieras mantenido tu negativa hasta el final, seguramente Kenneth no habría ido al baile, aunque no veo qué importancia tiene que acuda o no. Pero si lo que querías era que se obstinara más que nunca en ir, desde luego has dado en el clavo. No pensaba que fueras tan tonta. ¡Ayúdame a arreglar el vestido, por amor de Dios! Giles vendrá a las siete y tengo que escribir un par de cartas antes de irme.

Giles llegó a las siete y la encontró de pie en el centro del estudio con Violet arrodillada a sus pies, zurciendo un roto en el dobladillo de su vestido de chiffon.

—Oh, Giles, siento mucho el retraso —dijo Antonia, con expresión contrita—, pero tenía que escribir un par de cartas y luego he rasgado sin querer la dichosa falda con el tacón. Será sólo un momento.

—¡Si te estuvieras quieta! —suplicó Violet—. También tienes una mancha de tinta en el dedo.

—Me la lavaré. Muchísimas gracias, Violet. ¿Podrías buscar también un par de sellos y pegarlos en las cartas? Creo que están en el cajón superior de mi escritorio.

—Sí, ya me encargo yo —dijo Violet en tono tranquilizador—. Date prisa en lavarte y coge el abrigo. —Encontró los sellos tras una breve búsqueda, los pegó a las cartas y, esbozando lentamente una sonrisa, dijo a Giles—: Es un milagro encontrar sellos en esta casa. Señor Carrington, si es tan amable, dígle a Tony que me lleve las cartas para echarlas al correo de camino a casa.

—¿No va usted al baile? —preguntó Giles—. Creía...

—No, no voy. Pasaré una velada tranquila en casa. Espero que disfruten con la

obra. ¡Buenas noches!

Giles la acompañó hasta la puerta de la calle y la abrió cortésmente. Cuando volvía a cerrarla, salió Antonia de su dormitorio con el abrigo de noche en el brazo. Giles se acercó y la ayudó a ponérselo.

—Violet se ha ido —comentó—. Me pareció que me habías dicho que al final iría al baile del Albert Hall.

—Sí, pero ha cambiado de idea y ha venido a anunciárselo a Kenneth ahora mismo. Así que ha montado una buena. ¿Tienes tú mis cartas?

—Se las ha llevado Violet.

—Ah, bueno. Le he escrito una amable carta de agradecimiento a Roger.

—¿Una qué? —se extrañó Giles.

—Sí, ya sabía yo que te sorprendería —repuso ella sonriendo—. Pero debía hacerse. Según Rudolph, Roger se ha presentado en las oficinas de Shan Hills esta mañana, ha mandado llamar a Rudolph y le ha dicho que no pasaba nada porque hubiera manipulado las cuentas, que no pensaba emprender ninguna acción legal al respecto. Rudolph me ha telefoneado a la hora de comer. He de decir que Roger se ha portado increíblemente bien, sobre todo teniendo en cuenta que no le gusta mi prometido. Y si logramos demostrar que Rudolph no tuvo nada que ver con el asesinato de Arnold, podré romper el compromiso con la conciencia tranquila —añadió alegremente.

La sonrisa indolente se esfumó del rostro de Giles Carrington.

A la mañana siguiente, el teléfono sonó en casa de Giles Carrington justo cuando acababa de desayunar, y el criado entró al cabo de unos instantes para comunicarle que el comisario Hannasyde deseaba hablar con él.

Giles dejó a un lado la servilleta, se levantó sin prisas, se dirigió al recibidor de su apartamento y descolgó el teléfono.

—¡Hola! Soy Carrington. ¿En qué puedo ayudarlo? Qué madrugador es usted.

La voz del comisario sonó más cortante de lo habitual.

—Le llamo desde Scotland Yard. Roger Vereker ha muerto.

—¿Cómo? —exclamó con incredulidad—. ¡Repítamelo!

—Ro-ger-Ve-re-ker-ha-muer-to —repitió Hannasyde, espaciando las sílabas con gran claridad.

—¡Dios mío! Pero ¿cómo, dónde?

—En su apartamento. Acaban de darme la noticia.

—Pero... ¡no querrá decir que lo han asesinado!

—No lo sé. El inspector de división parece opinar que se ha suicidado. Yo voy a salir ahora mismo.

—Me reuniré con usted allí —dijo Giles.

—Bien, esperaba que viniera. Puede que lo necesitemos —replicó Hannasyde.

El apartamento de Roger Vereker se hallaba en un edificio nuevo erigido entre Queen's Gate y Exhibition Road. Giles Carrington llegó poco después que el comisario, y el policía de paisano que hacía guardia en la puerta le permitió entrar en el apartamento, situado en el segundo piso. En el recibidor, el sargento Hemingway interrogaba a una criada muy asustada que explicaba entre sollozos que había llegado a las siete de la mañana con intención de «hacer» el apartamento y había hallado al pobre caballero muerto en su silla. No creía que pudiera recuperarse de la impresión en toda su vida.

El sargento saludó a Giles con una inclinación de la cabeza.

—Buenos días, señor. Encontrará al comisario ahí dentro —dijo, señalando la salita con el pulgar.

Todavía no se había tocado nada, y lo primero con que toparon los ojos de Giles al entrar en la habitación fue con la figura de Roger Vereker, sentado en una silla un poco apartada del escritorio. Había caído hacia delante; la cabeza reposaba sobre el borde de la mesa y el brazo derecho colgaba inerte hasta el suelo, donde debajo de la mano había una pistola automática. Tenía una horrible herida en la sien derecha, de la que había manado la sangre hasta cubrirle el rostro y el brazo y formar un charco coagulado sobre la alfombra.

El comisario escuchaba el informe de un atildado inspector, pero se dio la vuelta

al entrar Giles y sonrió.

—Buen muchacho. Espero que no le importe; se lo llevarán dentro de nada.

—Puedo soportarlo —respondió Giles sucintamente, con la mirada ceñuda clavada en el cadáver de Roger.

—Es usted rápido —observó el comisario—. Yo acabo de llegar. Me temo que lleva muerto unas cuantas horas. —Se volvió de nuevo hacia el inspector y asintiendo con la cabeza le indicó que continuara.

El inspector no tenía mucho que contar. Una criada, cuya misión consistía en barrer y limpiar el polvo del apartamento antes del desayuno, había entrado a las siete de la mañana con una llave maestra y se había sorprendido al encontrar la luz del recibidor encendida. La había apagado, tras deducir que era un mero descuido de la noche anterior, y entonces se había fijado en que se filtraba también luz por debajo de la puerta de la salita. Al abrirla, había encontrado la lámpara también encendida, las cortinas echadas, las cenizas de un fuego extinguido en la chimenea y a Roger Vereker muerto en su silla. Había dejado caer el recogedor y los cepillos, y había salido del apartamento corriendo y chillando escalera abajo, para comunicarle el hallazgo al portero sin dejar de sollozar.

El portero había subido enseguida para verlo con sus propios ojos, pero una ojeada le había bastado para comprender que debía llamar a la policía, lo que había hecho antes de notificárselo al administrador de los pisos, que ocupaba unas habitaciones de la planta baja.

Al poco rato se había presentado en el edificio un sargento acompañado del médico de la policía, y al conocer el nombre del muerto lo había relacionado de inmediato con el caso Vereker, que había seguido por los periódicos con considerable interés. Absteniéndose de tocar nada en el apartamento, había notificado el suceso al sargento jefe de su comisaría, que a su vez había telefoneado al inspector de división.

—Y aunque parece un suicidio corriente, comisario, he creído que sería mejor avisarle a usted antes de proceder —concluyó el inspector.

—Ha hecho muy bien —respondió Hannasyde. Echó un vistazo a la pistola y luego al muerto, con la boca levemente torcida—. Creo que le haremos una foto —decidió, y abrió la puerta para dar una sucinta orden.

El sargento Hemingway entró con el fotógrafo y se acercó a Giles Carrington mientras se tomaba una fotografía con flash y se llevaban el cadáver.

—Parece ser que ya sabemos quién mató a Arnold Vereker, señor —dijo alegremente.

—Sí, eso parece, ¿verdad? —comentó Giles.

El sargento le lanzó una mirada penetrante.

—¿No está usted de acuerdo, señor? Vaya, ¿y por qué?

—Yo no he dicho eso —replicó Giles, posando la vista un momento en una pipa

de espuma de mar que había sobre la repisa de la chimenea.

—Todo encaja —arguyó el sargento—. Sabía que le seguíamos la pista; quizá supuso que desmontaríamos su coartada; perdió los nervios y se metió una bala en la cabeza. Encaja; no me diga usted que no, señor.

—No, encaja a las mil maravillas —dijo Giles.

—Pero a usted no le convence. ¿Podría ser por fidelidad familiar, señor, si me permite el atrevimiento?

Giles negó con la cabeza. Se habían llevado ya el cadáver en una camilla, y el comisario Hannasyde examinaba escrupulosamente el escritorio tras despedir al inspector. Se volvió al cabo de un rato y preguntó, enérgico:

—Bueno, ¿qué opina usted... Holmes? No voy a perder el tiempo dándole el pésame por la muerte de su primo, porque conozco a su familia lo suficiente para saber que no siente usted la menor pena. ¿Qué le parece todo esto?

—Un suicidio, es evidente —contestó Giles, arrastrando las palabras.

—¡Mmm! ¡No se me antoja usted muy buen detective! ¿No ve nada que le parezca un poco extraño? —Arqueó una ceja—. ¿O lo ha visto y esperaba que yo no lo viera?

—Hay tres cosas extrañas... a primera vista —repuso Giles sonriendo.

—¿Tres? —Hannasyde paseó la mirada por la habitación—. Pues yo sólo veo dos. Interesante. Primero está el vaso de whisky con soda del escritorio. Puedo imaginar a Roger Vereker sirviéndose una copa antes de pegarse un tiro, pero no que se la sirviera y luego la dejara tal cual. En segundo lugar, aunque no sé si tiene importancia, está su posición. Me ha sorprendido tanto que he pedido que le sacaran una foto. La silla estaba apartada. Fíjese en el ángulo. ¿Por qué la había movido? Si estaba sentado al escritorio, es de suponer que sería para escribir algo. Pero no podía hacerlo sentado casi de lado.

—Eso es cierto —admitió el sargento—. ¿Quiere decir que apartó la silla para hablar con alguien que estaba en la habitación?

—Creo que pudo ser eso, sí. —Hannasyde sacó un pañuelo y se sirvió de él para abrir el cartapacio de piel que había sobre el escritorio sin tocarlo directamente. Dentro encontró una hoja de papel de cartas. La cogió, la leyó y se la tendió a Giles.

La carta, escrita con la caligrafía irregular de Roger, llevaba fecha de la víspera y había quedado interrumpida.

«Estimados señores —empezaba—. Adjunto les remito un cheque por valor de 15 libras, 6 chelines y 3 peniques, en pago por su factura, aquí incluida. Les agradecería que me enviaran...», rezaba la breve nota.

—¿Le parece extraño? —preguntó Hannasyde.

—Desde luego —dijo Giles—. Que Roger estuviera dispuesto a pagar una factura me resulta más que extraño.

—En algunos aspectos se parece usted mucho a sus primos —señaló Hannasyde con aspereza.

—Lo interrumpieron —sugirió el sargento, después de leerla—. Es lógico pensar que no habría pedido que le enviaran nada si pensaba suicidarse. Puede que ocurriera algo que le hiciera planteárselo después de la interrupción, claro. Nunca se sabe. Pero que lo interrumpieron, seguro. Supongamos que llaman al timbre, comisario. Mete la carta en el cartapacio... ¡o no! Tiene el cartapacio abierto mientras escribe y sólo ha de cerrarlo mientras va a abrir. Una especie de gesto instintivo, no sé si me explico.

—Sí, algo así —concedió Hannasyde—. Pero aún no hemos oído qué era esa tercera cosa extraña según el señor Carrington.

Giles, cuya afable expresión había ido ensombreciéndose, respondió:

—¿Es usted tirador, Hannasyde?

—La verdad es que no.

—Lo imaginaba. A sus expertos no les va a gustar esto. —Y señaló el suelo a sus pies, frente a la chimenea, donde brillaba un casquillo medio oculto entre el pelo de la alfombra.

Ambos hombres bajaron la vista.

—Sí, ya lo había visto —reconoció Hannasyde—. ¿No está en el lugar correcto? ¿Es así?

—Sí —respondió Giles—. Si Roger Vereker, sentado en esa silla, hubiera apoyado la pistola contra la sien derecha y hubiera apretado el gatillo, el casquillo debería haber caído en algún punto entre el escritorio y la ventana, pero no aquí, junto a la chimenea. —Encendió un cigarrillo y lanzó la cerilla a la chimenea, que quedaba a su espalda. De una ojeada midió la distancia que lo separaba de la silla—. Creo que la autopsia demostrará que la pistola no estaba tan cerca de la cabeza como parece —concluyó.

—Gracias —dijo Hannasyde, mirándolo con curiosidad—. Me parece que he sido un poco injusto con usted. Sospechaba que estaba más ansioso por obstruir que por ayudar a la justicia, en este caso concreto.

—Un asesinato puedo digerirlo —replicó Giles secamente—, pero dos me revuelven un poco el estómago. Además, aunque no fuera una buena persona, Roger era inofensivo. Podían existir varios motivos excusables para matar a Arnold, pero sólo uno para matar a Roger, y totalmente imperdonable. Sí, definitivamente imperdonable.

—Ya —dijo Hannasyde. Entornó los párpados de repente, mirando por encima del hombro de Giles—. ¿Su primo fumaba en pipa?

—No lo creo.

Hannasyde avanzó unos pasos y examinó la pipa que había sobre la repisa de la chimenea con mayor detenimiento.

—Una pipa de espuma de mar, más coloreada por un lado que por otro —dijo—. Creo que la he visto antes.

—Es posible —confirmó Giles—. Pertenece a Kenneth. Pero yo no lo consideraría una pista, pues mi primo estuvo aquí en una fiesta que celebramos hace tres... cuatro noches.

—¿No habría echado de menos su pipa? —preguntó el sargento—. Si fuera mía, notaría su falta enseguida. Además, dentro todavía tiene restos de tabaco. Lo natural habría sido que Roger Vereker la viera, la vaciara y se la devolviera a su hermanastro.

—Al contrario —dijo Giles—, para Roger no habría sido nada natural gastar tantas energías.

—Seguramente tiene razón —admitió Hannasyde—, pero ha caído un poco de ceniza de la pipa sobre la repisa, como puede ver. ¿No cree que habría sido natural que la criada lo limpiara?

—Depende de la criada —respondió Giles.

Hannasyde se metió la pipa en el bolsillo.

—Quiero hablar con el portero, Hemingway —dijo—. ¿Puede por favor pedirle que suba?

Giles sonrió.

—¿Debo entender que quiere que me quede? ¿Para asegurarse de que no llego a Chelsea antes que usted?

—En efecto —respondió Hannasyde—. No es que crea que usted haría algo así, pero llegados a este punto prefiero no correr riesgos. ¿Le parecía a usted que Roger Vereker podía sentir deseos de suicidarse?

—No. Desde luego se quejaba de que lo ponía nervioso ver policías entrando y saliendo a cada momento, pero no me pareció que se sintiera realmente alarmado. Sin embargo, yo no me trataba mucho con él, así que quizá me equivoque.

—No, no lo creo —dijo Hannasyde lentamente—. ¿Recuerda el día que me contó aquella ridícula historia sobre Montecarlo? Recuerdo perfectamente que me dijo: «¿Acaso tengo yo pinta de ser de esos que se pegan un tiro? ¡Pues claro que no!».

—Sí, es cierto —dijo Giles—. Pero nunca se sabe con un hombre que bebía tanto como él. El casquillo es mucho más importante, y creo que apunta a una persona sin experiencia en armas. Si esto lo hubiera hecho yo, por ejemplo, habría buscado el casquillo después de disparar.

—La gente no siempre mantiene la cabeza fría en circunstancias semejantes. De lo contrario, habría muchos más crímenes sin resolver.

—Es verdad, pero ¿no habíamos decidido ya que el asesino tenía que ser alguien con gran sangre fría?

—Suponiendo que el asesino de Arnold y Roger Vereker sean la misma persona —señaló Hannasyde algo atribulado—. A mí me caben pocas dudas, pero otra cosa es

demostrarlo. ¿Dónde estaba usted anoche, por cierto?

—Me lo esperaba —comentó Giles—. Desde las siete, cuando fui a buscarla al estudio, hasta las doce menos cuarto más o menos, cuando la acompañé de vuelta, estuve con la señorita Vereker. Cenamos en el Favoli's y después fuimos al Wyndham's. Tras dejar a la señorita Vereker, volví al Temple en un taxi, el mismo que nos llevó hasta su casa desde el teatro. No creo que le resulte difícil comprobarlo. Cuando llegué a casa, me acosté. Me temo que el criado ya dormía, así que no puedo demostrarle que no me he movido de la cama hasta esta mañana. ¿Cuánto tiempo lleva muerto mi primo, según el médico de la policía?

—Según el inspector Davies, al menos siete u ocho horas, y posiblemente más. Al parecer, el médico ha examinado el cadáver hacia las siete cuarenta y cinco de esta mañana.

—Bueno, supongo que entonces podría haberlo hecho yo —admitió Giles, pensativo—. Pero, conociendo a Roger, dudo mucho de que lo hubiera encontrado levantado y escribiendo cartas a la una de la mañana.

—Por el momento, no es usted uno de mis sospechosos —le garantizó Hannasyde con un amago de sonrisa. Se dio la vuelta cuando el sargento Hemingway volvió a entrar en la habitación acompañado del portero, y dijo amablemente—: Buenos días. ¿Es usted el portero del edificio?

—Sí, señor —respondió el hombre mirando con temor a un lado y a otro—. Al menos el portero de noche, para ser más exactos.

—¿Cómo se llama?

—Fletcher, señor. Henry George Fletcher.

—Ya he anotado el nombre y la dirección, comisario —intervino el sargento.

—Muy bien. ¿A qué hora empieza su turno, señor Fletcher?

—A las ocho de la tarde, señor, y me voy a la misma hora por la mañana.

—¿Permanece usted en el edificio durante todo ese tiempo?

Fletcher carraspeó.

—Bueno, señor, agente, más o menos, no sé si me explico. A veces salgo a tomar un poco el aire. No son más que un par de minutos. Y no lo hago a menudo.

—¿Salió anoche?

—No, señor.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí. Ayer por la noche hacía frío y no me apetecía salir, porque soy un poco friolero, ¿sabe? Había encendido el fuego en mi habitación, como ha podido comprobar aquí el sargento.

—Me ha parecido una habitación pequeña —corroboró el sargento—. Y con corrientes de aire, me parece.

—Eso es —confirmó el portero.

—¿Tenía cerrada la puerta?

—No hay nada que me lo prohíba, que yo sepa —repuso Fletcher a la defensiva—. Pueden llamar al timbre si me necesitan y oigo el ascensor cuando se pone en marcha, por muy cerrada que esté la puerta. También lo veo todo, porque la parte superior de la puerta es de cristal, como ya ha visto usted.

—Sí, si no estaba echándose un sueñecito —sugirió el sargento sagazmente.

—No duermo cuando estoy trabajando —musitó Fletcher.

—De acuerdo, sargento —dijo Hannasyde—. No creo que nadie vaya a recriminarle que se eche una cabezada, Fletcher. Su trabajo debe de ser muy aburrido. ¿Y dice que anoche no oyó nada que pareciera un disparo?

—No, señor, de lo contrario lo habría dicho enseguida. Pero estamos cerca de Exhibition Road y había mucho tráfico, porque anoche se celebraba una gran fiesta en el Albert Hall. Creo que un baile de beneficencia. En cualquier caso, había más ruido que de costumbre, aunque no en este edificio, eso puedo jurarlo.

—Entiendo. ¿La puerta de la calle permanece abierta toda la noche o la cierra usted con llave?

—No, hasta medianoche no.

—Pero entonces, ¿la cierra?

—Sí, señor. Ésas son mis órdenes.

—Así que, si alguien quisiera entrar después de las doce, ¿tendría que llamar al timbre de la portería para que usted le abriera?

—Eso es, señor.

—¿Anoche llamó alguien después de las doce?

—¡Oh, sí, señor! El señor y la señora Cholmondley, del número quince. Luego sir George y lady Fairfax, y las dos jóvenes señoritas, estaban todos en el baile ese que he mencionado; y el señor Humphries, del número seis, también llegó tarde; y la señora Muskett, del número nueve; y la señorita...

—Supongo que son todos residentes del edificio, ¿no? ¿No abrió la puerta a ningún visitante después de la medianoche?

—No, señor. Bueno, tampoco era de esperar a esas horas.

—Y antes de las doce, ¿recuerda si vio entrar a alguna persona desconocida en el edificio?

El portero se frotó la barbilla.

—Bueno, es difícil saberlo, compréndame —admitió—. Por supuesto que si viera a alguna persona sospechosa merodeando por aquí, la calaría enseguida, pero hay veinte apartamentos, señor, y muchas idas y venidas. Si alguien pasa por delante de mi puerta, pues echo un vistazo, claro, pero no siempre podría jurar quién es, sobre todo si va hacia el ascensor o la escalera directamente. Por ejemplo, sé con certeza que anoche subieron un par de señoras y tres caballeros. Creo que la primera señora

era la señorita Matthews, pero sólo le vi el sombrero, porque lo llevaba ladeado tapándole la cara, como es moda ahora. Debió de entrar a eso de las ocho y media o por ahí. La otra entró poco después de las once, pero sólo la vi de refilón. Luego no la vi salir, así que supongo que era la señorita Turner, la doncella personal de la señora Delaford, que llegaba un poco tarde. Luego subió un caballero en el ascensor hasta el cuarto o el quinto piso. Era una visita, seguro, porque volvió a bajar hacia las once y me pidió que le llamara un taxi. Un caballero, alto, militar. Un segundo caballero quería saber cuál era el apartamento del almirante Craven, y lo acompañé. Al otro no lo vi muy bien, pero subió por su cuenta y no usó el ascensor. Me pareció que era el joven señor Muskett, pues llevaba uno de esos sombreros de fieltro negros que se pone el señor Muskett con los trajes de noche, pero ahora que lo pienso mejor no estoy seguro de que se tratara de él, porque su apartamento está en el tercer piso y él nunca sube andando si está el ascensor abajo.

—¿Lo vio abandonar el edificio? —preguntó Hannasyde.

—Bueno, la verdad es que no puedo decir que lo viera —confesó el portero.

—¿Y está usted seguro de que no entró nadie más anoche que fuera ajeno a este edificio?

—Yo no diría tanto —replicó Fletcher con cautela—. O sea, que no podría jurarlo.

Era del todo evidente que el portero se había pasado al menos una parte de la noche cabeceando cómodamente junto al fuego. Como nada se habría ganado obligándolo a admitirlo, Hannasyde optó prudentemente por dejarlo correr.

—¿Quién ocupa el apartamento contiguo a éste? —preguntó.

—El señor Humphries. Ya le he hablado de él. Fue al baile y volvió poco antes de las cuatro y media de la madrugada la mar de contento.

—¿Y al otro lado del rellano?

—Bueno, el señor y la señora Tomlinson viven en el número tres, pero están fuera, y el número cuatro está desocupado.

—¿Vive alguien en el apartamento de encima?

—Sí, señor, la señora Muskett, que también volvió tarde. Bueno, cuando digo tarde me refiero a que debían de ser las doce y media. Pero si está usted pensando en que ella pudo oír el disparo, yo creo que no. Estos apartamentos están contruidos a prueba de ruidos.

—De todas formas subiré a verla —anunció Hannasyde—. No es necesario que espere, señor Fletcher, supongo que estará deseando volver a casa.

—Bueno, sí, ya hace rato que ha acabado mi turno —explicó el portero—. Por supuesto, si puedo hacer algo...

—No, nada, gracias. Pero yo que usted no hablaría sobre lo ocurrido aquí.

—No, señor. Menuda sorpresa va a llevarse el señor Jackson, el administrador,

cuando llegue y se entere de todo.

Hannasyde se detuvo.

—Sí, ¿dónde está el administrador? —preguntó.

—No ha pasado aquí la noche —respondió el sargento—. Se lo espera de vuelta esta mañana.

—Entiendo. Si en mi ausencia aparece Hollis, dígame que busque huellas en la pistola y en los lugares más probables de esta habitación, del cuarto de baño y del recibidor. Espero no tardar —dijo mientras salía de la estancia, dejando solos al sargento y a Giles para que se entretuvieran como pudieran hasta que él regresara.

El sargento Hollis llegó cinco minutos más tarde y se puso manos a la obra ante la atenta mirada de Giles.

—Bueno —dijo Giles—, esto es interesante. ¿Cree usted que podría empezar por el teléfono, sargento? Se me ocurre que debería llamar a mi despacho para avisar de que tengo otros asuntos que requieren mi atención esta mañana.

—Estamos haciéndole perder el tiempo, ¿verdad, señor? —comentó Hemingway con aire comprensivo—. Es un trabajo muy rutinario el nuestro. Estaría dispuesto a apostar cinco libras a que no conseguimos ni una sola huella, a menos que estén en el casquillo.

Giles acababa de hablar con su padre (que muy indignado señaló a su hijo que si pensaba pasarse el día entero y muchos otros días con sus primos, cuanto antes los liquidaran a todos mucho mejor), cuando Hannasyde volvió a entrar en la habitación. El comisario se detuvo un momento para observar a Hollis y luego miró a Giles.

—Lamento tener que entretenerlo con este asunto. Ahora voy a ir a Chelsea. No hay razón para que me acompañe si no quiere.

—Iré, aunque sólo sea para hacer de árbitro. ¿Ha conseguido averiguar algo con los Muskett?

—Nada muy preciso. Una sola cosa es segura: el hombre al que vio el portero no era el joven Muskett. Él llegó a las seis y media de la tarde y no volvió a salir. Hacia las once oyó un ruido que le pareció el tubo de escape de un coche. El problema es que bien pudo serlo. —Se volvió hacia Hemingway—. Lo dejo aquí, sargento, ya sabe lo que hay que hacer. Nos veremos en el Yard. Si está usted listo, señor Carrington, pongámonos en camino.

El trayecto hasta Chelsea lo realizaron en el coche de Giles Carrington. El comisario lo miró con el rabillo del ojo cuando se sentó junto a él y dijo:

—Me temo que este caso está resultando bastante desagradable para usted, señor Carrington.

—El caso es muy desagradable, desde luego —replicó Giles sin perder la calma—. Pero no especialmente para mí. —Metió la segunda marcha y luego la tercera—. Ya veo adonde quiere ir a parar, por supuesto, pero no esperará que crea que un primo, o para ser más exactos, un pariente mío, sería capaz de cometer un asesinato a sangre fría. —El comisario guardó silencio—. Además —añadió Giles al cabo de un rato, sonriendo—, no creo que él hubiera pasado por alto el casquillo.

—Cree que estoy predispuesto en contra del joven Vereker, pero puedo asegurarle que espero de todo corazón que se halle usted en lo cierto. De todas formas, los hechos están ahí: la muerte de Roger Vereker, suponiendo que haya sido asesinado, reduce considerablemente la lista de sospechosos. Me parece indudable que el hombre que mató a Arnold mató también a Roger. Usted mismo ha dicho que, si bien existían varios móviles para el primer asesinato, sólo puede haber uno para el segundo. Eso descarta a Mesurier, para empezar, y también al chófer de Arnold, que nunca ha sido un sospechoso probable, lo reconozco. Ninguno de los dos ganaba nada con la muerte de Roger. Seamos francos: sólo hay una persona que vaya a obtener una fortuna, lo sabe usted tan bien como yo. Además, señor Carrington, nunca ha estado seguro de que Kenneth Vereker no cometiera el primer asesinato. Lo consideraba capaz de hacerlo, eso lo sé desde el principio. Es este segundo asesinato lo que no acaba de cuadrarle. Pero si lo piensa bien, se dará cuenta de que es la continuación perfectamente lógica, casi inevitable, del primero. Lo admito, no estaba previsto. Sólo un criminal cruel e insensible es capaz de planear el asesinato de dos personas. Únicamente estaba planeado el primer asesinato, pero cuando apareció Roger Vereker, dicho asesinato se volvió inútil a menos que también muriera él. Ya sabe lo que dicen los franceses, que sólo se necesita un primer paso para dar el segundo. Bueno, pues aquí puede aplicarlo. Si un hombre mata a su hermanastro para hacerse con su fortuna y consigue librarse del castigo, no le resultará tan difícil asesinar a un segundo hermanastro. Y no me duelen prendas en admitir que todo apuntaba a que el asesinato de Arnold iba a quedar impune, de lo cual era plenamente consciente Kenneth Vereker.

—¡Habría de tener una mente enferma! —exclamó Giles con dureza.

—Sí, desde luego.

—¡Tonterías! Kenneth no tiene nada de enfermo. Y si hubiera planeado matar a Roger, no habría sido tan idiota como para mostrarle tan a las claras su

animadversión.

—Ah, ¿no? —dijo Hannasyde en tono sumamente mordaz—. Yo creo que eso es justo lo que habría hecho Kenneth Vereker. Pero no vaya a pensar que he descartado a cualquier otro posible sospechoso, porque no es así. Sin embargo, sería un idiota si no investigara de modo concienzudo los movimientos de su primo anoche.

Habían llegado a un cruce y tenían el semáforo en rojo. Giles guardó silencio hasta que reanudaron la marcha.

—Sí, sería usted un idiota —replicó sonriendo—, pero le prometí que lo ayudaría, ¿no?

—Bueno, si se le ha ocurrido alguna idea, soy todo oídos —repuso el comisario en tono apaciguador.

—Se me han ocurrido dos posibilidades, pero ambas son tan improbables que no voy a molestarlo explicándoselas —respondió Giles—. Una es tan evidente que sin duda ya la habrá pensado usted.

—¡Gracias! —exclamó Hannasyde riendo entre dientes.

—Lo siento, no era mi intención ofenderlo. La otra posibilidad... —Hizo una pausa—. Por lo que yo sé no hay nada que sustente la otra posibilidad. Veré si encuentro algo.

—No suena demasiado prometedor —comentó Hannasyde, divertido—. Pero adelante, cuenta usted con mi aprobación.

Llegaron al estudio al cabo de unos minutos. Giles se adentró en la calle de antiguas caballerizas y aparcó. Luego siguió a Hannasyde escaleras arriba hasta el apartamento de sus primos.

—¿Cómo, otra vez? —exclamó con profundo disgusto Murgatroyd al abrirles la puerta—. Bueno, una cosa es segura: ahora no van a molestar a los señoritos. Están desayunando. Buenos días, señor Giles.

—¿Desayunando, Murgatroyd? —se extrañó Giles—. ¿Sabe que son casi las once?

—Sí, y eran casi las cinco de la mañana cuando el señor Kenneth y la señorita Leslie volvieron del baile —replicó Murgatroyd en tono grave.

—Pues lo siento, pero el comisario Hannasyde es un hombre muy ocupado. Habrá que molestar a mi primo.

—Si usted lo dice, señor —aceptó Murgatroyd, pero sin aprobarlo, y se apartó para que pasaran—. Aunque dudo de que la señorita Leslie esté vestida para recibir visitas, pero lo comprobaré.

—¿La señorita Leslie? ¿Se encuentra en el apartamento?

—Oh, sí, ha pasado aquí la noche, o lo que quedaba de ella cuando el señor Kenneth la trajo —contestó Murgatroyd—. Resulta que se había dejado la llave de casa, así que en lugar de llamar al timbre para que le abriera la casera, ha despertado

a la señorita Tony y se ha metido en su cama —dijo mientras abría la puerta del estudio y asomaba la cabeza—. Está aquí el señor Giles con el comisario, señorita Tony. ¿Los hago pasar?

—¡Oh, Dios mío! ¿A estas horas? —se quejó Kenneth—. Dígales que hemos salido.

—No, no. Claro que pueden pasar —replicó Antonia—. No te importa, ¿verdad, Leslie? ¡Hola, Giles! Buenos días, comisario. ¡Tómense un café!

El desayuno se había servido junto a la ventana. Antonia, ya vestida, ocupaba un extremo de la mesa, detrás de la cafetera, con Leslie Rivers en quimono a un lado y Kenneth, en pijama, pantalones de franela y una vieja chaqueta, al otro. El joven, que parecía medio dormido, miró a los visitantes pestañeando con aire taciturno.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —dijo—. Siéntase como en su casa. ¡Por Dios, tapa esos huevos repulsivos, Tony! Murgatroyd debe de haberse vuelto loca. ¿Dónde está el jamón?

—Nos lo acabamos ayer. ¡Pero tome asiento, comisario! Por cierto, ésta es la señorita Rivers. Estás muy serio, Giles. ¿Ha ocurrido algo?

—Me temo que sí, Tony, y muy grave. Roger ha muerto... de un disparo.

Se produjo un instante de silencio glacial. Después Antonia soltó una exclamación ahogada:

—¡Cielos!

Kenneth, que se había quedado paralizado en el gesto de llevarse la taza de café a la boca, volvió a parpadear y bebió con una buena dosis de parsimonia. Luego depositó la taza en el platillo y se limpió con la servilleta.

—Si es cierto, lo encuentro ligeramente redundante. ¿Es cierto, por casualidad?

—Absolutamente cierto, señor Vereker —contestó Hannasyde, observándolo.

Giles, que también lo miraba, concluyó que el control que Kenneth ejercía sobre sus facciones era casi demasiado perfecto. Su boca insinuaba cierta rigidez y sus ojos permanecían curiosamente inexpresivos. La mirada de Kenneth pasó del rostro de Giles al de Hannasyde. Luego cogió la taza y el platillo y se los tendió a Antonia.

—Más café, por favor —pidió—. ¡Qué manera de fluctuar mi suerte!

—No parece usted muy sorprendido, señor Vereker.

—Por nada del mundo querría que supiera usted lo increíblemente sorprendido que estoy, mi querido comisario. Dicen que ha sido un disparo, ¿verdad? ¿Qué significa eso? ¿Suicidio?

—O asesinato —repuso Hannasyde. La palabra, pronunciada lisa y llanamente, sonaba fea, y Leslie Rivers se estremeció sin querer.

—Quedémonos con lo de suicidio —propuso Kenneth—. Es más probable.

—¿Eso cree? ¿Por qué?

—Una deducción obvia. Mató a Arnold, pensó que ustedes iban por él, perdió los

nervios y apretó el gatillo. Violet comentó que estaba asustado.

—¿Eso dijo? —preguntó Giles—. ¿Qué le hizo pensarlo?

—No se lo pregunté.

—Debía de estar asustado —intervino Leslie con voz forzada—. A mí también me lo pareció.

—Pues yo no vi nunca ningún indicio —afirmó Antonia rotundamente.

—¡Oh, sí, Tony! —dijo Leslie, mirándola con firmeza—. A menudo sus ojos traslucían miedo.

—Eso era porque creía que querías asesinarlo —replicó Antonia en un impulso—. Dijo que tú... —Se interrumpió, roja como la grana—. Oh, Dios mío, ¿qué estoy diciendo? ¡Sólo era una broma, claro está! ¡En realidad no lo pensaba!

—No, no creo que lo pensara —repitió Leslie en voz baja—. No es que me gustara mucho, pero no quería asesinarlo. Sin embargo, tal vez haya sido mejor tener una buena coartada. —Se volvió hacia Hannasyde y sonrió—. Anoche estuve con el señor Kenneth Vereker desde las ocho menos cuarto en adelante. Cenamos juntos en el Carlton y de allí fuimos al Albert Hall, donde estuvimos bailando hasta las cuatro. Luego volvimos aquí.

—¿Estuvieron juntos toda la noche, señorita Rivers?

—Sí, por supuesto.

Kenneth desvió los ojos rápidamente hacia ella, con una expresión difícil de descifrar.

—¿Fueron solos al baile o en grupo? —preguntó Hannasyde.

A Giles le pareció que Leslie vacilaba un momento.

—Nos unimos a un grupo —respondió ella.

—¿Un grupo grande, señorita Rivers?

—No, no mucho.

—¿Cuántas personas había?

—Una docena más o menos —señaló Kenneth—. Compartimos un reservado.

—Y naturalmente bailó con otras mujeres del grupo aparte de la señorita Rivers.

—Pues claro —coincidió Kenneth.

—Pero nos encontrábamos siempre en el reservado después de cada baile —puntualizó Leslie—. No creo que nos perdiéramos de vista durante más de cinco minutos cada vez a lo largo de la noche, ¿verdad, Kenneth?

—No. Me parece que no —dijo Kenneth lentamente.

«Es mentira —pensó Giles con desmayo—, y Kenneth no está haciéndolo muy bien».

—¿No abandonó usted el Albert Hall durante el baile, señor Vereker?

—No.

Se hizo un silencio mientras Hannasyde metía una mano en el bolsillo y sacaba la

pipa de espuma de mar.

—¿Ha visto esto antes? —preguntó.

Kenneth la miró y alargó la mano. Hannasyde le entregó la pipa. Kenneth la examinó más de cerca y se la devolvió.

—Muchas veces. Es mía.

—La he encontrado sobre la repisa de la chimenea en el apartamento de su hermanastro, señor Vereker.

—Ah, ¿sí? Debí de dejármela allí.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres noches. Estuve en su casa.

—¿No la había echado de menos?

—No —respondió Kenneth con indiferencia—. No siempre fumo en la misma pipa.

—Una pipa de espuma de mar suele ser un bien muypreciado —comentó Hannasyde—. Yo también fumo en pipa, ¿sabe?

—Puede, pero no es usted un Vereker —replicó Kenneth, y a sus ojos asomó su característica expresión picara. Apartó el plato del desayuno y apoyó los codos sobre la mesa—. ¿Y ahora puedo formularle yo unas cuantas preguntas?

—Ahora mismo, señor Vereker. Primero quiero que me diga los nombres de los demás miembros del grupo con que estuvo anoche.

—Pues le auguro un día muy ajetreado —señaló Kenneth—. Leslie, ¿quién estaba en el grupo?

—Bueno, los Hernshaw eran unos —contestó Leslie pensativamente.

—Dos, querida. El señor Gerald Hernshaw y su señora, de Haltings, Cranleigh, comisario. Tendrá que hacer una pequeña excursión.

—Y Tommy Drew —continuó Leslie.

—El honorable Thomas Drew, Albany. Este le será fácil, pero no estaba muy sobrio a partir de las once, así que quizá no le sea de gran ayuda.

—Y unos que se llamaban Westley. No sé dónde viven.

—¿Eran esos pesados que vinieron con Arthur y Paula? —preguntó Kenneth, interesado—. Bailé con la mujer. Viven por Putney Hill y crían pomeranios.

—Eso te lo has inventado —lo acusó Antonia.

—No. La tal Westley me contó que había ganado tres primeros premios en Richmond con su perra *Pansy* de Poltmore.

—Entonces seguramente Poltmore es el nombre de su casa —dijo Antonia—. A mí *Pansy* me parece un nombre espantoso para un perro.

—Terminaríamos antes si la señorita Rivers le dijera al comisario lo que quiere saber y vosotros dos os estuvierais calladitos —intervino Giles en ese momento.

—Bueno, no olvides a la chica del pelo cobrizo —dijo Kenneth, levantándose y

acercándose a la chimenea—. Vino con Tommy y parecía arrepentida de hacerlo. —Elegió una pipa de las que había sobre la repisa y empezó a llenarla con tabaco de un tarro de barro. Cuando terminó de encenderla, Leslie había llegado ya al final de la lista y el comisario anotaba el último nombre en su libreta. Kenneth dio unas cuantas chupadas a la pipa antes de añadir—: Y ahora, si no tiene usted objeción, ¿cuándo se pegó un tiro mi hermanastro?

—A su hermanastro, señor Vereker, le dispararon anoche, seguramente antes de las doce, pero sobre ese punto aún no dispongo de información fidedigna.

—¿Y el arma?

—Se usó un Cok automático del calibre treinta y dos.

—Ah, ¿sí? —dijo Kenneth enarcando las cejas—. ¿Dónde está tu pistola, Tony?

Antonia se sorprendió, vio que Giles empezaba a fruncir el ceño y respondió con voz entrecortada:

—¿Qué insinúas? ¡Yo no he disparado a Roger!

—Nadie ha dicho que lo hicieras, cariño. ¿Dónde está?

—En el cajón superior izquierdo de mi escritorio.

—Apuesto lo que quieras a que no está —dijo Kenneth, dirigiéndose al escritorio.

—Pues esta vez perderías —replicó Antonia—. Casualmente sé que está ahí porque la saqué y la engrasé el día que hicimos limpieza general del estudio.

Kenneth abrió el cajón y revolvió en su interior.

—He ganado —dijo—. Piensa.

—¡Pero si la puse ahí! —dijo Antonia palideciendo—. Bajo el talonario de cheques. Leslie, tú estabas aquí, ¿no te acuerdas?

—Recuerdo que la engrasaste, pero creo que no te vi guardarla otra vez —respondió Leslie—. Prueba en el cajón de la derecha, Kenneth.

—Tampoco —dijo él.

—¡Estoy completamente segura de que la metí en el de la izquierda! —exclamó Antonia. Se levantó, se dirigió al escritorio y volcó el contenido del cajón. Luego añadió asustada—: No, no está aquí. Alguien la ha cogido.

—¿Estás segura de que no la cambiaste de sitio después y lo olvidaste? —sugirió Giles.

—Sí. Siempre la tengo en el escritorio. Lo miraré, pero sé que no la moví.

—Yo no me preocuparía —dijo Kenneth.

—¿Sabía alguien más aparte de su hermano y de la señorita Rivers dónde guardaba su pistola, señorita Vereker? —preguntó Hannasyde tranquilamente.

—¡Oh, sí, mucha gente!

—¿Podría concretar un poco más? —pidió el comisario.

—Pues cualquiera que conociera bien el apartamento. Por ejemplo, tú lo sabías, ¿verdad Giles?

—Sí, sabía que la guardabas en el escritorio, Tony. Creo que lo sugerí yo. Pero ¿no te sugerí también que tuvieras la precaución de cerrar el cajón con llave?

—Supongo que sí, pero hace siglos que se perdió la llave y de todas formas nunca me acordaba de cerrarlo.

Hannasyde anotó el número de la pistola, devolvió el permiso a Antonia y se dispuso a marcharse. Kenneth lo detuvo.

—¿Hasta qué punto toma en serio la hipótesis de que no fuera un suicidio, amigo Osric? —preguntó.

—Usted mismo me ha recordado que no soy un Vereker —replicó Hannasyde—. No bromeo con esas cosas.

—¿Alguna razón concreta para creer que fuera un asesinato?

—Sí —contestó Hannasyde—. Varias. ¿Desea saber algo más?

—Desde luego —dijo Kenneth inesperadamente—. Quiero saber quién heredaría después de mí.

Sus palabras provocaron un silencio de sorpresa, que acabó rompiendo Hannasyde.

—¿Cree usted que su hermanastro lo sabía, señorita Vereker?

Antonia reflexionó.

—¿Roger? Supongo que debió de descubrirlo, porque me dijo que había registrado mi escritorio para ver si encontraba dinero. Kenneth, ¿era eso lo que pretendías insinuar? ¿Crees que la cogió Roger?

—Sí, por supuesto —respondió su hermano—. En cambio, mi amigo el comisario piensa que la cogí yo.

Hannasyde no prestó atención a sus palabras y preguntó a Antonia si sabía el número de la pistola.

—Está en el permiso, Tony —le apuntó Giles—. ¿Sabes dónde lo tienes?

—Seguro que estará en el escritorio, por algún sitio —contestó ella, esperanzada.

Tras una exhaustiva búsqueda, ayudada por Kenneth, Giles y Leslie Rivers, Antonia consiguió por fin encontrar el permiso de armas. Se lo entregó al comisario con aire triunfal, disculpándose al mismo tiempo por el aspecto algo deteriorado del documento y explicando que los perros se habían apoderado de él en una ocasión, cuando *Juno* era un cachorro.

Hannasyde anotó el número de la pistola, devolvió el permiso a Antonia y se dispuso a marcharse. Kenneth lo detuvo.

—¿Hasta que punto toma en serio la hipótesis de que fuera un suicidio, amigo Osric? —preguntó.

—Usted mismo me ha recordado que no soy un Vereker —replicó Hannasyde—. No bromeo con esas cosas.

—¿Alguna razón concreta para creer que no fuera un asesinato?

—Si —contesto Hannasyde—. Varias ¿Desea saber algo más?

—Desde luego —dijo Kenneth inesperadamente—. Quiero saber quien heredera después de mí.

Sus palabras provocaron un silencio de sorpresa, que acabo rompiendo Hannasyde.

—Eso se halla fuera de mi competencia —dijo.

—Lamento contradecirlo —dijo Kenneth—, pero sí es de su competencia. Si se trata de un asesinato, yo seré la siguiente víctima. Y francamente, no me gusta nada ese papel. Quiero protección policial, por favor.

El comisario miró al joven Vereker durante un rato con el ceño levemente fruncido. Fue Antonia quien habló primero.

—Pero ¿no soy yo la siguiente en heredar? —preguntó—. ¿Soy yo, Giles?

—No estoy seguro, Tony. Tu padre no preveía la muerte de sus tres hijos varones cuando redactó el testamento. Puede que sí.

—¿Y qué? —preguntó Kenneth en tono afable.

—¡Eres un impresentable, Kenneth! —dijo Antonia con vehemencia.

—Si en serio desea protección policial, la obtendrá sin duda solicitándola debidamente —señaló Hannasyde—. Mientras tanto, desearía hablar con Murgatroyd, su sirvienta... por favor.

—Eso sí que valdrá la pena —comentó Kenneth, y acto seguido se encaminó lentamente hacia la puerta y llamó a Murgatroyd.

La criada acudió de inmediato y, al enterarse de que el comisario quería hablarle, se encaró con él sin disimular su hostilidad.

—¿Y bien? —dijo—. No hace falta que me diga que ha pasado algo, se nota.

—Pero nunca lo adivinaría, Murgatroyd —dijo Kenneth—. Roger ha muerto.

La vieja niñera miró a unos y a otros.

—¿Ha muerto? —repitió—. No estará burlándose de mí, ¿verdad, señorito Kenneth?

—Pregúntele a mi amigo el comisario —repuso él, encogiéndose de hombros.

Murgatroyd emitió un sonido sibilante al respirar entre dientes.

—Bueno, menuda sorpresa. ¡Muerto! ¡Y borracho que estaría, seguro! Tampoco es que se pierda nada, aunque yo no le deseaba ningún mal. —Miró a Hannasyde—. ¿Qué quiere preguntarme? No sé cómo ha sido, si es eso lo que quiere saber.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—¿Y qué le importa a usted? —replicó ella—. Ahora no pretenderá decirme que al señor Roger lo asesinaron, ¿no?

—Me temo que hay razones fundadas para creer que sí —respondió Hannasyde—. Lo han encontrado esta mañana temprano en su apartamento, muerto de un disparo en la cabeza.

Las rosadas mejillas de la mujer palidecieron. Dio un paso atrás y se dejó caer en la silla que le impedía seguir retrocediendo.

—¡Oh, Dios mío de mi vida! —exclamó con voz ahogada—. ¿Qué será lo siguiente? De todas las cosas extrañas... ¡Jamás había visto algo igual en toda mi vida!

—Y huelga decir que la policía cree que es obra mía —añadió Kenneth.

Estas palabras hicieron que Murgatroyd se levantara de la silla de un salto.

—Ah, ¿sí?, ¿eso creen? ¡Bueno, pues déjeme que le diga que el señor Kenneth estuvo en el baile toda la noche, y la señorita Rivers aquí presente puede jurarlo! —exclamó, volviéndose contra Hannasyde.

—Eso no es lo que le he preguntado —dijo Hannasyde tranquilamente—. Quiero saber dónde se encontraba usted.

—En el cine —contestó ella.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y después?

—Me volví derecha a casa, donde estaba cuando volvió la señorita Tony.

—¿A qué hora llegó usted del cine?

—A las once y veinte. Puede confirmárselo el señor Peters, si quiere. Lo encontrará en esta misma calle. Es el dueño de los garajes. Me vio llegar y me preguntó qué tal había estado la película. Y yo le contesté.

Como no pudo sacársele nada más, Hannasyde la dejó salir y poco después abandonó el apartamento.

Después de que la puerta de la calle se hubiera cerrado tras el comisario, durante un rato todos guardaron silencio, que no se rompió hasta que volvió a entrar Murgatroyd.

—Tengo que preparar la verdura —anunció en tono práctico—, aparte de hacer la colada, así que lógicamente no puedo perder el tiempo charlando. Será mejor que venga a echarme una mano, señorita Tony. No le servirá de nada quedarse ahí sentada con cara de susto. Desde luego la cosa pinta muy mal, pero dándole vueltas a la cabeza no vamos a arreglar nada.

—Giles, esto es cada vez más horrible —dijo Antonia mirando a su primo—. Lo de Arnold no me preocupaba, ¡pero esto es espantoso! Kenneth... estuviste en el Albert Hall toda la noche, ¿verdad?

—¡Dios bendito, ahora cree que lo hice yo!

—Has mentido muy mal —dijo Giles, observando a Kenneth con atención—. Estuviste en el apartamento de Roger anoche, ¿verdad?

—¡No! ¡Ya he dicho que no salió para nada del Albert Hall! —exclamó Leslie con vehemencia.

Giles no le prestó atención, pendiente de la reacción de su primo.

—¿Para qué iba a ir al apartamento de Roger? —respondió Kenneth devolviéndole la mirada con aire retador—. ¿Se te ocurre algún motivo?

—Sí —respondió Giles.

—Entiendo —dijo Kenneth, haciendo una mueca—. Para matarlo. Pues te equivocas.

—Muy bien, ¿cuál fue el motivo?

—Ya me has oído decir que no abandoné el Albert Hall hasta pasadas las cuatro.

—¿Crees que los demás miembros de tu grupo lo corroborarán? Ha sido la señorita Rivers quien te ha proporcionado la coartada, no tú. He estado fijándome en ti: no lo esperabas y creo que has estado a punto de negarlo.

—¿Por qué no ingresas en la policía? —preguntó Kenneth—. Te has equivocado de vocación.

—Eres un idiota —dijo Giles levantándose—, ¿no te das cuenta de que estás contra las cuerdas? Miéntele a Hannasyde si quieres, pero si me mientes a mí ya puedes ir buscándote otro abogado. No pienso ayudarte.

—Como quieras —dijo Kenneth.

—¡No lo dejes plantado, Giles! —imploró Antonia con la voz ronca—. ¡Por favor, por favor, no nos abandones!

La expresión de Giles se suavizó.

—No lo haré, Tony —aseguró en tono más amable—. Pero no puedo ocuparme de este asunto si se me ocultan cosas.

—Qué conmovedor —comentó Kenneth—. Que yo sepa no te he pedido que me ayudes. Supón que alguien del grupo me perdiera de vista durante media hora. ¿Has bailado alguna vez en el Albert Hall? Es un lugar muy grande, ¿sabes?

—Sí, y muchas veces no bailábamos —dijo Leslie.

—¿Crees que su situación es realmente grave, Giles? —preguntó Antonia, mirando a su primo con inquietud.

—No lo creo, lo sé.

—Cualquier idiota se daría cuenta —comentó Kenneth con desdén—. Primero mato a Arnold, entonces aparece Roger, así que lógicamente también tengo que asesinarlo. Y todo por un sucio afán de lucro. Borra esa expresión de angustia de tu cara, Tony; no hay ninguna prueba.

—Está la pipa —señaló ella.

—No me colgarán por eso —replicó él.

No pudieron sacarle nada más. Se dedicó a pasearse por el estudio con las manos hundidas en los bolsillos y la pipa entre los dientes.

—Es posible que vengan a arrestarme —dijo, ceñudo.

Giles, que se había acercado al escritorio y hojeaba el listín telefónico, levantó la vista.

—Será más grave que eso.

—Muy bien, más grave que eso. Tú lo sabrás mejor que yo. Pero no basta con que demuestren que salí del Albert Hall durante el baile. Tienen que probar que fui a ver a Roger, y eso es imposible.

Tras encontrar al parecer lo que estaba buscando, Giles cerró el listín y lo dejó a un lado.

—Reflexiona —le aconsejó—. Y no pases por alto el hecho de que nadie tenía mayor motivo que tú para asesinar a Arnold y luego a Roger. Debo irme, ¡pero si entras en razón, llámame por teléfono!

—¿Para confesarlo todo? —se mofó Kenneth.

Giles no respondió. Antonia salió con él y lo entretuvo unos minutos frente a la puerta de la calle.

—Giles, la situación empeora. Estoy completamente segura de que anoche Kenneth fue a ver a Roger. Siempre se le nota cuando miente porque lo hace fatal. ¿Qué ocurrirá si lo descubren?

—Tony, querida, lo ignoro, porque no tengo la menor idea de cuándo fue a verlo ni qué hizo allí. Pero las cosas se le van a poner extraordinariamente feas si lo pillan en una mentira. Sobre todo porque ya es el sospechoso principal.

—Sí, ya lo sé, pero no creo que lo hiciera —replicó ella—. Ojalá Leslie no se hubiera entrometido con esa coartada antes de que él tuviera tiempo de hablar. Creo que le ha cavado la fosa. —Se interrumpió y luego prosiguió, intranquila—: Hay otra cosa horrible, Giles. No sé si también a ti se te ha ocurrido. Si Kenneth no lo ha hecho, ¿quién ha sido? Nadie más tenía motivos para matar a Roger.

—Sí, también lo he pensado —repuso él secamente.

—Supongo que sería lo mismo que deduciría un jurado, ¿no? —sugirió ella, mirándolo a los ojos.

—Sin duda. —Giles le cogió las manos en un gesto tranquilizador—. No te preocupes, pajarito. Yo tampoco creo que haya sido Kenneth. —Sonrió—. Al menos hay algo que te animará: parece que Mesurier quedará libre de toda sospecha.

—¡Ah, sí! Me había olvidado de él. Está disgustado conmigo, por cierto. No lo culpo y dudo de que sigamos prometidos. No parece que lleve a ninguna parte.

—La próxima vez será la definitiva —dijo Giles—. Te lo prometo. —Apretó sus manos brevemente, luego se las soltó y bajó deprisa la escalera para subirse al coche.

Cinco minutos más tarde aparcaba delante de una casa en una calle que llegaba desde el Embankment. El edificio había sido dividido en dos apartamentos: el de la planta baja y el del primer piso, que tenía una placa de latón junto a la puerta donde se leía el nombre de Violet Williams.

Giles llamó al timbre y al cabo de unos instantes le abrió la puerta una mujer de mediana edad con una bata sucia.

—¡Oh, señorita Williams, aquí hay alguien que quiere verla! —gritó a modo de método para anunciarlo.

Violet salió de una habitación de la parte delantera de la casa y soltó una exclamación de sorpresa al ver a Giles.

—¡Vaya, señor Carrington! ¡No tenía ni idea! ¡Pase, pase!

Giles entró en una sala de estar con muebles de roble blanqueado y cortinas y

cojines de color verde jade. Sobre la mesa que ocupaba la ventana salediza había varios bocetos esparcidos, y la silla, un poco apartada, parecía indicar que Violet había estado trabajando allí.

—Espero no molestarla —dijo Giles—. Me parece que estaba usted ocupada.

—Por supuesto que no. ¿No quiere sentarse? ¡Le pido disculpas por ese ser deplorable que le ha abierto la puerta! No tengo sirvienta. Es sólo una asistente que viene a limpiar por la mañana. —Cogió una cajetilla de cigarrillos de una mesita baja que había junto a la chimenea y le ofreció uno a Giles—. No pretendo ser grosera —dijo, sonriente—, pero ¿para qué ha venido a verme?

Giles prendió una cerilla y encendió con ella el cigarrillo que Violet había sacado de la caja.

—Esperaba que pudiera convencer usted a Kenneth para que empiece a comportarse con sensatez —explicó.

—¡Oh, me temo que es imposible! —dijo ella riendo—. ¿En qué anda metido?

—Ojalá lo supiera, señorita Williams. Verá, ha ocurrido algo terrible. Han encontrado a Roger Vereker muerto de un disparo en su apartamento.

Violet dio un respingo.

—¡Señor Carrington! ¡Oh, no!

—Me temo que es cierto —afirmó él en tono grave.

—¡Qué espanto! —exclamó Violet, tapándose los ojos con una mano—. Pobre, pobre Roger. No imaginaba que estuviera tan mal. Sabía que se encontraba muy afectado, claro, pero que llegara a... ¡oh, no quiero ni pensarlo!

—¿Tan desquiciado estaba? —preguntó Giles—. Creo que usted lo trató más que ninguno de nosotros. Seguramente lo sabrá mejor que nadie.

—Sí, estaba muy nervioso. Se le había metido en la cabeza que la policía quería darle caza. El otro día se lo dije a Kenneth. Él no lo veía así, o no quería verlo, pero Kenneth no siempre es muy observador. —Dejó caer la mano en un gesto de abatimiento—. ¡Pero que haya llegado al extremo de quitarse la vida! ¡No salgo de mi asombro!

—No creo que se quitara la vida, señorita Williams.

—¿Quiere decir que...? —tartamudeó al tiempo que palidecía—. ¡Oh, no puede ser!

—Tenía que parecer un suicidio, pero hay un par de circunstancias que apuntan de manera concluyente a un crimen.

—No puedo creerlo. —Violet se estremeció—. ¡Por favor, dígame qué razones tiene para pensar algo así!

—La razón principal es puramente técnica —explicó él.

—Pero la policía... ¿ellos también creen que ha sido un asesinato?

—Lo consideran muy probable —contestó Giles.

Violet guardó silencio por un instante, muy pálida aún y con los ojos clavados en el extremo incandescente de su cigarrillo.

—Ha mencionado usted a Kenneth —dijo al cabo de un momento, alzando la vista—. Pero, en cualquier caso, no pueden sospechar que él haya tenido algo que ver. Anoche estaba en el Albert Hall con Leslie Rivers.

—Sí, ya sé que estaba allí —admitió Giles—. Pero el Albert Hall se encuentra a menos de cinco minutos del apartamento de Roger a pie, señorita Williams. La policía tampoco está convencida de que no abandonara el baile durante un rato en el transcurso de la velada. De hecho, aunque él no quiera admitirlo, estoy seguro de que no sólo abandonó el baile, sino que fue a visitar a Roger.

—¡Pues yo estoy segura de que no lo hizo! —se apresuró a afirmar ella—. ¿Para qué iba a ir? No tenía ningún motivo para hacer una cosa tan estúpida.

Giles vaciló.

—Creo que tenía un motivo —replicó—. ¿Puedo hablarle con absoluta franqueza?

—¡Oh, sí, por favor!

—Bueno, señorita Williams, Kenneth tiene un temperamento muy celoso, como con toda probabilidad habrá usted comprobado. ¿Recuerda que la noche en que cenamos todos con Roger, éste la invitó a cenar con él la noche del baile?

—Sí, desde luego que lo recuerdo —respondió ella con frialdad—, pero sólo se trataba de una broma.

—Es posible que Kenneth lo tomara en serio.

—¡Por favor, todo esto es completamente ridículo! —exclamó Violet medio riendo—. ¿Por qué supone que Kenneth estuvo en el apartamento de Roger anoche? ¿Lo ha admitido?

—No. Pero hemos encontrado su pipa sobre la repisa de la chimenea de la sala de estar de Roger y todavía tenía tabaco dentro.

—¿Su pipa...? —Violet lo miró fijamente—. ¿Cómo sabe que era suya?

—Tanto Hannasyde como yo la hemos reconocido enseguida.

—¡Reconocer una pipa! ¿Cómo es eso posible?

—Para un fumador de pipa —respondió Giles sonriendo—, no hay dos pipas iguales, señorita Williams. Pero ésa no es la cuestión. Kenneth ha admitido que era suya nada más verla.

Violet lo miró con una expresión de horrorizada incredulidad.

—¡Pero eso es imposible! ¡No me lo creo! ¿A qué hora estuvo Kenneth en el apartamento? ¿Qué hacía allí?

—Eso es justo lo que yo, como asesor legal de Kenneth, quiero averiguar. Según la señorita Rivers, Kenneth no se apartó de ella durante toda la velada. Mi primo lo ha corroborado, pero tras un instante de vacilación perceptible, señorita Williams.

Para no andarme con rodeos, le confesaré que era obvio que mentía. Su coartada, o más bien la coartada de la señorita Rivers, es que el grupo se reunía de nuevo después de cada baile en el reservado que compartían. El comisario Hannasyde sólo tiene que interrogar a los demás miembros de dicho grupo para descubrir si eso es cierto o no. Si, como mucho me temo, no lo es, Kenneth se encontrará en una posición sumamente peligrosa. Y como se le ha metido entre ceja y ceja que es capaz de manejarse en este asunto él solo, no puedo ayudarlo.

—Pero ¿por qué acude usted a mí? —lo interrumpió ella—. ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Espero sinceramente que ejerza su influencia sobre él para que entre en razón —replicó Giles—. No se da cuenta de lo grave que es su situación, ni de la importancia que tiene que sepamos al menos qué hizo en realidad la noche pasada.

Violet juntó las manos en un aparente gesto de exasperación.

—¡Es un idiota! ¿Para qué iría anoche a visitar a Roger? ¿Qué lo llevó hasta allí? ¡Es una completa locura!

—Hay una razón más que obvia, señorita Williams.

Ella lo miró unos instantes sin comprenderlo.

—No entiendo... —Se interrumpió; parpadeó—. Ya veo lo que quiere decir. No creo que se sorprenda si le digo que ni siquiera lo pienso. ¡Nada me inducirá a creer que Kenneth tuvo algo que ver con la muerte de Roger! No es posible que usted crea...

—No, no lo creo. Intento descubrir qué otro motivo pudo llevarlo a realizar esa visita. Yo sospecho de los celos.

—No le entiendo.

—Kenneth oyó a Roger invitándola a cenar con él, señorita Williams. Fue evidente que no le gustó la idea. Como ya he dicho, es un joven muy celoso, y sabemos que le molestó desde el principio la cordialidad con que usted trataba a Roger. Ayer se echó usted atrás en el último momento y no acudió al baile, ¿no es cierto?

—En ningún momento me había comprometido a ir —replicó ella—. No lo aprobaba y esperaba que Kenneth lo pasara por alto.

—Bien. Pero le permitió que creyera que tal vez usted iría con él al final, ¿no?

—¡Oh, sólo por evitar una escena! Pero no le prometí nada.

—En cualquier caso, su negativa del último momento lo enfureció. Bien, sé cómo se pone Kenneth cuando se enfada. Creo que se obcecó y empezó a sospechar que usted se negaba a acudir al baile para poder pasar la velada con Roger. Quizá por eso fue a visitarlo, sólo para asegurarse de que usted no estaba en el apartamento con él.

—¡Jamás me habían insultado de esa manera! —exclamó ella, envarándose—. ¿Yo, en el apartamento de Roger a esas horas? ¡Puede que a Kenneth le interese saber

que, lejos de estar con Roger, no me moví de casa! ¡Y si no me cree, que le pregunte a la señorita Summertown, que vino a cenar conmigo y se quedó hasta las once, hora en que me acosté!

—No creo que Kenneth sospeche lo más mínimo de usted cuando recobra la calma —le aseguró Giles con serenidad—. Y si acudió al apartamento de Roger, ya debe de saber que usted no estaba allí, ¿no?

—Tal vez sospeche que me oculté detrás de un biombo —replicó ella en tono glacial—. ¡Por suerte tengo una testigo para demostrar que pasé en casa toda la velada!

—Bueno, por favor, no condene a Kenneth basándose en lo que podría ser tan sólo el resultado de mi fértil imaginación —pidió él, sonriente—. Tal vez tuviera otra razón para ir a ver a Roger.

Violet guardó silencio, apretando su preciosa boca hasta convertirla en una fina línea roja. Estaba sentada muy erguida en la silla, aferrándose al brazo con una mano. Su expresión tenía un aire implacable, y el endurecimiento involuntario de sus facciones hacía que su belleza pareciera quebradiza, superficial.

Al cabo de un rato volvió la cabeza y miró a Giles a los ojos.

—¿Cree que soy una tonta porque estoy molesta? —dijo—. Bueno, estoy bastante molesta, pero eso no importa. Me refiero a que es mucho más importante sacar a Kenneth de esta espantosa situación. Personalmente tengo la absoluta convicción de que ha sido un suicidio. No sé qué razones lo llevan a usted a creer lo contrario, pero yo no hago más que recordar lo que decía Roger. No le di importancia en su momento, al menos no la suficiente para prever que llegaríamos a esto, pero dadas las circunstancias no puedo evitar la sensación de que debería haberlo adivinado. Claro que no sé qué podría haber hecho yo, entonces. Hablé con Kenneth, pero no me prestó atención.

—No ha sido suicidio, señorita Williams.

Violet frunció el ceño.

—No entiendo por qué lo afirma de forma tan categórica. ¿Por qué está tan seguro?

—No creo que lo entienda aunque se lo explique —respondió Giles—. Tiene que ver con el lugar donde debería haberse hallado el casquillo. Además, no acierto a imaginar qué pudo inducir a Roger a pegarse un tiro, cuando tenía que saber a ciencia cierta que no existían pruebas contra él. No era un estúpido.

—Le confieso mi absoluta ignorancia sobre los detalles técnicos de las pistolas. ¿Dónde deberían haber hallado el casquillo?

—En un lugar completamente distinto. Había otros indicios además, pequeños, pero significativos.

—Entiendo. Pero no pueden probar que lo hiciera Kenneth. Podría haberse dejado

la pipa allí en cualquier otro momento, y si Leslie mantiene su coartada...

—Si Arnold Vereker no hubiera sido asesinado, quizá la situación no sería tan preocupante —reconoció Giles—. Pero Arnold Vereker fue asesinado y Kenneth no tenía una coartada que pudiera demostrarse. Cuanto dijo estaba calculado para lograr que la policía lo mirara con recelo. Dijo que había venido aquí a verla a usted, pero no la vio. Según él, porque no estaba. Luego aseguró que fue al cine, pero no sabía a cuál y se había dormido durante la mayor parte de la proyección.

—¡Oh, lo sé, lo sé! Se mostró de todo punto imposible.

—Bueno —dijo Giles, poniéndose en pie—, sigue mostrándose igual de imposible ahora, señorita Williams. Le divertía ver hasta dónde podía engañar a Hannasyde en el primer asesinato, y tuvo tanto éxito que se le ha subido a la cabeza. Pero ahora se encuentra en una posición mucho más precaria.

—Sí, lo entiendo —dijo ella levantándose a su vez—. Iré al estudio de inmediato y hablaré con él. Por supuesto, debe contárselo todo a usted. Así se lo diré, y espero que vaya a verlo a su despacho.

—Gracias. Confío en ello.

De la casa de Violet, Giles se fue a Adam Street, donde encontró a su padre cuando estaba a punto de salir para comer. El señor Charles Carrington lo miró de arriba abajo, le soltó un gruñido y dijo que sería mejor que lo acompañara.

—Dios sabe que no quiero oír hablar de ese desagradable asunto —dijo irascible—, pero tendré que hacerlo, claro. Además, tu madre está preocupada. Dice que Kenneth es incapaz de cometer un asesinato. ¡Bobadas! ¿Lo hizo él?

—¡Por amor de Dios, espero que no!

—¡Oh! Así que eso crees, ¿eh? Estoy totalmente de acuerdo. No me gustan los escándalos. ¿Qué hizo anoche esa picara pelirroja, Tony?

—Estaba conmigo.

—¡Por todos los diablos! Así que tu madre tenía... ¿Qué hicisteis los dos?

—Fuimos a cenar y al teatro —respondió Giles—. Y mi madre tenía toda la razón. Como de costumbre.

Charles Carrington carraspeó y se apresuró a cambiar de tema.

Por la tarde, Giles no pasó mucho tiempo en Adam Street. A las cuatro llamó por teléfono a Scotland Yard y, tras asegurarse de que el comisario Hannasyde se hallaba en el edificio, abandonó su despacho y fue a Whitehall. La noticia de la muerte de Roger Vereker apareció en los periódicos vespertinos, y varios carteles anunciaban en grandes caracteres una sorprendente continuación del «Misterio del cepo».

En Scotland Yard, a Giles lo condujeron casi de inmediato al despacho de Hannasyde, donde encontró no sólo al comisario, sino también al sargento Hemingway.

—Estaba esperándolo —dijo Hannasyde—. ¿No quiere sentarse? Acabo de recibir el informe de la autopsia. Tenía usted razón, señor Carrington: el doctor Stone calcula que la pistola debió de dispararse desde una distancia de medio metro aproximadamente.

—En su opinión, ¿cuándo se produjo la muerte? —preguntó Giles.

El comisario echó un vistazo al informe escrito a máquina.

—Siempre es una pregunta difícil de responder. Aproximadamente entre las diez de la noche y las dos de la madrugada.

—Gracias. ¿Se ha encontrado algo en el apartamento?

—Nada importante. Una leve marca de aceite en el picaporte de la puerta de la salita y una huella de la señorita Vereker en el casquillo.

—Entonces, ¿era su arma?

—Sí. Ha estado aquí hace media hora —Hannasyde sonrió levemente—, exhibiendo el mayor interés por el modo como se obtenía una impresión de su mano.

—Me lo imagino. ¿Y la posición del casquillo?

—También en eso ha acertado usted. —Se interrumpió y miró a Giles de frente—. Será mejor que se lo comunique cuanto antes, señor Carrington: las declaraciones de los demás miembros del grupo que estuvo en el Albert Hall no corroboran la historia que me han contado la señorita Rivers y el señor Vereker. De hecho, estaba a punto de acudir al estudio cuando ha telefonado usted.

—Comprendo —dijo Giles, asintiendo—. Si no le importa, lo acompaño.

—No, no me importa. Y aunque así fuera, no podría impedirse. Seguramente ahorraremos tiempo si viene, ya que imagino que es muy probable que el señor Vereker se niegue a hablar hasta haberlo consultado, aunque sólo sea para fastidiar.

Sin embargo, cuando poco después encontraron a Kenneth en el estudio, parecía hallarse de buen humor y no mostró deseo alguno de obstaculizar la investigación.

Su hermana estaba presente, así como Violet Williams y Leslie Rivers. Era evidente que se habían reunido para comentar la situación, y también que Kenneth apenas les hacía caso. Cuando se abrió la puerta del estudio y Giles y Hannasyde entraron, lo vieron dibujando tranquilamente con el boceto apoyado en las rodillas.

—Lo esperaba. *A la lanterne!*^[4] —dijo Kenneth alzando la vista.

Antonia no dejó traslucir sorpresa ni consternación ante la llegada del comisario, pero las otras dos jóvenes parecieron algo sorprendidas. Leslie echó una ojeada inquieta a Kenneth y se puso rígida.

—Pasen y pónganse cómodos —los invitó Kenneth mientras seguía dibujando—. No diré que me alegro de verlos, porque no sería cierto.

—Creo que no siempre se atiene tan estrictamente a la verdad, señor Vereker —observó Hannasyde, cerrando la puerta.

—Casi siempre —repuso el aludido, sonriendo—. Admito que a veces me desvío un poco. Dígame lo peor.

—Tres miembros de su grupo afirman que anoche estuvo ausente de la sala de baile durante media hora —dijo el comisario, sin andarse por las ramas.

Kenneth levantó la vista del dibujo. Lanzó una mirada penetrante con los párpados entornados, pero no a Hannasyde, sino a Leslie Rivers.

—Tu cabeza tiene una forma muy bonita, Leslie —comentó—. ¡No te muevas! Lo siento, amigo comisario. ¿Algo más?

—Que estuviera ausente de la sala de baile durante media hora no es extraño —intervino Leslie—. De vez en cuando uno prefiere quedarse sentado, comisario.

—En el reservado, señorita Rivers. Porque creo que no hay ningún otro sitio donde sentarse en el Albert Hall.

—Salvo que uno salga fuera y se siente en su coche —replicó ella.

—¡Calla, pobre infeliz! —dijo Kenneth—. Los más elementales métodos pondrán de manifiesto que mi coche se encontraba ayer en el garaje Hornet para descarbonizar el motor. ¿No estoy en lo cierto, comisario?

—En efecto —dijo Hannasyde—. ¿Y no estoy yo en lo cierto, señor Vereker, si afirmo que abandonó usted el Albert Hall por la puerta principal a las diez y veinte, y que regresó minutos antes de las once?

—Deteniéndome en ambas ocasiones para charlar brevemente con el portero —añadió Kenneth, sin dejar de dibujar—. Haciendo así todo lo posible por grabar mi rostro en su memoria. La cuestión que le preocupa a usted en este momento es, por supuesto, si soy diabólicamente astuto o de una estupidez sin parangón.

—¡No le haga caso! —se apresuró a decir Leslie—. ¡Cuanto dice es absurdo! No abandonó el Albert Hall hasta que salimos juntos los dos a las cuatro.

—Mi querida niña, cierra la boca, por favor —pidió Kenneth arrojando el boceto a un lado—. De todas formas, estoy harto de esta enrevesada historia. ¿No te das cuenta de que en cualquier momento mi amigo el comisario va a sacarse al portero de la chistera para que me identifique? —Miró a Hannasyde—. ¡Bueno, amigo mío, pues sáquelo! Admitamos que abandoné el Albert Hall durante el transcurso de la velada. Eso no implica que fuera al apartamento de mi hermanastro y usted lo sabe. Como dicen en las películas americanas, no tiene nada contra mí.

—Oh, claro que sí, señor Vereker, ya lo creo que sí —replicó Hannasyde con calma.

—Una pipa, que pude dejarme en el apartamento de Roger cuatro noches antes —dijo Kenneth desdeñosamente.

—No sólo la pipa. También una pistola automática.

—Yo no contaría con eso. Calculando a ojo, al menos media docena de personas podrían haberse apoderado de esa pistola.

—¿Esa media docena de personas tenían motivos para matar a su hermanastro, señor Vereker?

—No dispongo de información al respecto, puesto que no gozaba de la confianza de mi hermanastro —replicó Kenneth.

El comisario lo miró ceñudo.

—¿Qué tipo de sombrero llevaba anoche, señor Vereker?

—Indigno de usted, amigo mío —contestó Kenneth sonriendo—. ¿No se lo ha dicho el portero?

—Se lo estoy preguntando a usted.

—¡No contestes! —suplicó Leslie, enlazando con fuerza los dedos sobre el regazo.

—En serio, Leslie —terció la voz fría y bien modulada de Violet—, estás haciendo el ridículo. Perdona que te lo diga, pero sería mucho mejor que estuvieras callada. Me parece que ya has ocasionado bastantes problemas.

—Para ti es fácil mantener la calma —dijo con voz trémula y sonrojándose—. ¡Tú no fuiste al baile, tú no estás implicada! ¿Qué te importa?

—Creo que olvidas que soy la prometida de Kenneth.

Leslie guardó silencio.

—Deja a la niña en paz, Violet —pidió Kenneth—. Su intención es buena, aunque se equivoque.

—¡Oh, desde luego, querido! —repuso Violet en tono meloso—. Pero su ansiedad por hacernos creer que pasaste con ella toda la velada podría inducirnos a pensar que lo que quiere es tener una coartada para sí misma.

Antonia se quitó el cigarrillo de la boca.

—Arpía —le espetó.

—Aún estoy esperando que me diga qué tipo de sombrero llevaba anoche, señor Vereker —recordó Hannasyde.

—Uno de fieltro negro.

—Gracias. Cuando abandonó el Albert Hall poco después de las diez y media, ¿adónde fue?

—Lo lamento —dijo Kenneth—, pero me niego a responder a esa pregunta.

Hubo una pausa. Violet miró a Giles, que se había alejado hacia el otro lado del estudio y estaba de pie junto a la ventana apoyado contra la pared y con una mano en el bolsillo.

—Se da usted cuenta, señor Vereker, de que su negativa a responderme podría acarrearle consecuencias muy graves, ¿verdad?

—Saque las esposas —le recomendó Kenneth con displicencia.

Los ojos de Giles examinaron el rostro de Hannasyde pensativamente. La expresión del comisario era absolutamente inescrutable y su tono también era inexpresivo cuando dijo:

—Muy bien, señor Vereker, si insiste en no contestar, me veré obligado a detenerlo.

Giles sacudió con cuidado la ceniza de su cigarrillo y no dijo nada.

—Vaya —comentó Kenneth arqueando las cejas—, pensaba que iba a acusarme de asesinato. ¿Por qué no lo hace?

El comisario no respondió. Antonia se levantó de repente.

—¡Giles! —exclamó en un tono cortante que indicó a cuantos la conocían lo alarmada que estaba—. ¡Por amor de Dios! ¿Por qué no intervienes?

—No puedo hacer nada por el momento, Tony —replicó él sin perder la calma—. No te dejes llevar por el pánico.

—¡Pero es imposible! ¡Está cometiendo usted un absurdo error, comisario! —exclamó Leslie—. ¡Él no ha sido! ¡Sé que no ha sido él!

Violet, que había palidecido visiblemente, clavó los ojos en el rostro del comisario y dijo con parsimonia:

—Naturalmente los indicios son claros, pero ¿no cree que está precipitándose?

Quiero decir que Kenneth no es la única persona que puede ser el asesino. Y he de añadir, aunque sé perfectamente que no será bien recibido, que me gustaría mucho saber lo que hizo anoche Tony.

—Gracias, pero esa parte vamos a suprimirla —dijo Kenneth—. Tony salió con Giles, como muy bien sabes.

—No me mires así —le reprochó Violet—. Sé que asegura que estuvo con el señor Carrington hasta las doce, pero personalmente tengo la sensación...

—A nadie le interesan tus sentimientos, ni los personales ni los de ninguna otra clase. ¡Cierra el pico!

Violet se levantó con las mejillas teñidas de rubor.

—¡No es necesario que seas grosero conmigo! Tengo derecho a decir lo que pienso. ¡Más que Leslie Rivers, por cierto! Desde luego, estoy acostumbrada a que me desairén en esta casa siempre que abro la boca, ¡pero te agradecería que recordaras que soy tu prometida, Kenneth!

Él la miró con desapego, como si fuera un espécimen curioso y no carente de interés.

—Es gracioso —comentó—. Tony siempre ha dicho que eres algo vulgar. Ahora entiendo a qué se refería.

—¿Cómo te atreves a insultarme? —le espetó ella, apretando los labios con ira.

—¡Si no quieres que te insulte, deja en paz a mi hermana! —replicó él con un brillo acerado en los ojos.

—No haré tal cosa. Te has comportado como un idiota desde el principio, ¡pero no creas que voy a callar mientras tú no haces nada por ayudarte a ti mismo! Si no fueras tan egoísta, intentarías comprender mi punto de vista. No pretenderás que me alegre de que te detengan por asesinato, ¿verdad? ¿Has pensado al menos lo que me ocurrirá a mí si te condenan?

—No —respondió Kenneth esbozando una mueca.

—¡Pues yo sí! Y quiero saber si Tony estuvo de verdad con el señor Carrington hasta la medianoche. No me digas que Murgatroyd la vio llegar acompañada del señor Carrington, porque Murgatroyd diría cualquier cosa por ayudarla. ¡De hecho, no me sorprendería lo más mínimo descubrir que Tony haya estado implicada mucho más de lo que pensamos en ambos asesinatos!

—Un momento, señorita Williams —objetó Giles—. Olvida usted mi declaración, ¿no le parece?

—No, señor Carrington, no la olvido. Pero es más que evidente que usted haría o diría cualquier cosa para proteger a Tony. Lo siento si lo he ofendido, ¡pero no voy a quedarme cruzada de brazos viendo cómo se llevan a prisión a Kenneth sólo porque nadie quiere hablar claro!

En este punto, Hannasyde intervino para preguntar a Kenneth si estaba listo para

marcharse con él.

—No —dijo Kenneth—. No lo estoy. Deseo hablar en privado con mi primo.

—Desde luego —accedió el comisario.

—Ven a mi habitación, ¿quieres? —pidió Kenneth a Giles—. No se preocupe, comisario, no tengo la menor intención de huir.

Giles salió al recibidor detrás de Kenneth y entró con él en su dormitorio. Cerró la puerta y observó a Kenneth sentarse a los pies de la cama. La expresión de su primo era tensa y su voz sonaba entrecortada.

—¡Adelante! Tú eres mi abogado. ¿Qué debo hacer?

—Cerrar la boca —respondió Giles sin vacilar—. ¿Estuviste anoche en el apartamento de Roger o no?

Una sonrisa afloró brevemente en el rostro de Kenneth.

—¿A que te gustaría saberlo?

—Si no me lo dices, Kenneth, te aseguro que no me haré cargo de tu caso.

—No te he necesitado hasta ahora, pero puede que te necesite —repuso Kenneth encogiéndose de hombros—. Estuve en el apartamento de Roger.

—¿A qué hora?

—Exactamente a la hora mencionada por nuestro inteligente detective.

—¿Para qué fuiste, Kenneth?

—Asuntos personales.

—Por suerte sé a lo que te refieres. Fuiste a comprobar si Violet Williams se encontraba allí, ¿verdad?

Kenneth se sonrojó.

—¡Qué imaginación tan fértil la tuya!

—¿Estaba?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Te equivocaste.

Kenneth estalló en carcajadas.

—¡Sí, maldito seas! Me equivoqué.

—¿Por qué creías que estaba allí, Kenneth?

—A causa de mi desafortunado temperamento —respondió Kenneth con despreocupación—. Pensé que quizá por eso se había negado a acompañarme al baile en el último minuto. Así que fui a comprobarlo. No estaba y no había estado allí.

—¿Te despediste de Roger amigablemente?

—No, en absoluto.

Giles suspiró.

—¿Por qué? ¿Por qué teníais que pelearos si Violet no había estado allí?

—Siempre encontraba algún motivo para pelearme con Roger. En este caso fue por culpa de su «consejo a un joven a punto de casarse». Pero yo no lo maté.

—De acuerdo, dejémoslo así. ¿Lo sabe Violet?

—¿Qué, que fui al apartamento a buscarla? ¡Seguro que sí! ¿No te has fijado en ese aire de virtud ofendida? Aún me queda algo de respeto hacia sus sentimientos o hacia mi propia dignidad, para guardar silencio sobre mi vergonzosa conducta. ¿Cuánto tiempo crees que me tendrán detenido?

—Espero que no más de un día o dos. No irrites a la policía, si puedes evitarlo.

—¡La tentación será irresistible! —dijo Kenneth levantándose y disponiéndose a abrir la puerta.

Hannasyde aguardaba en el recibidor y, al verlo, los ojos de Kenneth centellearon.

—¡Silencio! ¡Ni una sola palabra! —dijo—. Aquí es cuando hago mutis por el foro, saltándome las despedidas. ¡En marcha, mi amigo comisario!

Impulsado hacia la puerta de la calle por una insistente mano en el codo, Hannasyde se dio la vuelta para decir:

—Enviaré a un agente para recoger lo que necesite el señor Vereker. ¿Podría pedirle a la señorita Vereker que le prepare una maleta, señor Carrington?

—Dile que meta también mi cuaderno de dibujo y mis accesorios habituales —le ordenó Kenneth—. Voy a hacer una serie de retratos de policías en blanco y negro. ¡Después de usted... Macduff!^[5]

Giles volvió al estudio. Violet estaba de pie frente a la chimenea con los labios todavía fuertemente apretados y una expresión más exasperada que inquieta. Leslie se había puesto el sombrero y parecía a punto de marcharse. Antonia encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. Las tres volvieron la vista hacia la puerta cuando entró Giles, pero fue Violet quien habló.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Dónde está Kenneth?

—Se ha ido —contestó Giles, sin dejar traslucir la menor emoción.

—¡Que se ha ido! —exclamó Antonia—. Estaba convencida de que se te ocurriría algo, Giles. ¿No has podido hacer nada por él?

—Todavía no, Tony. No te preocupes, estará bien.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Violet con ira sorda.

—¡Oh, vete al diablo y cállate ya! —le espetó Antonia—. Kenneth no podía impedir que se lo llevaran.

—¿Querías hacer el favor de no insultarme? —pidió Violet con meticulosa cortesía—. Soy consciente de que debía marcharse, pero no entiendo por qué no podía tomarse la molestia de despedirse. Es una grosería que...

—Muérdete la lengua, si no quieres que se cometa un tercer asesinato —amenazó Leslie con siniestra calma—. Ya has hablado más de la cuenta. De hecho, sólo se te ha olvidado un detalle. ¿Por qué no has aconsejado al comisario que investigara

también mis movimientos?

—Estoy segura de que ya lo ha hecho, querida —replicó Violet con dulzura—. No es que crea que lo hiciste tú. Al fin y al cabo, ¿qué motivo podías tener?

—Si a eso vamos, ¿qué motivo podía tener Tony? Ella no va a heredar.

—Mientras viva Kenneth no, desde luego —insinuó Violet con elocuencia.

Antonia, a la que este comentario no indignó en absoluto, frunció el entrecejo con aire pensativo.

—Bueno, no sé —dijo—. Tendría que ser una persona realmente insensible para cometer tres asesinatos. Y también de todo punto estúpida, porque acabarían pillándome sin duda.

—A mí me parece que cualquiera con una inteligencia normal puede cometer un asesinato y quedar impune —aseguró Violet con desprecio—. ¿Qué ha hecho la policía en este caso? ¡Absolutamente nada! No tienen la menor idea de quién asesinó a Arnold Vereker, y ahora no se les ocurre más que arrestar a Kenneth. Completamente obvio y completamente estúpido. —Se inclinó para recoger de la silla donde los había dejado el bolso y los guantes, que empezó a ponerse—. No tiene sentido que me quede aquí. Si el señor Carrington no puede ayudar a Kenneth, seguro que yo tampoco puedo.

Giles no dijo nada, pero cuando por fin los guantes estuvieron en su sitio, se acercó a la puerta con gran serenidad y la abrió para que saliera Violet.

—Bueno, Tony —dijo ella, poniéndose el bolso bajo el brazo—, si he dicho algo que no debía, lo siento, pero todo esto me ha descompuesto los nervios. Será mejor que vengas conmigo, Leslie; Tony quiere hablar con su primo.

—Por supuesto —dijo Leslie en tono envarado—. Pero no me esperes. No voy en la misma dirección.

—Oh, como quieras, querida —dijo Violet, encogiéndose de hombros. Se dirigió a la puerta, pero al llegar se detuvo, como si un pensamiento le hubiera venido a la cabeza—. No sé si alguien más se ha dado cuenta, pero hemos dejado a una persona al margen de nuestras especulaciones. ¿Dónde estuvo el señor Mesurier anoche?

—En una cena de antiguos alumnos —respondió Antonia sucintamente.

—¿En serio? Sin embargo, supongo que podría haberse ido temprano.

—De verdad que desearía que dejaras de sugerir necedades —dijo Antonia con un suspiro—. ¿Por qué demonios iba a querer Rudolph asesinar a Roger?

—No es necesario que seas tan altanera, querida. Se me ocurre una razón perfecta. Todos sabemos que confesó que quería matar a Arnold Vereker porque había descubierto su... bueno, digamos las cosas claras, su robo. Si Roger también se había enterado y pensaba denunciarlo...

—No has dado ni una —la interrumpió Antonia—. Roger lo sabía y dijo a Rudolph que no pensaba tomar medidas al respecto. Y si no me crees, escribí una

carta a mi hermanastro para agradecersele. ¿No se te ocurre nadie más de quien sospechar?

Violet soltó una breve carcajada.

—¡Oh, nada de cuanto diga se aceptará jamás en esta casa! ¡Eso lo sé muy bien! Adiós, señor Carrington. No, por favor, no se moleste en acompañarme. Conozco el camino.

—Por supuesto que tenía que decir: «Conozco el camino» —comentó Antonia con tristeza cuando Giles, a pesar de la petición de Violet, la acompañó hasta la puerta de la calle—. Al principio coleccionaba sus clichés, pero me aburrí y lo dejé correr. Este asunto se está volviendo terriblemente vengativo, Leslie.

—Lo sé —reconoció ésta—. Pero no te preocupes, amiga mía. Estoy convencida de que Kenneth no lo hizo, y casi nunca cuelgan a la persona equivocada. Si existe la menor duda...

—Los condenan a trabajos forzados, ya —dijo Antonia con tono apagado—. No hace falta que me lo digas. Y él preferiría que lo ahorcaran.

Leslie le dio unas palmaditas en el hombro.

—No lo harán —dijo, tragando saliva—. Estoy... estoy segura de que no lo harán. —Luego, cuando Giles volvió a entrar en el estudio, añadió—: Si esa horrible mujer ya se ha ido, me despido yo también. Señor Carrington, usted cuidará de Tony y tratará de animarla, ¿verdad? Adiós, Tony, querida. Volveré mañana a primera hora. Adiós, señor Carrington. —Y cerró la puerta con firmeza al salir.

Antonia se quedó a solas con su primo.

—No temas que me eche a llorar, porque no pienso hacerlo —le aseguró entristecida.

—No hay motivo alguno para llorar, pajarito —dijo Giles, sentándose a su lado. Antonia volvió su pálido rostro hacia él.

—Oh, Giles. ¡Tengo un miedo horrible de que Kenneth sea culpable en realidad!

—¿De verdad, Tony? ¿Quieres apostar? —preguntó, sonriente.

—¿Tú no crees que lo hiciera? —preguntó Antonia mirándolo inquisitiva.

—Estoy prácticamente seguro de que no.

Esta afirmación no produjo exactamente el efecto deseado, pues tras mirar a Giles durante unos segundos sin comprender, Antonia trató en vano de sonreír y a continuación sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Giles vio que su rostro empezaba a contraerse y se apresuró a abrazarla.

—¡No llores, Tony, querida! —dijo dulcemente—. Todo saldrá bien.

Antonia apoyó el rostro contra el hombro de Giles y dio rienda suelta a sus agitadas emociones. Sin embargo, como no era dada a complacerse en las lágrimas pronto cesó de llorar y se incorporó.

—Lo siento —se excusó avergonzada, tras sorberse la nariz un par de veces—. Ya estoy bien. Gracias por ser tan comprensivo.

Giles se sacó un pañuelo del bolsillo y obligó a Antonia a volver la cara hacia él.

—No voy a besar una cara mojada —dijo, mirándola con ternura—. No te muevas, corderita.

Antonia dejó que le enjugara las lágrimas, pero balbuceó roja como la grana:

—¡No... no digas tonterías, Giles!

—No digo tonterías —replicó él, y la tomó de nuevo entre sus brazos, esta vez sin tantos miramientos, para darle un largo beso apasionado.

Incapaz de protestar, Antonia hizo un débil intento por apartarlo, pero al descubrir que era imposible se aferró a su chaqueta con ambas manos y se estrechó contra Giles.

—¡Oh, Giles! —exclamó como una tonta cuando por fin logró hablar—. ¡No puedo! Quiero decir, en realidad tú no... quiero decir, nosotros no podemos... me refiero a...

—Me parece que no sabes lo que quieres decir —comentó Giles sonriendo y mirándola a los ojos—. Por suerte yo sí. —Tomó la mano izquierda de Antonia, le quitó el anillo del dedo corazón, lo depositó en la palma de la joven y cerró los dedos—. Esta noche se lo envías de vuelta a Mesurier, Tony. ¿Ha quedado claro?

—Iba a hacerlo de todas formas —contestó Antonia—. Pero... pero si lo que pretendes es que me case contigo, no entiendo cómo puedes querer tal cosa.

—Es lo que pretendo. Y además en cuanto termine todo este asunto de Kenneth.

—Pues no creo que al tío Charles le guste la idea —objetó Antonia.

—Ya verás como lo sobrelleva muy bien —replicó Giles—. ¿Quieres casarte conmigo, Tony?

Ella lo miró con inquietud.

—¿Lo dices completamente en serio, Giles? —Él asintió—. Porque tú sabes lo desagradable que puedo ser, y sería tan horrible que... que me lo propusieras sólo en un momento de debilidad y... y que yo aceptara y luego tú te arrepintieras.

—Te contaré un secreto. Te quiero.

De repente Antonia se llevo una mano a la mejilla.

—¡Oh, querido Giles, acabo de darme cuenta, pero hace años y años que estoy enamorada de ti! —espetó.

En ese inoportuno momento Rudolph Mesurier irrumpió en el estudio.

—¡He venido lo antes posible! —empezó a decir, pero se interrumpió y exclamó con indignación—: ¡Pero bueno! ¡Esto es el colmo!

Impertérrita, Antonia fue directa al grano, como de costumbre. Se levantó y tendió el anillo a Mesurier.

—Eres justo la persona a quien quería ver —dijo con gran candidez—. Giles dice que debo devolverte esto. Lo siento muchísimo, Rudolph, pero... pero Giles quiere que me case con él. Y me conoce perfectamente y nos llevamos bien, así que... creo que sería mejor que aceptara, si a ti no te importa.

La expresión de Mesurier era más de asombro que de pena, pero dando dramatismo a su voz respondió:

—Debería haberlo adivinado. Debería haber adivinado que este paraíso era una ilusión.

—Bueno, es muy amable por tu parte expresarlo de ese modo —dijo Antonia—, pero ¿de verdad crees que era un paraíso? Yo más bien tenía la impresión de que la mayor parte del tiempo te parecía un infierno. No te culpo lo más mínimo si era lo que pensabas, porque de hecho también me lo parecía a mí.

Esta franca confesión dejó a Rudolph momentáneamente fuera de juego, pero al cabo de unos segundos de afligida turbación replicó con una buena dosis de amargura:

—No lo comprendo. Pero supongo que dentro de un tiempo lo entenderé. Ahora mismo estoy atontado, como si no pudiera aceptar que todo ha terminado.

—No puedes pensar en serio que todo ha terminado ahora porque no vayamos a casarnos —dijo Antonia cargada de razón—. Creo que te sientes atontado porque te ha pillado por sorpresa. Cuando lo pienses bien, me lo agradecerás. Para empezar, no te llenaré la casa de bull terriers, que por otra parte nunca te han gustado.

—¿Es eso cuanto se te ocurre? ¿Es ése el único consuelo que puedes ofrecerme?

Para Giles era evidente que Mesurier estaba disfrutando de lo lindo con su papel de amante despechado. Se levantó y, dándose cuenta de que al menos debía protagonizar la escena por última vez, le dijo con amabilidad:

—Lo siento, Mesurier, pero Tony cometió un error. Supongo que querrá hablar a solas con ella. Iré a pedirle a Murgatroyd que me ayude a preparar la maleta de Kenneth, Tony.

Estas palabras interesaron tanto a Mesurier que olvidó su papel momentáneamente.

—¿Por qué, qué ha ocurrido? ¿Se marcha Kenneth?

—Se ha ido —dijo Antonia, volviendo a recordar de repente sus tribulaciones—. Lo han detenido, aunque no sé qué significa eso.

—¡Dios mío! —exclamó Mesurier en tono grave.

Giles salió del estudio y cerró la puerta.

Veinte minutos más tarde, Antonia se reunió con él en el dormitorio de Kenneth y comentó con un suspiro de alivio que Rudolph se había marchado por fin.

—¡Ya era hora! —dijo Murgatroyd, metiendo un abultado neceser en la maleta medio llena que había a los pies de la cama—. De no ser por las cosas tan horribles que han ocurrido, la felicitaría de todo corazón, señorita Tony, pero cuando pienso en el pobre señorito Kenneth, encerrado en una espantosa celda que seguro que no tiene una cama decente ni nada de nada... ¡ay, no puedo soportarlo! Soy incapaz de pensar en otra cosa. Esa camisa no, por favor, señor Carrington; acaba de volver de la lavandería.

—Giles dice que no cree que lo haya hecho Kenneth —explicó Antonia.

—¡Faltaría más! —replicó Murgatroyd—. Será mejor que no me diga nada. Ni él ni nadie. Hay un estuche para esos cepillos, señor Giles. Déjemelos a mí.

Antonia cogió de la cama un marco de piel plegable con una fotografía de Violet e hizo una mueca a sus facciones clásicas.

—¿Para qué demonios quieres meter esto en la maleta, Giles? —preguntó—. Ahora que parece que Kenneth se está distanciando de ella, no lo querrá.

—Nunca se sabe —respondió Giles—. Mételo.

Pronto terminaron con el resto del equipaje. Al cabo de unos minutos, Giles cerró la maleta y la depositó en el suelo.

—Tengo que irme, Tony. ¡Prométeme que no vas a preocuparte!

—Lo intentaré —dijo Antonia, no muy convencida—. ¿Qué vas a hacer?

—Ahorrarle a un agente de policía la molestia de venir a buscar las cosas de Kenneth —contestó él.

—¿Te veré mañana? —preguntó Antonia mirándolo fijamente.

—No estoy seguro —vaciló Giles—. Creo que tal vez no será hasta tarde, si puedo venir —respondió—. Voy a estar muy ocupado.

—¿Con Kenneth? —preguntó ella de inmediato.

—Sí, ocupado con Kenneth. —Giles le cogió las manos y las apretó juntas contra su pecho—. Sigue sonriendo, pajarito. La situación no es desesperada.

—¡Has descubierto algo! —exclamó ella—. Oh, ¿qué es, Giles?

—No, nada —le aseguró él—. ¡Pero espero descubrir alguna cosa! Por el momento sólo es una sospecha. Podría equivocarme, así que no voy a añadir nada. Pero sí te pido que no te preocupes.

—De acuerdo. Si tú dices que no debo preocuparme, no lo haré.

Pasaban de las seis de la tarde cuando Giles Carrington abandonó el estudio. Primero entregó la maleta y luego, tras echar una ojeada a su reloj de pulsera, se dirigió al Temple y se puso un traje de etiqueta. Tal vez a Antonia sus acciones posteriores no le hubieran parecido las de alguien que intentaba ayudar a su hermano. Visitó tres coctelerías, un club nocturno y dos salas de baile. Tomó la correspondiente copa en todos los locales y trabó conversación con varios jefes de camareros, ayudantes de camareros, porteros y mozos, de la que al menos ellos sacaron algún beneficio. Regresó a su apartamento de madrugada, ingirió un par de aspirinas con la esperanza de aplacar el inevitable dolor de cabeza y se acostó agradecido.

A la mañana siguiente, cuando el criado le llevó la bandeja del té, se despertó a regañadientes.

—¡Dios mío! Té no. Necesito uno de sus reconstituyentes. Y prepáreme el baño.

—Sí, señor —dijo el criado, pensando que era extraño que el señor Carrington hubiera salido a divertirse cuando su familia estaba metida en semejante lío.

Giles se recuperó más o menos después del baño, seguido del reconstituyente. Pudo afrontar así la tarea de afeitarse e incluso de engullir un modestísimo desayuno. Mientras sorbía una taza de té fuerte, pidió al criado que llamara por teléfono a Scotland Yard y preguntara por el comisario Hannasyde.

Sin embargo, el comisario no se hallaba en el edificio, y al preguntar por el sargento Hemingway, comprobó que éste tampoco estaba allí. La voz del otro lado del hilo telefónico era cortés, pero poco servicial, y tras reflexionar un momento, Giles dio gracias al desconocido asegurándole que no importaba y colgó. A continuación llamó a su propio despacho, y el criado, que permanecía discretamente en un segundo plano, notó que crecía su curiosidad al oír que debían comunicar al señor Carrington padre que su hijo tenía asuntos muy importantes que atender fuera de la ciudad y que no pasaría por el despacho ese día. Desde luego todo aquello era de lo más extraño, y sólo el cielo sabía a qué jugaba el señor Giles.

A las cinco y media de la tarde, Giles entró en Scotland Yard y una vez más preguntó por el comisario. Esta vez lo acompañó la suerte; Hannasyde había vuelto no hacía ni media hora. En aquel momento se encontraba reunido con el ayudante del inspector jefe, pero si no le importaba aguardar el comisario pronto lo atendería. Giles asintió y se sentó a esperar. Al cabo de veinte minutos lo condujeron hasta el despacho de Hannasyde, a quien encontró de pie junto a su mesa con un montón de papeles en la mano.

—Buenas tardes, señor Carrington —dijo el comisario, levantando la vista—. Lamento que no estuviera aquí cuando ha llamado esta mañana. He tenido un día muy ajetreado. —Miró a Giles con mayor detenimiento y dijo—: Siéntese. Por su aspecto diría que también en su caso ha sido una jornada agitada.

—En efecto —reconoció Giles, dejándose caer en una silla—. Y la noche aún lo

ha sido más. Quería saber si sus hombres encontraron algo que pudiera guardar relación con el caso cuando registraron ayer el apartamento de Roger Vereker.

—No, nada —dijo Hannasyde, negando con la cabeza—. ¿Para eso quería hablar conmigo esta mañana?

—Para eso y para contarle lo que he estado haciendo. —Se agitó en su asiento con cierta incomodidad y frunció el ceño—. Quiero ver al portero del Albert Hall, por cierto. Ojalá hubiera estado presente cuando han registrado el apartamento.

Hannasyde lo miró con aire divertido.

—Mi querido señor Carrington, no había nada más que lo que vimos.

—¿Se refiere a la pipa de Kenneth? ¡Oh, no es eso! Kenneth no tuvo nada que ver con ninguno de los dos asesinatos. Quería que me acompañara usted hoy para que encajáramos juntos las piezas del primer asesinato, pero al no poder localizarlo, he pensado que sería mejor continuar solo que esperar varias horas.

Hannasyde lo miró atónito y luego apartó la silla de la mesa y se sentó.

—Perdóneme, señor Carrington, pero ¿ha estado usted bebiendo o es que desea gastarme una pequeña broma? —preguntó.

Los labios de Giles dibujaron una sonrisa algo cansada.

—Para serle sincero, he bebido bastante —respondió—. Pero no hoy, sino anoche, desde las siete en adelante. Tenía que actuar con mucho tacto, ¿comprende?, para emprender lo que podía resultar una búsqueda escandalosamente inútil.

—Señor Carrington, ¿qué ha descubierto? —quiso saber Hannasyde.

—Al asesino de Arnold Vereker, espero.

—¿Al asesino de Arnold Vereker? —exclamó Hannasyde.

—Y también de Roger. Pero si no había ninguna pista en el apartamento...

Hannasyde suspiró.

—Lo que había ya lo vio usted, señor Carrington —repitió pacientemente—. Vio la pipa, la pistola, la carta inconclusa en el cartapacio, el vaso de whisky con soda y la nota de... no, eso no lo vio, ahora que lo pienso. Hemingway la encontró después de que usted se fuera. Pero no tiene nada que ver con el caso, que yo sepa. Era una nota de la señorita Vereker, agradeciendo a su hermanastro que... —De repente calló, pues los ojos somnolientos de Giles Carrington se habían abierto de repente.

—Una nota de la señorita Vereker... —repitió Giles—. Una nota... ¿Dónde la encontraron?

—Arrugada y hecha una bola en el cubo del carbón. Yo diría que Roger Vereker pretendía arrojarla al fuego, pero erró el tiro. ¿Va a decirme...?

—¿Dónde estaba el sobre? —lo interrumpió Giles.

—No lo encontramos. Supongo que el joven Vereker tuvo mejor puntería con él. ¿Quiere dejarse de misterios y decirme de una vez a qué viene todo esto?

—Sí, lo haré —dijo Giles—. Pero cuando pienso que si hubiera estado presente

mientras registraban el apartamento, habría sido usted y no yo quien habría pasado veinticuatro horas infernales tratando de conseguir que unos imbéciles identificaran una cara... No obstante, me alegro de haber hallado un vínculo entre ambos casos. Me molestaba no poder ofrecerle todos los hechos. —Reparó en la expresión airada de Hannasyde y sonrió—. De acuerdo, de acuerdo —dijo en tono conciliador—. Fue Violet Williams.

Hannasyde parpadeó.

—¿Violet Williams? —repitió—. ¿Está diciéndome en serio que asesinó a Roger Vereker?

—Y también a Arnold Vereker —afirmó Giles.

—¡Pero si no lo conocía!

—¡Oh, sí, ya lo creo que lo conocía! —replicó Giles—. Ella era la chica morena a la que usted no pudo encontrar.

Hannasyde, que estaba dándole vueltas a un lápiz, al oír esto lo dejó a un lado y se irguió en el asiento.

—¿Está usted seguro? —preguntó, mirando a Giles con atención.

—Encontré a dos camareros, a un portero y al director de una banda de música que identificaron su fotografía —respondió Giles—. Uno de los camareros me informó motu proprio que la había visto varias veces con Arnold Vereker, que frecuentaba ese restaurante en particular. El portero me contó también que la había visto con Arnold. El director de la banda no conocía a Arnold por el nombre, pero reconoció su fotografía. De hecho, dijo al instante que era el hombre al que acompañaba la mujer más guapa de toda la sala aquella noche. Es un tipo inteligente ese músico; anoté el nombre y la dirección para usted. No sólo reconoció ambas fotografías, sino que pudo establecer la fecha en que los vio al natural. El local, mi querido Watson, era Ringly Halt, que como seguramente sabe es un restaurante muy popular que está junto a la carretera a unos treinta kilómetros al este de Hanborough. Y la fecha (que se había grabado en la memoria de mi observador amigo porque coincidía con el día en que el pianista se había torcido la muñeca y habían tenido que sustituirlo) era el diecisiete de junio.

—¡Dios... santo! —dijo Hannasyde muy lentamente—. ¡Pero... pero si nunca se barajó su nombre!

—No —admitió Giles—. Y si no hubiera cometido el segundo asesinato, jamás se habría barajado. Afirmaba que nunca había visto a Arnold, mis dos primos lo dijeron, y no hubo nadie que desmintiera el engaño. Además, jamás lo habría desmentido nadie, porque ninguno de mis testigos sabía cómo se llamaba, ¿comprende?

—Pero... —Hannasyde intentaba aclararse—, ¿cómo lo conoció? Y si lo conocía, ¿por qué lo guardó en secreto? ¿Está sugiriendo que trabó relación con él con intención de asesinarlo? ¡Increíble!

—No, no creo que tuviera esa intención. Por lo que he podido observar en la señorita Williams, imagino que al principio quería que Arnold se casara con ella. Pero Arnold era muy cauto en lo tocante al matrimonio. Jamás se habría dejado pescar por una chica de esa clase. No me cabe la menor duda de que ella no tardó mucho en darse cuenta. Es sagaz, aunque no inteligente. Y entonces planeó deshacerse de él.

—¿Qué lo llevó a sospechar de ella?

—Creo que no lo sé —contestó Giles, tras meditar por un instante—. Se me ocurrió por primera vez cuando mataron a Roger, pero me pareció una locura. Luego inventé una excusa para hacerle una visita y me sorprendió, aunque quizá recelaba ya un poco, que intentara convencerme a toda costa de que tenía una coartada para esa noche. Podían ser figuraciones mías, por supuesto, pero bastó para que repasara cuanto sabía sobre ella y añadirlo a lo demás. Para empezar, sabía que era una cazafortunas. Mis primos se lo decían continuamente. También la había visto echándole el ojo a Roger del modo más descarado. No piensa más que en el dinero, eso era evidente. Para continuar, supe por Kenneth (creo que usted también estaba presente) que analizaba con suma atención toda clase de novelas de detectives. Eso por sí solo no significa nada, pero sumado al resto me pareció muy significativo. En tercer lugar, Kenneth fue a verla la noche en que asesinaron a Arnold... y ella no estaba en casa. —Hizo una pausa—. Todo eran detalles pequeños que no indicaban gran cosa por separado. También era relevante el hecho de que resultaba evidente que no estaba enamorada de Kenneth. Nunca entendía por qué se había comprometido con él. Asimismo recordaba que la señorita Vereker me había contado con total naturalidad que Violet tenía por costumbre ligar con hombres ricos en los salones de los hoteles y esa clase de cosas. Entonces se produjo el asesinato de Roger. Usted lo ignoraba, claro, ¿cómo iba a saberlo?, pero Violet hizo una cosa esa noche que a mí me pareció estúpida e impropia de ella. En el último momento le dijo a Kenneth que no iría con él al baile. Mi primo se enfureció tanto que llamó a la señorita Rivers de inmediato y acudió con ella a la gala. En ese momento simplemente me sorprendió la torpeza de Violet, pues con su actitud sólo había conseguido que resultara indecoroso que cualquiera de los dos asistiera a ese baile. Ahora creo que lo hizo a propósito para asegurarse de que Kenneth iría al baile y así tendría una coartada. Pretendía que la muerte de Roger pareciera un suicidio, y fue ella quien lanzó la teoría de que Roger estaba muy alterado por las pesquisas de la policía. Creo que ésa fue una de las cosas más sospechosas que hizo. El primer asesinato lo había planeado de un modo tan perfecto y tuvo tanto éxito, que se le subió a la cabeza. Es una joven engreída, ¿sabe?, y se ofuscó con la idea de que, si había podido engañar una vez a la gente, podría engañarla siempre que quisiera.

—Suele ocurrir —admitió Hannasyde, asintiendo.

—Eso creo. Bien, estaba convencida de que podía escenificar un suicidio convincente, pero, por si acaso, puso mucho cuidado en procurarse una coartada. En realidad no lo era, pero podría haber funcionado si no hubiera cometido un fatídico error.

—Algo relacionado con esa misteriosa nota —sugirió Hannasyde al instante.

—Sí, muy relacionado. Verá, yo estaba presente cuando la señorita Vereker le entregó a Violet Williams esa carta para que la echara al correo. Se la dio el mismo día del baile, antes de que muriera Roger... después de las siete de la tarde. —Hizo una pausa y miró a Hannasyde—. Lo que significa, por supuesto, que no llegó a tiempo para la recogida de las seis y media, por lo que la carta tendría que haber esperado a la siguiente recogida. No sé a qué hora sería, pero supongo que no antes de las ocho y media, y seguramente más tarde incluso. Siento gran respeto por el servicio postal, pero no creo que a esa hora pudieran llevar la carta a su destino esa misma noche. Violet Williams debió de utilizar la carta como excusa para visitar a Roger a una hora tan intempestiva.

—¿Qué hora? ¿Tiene usted idea?

—Hacia las once, cuando se fue la chica a la que había invitado a pasar la velada con ella, y desde luego antes de las doce, cuando sabía que cerrarían con llave la puerta principal.

—Sí, comprendo. Coincidiendo con la entrada de la mujer que podría haber sido la doncella personal de la señora Delaford y con el ruido que parecía un neumático reventado que oyó el señor Muskett. ¿Existe alguna posibilidad de que fuera a entregar la carta antes de que llegara su invitada?

—No, no lo creo. Violet me dijo que su invitada había ido a cenar, y seguramente comprobará usted que es cierto. No habría tenido tiempo.

Se produjo un largo silencio, que acabó rompiendo Hannasyde al decir con pesar:

—Si todo esto resulta ser cierto, me habrá hecho parecer un idiota... señor Holmes.

—En absoluto. Sólo lo he descubierto porque disfruto de una relación muy estrecha con mis primos y he podido observar cada movimiento de la partida desde muy cerca, lo que usted no podía hacer.

—Debería haberlo pensado —dijo Hannasyde—. Si no hubiera estado tan seguro de que ella no conocía a Arnold Vereker, se me habría ocurrido. Era la única persona que tenía un móvil, aparte de los otros.

—¡No creo que deba usted reprocharse nada! —exclamó Giles riendo—. Mi joven primo ha acumulado tantas pruebas contra sí mismo que no podía esperarse que usted indagara sobre un improbable sospechoso. Aun así, nunca ha estado convencido de que lo hiciera Kenneth, ¿verdad?

—No —confesó Hannasyde—. Siempre me ha parecido que estaba divirtiéndose

a mi costa, y además, si hubiera matado a Arnold Vereker, ¿a qué venía lo del cepo?

—¿Desechó su primera idea de una broma pesada? Sí, eso fue lo que me convenció de que no había sido Kenneth, sino forzosamente una mujer. Cuantas más vueltas le daba, más seguro estaba de que el cepo había desempeñado un papel importante en el asesinato. Quien había apuñalado a Arnold había querido tenerlo en una posición de impotencia, supongo que por si fallaba el primer golpe. Eso sugería que se trataba de una mujer. Supongo que nunca sabremos que lo del cepo fue premeditado. Me inclino a pensar que no. Quizá a Arnold se le reventó la rueda en el pueblo y a Violet se le ocurrió usar el cepo mientras esperaba a que la cambiara. O tal vez, teniendo en cuenta que había luna, vio el cepo cuando atravesaban Ashleigh Green y le indujo a parar allí, improvisando sobre la marcha. Debió de ocurrírsele que sería más seguro matarlo al aire libre que esperar a que llegaran a la casa de campo.

Hannasyde guardó silencio unos instantes.

—¡Menudo caso! —dijo al fin—. Discúlpeme por no haberme tomado en serio sus esfuerzos de detective aficionado, señor Carrington. Debería trabajar en el Departamento de Investigación Criminal. Por cierto, la pistola la habían engrasado recientemente. Debería haber restos de aceite en los guantes de Violet y también en el bolso, donde supongo que la llevaba. ¡Qué estúpida fue al utilizar la pistola de la señorita Vereker! Estaba claro que las sospechas recaerían sobre Kenneth.

—Sí, pero ella creía que su coartada era irrefutable —le recordó Giles—. Supongo que no tenía modo de hacerse con otra pistola. Y tampoco es una mujer inteligente. Admito que supo planear el primer asesinato a la perfección, pero fue muy fácil matar a Arnold sin dejar ningún rastro. Cuando se trató de escenificar un suicidio, le resultó mucho más difícil. En el primero no había pistas que eliminar, en cambio había varias en el segundo.

—¡Una joven diabólica! —afirmó Hannasyde con vehemencia—. Bien, señor Carrington, si me da usted los nombres y las direcciones de los testigos...

—Sí, por supuesto —dijo Giles, reprimiendo un bostezo—. Y quizá entonces suelte a mi cliente.

—Lo siento por el muchacho. Todo esto le va a resultar muy duro —comentó Hannasyde con seriedad.

—Lo superará —le aseguró Giles—. No me sorprendería que, cuando haya tenido tiempo para recobrase de la conmoción, él y Leslie Rivers acabaran casándose.

—Espero que sí —dijo Hannasyde mirando de reojo a Giles—. ¿Y la señorita Vereker piensa contraer matrimonio pronto con... Mesurier?

Giles sonrió.

—No, eso se acabó. La señorita Vereker se ha prometido por tercera y última vez.

Hannasyde tendió la mano por encima de la mesa para estrechar la de Giles

Carrington.

—¡Espléndido! ¡Enhorabuena! Sí, pase, sargento; mientras nosotros seguíamos una pista falsa, el señor Carrington ha resuelto el caso. ¡Al final tendremos que soltar al señor Vereker!

—¿Soltarlo? —dijo Hemingway—. Pues no va a ser fácil. La última vez que lo he visto estaba preguntando qué le cobrarían por el alojamiento y la comida hasta que terminara la serie de retratos más indigna que he visto en mi vida.

Retratos de la policía, los llama él. Calumnias, los calificaría yo. ¿Vamos a arrestar a alguien, jefe?

—Sí, gracias al señor Carrington. Anote las direcciones que nos ha conseguido, por favor.

El sargento sacó su libreta, la abrió, humedeció la punta del lápiz y miró a Giles aguardando a que empezara.



GEORGETTE HEYER nació en Wimbledon, Londres, en 1902. A los quince años, para entretener a su hermano convaleciente, Georgette Heyer comenzó a relatarle historias inspiradas en la baronesa Orczy, autora de *La Pimpinela Escarlata*. Animada por su padre, Georgette volcó al papel sus relatos, hasta que en 1921, con sólo diecinueve años, publicó su primera novela, *The black moth (La polilla negra)*, dando comienzo a una carrera literaria colmada de éxitos. A partir de entonces y hasta 1973, un año antes de su muerte, Georgette Heyer escribió sin descanso un bestseller tras otro, convirtiéndose en sustento principal de su familia tras la muerte de su padre. En una Inglaterra marcada aún por la estricta moral victoriana, Heyer situó casi toda su obra en el periodo de la Regencia, época precedente a la reina Victoria que se caracterizó por un cierto relajamiento de las costumbres en la clase aristocrática. Celosa de su intimidad, Georgette Heyer jamás concedió entrevistas y contestó únicamente las cartas de los lectores que planteaban alguna cuestión histórica interesante sobre su obra. Su éxito constante a lo largo de medio siglo y su vigencia actual —sus libros siguen disponibles en las librerías de medio mundo— la confirman como un fenómeno literario único en la literatura inglesa del siglo xx, admirada por escritoras de la talla de A.S. Byatt y Margaret Drabble. Sus numerosos lectores, siempre en aumento, disponen en www.georgetteheyer.com de abundante documentación sobre su obra y una exhaustiva bibliografía, junto con opiniones de expertos sobre el contexto histórico de las novelas, foros de debate y muchos otros artículos de interés.

Notas

[1] Expresión intraducible. Literalmente, es la habitación del fondo en un segundo piso, tras una escalera con dos tramos y un rellano. En el texto alude a una humilde habitación de alquiler. <<

[2] Todos los entrecomillados corresponden a citas, más o menos literales, del Acto v, escena II de *Hamlet*. Osric es uno de los personajes de la obra. <<

[3] Cita del capítulo III de *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[4] «¡A las farolas!». Frase que forma parte de la canción emblemática de la Revolución francesa *Ah, ça ira!*, en la que se amenaza con colgar a los aristócratas de las farolas. <<

[5] Personaje que mata a Macbeth en la obra homónima de Shakespeare. La frase, una cita mal interpretada de las últimas líneas de la obra, es corriente en inglés. <<